
3 1761 09544642 3



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

86 b

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

TOMO I

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

calle de Pontejos, 8

1883

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

ITALIA-ESPAÑA



EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

LS
G4895P

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

TOMO I

494191
2.7.49

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO
calle de Pontejos, 8

1883

PRÓLOGO.

Hace ya algunos años, que uno de nuestros más distinguidos literatos y esclarecido miembro del profesorado español, el Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz, movido de los llamamientos del patriotismo y de su noble amor á las letras, concibió el proyecto de publicar coleccionadas las obras del insigne y malogrado poeta D. Enrique Gil, cuya memoria recordamos con cariño y respeto cuantos tuvimos el placer de quererle como amigo y de admirarle como escritor. Desgraciadamente, falta de salud y sobra de ocupaciones no permitieron al ilustre profesor dar cima á su laudable proyecto, que sólo pudo realizar en parte, publicando en un elegante volumen en 4.º las obras en verso, precedidas de una corta y bien escrita introducción, en que, con luminoso y seguro criterio, aprecia, aunque sucintamente, el mérito de ellas, y encomia justamente las dotes de ingenio y de estilo que adornaban á su autor. A vuelta de apreciaciones literarias exactas y discretas, como salidas de tan bien cortada pluma, comete, sin duda mal informado en materia de otra índole, un error de poca

monta, pero que no está demás rectificar, puesto que la ocasión se me viene tan á las manos. Al ofrecer el testimonio de su gratitud, por haberle facilitado el desempeño de su tarea, á mi excelente y antiguo amigo el Sr. D. Joaquín del Pino, le atribuye equivocadamente parentesco con el autor cuyas poesías colecciona. No tenía aquél semejante relación con el preclaro poeta, aunque sí vínculos muy apretados de paisanaje, y sobre todo de larga y fraternal amistad: precisamente el recuerdo de tan estrechos y cariñosos lazos, avivado por sus aficiones literarias y artísticas, le estimuló á reunir y ordenar con afanosa solicitud los escritos de su nunca bien llorado amigo, recogiéndolos de diferentes revistas y diarios, hoy en su mayor parte olvidados ó desconocidos de la generalidad del público, aunque buscados con codicia por algunos curiosos y diligentes cultivadores de los buenos estudios, que en su ferviente amor á lo bello, no reparan en la costa del tiempo y de la fatiga para desenterrarlo de voluminosas y polvorientas colecciones.

Conservaba D. Joaquín del Pino, además de esas obras ordenadas y coleccionadas con esmero, algunos autógrafos curiosos, que se relacionan con la más importante de ellas, y demuestran el aprecio que á poco de ser conocida, mereció á personajes extranjeros, doblemente ilustres por su instrucción y por su elevada jerarquía y á literatos eminentes como el Dr. Huber, distinguido profesor de la Universidad de Berlín, y el Barón de Humboldt, que

alcanzó en vida, y ha conservado después de su muerte, tan alto y merecido renombre en el mundo científico y literario. Inquietado el diligente colector de trabajos de tal importancia, y poseedor de documentos interesantes que realzan su mérito, por la idea de que unos y otros pudiesen quedar después de sus días oscurecidos, ó por lo menos á mala luz, tenía formado desde hace mucho tiempo el propósito de publicarlos. Vencidas algunas dificultades muy ajenas á su voluntad, que se le presentaron para la realización de su proyecto, se lo comunicó al que suscribe este prólogo, y la calorosa aprobación con que fué acogido, y la oferta de contribuir al logro de su empresa en cuanto me fuera posible, pusieron doble espuela á su deseo.

Así, pues, á D. Joaquín del Pino pertenece la iniciativa, y por consiguiente la mejor y mayor parte de gloria en esta merecida y por algunos muy deseada restauración literaria: por mi parte he procurado ayudarle en la medida de mis fuerzas, inferiores á mi deseo, á levantar y reverdecer la memoria del que fué discreto y queridísimo compañero de juventud para ambos, y se hizo además acreedor á la consideración pública por su rectitud, por su talento, por su instrucción y por su laboriosidad, consagradas al servicio de las letras, y también al del Estado en su corta pero brillante y aprovechada carrera diplomática. Si acertamos en algún modo á dar honra á quien con tantos y tan justos títulos la está pidiendo, habremos obtenido la recompensa más dulce á que podemos aspirar, dejando halagados, ya que no satisfechos por com-

pleto, los deseos de nuestro corazón y los fueros de la justicia.

He aquí explicados en breves palabras el origen y el objeto de la publicación de este libro, hecha con más esperanza de aplauso que de fortuna, porque es hoy empresa difícil despertar la atención del público, y lograr que la fije en obras de amena literatura, impresas por primera vez hace ya muchos años, no reimpresas desde entonces, y á cuyo título no está ruidosamente acostumbrado su oído.

Enrique Gil cultivó las letras con amor puro y desinteresado, sin dejar en ellas huella trastornadora, y la luz que despide su nombre es dulce y callada como la de las estrellas en el cielo. Desde que la muerte le arrebató prematura y desapiadadamente al cariño de su familia y de sus amigos, privando al mismo tiempo á la patria y á la literatura de uno de sus más celosos y distinguidos servidores, la sociedad española ha andado mucho camino, alejándose del punto de partida de aquella época por sendas fatigosas y nada seguras, y sigue andando con febril apresuramiento, quedándole poco vagar, y menos apacibilidad de espíritu para volver la vista á contemplar lo que va dejando atrás en su marcha, por pintoresco y placentero que sea, como no aguije su interés y solicite su atención algún incentivo poderosamente estimulador. Los repetidos y dolorosos sacudimientos sufridos en su rápida trasformación social y política, han dejado muy quebrantada su salud moral, y no poco se ha resentido del padecimiento su gusto literario y artístico en el transcurso de un período tan largo

de agitación y de fatiga. El gusto es planta exquisita y delicada; crece mal en terreno desigual y movido, donde no arraigan los afectos ni las creencias, y se resiente con facilidad de los cambios inclementes y rápidos de la atmósfera que le rodea. Ciertamente que la literatura está sujeta, como todo lo humano, á las variaciones de los tiempos; pero existe en el gusto un principio intrínseco y permanente que las invasiones de la novedad no siempre respetan, dejándolo lastimosamente estragado y torcido: no diré yo que dañe al arte la variación de las modas; pero sí y mucho, que dentro de cada una de ellas no sea el traje de buena tela, ni salga del taller con corte airoso y elegante, lo cual no se evita, en mi humilde concepto, sino con el estudio de los buenos modelos de todas las épocas y en todos los géneros.

Aun concediendo que no se lean hoy seguidamente con el mismo interés y deleite que cuando fueron escritas, una buena parte de las obras de insignes autores, hasta hace pocos años universalmente admiradas, preciso es reconocer que en todas ellas se encuentran por lo menos algunos trozos que son dechados de buen lenguaje y notables ejemplos en que admirar y aprender el arte, para mí casi divino, de dar esmerado pulimento y apropiada juntura á la frase, de tal modo que resalten en ella con todo el brillo, calor y fijeza que la palabra escrita pueda comunicarles, la expresión de la idea, la impresión del sentimiento, y la representación de la imagen: trozos que han de ser manejados, como quería Horacio que lo fuesen en su tiempo

los autores griegos, con mano diurna y nocturna, por todos los que aspiren á conservar el gusto derecho y bien cultivado. Y otro tanto puede decirse de varias producciones literarias en prosa y en verso, publicadas en época mas moderna, y quizá por esto merecedoras con más razón, del título de clásicas, porque cuando se escribieron era ya la crítica más exigente, y no toleraba el descuido y la afectación, con que alguna vez deslustran su estilo escritores muy señalados en el siglo de oro de nuestras letras. Considerándola desde este punto de vista, no deja de presentar interés y de merecer apoyo la empresa, nada tentadora bajo otros aspectos, de reimprimir libros de mérito incontestable, caídos en desdeñosa indiferencia, y de recordar honrosamente nombres ilustres, que después de haber recibido en este mismo siglo, y puede decirse en nuestros días, veneración y aplauso casi unánime, están hoy cercados de triste silencio y desalentadora oscuridad.

No hace mucho tiempo, y en ocasión solemne, uno de nuestros más distinguidos literatos, Secretario de la Real Academia Española, y á cuya pluma ha concedido Dios en buena hora el privilegio que en mala obtuvo Midas para su mano al resumir las tareas de aquella ilustre y docta corporación en el transcurso del año de 1881, con forma elegante y cautivadora en materia de suyo ingrata, y que más se presta á la aridez del examen que al agrado de la narración, citó, entre otros de la misma índole, el hecho verdaderamente desconsolador, de no hallarse agotada aún al cabo de vein-

tisiete años, y á pesar de haberse regalado gran número de ejemplares, la edición hecha en 1854 de las poesías de D. Juan Nicasio Gallego. No se puede dar prueba más triste del torcimiento ó de la anemia del gusto en nuestro país que ver desairada, con tal desvío del público, semejante colección de poesías, realzada por la autoridad académica, y en que tan gallardamente campean las *Odas á la defensa de Buenos-Aires* y *al nacimiento de la Princesa de Asturias*, las *Elegías al Dos de Mayo* y *á la muerte de la Duquesa de Frías*, y los *Sonetos á Lord Wellington* y *á la muerte de Judas*.

Contribuir en algún modo al remedio de lo que se considera un mal, es obra meritoria; y en ese concepto creen los editores de este libro que al reimprimir los escritos de un autor notable no sólo por la ternura y delicadeza del sentimiento, y por la intensidad y elevación de su idealismo, sino también por la corrección y limpidez de su estilo, prestan un servicio á las letras al mismo tiempo que realizan una noble aspiración, y cumplen un deber muy grato desagraviando de las injurias del olvido la memoria de un amigo doblemente ilustre por la excelencia de su corazón y de su ingenio.

Las obras que, coleccionadas, ofrecemos al público, están repartidas en tres secciones de índole distinta: damos en la primera la interesante leyenda tradicional, titulada EL LAGO DE CARUCEDO, y la novela EL SEÑOR DE BEMBIBRE, que puso el nombre de su autor, á gran altura, así en España como en el extranjero, y en cuyo examen nos ocuparemos más tarde y por separado, como lo exi-

gen á la vez la notoriedad y la importancia de su mérito. Van en la segunda varios artículos de crítica literaria, histórica y científica. Comprende la tercera un DIARIO DE VIAJE, hasta hoy inédito, algunos artículos del mismo género y otros de costumbres, en cuya tersa y pulida prosa lucen incrustados con primorosa labor retratos de tipos provinciales, cuadros de escenas populares, vistas de monumentos artísticos y pinturas de encantadores paisajes; todo esto enriquecido con noticias industriales, históricas y arqueológicas, todas ellas curiosas, y algunas de muy deleitosa enseñanza.

Bien quisiera hacer un examen detallado de los artículos que forman la parte más interesante de esta colección, y se refieren á estudios críticos, más ó menos detenidos, sobre obras importantes; pero semejante tarea, muy superior á mis fuerzas, por la variedad y profundidad de conocimientos que exige su desempeño, sería muy difícil, aun para persona más competente que yo y más habituada al acierto en el análisis, porque habría de aplicarlo á juicios críticos de géneros muy diversos, sugeridos al autor por impresiones de obras ajenas, y condensados ya en los estrechos límites del periódico, sin enlace ni sujeción á un plan seguido y completo de exposición de doctrina. Precisamente por esta circunstancia, me parece que el lector ha de consultarlos con más agrado y ventaja separadamente, que amontonados y confusos en extracto y en pocos y desaliñados renglones. Me limitaré, pues, á señalar algunos puntos culminantes, y dignos, en mi humilde sentir, de preferente atención:

hállase en este caso la refutación del juicio de Walter-Scott sobre Hoffmann, hecha con gran abundancia y calor de sentimiento artístico, y no menos copia de razones, en el artículo destinado á dar noticia de la traducción que hizo D. Cayetano Cortés de los cuentos del imaginativo escritor alemán. Entre los estudios que versan sobre producciones en distintos ramos de literatura de varios poetas, que compartían con justicia en aquel tiempo el aplauso y la admiración del público, el más importante y completo por varios conceptos es, según mi pobre entender, el de los *Romances históricos* del Duque de Rivas, en el cual examina con rápido pero muy seguro golpe de vista las diferentes fases de nuestra literatura desde lo que puede llamarse, con fundamento bastante, su restauración en el gusto frío, pero correcto y agradable, del clasicismo francés á mediados del pasado siglo, hasta la revolución iniciada en nuestros días con la estruendosa y deslumbradora aparición de la leyenda titulada *El Moro expósito*, y llevada más tarde á feliz término por su insigne autor con obras de significación más completa y genuína en su género. Con este motivo va desenvolviendo en atinadas observaciones, su opinión sobre la leyenda arriba citada, y que sirvió de guía á la nueva escuela poética para lanzarse por derroteros considerados hasta entonces como peligrosos, en busca de nuevos y más espaciosos horizontes en que explayar su vista y desplegar su vuelo; señala con gran acierto los defectos que amenguan y descoloran algún tanto su mérito por todos reconocido y justamente aclamado,

siendo el más notable de ellos, y singular en una obra que venía á destruir las trabas del clasicismo, el de haber empleado en ella el procedimiento clásico de exponer por narración hechos que la libertad y la anchura del romanticismo le convidaban á presentar en acción, por lo cual dice el articulista con mucha oportunidad, que el Duque de Rivas, al acometer su atrevida empresa literaria, iba más sujeto que lo que él creía por los mismos grillos que se arrojaba á quebrantar. No por eso le escatima el elogio, y lo derrama á manos llenas y con verdadera efusión al hablar de los *Romances históricos*, que con razón considera corona y digno remate de aquella empresa, complaciéndose en citar algunos trozos de los mas notables.

De muy distinto género, pero tal vez de más importancia, es el estudio sobre Luis Vives, que pone de manifiesto dotes de talento muy superiores y distintas de aquellas por las que Enrique Gil es más generalmente conocido. Es un examen laborioso y detenido, expuesto con gran solidez y claridad de juicio, reconcentrando como en un foco, por decirlo así, la brillantez y la intensidad de la luz irradiada sobre la historia y los progresos de la filosofía por aquella gran lumbrera del siglo XVI, cuyos rayos, traspasando la zona patria, inundaron esplendorosamente de gloria española las Universidades de Oxford y de Lovaina. Después de revindicar la parte que cupo en el movimiento intelectual del siglo XVI á nuestro país tan injustamente desdeñado, hace un bosquejo de la historia de la filosofía hasta el siglo XV, y marca los puntos

prominentes de ella en los tres anteriores, determinando las causas que habían traído, y asegurado el predominio del escolasticismo. Al llegar al XVI, en que floreció Luis Vives, señala con marcada simpatía los esfuerzos de éste para desalojar á aquella escuela de sus atrincheramientos, y ahuyentarla del campo filosófico. Sin negar á los escolásticos lógica en sus procedimientos y descubrimientos importantes, combate su sistema así en la esencia como en la forma, acusándolos de haber tenido el arte del raciocinio aprisionado en redes de sutilezas, y embastecido en fórmulas de argumentación reñidas con la claridad y la pureza del lenguaje. Y á este propósito cita la grosera máxima repetida con frecuencia en las aulas de París por el profesor Juan Dullard: «Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás.» Enumera los libros y tratados que publicó Vives, preparando el camino al logro de su empresa; y al hablar de los *Comentarios á los Libros de la ciudad de Dios*, reconoce que fué recibido este estudio religioso con desabrimiento, y prohibido en algunas partes (*), si bien atribuye estos efectos no á su espíritu, sino á la parte de colaboración que en él tuvo Erasmo de Rotterdám, tachado, y no sin fundamento, en algunas de sus opiniones, de inclinación á las doctrinas luteranas. Con este motivo aduce como pruebas de la firmeza de la fe católica en nuestro compatriota,

(*) Este libro aparece incluído en el Indice de los prohibidos con la cláusula *Nisi expurg. App. Id. Trid.* (Véase la pág. 320 de la edición oficial española, publicada por D. León Carbonero y Sol, en Madrid, año de 1880.

su correspondencia con el mismo Erasmo, y la conducta que observó en el proceso entablado por Enrique VIII para divorciarse de su esposa Catalina de Aragón, y en que su actitud digna y resuelta le atrajo la enemistad de aquel voluntarioso Monarca, y le costó por de pronto algunos meses de injusta prisión, y por último, salir desterrado del territorio inglés. Hace el análisis razonado de algunos libros de la obra, á que dió con razón Vives mayor importancia, y realmente la tiene, entre las muchas y muy interesantes que escribió, y á la cual puso por título *De las causas de la corrupción en las Artes*, y expone sus resultados trascendentales. No fija menos su atención en los *Ejercicios de la lengua latina*, enderezados á la mejor educación de la juventud, y animados del deseo de restituir á la lengua la pureza y la elegancia de que la habían despojado las fórmulas del escolasticismo. Y por último, se extiende en el examen de algunos tratados del insigne escritor sobre cuestiones relacionadas con el orden social, y dando á sus consideraciones en hondura lo que pierden necesariamente de extensión dentro de los límites del periódico, consigue dejar condensada en breve espacio, y por muy clara y elegante manera, la sustancia de las doctrinas del profundo filósofo valenciano.

El trabajo que acabo de extractar, y los que hizo sobre la obra de D. Martín Fernández Navarrete, relativa á los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV, y la no menos interesante que lleva por denominación: *Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios del Norte*, ponen de manifiesto

la envidiable diversidad de aptitudes en el talento de Enrique Gil, y su idoneidad para profundizar en los estudios más serios, sin que la reconcentración de las fuerzas intelectuales que exige la investigación científica, deje en manera alguna amortiguado el calor del sentimiento, debilitada la vivacidad de la fantasía ó descolorada la galanura del estilo. Muy lejos hubiera ido sin duda en ese terreno, si la muerte no hubiera atajado prematuramente su carrera, cuando empezaba á pisarlo con más firmeza y comodidad, cuando su estancia en un país que convida á la meditación y al estudio, y sus afectuosas relaciones con hombres muy distinguidos por su saber y por su laboriosidad le facilitaban medios de enriquecer y depurar el caudal, ya muy abundante, de sus conocimientos.

Por lo mismo que los artículos comprendidos en esta sección de sus obras se prestan á elogios fundados en la más estricta justicia, la imparcialidad me obliga á señalar algunos lunares, por fortuna muy pocos, que alguna vez los deslucen, y que bien considerados provienen, más que de la sana y vigorosa organización intelectual y moral del autor, del espíritu reinante cuando los escribió, y cuya acción trascendía de la política á la literatura y á la ciencia. Dentro de ese círculo estrecho y viciado mira y juzga alguna vez, de prisa y erradamente; pero cuando se mueve en la zona á que naturalmente le impelen la firmeza y el poder de sus alas, en atmósfera espaciosa y despejada de todo efluvio epidémico, ensancha y remonta su vuelo, y su vista penetrante y segura,

abarca por completo y examina con acierto los objetos en que la fija.

Es preciso tener en cuenta que cuando empezó á escribir, dominaba todavía en los estudios la influencia, que respecto á nuestro país pudieramos llamar doceañista: el espíritu habitualmente hostil á la Iglesia trascendía de las esferas oficiales á la parte no más numerosa pero sí más activa de la sociedad, infiltrándose en la opinión, y quebrantando en ella los principios religiosos al amparo de las ideas políticas. Los sentimientos formados por la educación en el seno de la familia, al salir del calor del hogar al aire libre, tropezaban con corrientes frías y nebulosas que á ratos amortiguaban y oscurecían en ellos la luz de la fe, y de ese mal se lamenta muy sentidamente nuestro autor en uno de sus apuntes del *Diario de viaje*, al pintar la saludable emoción que le causaban en tierra extranjera las solemnidades del culto católico, trayéndole recuerdos de su patria de abajo y *ambición de la verdadera que está en las alturas*. En medio de ese decaimiento general de las creencias, no es extraño que alguna vez se deje llevar de la tendencia de su época aunque sin empeño en seguirla. En el artículo que consagra al juicio crítico de los Romances Históricos del duque de Rivas, halla, aunque de pasada, algún parecido entre lo que califica de lúgubre y temerosa grandeza de la figura de Felipe II en el romance titulado *Una noche en Madrid en* 1578, y la del príncipe de las tinieblas de Milton. Aunque este párrafo, según mi flaco parecer, va en primer término encaminado á la comparación puramente literaria,

pudiera ser interpretada la frase por algunos, como guardando sabor de la empleada con frecuencia por los detractores de aquel rey, apellidándole el demonio del Mediodía. Afortunadamente otro de sus más notables artículos, y del cual no tardaré en dar noticia, aleja la sospecha de que su autor llevase al comparar una intención, que por lo exagerada tampoco cuadra bien ni á su talento ni á su carácter. No tiene la misma disculpa, porque no es interpretable, sino claro y preciso, el grave error histórico que comete, y sea dicho en honor de la verdad y de la justicia, aparece incidentalmente, y como dejado caer allí con apresuramiento, al dar cuenta de la representación en el teatro del Príncipe, del drama Macbeth, traducido en verso castellano por García de Villalta, y del injustificado desdén, con que fué recibida del público obra de tan insigne autor, y vertida á nuestro idioma por escritor muy puro y elegante. Queriendo explicar las causas de tan extraño acontecimiento, y fijándose para ello en la época del nacimiento y vida de Skaspeare, admite como verdadero el asesinato del príncipe Carlos por su padre Felipe II, invención de historiadores extranjeros, cuyas obras corrieron algún tiempo con inmerecido crédito. La circunstancia de haberla acogido y popularizado Schiller en uno de sus dramas más famosos, *Carlos*, *Infante de España*, contribuyó á que pasara poco menos que como artículo de fe entre no escaso número de personas ilustradas.

El protestantismo primero, y más tarde la escuela enciclopedista que no perdonaba medio de

llegar á su fin y naturalmente interesada en dar aspecto tenebroso y aborrecible á los personajes de más resalto en el orden social, cuyas bases, y en especial el catolicismo, pretendía demoler, se aprovecharon de aquella patraña novelesca para presentar rodeado de cierto aparato fantástico, y con marco muy negro en la historia, el retrato del monarca católico á poca luz, y esa á ratos alterada y descompuesta por el reflejo de las llamaradas del odio. Hoy la crítica histórica ha dejado desvanecida esa terrorífica fantasmagoría, y la verdad brilla en los hechos con fuerza tan viva y penetrante, que no basta cerrar los ojos, es preciso arrancárselos para no sentir su impresión.

Pero si Enrique Gil, al pasar por otros asuntos, mirando de prisa y de lejos, se deja fascinar por aquella artificiosa apariencia, cuando se pone á considerar de cerca y con detención lo que tiene ante su vista, la nobleza y la rectitud de su carácter, la elevación y la lucidez de su inteligencia le llevan por natural impulso á rendir culto á la verdad, y tributo de respeto y alabanza á lo que realmente la merece. Así, al considerar á Felipe II en su obra monumental, con razón llamada maravilla del mundo, concebida con tan grande alteza y espaciosidad de pensamiento, y llevada á cabo con no menos firmeza y perseverancia de voluntad, no sólo admira la severa y majestuosa grandiosidad, el orden unido á la belleza en el conjunto arquitectónico, la bien dirigida y ordenada disposición de cada una de las partes á su fin, la suntuosidad y brillantez con que las bellas artes parecen

complacerse en dar decoro y ornato á muchas de ellas, sino que fija, y con mucho cuidado, su atención en las fundaciones establecidas allí con el generoso intento de levantar á la mayor altura posible en aquel siglo las ciencias y las artes, á perfeccionar y extender los estudios de todas clases dentro del límite trazado á la conciencia del munífico fundador por sus deberes de supremo imperante y sus sentimientos de ferviente católico. No reprime el elogio al plan y á los resultados de tan útiles instituciones, y sobre todo á la anchura y largueza de su desarrollo, procurado con ardor y constancia á costa de enormes sacrificios en dispendio y fatiga, dejándolas ampliamente enriquecidas con las producciones más preciosas, y algunas, las más peregrinas, del ingenio y del saber hasta aquella época.

Así lo reconoce el ilustrado crítico, quien, lejos de sacar á la vergüenza en efigie, como prototipo de la intolerancia en su siglo, al fundador del Colegio y de la Biblioteca del Escorial, advierte con mucha oportunidad que en sus reinos pudo circular sin inconveniente el tratado *De rege et regis institutione*, quemado en el de Francia por manos del verdugo, y acaba por formular su juicio en la siguiente frase, que copio textualmente: «No ahogaba, sino que procuraba encaminar á un fin los elementos de progreso intelectual, que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas».

Tales fueron las impresiones que trajo de su viaje al Escorial, y ha dejado estampadas en el

interesante artículo que lleva este nombre; y esas impresiones brillan allí con luz primaria y seguida, mientras que las apreciaciones hechas de paso, á que más arriba me he referido, la reciben secundaria y fugaz. No favorece menos aquella luz al hombre que al Monarca: al considerar el contraste entre la amplitud y riqueza de todo lo que en el monasterio del Escorial se relaciona con el esplendor del culto católico, la gloria de la nación, la enseñanza y el recreo del público, y la estrechez del aposento, y descomodidad de los muebles que el fundador reservó para su uso habitual; al recordar que en aquella estancia sombría y mal acondicionada soportó con estóica firmeza y cristiana resignación tan crueles y prolongados padecimientos; al meditar sobre las palabras que dirigió á su hijo poco antes de morir, y por decirlo así, desde el dintel de la eternidad, forzoso es confesar con Enrique Gil que aquel hombre vivía en la región de las ideas y de los grandes hechos.

La reseña que dejo bosquejada con inexperta y tosca pluma de algunos de los artículos comprendidos en la parte de esta Colección correspondiente á crítica literaria, histórica y filosófica, puede dar al lector una idea aproximada de la importancia y variedad de las materias tratadas en ellos: de los que se refieren á viajes y costumbres nada diré, porque no ha de dar mayor interés á las noticias útiles, amenas y curiosas que contienen el repetirlas aquí, y en cuanto á las bellezas que abundan en la descripción de tipos y paisajes, son de aquellas que entran en el ánimo por impresión y

no por examen, y se saborean mejor que se analizan.

Su autor dió á luz estos trabajos tan numerosos como variados, además de los muchos que honran su nombre en otros ramos de literatura, en un espacio de tiempo relativamente corto, desde fines de 1837 á principios de 1844: hizo su entrada en las letras publicando primero en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, y después en el periódico literario *No me olvides*, correspondiente al 24 del mismo mes, su composición poética titulada *Una gota de rocío*, dedicada á D. José María de Ulloa, uno de sus amigos más queridos, como también lo fué de los que editamos esta colección; hombre de claro y agudísimo ingenio, de vasta y bien aprovechada lectura, de muy amena conversación, y sobre todo dotado de gran firmeza y severidad de carácter, como lo demostró resistiendo á las reiteradas y cariñosas instancias de su hermano el Conde de Adanero para que se retirase del servicio público y renunciase el cargo de magistrado que desempeñaba en la Audiencia de Puerto-Rico, y en el cual murió víctima de la epidemia de fiebre amarilla, que castigó aquella isla en el año de 1853. Fué recibida tan preciosa poesía con grande aplauso en el mundo literario, y el director del segundo periódico en que se insertó, D. Jacinto Salas y Quiroga, felicitó calorosamente á su autor, presagiándole grandes triunfos en el nuevo género poético que había adoptado para su obra, y comparándole por el estilo y por el pensamiento, al inspirado cantor de las *Melodías irlandesas* y de *Lalla Rookh*. Andaba

todavía en aquella época muy encendida la lucha entre la escuela clásica y la romántica, si bien ésta iba ganando terreno cada día, y á grandes pasos; y del influjo de esa lucha, de sus causas y de sus resultados, algo hay que decir, tratándose de un escritor que floreció en ese período tan trascendental y fecundo para las letras españolas, y por lo tanto, digno de observación y de estudio.

Algunos años antes de tomar Enrique Gil puesto, que desde luego fué delantero, en el movimiento literario de su patria, había empezado éste á ir algo agitado y descompuesto, queriéndose salir del cauce por donde tanto tiempo había marchado con corriente más ó menos nutricia y levantada, pero siempre dentro de diques conocidos, cuya severa, correcta y alineada construcción venía de muy atrás acostumbrado á respetar.

Florecía entonces con gran vigor y lozanía un plantel de jóvenes literatos muy aventajados en talento, y algunos no menos en sus condiciones de carácter: acalorados por ráfagas de aire trastornador que se dejaban sentir con violencia en la atmósfera política, alcanzando en parte á la literaria, deseaban mayor libertad y desembarazo para las concepciones de su espíritu, más variedad y anchura en la elección de los asuntos y en la manera de tratarlos, si bien en la de expresarlos gustaban todavía de vestirlos con ropaje ceñidamente ajustado á la forma académica y castigada, que sabían colocar con gracioso y elegante pliegue, porque habían sido educados en escuela ortodoxamente clásica, y obtenido en ella brillantes y repetidos

triunfos, legítima y ruidosa alabanza. Arreciaban, cobrando cada vez más fuerza y extensión en la esfera política y literaria, los vientos innovadores, cuyo primer impulso partía de lejos y de fuera de España, empujando hacia nuevos y convidadores senderos á tan lucido acompañamiento de las Musas; pero al poner el pie en ellos, la mayor parte de aquellos ingenios felices, tuvieron el buen acierto de no dejarse ofuscar por los relumbrones de un romanticismo artificial en el género del Vizconde d'Arlincourt, novelista entonces todavía muy en moda, á quien no faltaban cualidades de tal, sobre todo fuerza y viveza de imaginación, pero de estilo ampuloso, y muy cargado de barniz sentimental. Buscaron modelos de más grandeza y naturalidad en la inspiración, y al mismo tiempo más simpáticos y halagadores del sentimiento patriótico, que con gran fuerza embargaba sus ánimos, animándolos con la esperanza de la próxima restauración y engrandecimiento de España en nuevas y bulliciosas formas de gobierno. Se entusiasmaban con los valientes cantos de Byron á gloriosas nacionalidades caídas, y gustaban de la vivaz fantasía y minuciosa delectación con que Walter-Scott realzaba las tradiciones de la antigua Escocia. Influían en esta tendencia, además de los recuerdos de la estrecha y larga alianza de España é Inglaterra en la gloriosa guerra de la Independencia, otras causas no desprovistas de importancia: el corto pero escogido círculo de personas que seguían con interés el movimiento político y literario del extranjero, influyentes en la opinión pú-

blica, ya por su posición social, ya por su cultura intelectual, no podía menos de ver con patriótica satisfacción el aprecio hecho en Inglaterra de nuestro carácter y de nuestra literatura por escritores de primer orden, cuya fama llenaba entonces el mundo. Lord Byron había popularizado los tipos españoles en su *Don Juan*, y dedicado las estrofas más inspiradas de Childe-Harold, á enaltecer la fiereza y la impetuosidad del patriotismo español, y pocos eran los aficionados á la poesía, y conocedores del idioma inglés, que no supiesen de memoria y recitasen con patriótico fuego la magnífica invocación á España

¡O lovely Spain renown'd romantic land!

Walter-Scott por su parte había dado también muestra de sus aficiones españolas, haciendo frecuentes alusiones en sus obras á nuestras costumbres populares, á nuestro idioma y á nuestra literatura, y encabezando el grupo tal vez más interesante de sus novelas con un trozo en lengua española del capítulo, en que Cervantes refiere el escrutinio de la librería de *Don Quijote;* por otra parte, sus pinturas de costumbres y de tipos populares, causaban viva y agradable impresión por lo mismo que nuestro país conservaba fisonomía propia y todavía llevaba muy hondamente marcado el sello de la nacionalidad en creencias, en costumbres, y hasta en trajes. Las relaciones literarias entre España é Inglaterra, eran á la sazón frecuentes y afectuosas; la emigración española ha-

bía encontrado hospitalaria acogida en los centros estudiosos de Londres, y en las cátedras de aquella capital resonaba con aplauso la voz de doctos y elocuentes profesores españoles. Con dedicatoria escrita en lengua inglesa, y dirigida á personaje inglés, encabezaba el Duque de Rivas la más renombrada de sus obras, *El Moro expósito*, y en el sexto de los romances que la componen, rendía á Inglaterra el tributo de su admiración y de su gratitud, llamándola

. . . . la más rica
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nación, que el sol, desde el Zodiaco mira.

Pocos años antes, D. Telesforo Trueba y Cosío, había popularizado en Inglaterra las tradiciones españolas con obras que alcanzaron gran éxito, siendo las más notables en este concepto, y muy encomiadas por la prensa inglesa, la colección titulada *The Romance of History Spain* y las dos novelas anteriores á ella *Gómez Arias* y *The Castilian*, de las cuales la primera fué traducida al español y publicada en 1831 por D. Mariano Torrente (*).

Todas estas causas, reunidas, y obrando cada una dentro de su esfera de acción, hubieron de impulsar á varios literatos españoles, algunos de grande y merecida nota, á escribir novelas basa-

---

(*) Véase el concienzudo y muy atinado estudio crítico sobre Trueba y Cosío, debido á la elegante y erudita pluma del Sr. Menéndez Pelayo, y publicado por éste en Santander el año de 1876.

das en la historia y en las tradiciones de nuestro país, que en su mayor parte tenían el corte de las de Walter-Scott, y alguna, de autor más docto que inventivo, el paño y todo (*).

Vieron la luz pública en la primera mitad del decenio de 1830 á 1840; pero este nuevo género literario, bien recibido en un círculo social poco extenso, no traspasó mucho esa circunferencia, á pesar del mérito de algunas de las obras, y nombradía de la mayor parte de sus autores: no logró por tanto popularizarse, sin cuyo requisito lo nuevo difícilmente prospera. Por otra parte, aun aquellos que recibían con aplauso ese ensayo de una clase de producciones del ingenio hasta entonces desconocida en España, por lo mismo que estaban familiarizados en obras extranjeras con el espíritu que las había inspirado, echaban en ellas de menos el brío avasallador de la originalidad, y sabido es que la imitación, por muy feliz que sea, y grande la boga que pueda darle la moda en determinado momento, ahonda poco en el gusto del público. Así, pues, los privilegiados ingenios, que al romper las trabas del antiguo y estrecho clasicismo, se lanzaron á buscar en la historia y en las tradiciones, nuevas

---

(**) *Los Bandos de Castilla ó El Caballero del Cisne*, novela escrita por D. R. López Soler, sacada á luz en Valencia el año de 1830, con un prólogo notable por la limpidez del estilo, y en que el autor, á vuelta de algunas breves, pero muy atinadas consideraciones sobre las cuestiones que agitaban el campo literario en aquel tiempo, confiesa haber traducido de intento, acomodándolos á su novela algunos pasajes de las de Walter-Scott é imitado otros muchos.

fuentes de inspiración, acertaron en la elección de asuntos, pero erraron en la forma escogida para presentarlos: el recuerdo de sucesos caballerescos y populares de nuestra historia era indudablemente el resorte más poderoso para levantar el sentimiento y el gusto del romanticismo en nuestro país, pero había que vestirlo de forma más adecuada á la libertad del nuevo género, y que participase á la vez de lo novelesco y de lo poético.

Vino á realizar esta aspiración, generalmente sentida, y que pugnaba entonces por encontrar su verdadera y genuína forma de expresión, el Duque de Rivas, publicando, casi en la misma época, su famosa leyenda *El Moro expósito*, precedida de un excelente prólogo, que á lo castizo del lenguaje y á lo atinado de las observaciones, que realzan su mérito literario, reunía el no menos interesante de la oportunidad. Iba acompañada además esta publicación de la de otras producciones poéticas más cortas, pero de la misma naturaleza, muy acomodadas al genio y despertadoras del gusto nacional, acostumbrado á paladear sus tradiciones de todos géneros en el romance y en el drama, expresión más halagadora del sentimiento, y más impresionadora de la fantasía, sobre todo en los pueblos meridionales, que la novela histórica, obra por su naturaleza de más artificio y de menos espontaneidad. Cierto es, que en aquel poema, tan notable por la riqueza y novedad de la invención, y por la abundancia y galanura del estilo, perjudica al efecto general, la multiplicidad y variedad de los sucesos, que debilitan el interés del

lector, obligándole forzosamente á repartir su atención en las distintas leyendas que abraza. Nótanse también, además de este defecto, que mejor pudiéramos llamar sobra, algunas reminiscencias de la novela inglesa en ciertos episodios y tal cual ligero descuido en el habla, prueba de que la labor no llevó todo el tiempo y la lima que su egregio autor hubiera deseado; y así lo confiesa él mismo, en una de las notas á su obra ¡tal prisa le dieron á publicarla sus editores, enemigos acérrimos del clasicismo, hasta el punto de llamar tiránica la influencia de su gusto, y calificar *mucho de lo que parece bueno en nuestro Parnaso*, sobre todo, en el que entonces podía considerarse moderno, *de pura palabrería en estilo bombástico!* Así y todo, obtuvo éxito grande y causó general entusiasmo este nuevo género de literatura, que reunía al interés de la novela histórica la libertad y la gala de la poesía juntamente con el seductor halago de la rima, y en que el espíritu nacional se mueve animado de vida propia y pintorescamente ataviado en personajes que respiran el aire, por sitios que brillan á la luz de España, y en que los sucesos brotan con brío y desenvoltura, no sólo en tierra española, sino de raíz honda y vigorosamente trabada en ella.

No había trascurrido mucho tiempo desde que su esclarecido progenitor fundó en nuestro país este nuevo linaje de poesía, muy adecuado á sus condiciones nativas, y de larga y gloriosa sucesión, cuando empezó á entrar en la vida literaria la nueva generación poética, que muy pronto había de dar airosas muestras de su ánimo y de sus

fuerzas: educada en principios muy distintos que la precedente, apellidóse resueltamente romántica, haciendo altiva y descompuesta ostentación de este título, significándose algunos de sus individuos hasta en accidentes caprichosos y originales, que afectaban al porte exterior de sus personas. Mal sufridora de trabas, no se avenía bien, ni con el fondo ni con la forma de la poesía lírica de principios de este siglo y última mitad del anterior; y de ahí atrás, cultivaba el gusto y nutría la inspiración en el nervio y en la originalidad de nuestros antiguos romances; en la grandeza, ingeniosidad y cortesanía del drama calderoniano, y, para exornar, cuando el asunto lo requería, la parte que pudiéramos llamar morisca de las leyendas y poesías relacionadas con la tradición árabe española, en una mezcla del estilo de las orientales de Víctor Hugo con el lujo y sonoridad de la escuela poética andaluza del siglo XVII, á la manera de Pedro de Espinosa en su fábula del Genil. Llevaba con aplauso, pocas veces igualado, la bandera en aquella distinguida cohorte de jóvenes y alentados exploradores de nuevas sendas en el Parnaso español, D. José Zorrilla; á quien, por justa que sea la censura que hayan podido merecer de la crítica las producciones de sus primeros tiempos, no se le puede negar la gloria de haber sido el más fecundo y renombrado poeta de nuestros días, á quien en la leyenda popular ninguno aventaja, y en el drama de forma antigua pocos igualan. Versificador infatigable, la rima le obedece sumisa y hasta complaciente, tomando bajo su pluma for-

mas varias y apropiadas á lo que desea expresar, y que comparadas con las proporciones simétricas y ordenadas de las composiciones poéticas más celebradas de forma clásica, ofrecen un contraste muy parecido al de los caprichosos calados de los alcázares árabes y los encajes de piedra de las catedrales góticas con las líneas severas y las apareadas molduras de las construcciones de Herrera.

Cuando este superior y celebrado ingenio poético dió los primeros pasos en la carrera de sus triunfos, ya se había verificado una notable desviación en el gusto literario, de lo cual es buena prueba el éxito que alcanzó en auditorio tan numeroso como ilustrado la lectura de la composición á la muerte de Larra, debido, más que á su mérito intrínseco, en mi sentir escaso, á las circunstancias de haberla fundido su autor en molde muy distinto del elegiaco, ordinariamente usado en semejantes ocasiones y de haberla empezado á recitar con entonación á que no estaba acostumbrado el oído de la mayor parte de los concurrentes en aquella fúnebre, y por tantos conceptos triste ceremonia. Vino también á probarlo, aunque por más lamentable y enfadosa manera, la puja de romanticismo promovida entre muchos sectarios más fervientes que afortunados de la nueva escuela: resonaban por entonces á cada momento ecos lúgubres y plañideros de lamentos y maldiciones en las grutas del Parnaso, cubrieron su suelo en gran abundancia plantas sombrías y lloronas, y apenas era dable divisar sus cimas, sino á los melancólicos rayos de la luna, ó á los rojizos resplandores del relámpago. Afortu-

nadamente pasó pronto aquel furor, y poco á poco fué calmándose el apetito desordenado de buscar notoriedad adulando con exageración las aficiones reinantes: no tardó mucho en quedar seca la maleza por falta de jugo, y crecieron en el mismo terreno, con desahogo y brío, ramas derechas y lozanas, demostrando el vigor y la limpieza de su savia en la abundancia y exquisita calidad de las flores y de los frutos. Con el tiempo fué apagándose el encendimiento y el ruido de la lucha entre los dos bandos, y el romántico, al ir cobrando dominio en la tierra española, no desterró de ella lo que tenía de legítimo y de bueno la forma clásica en el adorno y compostura del pensamiento.

En esa época de serenidad y de reposo para las letras españolas, y corriendo ya muy entrado el año de 1844, publicó Enrique Gil su celebrada novela, cuando ya ocupaban puesto honroso, pero tranquilo, en las bibliotecas públicas y particulares las de carácter histórico publicadas diez años antes, y que no sólo por su género, sino también por la intención, y la casi simultaneidad con que salieron á luz pública en determinado período de tiempo (*), parecían animadas del mismo espí-

(*) En 1830 publicó López Soler su novela *Los Bandos de Castila ó El Caballero del Cisne;* en 1831, D. Mariano Torrente, la traducción de la titulada *Gómez Arias*, escrita en inglés por Trueba y Cosío; y Pichot su *Historia de Carlos Eduardo*, inspirada en *Waverley* y en las *Baladas Escocesas*, que obedece al mismo espíritu, y forma parte de la colección de novelas que imprimía entonces Jordán; en 1834 salieron á luz *Sancho Saldaña* y *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, escritas la primera por Espronceda, y la segunda por Larra; y en 1835, *Ni Rey ni Roque*, por Escosura, y *El Golpe en vago*, por García de Villalta.

ritu, y siguiendo en su tendencia, el movimiento impreso en Inglaterra con gran fuerza de atracción á este ramo de literatura. No se hallaba en el mismo caso EL SEÑOR DE BEMBIBRE: su autor no se propuso imitar ni á Trueba ni á Walter-Scott; ciertamente que cultivó el mismo género que éste en algunas, las menos, de sus novelas, y en este sentido puede decirse que siguió sus huellas, porque dentro de ese terreno forzosamente había de tropezar alguna vez con ellas: pero la verdad es que ni las busca, ni mucho menos ajusta á ellas cuidadosamente su pie. Si Enrique Gil, dada la época en que escribió su obra, se hubiese propuesto imitar al insigne literato escocés, hubiera ido á conocerle y estudiarle en lo que este llama gráficamente su *peculiar distrito literario*, donde su pluma corre desembarazada y muy á gusto, animándose al contacto de la descripción en los tipos, paisajes y costumbres de la antigua Escocia, pero no en sus novelas de carácter histórico general, que si bien dan brillante muestra del privilegiado ingenio y de las dotes de estilo que le adornaban, parecen escritas, y realmente lo están, con más arte, pero con menos originalidad, y no le hubieran conquistado, según mi humilde entender, el título de maestro con escuela propia, y manera de pintar marcadamente suya, é imposible de confundir con ninguna otra. Para convencerse de la verdad en lo que voy diciendo, basta comparar en dos de sus famosas novelas, aunque cada una de distinta índole, la descripción de sucesos que tienen, no diré completa semejanza, pero sí bastante analogía en

algunas de sus circunstancias más importantes; el paso de armas en *Ivanhoe* y el combate de los dos clans de Chattan y Quhele en *The fair maid of Perth*. El asunto de los dos cuadros, puede decirse que en lo esencial, es el mismo; un combate cuerpo á cuerpo entre mayor ó menor número de campeones, en campo cerrado, y bajo condiciones ajustadas de antemano, presidido por un Monarca acompañado de los magnates de su corte, y presenciado por la muchedumbre impaciente y ansiosa de emociones. La narración del torneo va exornada de todo el aparato, y animada con todas las peripecias más propias y mejor escogidas para la representación viva y penetradora de lo que podía ser en la época elegida por el autor el espectáculo más imponente y grandioso de aquella clase; pero ninguno de los lances que nos ofrece llega, ni con mucho, á producir las sensaciones que sobrecogen y aterran en la lucha de los dos bandos escoceses, implacable y tenaz como el odio reconcentrado, y la rivalidad secular que la motivan y encrudecen. En el primer caso, el efecto no es más que el de la narración brillantemente fantaseada de un suceso interesante, abundando en incidentes, ya cómicos, ya trágicos, que descubren la propensión natural del ingenio del autor, y presentada de la manera más propia para despertar y sostener el interés del lector; pero en el segundo se presencia la acción, se la está viendo en los varios y aterradores incidentes que sobrevienen inesperadamente y se suceden con fuerza tan atraedora, que no es posible apartar ni un instante la vista de ellos. Se ve crecer por momentos el enar-

decimiento de la pelea, y los combatientes en su indomable energía saltando por encima de todas las vallas, atropellan toda clase de miramientos y reglas, y desconocen hasta los afectos más naturales del alma. Aquel padre que llama á sus hijos con un grito salvaje y los lleva uno en pos de otro á morir en defensa del honor de su tribu y de la vida de su jefe, diciendo, al verlos morir, que no habían venido al mundo para otra cosa; aquellos ancianos que debían permanecer impasibles y severos espectadores de la lucha, al lado cada uno de la bandera de su clan, y no pudiendo contener la pasión que hierve en su vieja sangre, al aspecto del combate, arrancan del suelo las astas de esas banderas, y acometiéndose con sus puntas, luchan cuerpo á cuerpo hasta morir abrazados rabiosamente el uno contra el otro; aquellos gaiteros que olvidan la neutralidad de su oficio al ver los huecos que hace la muerte en sus camaradas, y se lanzan, armándose de sus puñales, en la pelea, hasta quedar el uno muerto y el otro mortalmente herido; y por último, aquellos guerreros que no pudiendo ya tenerse en pie por el número y la gravedad de sus heridas, recogen las fuerzas para llegar arrastrándose al foco de la pelea, son toques de luz crudos y vivaces, que hacen resaltar de una manera inusitada el colorido en las partes más salientes del cuadro. Ese talento admirable en buscar los incidentes descriptivos, dándoles color y relieve, y al mismo tiempo la valentía y el detenimiento en dejar bien señaladas las líneas, y muy ahondados los rasgos que dan fisonomía propia á

lo que pinta, sin olvidar ninguna circunstancia de localidad que en algún modo pueda contribuir á la fuerza y á la verdad de este efecto, constituyen, si he de juzgar por mis impresiones, la manera original y distintiva de Walter-Scott: cuando cuenta, se le vienen á la mano detalles que echar en la narración para avivarla; cuando describe, parece que aquellos sitios no pueden estar en otro país ni habitados por otros sujetos.

Enrique Gil es mucho menos objetivo y más ideal: menos vigoroso, ciertamente, pero también mucho más dulce y delicado en sus descripciones: el principal encanto de sus paisajes está en la luz y en el calor del ambiente; sus personajes no brillan tanto individualmente como agrupados, para dar impulso á la acción y llevarla al desenlace. Pero por lo mismo que posee en tan exquisito grado de finura el sentimiento de lo tierno y de lo bello, no halla, al darle expresión, en su pluma la abundancia y el desembarazo, que así en lo trivial como en lo sublime, distinguen tan marcadamente al famoso narrador de las tradiciones de Escocia. Peca éste de exceso en las cualidades que le son geniales y resaltan con tanta brillantez en su estilo, dándole por lo general un atractivo, que sus admiradores califican con razón de mágico: la misma complacencia con que se detiene en lo que va contando ó describiendo, le hace á veces prolijo y repetidor, y, según mi flaco parecer, no resulta tan unida la estructura del plan en algunas de sus novelas como en la española, que está siendo el objeto de nuestro examen.

***

Estos son los motivos que tengo, y no los creo infundados, para separarme de la opinión de uno de nuestros críticos más respetables, que considera á Enrique Gil como el escritor que en nuestro país ha seguido con mayor fortuna las huellas de Walter-Scott, si en este modo de juzgar va envuelta la idea, como algunos pudieran suponer, de presentarlo, aunque desde el punto de vista más brillante, como imitador del novelista escocés. En mi concepto, ni se propuso imitar, ni realmente imita: no he encontrado en su obra más rasgo notable que me traiga recuerdo de otras, sino la fiereza con que, tanto el villano y artero Conde de Lemus, como el noble y sencillo Cosme de Andrade, cogidos en sus propias redes, y á merced de sus adversarios, les declaran resueltamente que están prontos á padecer de ellos sin queja, lo mismo que pensaban hacer con ellos, si hubiesen caído en sus manos. No hay, pues, razón bastante para calificar de imitación al SEÑOR DE BEMBIBRE, que á mi juicio puede reclamar la nacionalidad española por nacimiento, y no por carta de naturaleza, por muy honoríficos que sean los títulos en que se quiera fundar la concesión.

Es cierto que su argumento tiene algún parecido con el de la novela *The bride of Lammermoor*, en cuanto que ambos tienen por base la pasión amargamente contrariada de dos jóvenes amantes, que se prestan mutuo juramento de fidelidad, violado por uno de ellos, cediendo á la combinación fatal de fuerzas irresistibles, que atropellan el amor, pero no sin romper al mismo tiempo el co-

razón y hasta la vida en que está encerrado. Tema ha sido este tratado en diferentes géneros de literatura, y por diversos autores, en su mayor parte de primer orden, pero por muy distinta manera. Hay analogía en el asunto, y hasta en los móviles que lo ponen en acción; pero en el modo de conducirlo y de dar juego á los afectos, la diferencia es tal, que no deja lugar ni á indicio de imitación. A primera vista salta á los ojos cierta impresión de semejanza, pero pronto se desvanece: es la que produciría el parecido en el corte de las facciones ó del cuerpo en distintas personas, miradas á cierta distancia, y mientras permanecen quietas; pero que en el momento mismo de moverse, presentan tal diferencia en su modo de andar, y en el aire de sus movimientos, que no cabe ni confundirlas, ni equivocarlas.

La novela de Enrique Gil, en su parte histórica, presenta un cuadro hábilmente concebido y magistralmente desempeñado, de uno de los sucesos más importantes de su época, la disolución de la Orden religiosa y militar de los Caballeros del Temple en Castilla, precedida de la lucha suprema, en que aquella temida y envidiada milicia, herida y todo de muerte, se incorpora en las convulsiones de su agonía con tan impetuoso arranque, que da en tierra con todo el poder unido del Monarca y de los magnates conjurados contra ella. Por campo tan vasto y variado corren y chocan con los acontecimientos las pasiones más recias del corazón humano, llevadas valientemente por caracteres enérgicos y sostenidos, los más de ellos nobles,

alguno villano, pero todos vigorosos y bien desenvueltos. Allá, en el fondo de ese cuadro imponente y sombrío, y rompiéndose en las duras y prominentes desigualdades de los sucesos, centellea unas veces con luz seguida y melancólica, otras con destellos rápidos y vivaces el encendimiento amoroso de dos almas nacidas para respirar á raudales el aire y la luz en ambiente puro y sereno, y condenadas fatalmente á la angustia en una atmósfera tempestuosa y espesa, mal resistida por la exquisita delicadeza de su organismo. El autor vierte en esta desgarradora historia de amores, mitad idilio y mitad elegía, el tinte suave y la dulce ternura de sentimiento, que rebosan en su alma de poeta; el interés nunca decae, y en ocasiones sorprende inesperadamente, apoderándose por completo del alma, y subyugándola por la grandiosidad de la escena y por el choque encontrado y violento de afectos en los personajes que intervienen en ella. De este género es la aparición del Abad de Carracedo, interponiéndose como una visión fantástica, y atajando el camino á los dos amantes, lanzados ya fuera del deber en busca de una felicidad, que están viendo escapárseles por momentos: aquella figura venerable que sale de las sombras y del silencio de la noche para dirigir al Señor de Bembibre, con ademán imponente y voz acusadora como de la conciencia, el terrible apóstrofe «¿á dónde vas, robador de doncellas?», es de un efecto sublimemente conmovedor, y preparado con suma habilidad por el autor, porque cae sobre el ánimo, ya dolorosamente impresionado con el espectáculo

desgarrador que poco antes le ha presentado de la lucha congojosa entre los estímulos de la pasión y los llamamientos del deber, y en que éstos quedan caídos, aunque no pisoteados. Y con la misma fuerza y verdad de sentimiento cierra el autor la situación con llave de oro en la última parte del capítulo, que no es posible leer sin que asomen las lágrimas á los ojos.

De las personas que intervienen principalmente en la acción la más seductora, y aquella cuyo carácter penetra con más dulzura en el alma, dejando su impresión más pegada en ella, es Doña Beatriz, infortunada novia del Señor de Bembibre: su figura se desprende de las sombras, que la rodean con gran suavidad y pureza en sus contornos, cautivando la simpatía, tanto por el interés que inspira lo duro y lo inmerecido de su desgracia, como por la mezcla sin desentono ni violencia de cualidades muy distintas, que resplandecen en ella al mismo tiempo: la energía y la dulzura, la valentía y la discreción, la delicadeza y el vigor del espíritu.

Excita el interés en más alto grado, por lo mismo que se la ve víctima de pasiones implacables, para ella desconocidas y antipáticas, que rugiendo á su alrededor, la empujan, golpeándola sin tregua ni piedad, al camino en cuyo término está viendo con aterradora evidencia la desgracia irremediable de su vida entera. ¡Pobre y hermosa flor tronchada violentamente de su tallo, caída y despedazada con dureza en la corriente de las pasiones humanas más ásperas y desapiadadas!

El cerco del castillo de Cornatel, los asaltos intentados para tomarlo, y la defensa hábil y enérgica de los guerreros del Temple forman el episodio histórico más importante de la novela, cuya descripción está hecha con grande animación y maestría, desenvolviendo los incidentes de aquella lucha titánica, de manera que el interés se va excitando con más viveza en cada hecho de armas hasta llegar á reconcentrarse con verdadera ansiedad en la terrible catástrofe que la termina.

En el grupo general de los combatientes, descuella como tipo genuinamente popular el cabrerés Cosme de Andrade, castellano viejo de pura raza, honrado, inteligente y leal, que ayuda á su señor sin servilismo por el sentimiento de la fidelidad y por el cumplimiento del deber, dispuesto siempre á poner sin jactancia, pero también sin bajeza, á disposición de la causa que se cree obligado á servir, su valor y su pericia, pero de ningún modo su hidalguía ni su conciencia. Inteligente, pero á la vez sencillo, acoge los rumores esparcidos en el vulgo contra los templarios; pero pueden más en él la nobleza de sentimientos y el buen sentido que la credulidad supersticiosa, y su alma agradecida se rinde á la evidencia de los hechos al comparar los procederes generosos de aquellos caballeros con los que la malicia y el odio les atribuían infundadamente.

No son menos notables, por la exactitud con que están delineados y por la naturalidad del colorido que en ellas resalta, las figuras de la ladina doncella de Doña Beatriz y del leal servidor de

D. Alvaro, pareja simpática, en que el cariño que se profesan, aunque de buena ley, siempre se acomoda en sus manifestaciones á la clase social á que pertenecen; pero si el amor carece en ambos de la delicadeza y apasionamiento propios de organizaciones más delicadas y superiores, en cambio resplandece en ellos con gran fuerza de verdad el sentimiento más característico de la honradez en las personas de su condición, el amor y la fidelidad á los que Dios les había dado por amos, y el apego á la casa en que encuentran cariñoso albergue, y lo han encontrado también sus antepasados.

Las situaciones, ricas de interés, abundan en toda la obra: citarlas todas sería exponerse á desflorar el placer con que ha de saborearlas el lector; pero bien puedo llamar su atención sobre algunas que, en mi sentir, le han de conmover muy tiernamente, y con ese objeto no puedo menos de citar la angustiosa escena á que da lugar en el capítulo XIII, la enfermedad de Doña Beatriz y su salvación casi milagrosa de la muerte, al parecer segura é inminente; situación á que ponen término de una manera sublime la oración y el abrazo de seres unidos por el mismo cariño, que vuelcan su corazón uno en otro, dejando correr y fundirse en lágrimas silenciosamente los sentimientos á que su misma emoción no les deja dar vado en la palabra. No es menos interesante en los capítulos XVII y XVIII la relación de la entrevista entre D. Alvaro y Doña Beatriz; bellísima es también en el primero de dichos capítulos la descripción de la entrada del otoño, que produce en el alma un suave

ablandamiento que la predispone á recibir y guardar más hondamente la impresión de los sucesos. Las dolorosas escenas en que se prepara y completa el desenlace de aquel drama de amor con la muerte de Doña Beatriz, son admirables por la abundancia y la ternura del sentimiento no menos que por la brillantez y oportunidad de las imágenes: la gradación sucesiva y prolongada de la agonía congojosa que va con creciente angustia oprimiendo el aliento en el alma y quebrantando la fuerza en el cuerpo, es de una amargura desgarradora. La llama de la vida tenue y vacilante, que parece reanimarse un momento al soplo de la esperanza, se extingue lenta y penosamente en aquella naturaleza amante, arrastrada con dureza al sepulcro por el brazo inflexible de la muerte, precisamente cuando la vida la está llamando adornada de sus más risueños colores, y convidándola con un porvenir ya asegurado de amor y de felicidad.

Esmaltan la narración de estos tristes sucesos descripciones de una magia seductora, y no es de extrañar que cautivara la atención del Barón de Humboldt, y se fijara en ella con tanto deleite, la bellísima del país recorrido por Doña Beatriz en su viaje desde el monasterio de Villabuena á su casa de Arganza, y á que la situación de su espíritu daba un tinte tan suave de melancólica ternura (*). Pocos escritores, aun de los más notados por su ta-

---

(*) Véanse las páginas de la 321 á la 324 en la primera edición de la novela, y en ésta de la 248 á la 254.

lento descriptivo, poseen en grado más alto que Enrique Gil la intensidad y la dulzura en el sentimiento de la naturaleza: rebosa de su alma, y al derramarse, esparce sobre la realidad que describe un deleitoso idealismo muy en consonancia con los afectos de los personajes que se mueven en ella.

Alguna vez la suavidad corre pareja con la valentía del tono, y está cogido con mucha habilidad el efecto del contraste entre la calma de la naturaleza y la violencia de los acontecimientos; entre la amenidad de la risueña campiña brindando paz y alegría y el ceño adusto de la obra del hombre presagiando guerra y tristeza; entre la imponente mole del castillo de Cornatel levantando su frente de la sombra de oscuros precipicios y asomándola por entre escarpados cerros y la plácida y pintoresca comarca tendida á sus pies, bañada por las aguas del Sil, cuyas orillas ríen bordadas de flores y plantas silvestres, y alegradas por el canto y el revoloteo de las aves, por el bullicio y la trisca de los ganados.

El interesante acontecimiento histórico á que va enlazada la parte imaginativa del trabajo literario, conserva el sabor de la época, no adulterado con la demasía y acritud del condimento, defecto de que adolece Walter-Scott en la novela escrita por él con más arte, por lo mismo que el asunto no era de aquellos á que le llamaba su natural inclinación, y que tiene en parte un carácter histórico del mismo género que el escogido para la suya por Enrique Gil. Aludo á la celebrada novela *Ivanhoe:* por grande que se quiera suponer la rela-

jación de los institutos monásticos en aquel siglo, no dejarían de brillar en ellos sujetos eminentes por su virtud y por su ciencia; y hubiera causado buen efecto, aunque no fuese más que por amor al contraste, que el escritor inglés presentara, siquiera una sola vez, alguno de esos ejemplares de dignos y respetables religiosos, ya que tantas saca á plaza, y como á la vergüenza, tipos groseros y repugnantes de monjes de la calaña del Prior de Avrey y del Abad del monasterio de San Edmundo. Enrique Gil creyó, y en mi sentir con razón, más conforme al sentimiento moral y al estético, trazar con rasgos seguros y enérgicos el majestuoso carácter del Abad de Carracedo, en quien resplandecen á la vez la nobleza del hombre y la dignidad del sacerdote. Hay también entre el escritor inglés y el español, notable diferencia al tratar de lo que por especial manera se refiere á la orden del Temple: el primero la presenta, sobre todo en las entrevistas del templario Bois-Guilbert y de la judía Rebeca, con una negrura y dureza que inspiran aversión y espanto; el segundo, sin disimular las sombras que ya la oscurecían, templa las tintas oscuras, en lo cual va por camino más aproximado á la verdad. Debe tenerse, sin embargo, muy en cuenta que la caballería del Temple no juega en la novela inglesa papel tan importante como en la española, y que los templarios de nuestro país no aparecen en la historia manchados con los crímenes y sacrilegios de que fueron, con más ó menos razón, acusados los de otros países. Su inocencia resultó plenamente probada y solemnemente

declarada en el Concilio de Salamanca, mientras que la de sus compañeros de Orden de Inglaterra quedó dudosa en el de Londres; porque si bien se les declaró libres de los delitos feos que les imputaban, fueron condenados á penitencia canónica con reclusión en monasterios separados.

La inocencia de los templarios en los reinos de Castilla fué declarada por unanimidad de votos, y completa, quedando absueltos de todos los cargos levantados contra su buena fama. Por eso algo da en rostro á la crítica ver en la ceremonia solemne de la toma de hábito del Señor de Bembibre, tan pintorescamente descrita, el acto sacrílego de escupir y hollar el crucifijo, por más que vaya precedido y acompañado de explicaciones que tienden á disculparlo, y hasta á realzarlo. Pero la verdad es que éste fué uno de los cargos más graves imputados á los caballeros del Temple, tanto que ocupa el primer lugar en el Interrogatorio mandado formar por orden del Papa al abrir y dirigir el proceso de inquisición contra los de Francia, y se hizo extensivo después, con el mismo objeto, para el de otros países. No es verosímil que se conservase en Castilla semejante rito, y menos que se practicase en ceremonias solemnes, como cosa usual y corriente; pues de haber sido así, el Concilio de Salamanca, sin duda alguna, hubiera impuesto á los acusados, ya que no pena aflictiva, alguna penitencia canónica para purgarlos del sacrilegio.

Otra observacion más importante en mi sentir pudiera hacer una crítica severa y detenida en el examen: cuanto más primorosamente tejida va la la-

bor en la trama de las obras de imaginación y de sentimiento, más desagradablemente se echa de ver en ella la rotura de alguno de los hilos que unen íntimamente la belleza con la verdad, y de los que más enlazan y aprietan el tejido en esta novela es indudablemente el consentimiento de Doña Beatriz á un matrimonio anteriormente rechazado por ella con gran tesón y fortaleza de ánimo. Las circunstancias que concurren para dar todas las apariencias de triste realidad á la muerte del amado de su corazón, van hábilmente preparadas y por caminos muy dentro de la verosimilitud en la época á que se refiere el suceso. Pero, por más que el autor procura con gran talento preparar el ánimo del lector, no puede éste menos de experimentar dolorosa extrañeza al ver á una madre empujando con sus consejos, y desde su lecho de muerte, el corazón de su hija á un abismo insondable de desdichas y de amarguras. Desentona duramente ese rasgo en el carácter de la que siempre se nos ha presentado como madre cariñosa y solícita en apartar de su hija el tormento, que no podía menos de causarle la perspectiva de enlazar con el nudo santo del matrimonio, su suerte á la de un hombre doblemente aborrecible para ella, por haberse interpuesto como odioso obstáculo en el camino de su felicidad; y esto no por ardiente y ciego apasionamiento, sino por cálculos fríos y egoistas.

El instinto maternal adivina, presiente, y difícilmente se equivoca: no podía ocultársele que, muerto el objeto del amor de su hija, y deshecho, por consiguiente, el escudo impenetrable que la

defendía de las embestidas de todo otro afecto, sus indicaciones hechas en aquellos momentos supremos, á una naturaleza amante y generosa, instintivamente inclinada al sacrificio, tendrían necesariamente la fuerza del mandato, y que el cumplimiento de ese mandato había de hacer más amarga la desgracia de su hija, condenándola á vivir al lado de un esposo incapaz de inspirarle otros sentimientos que la aversión y el desprecio. En una obra de invención, para lograr que el sentimiento, y aun podría añadir la razón del lector, acepte sin esfuerzo violento, sin natural repugnancia, á una madre, como causa eficiente de la desgracia irreparable de su hija, no hay en mi sentir más que dos medios: ó que el autor la presente desde luego altanera, implacable, y fríamente desnaturalizada, como Walter-Scott nos presenta á Lady Ashton en la *Desposada de Lammermoor*, ó que busque en la complicación misma de los sucesos que pinta, circunstancias inesperadas de tal tamaño y trascendencia, que aun sin quererlo la misma madre, pongan á la hija en la imperiosa necesidad de no excusar el más cruel y doloroso de los sacrificios, y este fué el camino que tomó con gran acierto Hartzembusch en la refundición de su drama *Los amantes de Teruel*.

Hubiera sido, á mi ver, más acertado que el móvil de la funesta determinación de Doña Beatriz partiera de las mismas causas que desde el principio de la novela vienen obrando en ese sentido; y si ese móvil no podía encontrarlo más que en el ruego de la madre, por lo menos que apare-

ciese solicitado con ahinco y persistencia, arrancado, por decirlo así, ya que no por otros motivos más poderosos, por las sugestiones y por el ascendiente de su esposo. Al fin este medio aparecería más verosímil, porque el cariño de padre se presta más fácilmente á las sugestiones de la ambición, sobre todo en quien representa tradiciones de grandeza en la familia de que es jefe, y se deja seducir por la idea de asegurar, á trueque de un dolor que reputa pasajero, los goces del poder y de la opulencia á su hija y á sus descendientes. Así, el motivo hubiera salido sin esfuerzo, ó por lo menos con más naturalidad, de la índole misma de los caracteres, sin perjudicar al sostenimiento y á la verdad moral de uno de los más interesantes, y hubiera tenido al mismo tiempo mayor resalto el dolor del padre y su propósito de arrostrar las fatigas y los riesgos de un largo viaje para devolver á su hija la felicidad de que inconscientemente la había privado con su lamentable y ciega obstinación.

He procurado expresar con sinceridad y lisura, las impresiones producidas en mí por la lectura, á la vez amena y provechosa, de una obra que presenta muchas bellezas al elogio y escasos lunares al reparo de la crítica, y deja en el alma una sensación sana y vigorosa de admiración á lo noble, de repugnancia á lo vil, de amor á lo bueno y de aborrecimiento á lo malo, lo cual, en mi sentir, merece encomio tan legítimo, y aun mayor si cabe, que el desempeño literario. No creo que me haya cegado en mis apreciaciones el culto al recuerdo de una estrecha y cariñosa amistad, purificado ya de

mucho tiempo en mi corazón y en mi memoria por la severa santidad de la muerte: la figura de mi ilustre y malogrado amigo, desde cualquier punto que se la quiera considerar, es una de las más bellas y simpáticas en la literatura de su siglo: inspira aún más amor que admiración: sus obras no son, en el tesoro de las letras españolas, diamantes de extraordinario tamaño y deslumbradora riqueza, pero sí perlas de fino y purísimo oriente, que sería vergüenza y lástima dejar por negligencia desengarzadas y oscurecidas en el polvo del olvido.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

Sr. D. Joaquín del Pino (*).

Mi querido amigo: No necesita V. permiso alguno para publicar al frente de las obras de mi tío la biografía que escribió mi padre.

Juzga V., sin duda, que ha hecho poco contribuyendo tan eficazmente á que no olvide esta generación positivista y excéptica al poeta creyente que alimentó su fantasía en las altas y serenas regiones del arte cristiano, y asocia V. además á su memoria la que me es aún más cara y veneranda. Quiere V. señalar al lector el parecido de aquellas dos almas gemelas que dotó Dios de prendas tan iguales de estro y de inteligencia, y á las que hizo otro don más regalado, el infortunio en que probar el temple de la voluntad y aquilatar con el dolor merecimientos para mejor vida.

No han permitido las circunstancias, V. bien lo sabe, al que lleva oscuramente el nombre del poeta, coleccionar con sus dulces poesías aquellos trabajos en que se mostró aún más gallardo prosista al par que pensador profundo y laborioso. Uniéronse para impedirlo, á la falta de medios materiales,

(*) Antes de reproducir la biografía de Enrique Gil, escrita en forma algo extraña pero ingeniosa, y sobre todo muy sentida, por su hermano Eugenio, creyeron los editores que debían dirigirse al hijo de este pidiéndole permiso para reimprimirla. Con tal motivo le escribió D. Joaquín del Pino una carta, á la cual ha contestado, honrándonos con la que tenemos la mayor complacencia en insertar aquí, dando esta pequeña muestra de aprecio y de gratitud por las bondadosas frases que nos dirige al que es hoy digno representante de una familia en que la nobleza de sentimientos, la ilustración y la laboriosidad son hereditarias.

otros estudios é inclinaciones, no menos que el deber que me arrastra á combatir en distintas y más tristes lides como desconocido soldado. Afortunadamente suplió á la obligación de parentesco la amistad piadosa, haciendo un señalado obsequio á la familia de Enrique Gil, y un valioso servicio á las letras castellanas.

Al Sr. D. Fernando de Vera, que pone en la generosa empresa un celo solo comparable á sus acreditadas competencia é ilustración, haga V. presente el sentimiento sincero de nuestra gratitud. La que á V. debemos escusado es que la reitere su siempre amigo y afectísimo.=ENRIQUE GIL Y ROBLES.

Salamanca 1.º *de Marzo de* 1883.

UN ENSUEÑO.—BIOGRAFÍA.[1]

Si el sueño es un reflejo de la muerte, ¿cómo dudar que algo debe haber más allá de la tumba, cuando también durmiendo sentimos, gozamos y sufrimos?

I.

El 9 de Mayo de 1848, una cruel pesadumbre rompió el más fuerte de los lazos que por entonces me ligaban á la vida. Como en las cinco ó seis noches que precedieron á mi desgracia, apenas se habían cerrado mis párpados un solo instante: el insomnio y el dolor de una pérdida que yo creía irreparable, me produjeron uno de esos accesos de fiebre, bajo cuya influencia el pensamiento recorre los espacios del delirio, á la manera de una leve pluma arrebatada por un huracán impetuoso.

---

[1] Este ingenioso escrito, con las tres poesías que siguen, fué impreso en León por la viuda é hijos de Miñón, en 1855, en un folleto de 26 páginas en 4.º Las notas señaladas con letras, son del colector; del autor de la biografía, las restantes. Quizá se repare en la forma algo hiperbólica y extraña de esta; pero las buenas dotes literarias que denota, el interés que le da la circunstancia de ser obra de una persona tan allegada al autor, y la consideración de que tratándose de un poeta romántico, no deja de tener sus razones de congruencia el presentar el relato de su vida en forma romántica, creemos que basten para justificar su reimpresión en el lugar que aquí le damos.

Horribles pesadillas me asaltaron. Creíme lanzado á los aires por una mano invisible y poderosa, formando séquito fúnebre en torno mío grupos de fantásticas figuras con pálidos semblantes bañados en lágrimas, que una tras otra venían á sacudir sobre mi frente, cayendo en ella como plomo derretido. Las fibras de mi cerebro, ya excitadas por la calentura, latían aceleradamente con estremecimientos convulsivos, ora contrayéndose como las cuerdas de un arpa á la acción del fuego, ora dilatándose cual si fueran á romperse, y ambas transiciones me causaban dolores tan intensos, que sin perder la razón ó la existencia no siempre podrían soportarse.

Por un supremo esfuerzo de mi delirante imaginación, tal vez debido á la misma intensidad del sufrimiento, lôgré adelantarme hasta perder de vista los fantasmas que antes me asediaban, aturdiéndome con espantosos alaridos. El cielo, que había aparecido sobre mi cabeza cubierto de lóbregas nubes, pesadas para ella como enormes montañas, fué recobrando de pronto toda la pureza de su éter y ostentando en profusión infinita sus brillantes luminarias. Era aquello un océano sin fin de azul y fuego, y ¡cosa extraña! á pesar del vivísimo resplandor de las estrellas, cuyos discos se habían más que centuplicado á mis ojos, fijábanse en ellas ávidos de luz, como pudiera clavar los suyos en el faro de cercano puerto un marinero próximo al naufragio.

Así seguí en mi delirio hendiendo rápido el espacio, no sé por cuánto tiempo; recuerdo solamente que si alguna vez descendía mi mirada hacia la tierra, se me presentaba como un pequeño punto negro, formando rudo contraste con los infinitos mundos iluminados que sobre mi frente giraban. ¡Extasis delicioso después de la pasada agonía!

¡Extasis que súbito interrumpió una voz venida de las alturas, mandándome bajar de nuevo á la oscura mansión que había abandonado!

II.

Heme aquí por encanto de mi ensueño en el cementerio de la parroquia católica de Berlín, llamada santa Eduvigis. Heme aquí arrodillado ante un modesto, pero elegante sepulcro, rodeado de flores, y ostentando una cruz de hierro con los extremos dorados y en su bajo relieve un ángel en actitud llorosa. ¿Qué restos inanimados encierra esa tumba cuya propiedad está asegurada por cien años? ¿Qué mano generosa levantó en ella el signo de nuestra redención y plantó esas flores? [a] Leamos.

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO
FALLECIDO EN BERLÍN
EL 22 DE FEBRERO DE 1846,
SU AMIGO
JOSÉ DE URBISTONDO.

Ahogada con los sollozos, barbotaba mi garganta estas palabras, al paso que dos hilos de lágrimas caían sobre la

[a] El conocido escritor D. Fernando de la Vera completó la obra de amistad del Sr. Urbistondo, hallándose de secretario de la Legación de España en aquella capital. La familia de Enrique Gil bendice esos dos nombres y rinde aquí un público testimonio de gratitud hacia los señores conde de Adanero, Sierra Pambley, del Bosque y Alvarez Quiñones, que probaron ser generosos amigos de aquel infortunado joven, aun después de su muerte.

funeraria losa. Una y mil veces estampé en ella mis labios; una y mil veces lancé á la soledad de que me veía rodeado tremendos gritos llamando al hermano que allí dormía el profundo sueño de la muerte; y Dios sin duda hubo de tener piedad, pues que de pronto un hondo suspiro respondió á mis ayes.

¡Era él! ¡Ay! ¿Qué digo? Sus hundidos ojos no reflejaban ya en el azul de los cielos: lirios reemplazaban las rosas de otro tiempo, y en su dilatada frente, espejo en vida del alma más noble y generosa, leíase el triste epílogo de una historia escrita con lágrimas sobre su corazón, en que aun seguía fija la descarnada mano *como se le encontró después de muerto!*

Quise, loco de dolor, precipitarme en sus brazos; pero un ademán de silencio me contuvo enclavado al pie de la cruz, y con voz solemne y triste me dijo:

—¡Cielo santo! ¡Qué desesperación, qué gritos tan desgarradores turban el reposo de los muertos! Y ¿eres tú, hermano, quien los exhala; tú, que al descender de esa resplandeciente bóveda, debías comprender que el que sobre ella fija su planta no puede ser llorado?

—Bien sé, le respondí, que la vida de los ángeles gozabas, cuando con las manos en cruz, los ojos yertos, cadáver te trajeron á este sepulcro: bien sé que en el mundo eras un peregrino fatigado, un moribundo cisne sin lagos en él, donde posar tu vuelo; y sin embargo, corren mis lágrimas al ver que tus restos descansan en tierra extraña; al ver la soledad en que los tuyos hemos quedado con perderte; al ver destruídas la fe del corazón, sus esperanzas más dulces y la ventura de nuestra madre.

—Oyeme, pues; que no en balde permite Dios que el

espíritu torne otra vez á su antigua cárcel. Hablaré contigo y calmaré tu pena; pero antes verás en sus principales fases mi tránsito por este enlutado valle que tú vas atravesando para llegar pronto también á sus confines. He aquí este cristal de una óptica santa, misteriosa, que el Señor te entrega por mi mano ¡pobre alma enferma! Mira por él y dime lo que á tus ojos vaya presentándose.

III.

—Estoy viendo una población, situada casi en los confines occidentales de la provincia de León. Es Villafranca del Bierzo, y en el templo de Santa Catalina imprimen ahora en la frente de un hermoso niño el primer sacramento de nuestra religión. Ha nacido dos días antes, el 15 de Julio de 1815, y su nombre es el tuyo [b].

—Prosigue.

—Nueve años han pasado, y en este momento te veo en Ponferrada [c], á las márgenes del Sil, arrojando ramos de madreselva en su corriente. Nuestros padres vienen á tu encuentro con la sonrisa en los labios, y tú, loco de alegría, corres á sus brazos. ¡Qué cuadro de felicidad tan seductora! ¡Cuán en armonía con el sublime panorama que Dios desenvuelve ante mi vista! Nubes de púrpura y nácar extienden un velo vaporoso sobre el sol de occidente: en imponentes masas se elevan los torreones y murallas del

---

b Fueron sus padres don Juan Gil y doña Manuela Carrasco, de honrado linaje y medianamente acomodados de bienes de fortuna.

c Allí comenzó y acabó sus estudios de latinidad con los Padres Agustinos.

castillo del *Temple*, donde profesó tu *Señor de Bembibre: el río de las ondas claras y las arenas de oro* se desliza en sonoro curso lamiendo la áspera falda, sobre cuya cresta tiene sus cimientos la ruinosa fortaleza: los verdes almendros mecidos por la brisa, las colinas de viñedo coronadas, los montes Pajariel y Castro, gigantes y silenciosos centinelas de la villa, las tres riberas de frondosas huertas plantadas de frutales, en que multitud de ruiseñores interrumpen el silencio de las noches de Mayo y Junio con sus inimitables cantos; y en último término, la cordillera de montañas que circundan el Bierzo; todo esto veo. ¡Oh, gracias, hermano mío; que también en ese delicioso vergel se arrulló mi infancia después que la tuya!

—¿Cómo no aparecer alfombrado de azucenas el camino que me ves ir siguiendo? Pero ¡bramará la tempestad, las lágrimas caerán sobre las tristes flores, y heridas de muerte quedarán!... Continúa, hermano.

—El crepúsculo de la niñez te envuelve entre sus sombras. ¿Dónde estás? ¡Ah! ya acierto: en el pórtico del silencioso monasterio de Espinareda [d]. Los religiosos benedictinos, mezclados con los novicios y colegiales, se agrupan en torno tuyo. ¡Cómo te abrazan! ¡Cómo lloran contigo al despedirte! No te aflijas, hermano, que ese culto de cariño que abandonas tendrás en todas partes.

La sombría ciudad de Astorga va pasando por esta óptica, con su antigua catedral, bajo cuyas bóvedas nuestras oraciones de la niñez se elevaron al cielo algunas

---

[d] En este monasterio estuvo de alumno interno y principió los estudios de filosofía que terminó dos años después (1831) en el seminario conciliar de Astorga.

veces. También te veo en su seminario con la beca y ropón de colegial. La escena cambia, pues en este momento paseas por los claustros de la universidad de Valladolid [e]; pero ¡ay hermano mío! ó este cristal se empaña, ó la tempestad de que antes hablabas ha descargado ya, según es melancólica la nube que oscurece tu frente.

¡Lo último era verdad! Has llegado á Madrid; pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido! Quince meses de nuevas angustias, después de seis años de lágrimas, han desarrollado en tu generoso, impresionable corazón, el germen de la melancolía, que será hasta la muerte el distintivo de tu carácter pensador y profundo. Si Dios no te envía *una gota de rocío*, ¿qué será de ti, pobre lirio de veintiún años?

¡El milagro se ha obrado! *¡La Gota de rocío* [f] ha caído del cielo para cambiar la oscura faz de tu vida! Es el primer canto de un joven ruiseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que

---

[e] En esta universidad empezó la carrera de leyes; pero desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos á la prosecución de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de su familia. Por fin, los terminó en Madrid, recibiéndose de abogado en 1839.

[f] Alude á la poesía de este título, inserta en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, (*) por la cual Enrique Gil empezó á ser conocido y apreciado en los círculos literarios. Sucesivamente dió á luz en el *Semanario pintoresco*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Liceo*, *El Entreacto*, *El Iris*, y principalmente en *El Correo nacional*, casi todas las que forman la presente colección. Escribió también gran número de artículos de crítica literaria, costumbres, viajes, etc., en *El Correo nacional*, *Semanario pintoresco*, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*.

(*) Esta composición aparece también publicada en el núm. 34 del «*No me olvides*» 24 de Diciembre de 1837, precedida de una advertencia preliminar escrita por el Director de dicho periódico en términos muy laudatorios para el autor.

su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor.

Veo en tu rededor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que *te sacó de las tinieblas del desierto!* ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!

¿Por qué has vuelto á los campos de tu niñez, pobre ruiseñor del Bierzo? ¿Será que el hijo va á despedirse para siempre de su madre? ¡Ay! ¡El ángel de la muerte ha debido darte el primer aviso, porque en tu rostro distingo la profunda y reciente huella de una enfermedad gravísima; pero las auras del otoño reaniman tu sangre; la primavera de 1840 completa la obra, y tres años más tarde brotará de tu pluma *El Señor de Bembibre* [g]; ¡noble y melancólica figura sobre un fondo de lágrimas que un ángel va derramando en su corta peregrinación!

¡Cuán rudo golpe descarga ahora sobre tu corazón la suerte! ¡Espronceda acaba de morir! [h]. Las tumbas del cementerio de San Sebastián repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. *El águila hermosa* remontó su vuelo para esperarte más alta que el sol: ¿cuánto tiempo te aguardará?

Hemos llegado al 20 de Mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo el *Fenicio*, elegante vapor francés de la carrera del Mediterráneo, pronto á hacerse á la mar para Marsella. Sobre cubierta te diviso en un religioso y pro-

g Esta interesante novela fué publicada por Mellado en la *Biblioteca popular*.

h El día 23 de Mayo de 1842. Se alude á la elegía que va al fin de ete volumen.

fundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella población, la última que miras de tu patria. ¡Ay! ¿A dónde vas, hermano mío? Vuelve á esa playa que abandonas. Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frío tu corazón antes que pasen dos años? ¡Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la misión que llevas á Alemania [1]; pero ¡ay! la muerte se interpondrá en tu camino, y entonces, ¿qué será de tu anciana madre y de sus hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlín la tuya!

---

[1] Las instrucciones que recibió del ministerio de Estado le prevenían que en su viaje por los diferentes reinos que formaron parte del antiguo *Cuerpo germánico*, fuesen objeto de sus investigaciones y estudio.

1.º El estado político de cada país, sus relaciones con los demás de la *Confederación* y potencias extrañas, población, rentas y fuerzas militares.

2.º Leyes que constituían la organización general, provincial y municipal.

3.º Estadística.

4.º Instrucción primaria, secundaria y superior, y establecimientos científicos y literarios.

5.º Agricultura, sus adelantos y situación.

6.º Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios á que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7.º Examen de la industria en los ramos principales á que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8.º Comercio de importación y exportación: artículos principales en uno y otro, consumos del país, productos de nuestro suelo ó industria que tuviesen demanda, ó que ofrecieran útil despacho y medios adecuados para introducir su uso.

9.º Organización del Zollwerein ó *liga telónica* de Alemania, estados

Como arrebatadas por un furioso torbellino, pasan ante mi vista las ciudades que tú vas recorriendo con la de un viajero observador y profundo, cuanto lo permite el apresuramiento de tu marcha! Francia, Bélgica, Holanda, las orillas del Rhin y parte de Alemania me presentan sus más notables poblaciones..... ¡Dios de misericordia! ¡He aquí el término de tu viaje, pobre peregrino! Ya has llegado á Berlín.

Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de Setiembre. A los pocos días, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu

---

que se hubiesen adherido á la unión aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasionase, y relaciones útiles que la España pudiera establecer con el Zollwerein.

10. Navegación de los Estados alemanes, situados á orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de la de las ciudades anseáticas, y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11. Líneas de caminos de hierro.

Tal era en resumen la vasta comisión que el Gobierno confiaba á su proverbial aplicación y reconocido talento, aparte de las instrucciones reservadas que respecto á política pudiera haberle dado, atendida la incomunicación diplomática en que por entonces se hallaban las dos Cortes.

Para la formación de un cuadro de tan colosales proporciones, indispensable era prepararse convenientemente, no solo adquiriendo un completo conocimiento del idioma alemán, sino también relaciones con los altos funcionarios á quienes necesariamente tendría que recurrir en demanda de datos. El primer escollo logró dominarlo con el no interrumpido estudio de seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió: y respecto al segundo, en el Ministerio de Estado debe constar por sus comunicaciones oficiales hasta qué punto supo con exquisito tacto y mejor fortuna relacionarse con los altos empleados de la administración prusiana en todos sus ramos.

La muerte vino á sorprenderle antes de concluir sus trabajos sobre el Zollwerein, escritos en francés: asunto á que por su gran interés creyó deber dar la preferencia.

mano entre las suyas, el famoso barón de Humboldt será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montessuy, su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y á su ejemplo los demás individuos del cuerpo diplomático. Ya ha cesado de todo punto tu soledad, pues en este momento un consejero íntimo del rey Federico Guillermo, viene á invitarte oficialmente para el festín regio con que S. M. solemniza la exposición de las artes é industria que se verifica en la capital de su monarquía.

Son las dos de la tarde del 6 de Octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distinción, los hombres más notables de Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar á Potsdam recibe á la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hacia el parque y bosques de Sans-Soucí. Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansión en la más *real* que la imaginación puede crearse. Después de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sans-Soucí, que, iluminado interiormente con infinidad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salón de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusión de dulces y

ramilletes de diversas clases. El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta á la sala, hallando para todos una sonrisa ó una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey, inteligente y benévola, respira satisfacción al verse objeto de veneración y amor por parte de los concurrentes: la de la Reina, á pesar de sus padecimientos, tiene una expresión que la realza, y revela tesoros de angélica dulzura.

Después de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlín, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la corte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atención aun más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el Monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra ó sale, todos los circunstantes se ponen en pie con el mayor respeto y en silencio profundo.

La concurrencia pasa al salón de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. A ella son admitidas algunas personas, entre otras lord Pálmerston y su esposa: los demás tomán asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Príncipes y Princesas con más despacio que la vez primera recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Vitgensein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente á S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasión oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro

día [1]. El salón va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban, regresan á Berlín después de media noche en el mismo orden que de allí salieron.

Desnudos de verdor comienza á mostrar sus árboles el *Thiergarten* [2]: marchitas las hojas se arrastran por el suelo á impulso de los vientos septentrionales que anuncian la llegada del invierno. A pesar de sus rigores y del profundo estudio á que consagras las horas, tu salud no se ha alterado todavía. ¿Permitirá la misericordia de Dios que la planta del Mediodía se aclimate entre las nieves del Septentrión? ¿Escuchará los ardientes votos que por tu existencia van derechos á su trono? Esta esperanza debiera alentar mi pecho, y sin embargo, ¿por qué me parecen tan tristes las galas de esa nueva primavera? ¿Por qué los perfumes que deben exhalar esas flores que estoy viendo, no llegan hasta mí, ni los rayos de ese sol que las vivifica, penetran en las tinieblas de mi corazón? Las flores se agostan: las mieses de los campos van adquiriendo su color dorado, y pronto caerán bajo la hoz del segador, como las generaciones de la tierra vienen cayendo una tras otra bajo la guadaña de la muerte..............................

....

---

[1] La presentación del autor de estas obras á las princesas de Prusia se verificó por el barón de Humboldt al poco tiempo, en un baile que dió el ministro de Negocios Extranjeros, barón de Bulow. La conversación giró en los diez ó doce minutos de su duración, sobre España, el clima de Berlín y el viaje del autor. Algunas noches después, en otro concierto dado por el conde de Arnim, ministro del Interior, sus altezas reales se dignaron dirigirle la palabra algunas veces. Convidado á comer el dia de Reyes del siguiente año por el príncipe Carlos de Prusia, llevó éste su bondad hasta el punto de convidar igualmente al marqués de Lucchesini, como amigo del difunto Gil. En varias ocasiones tuvo después la misma honra.

[2] El parque de Berlín.

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Ella te escoge ahora por blanco de sus tiros! Un torrente de sangre brota de tu pecho y enrojece tus descoloridos labios. ¡Qué horrible sepulcral silencio reina en ese aposento del dolor, interrumpido únicamente por tu respiración anhelosa! He aquí el segundo aviso del ángel de los sepulcros, y de esta vez ¡ay de mí! no te salvarán las auras de la Silesia, adonde acabas de llegar con el germen de una enfermedad incurable. ¡Oh cuán pronto las profecías de tu corazón [1] se cambiarán en espantosa realidad!

Un segundo ataque, más terrible que el primero, te postra nuevamente moribundo. El doctor Velzel [2] tiene que dejar sin sangre tus venas para prolongar algunos meses

---

[1] Véase lo que decía en el artículo primero de su *Bosquejo de un viaje á una provincia del interior*, inserto en *El Sol*, correspondiente al 2 de Febrero de 1843:

«Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera »dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la »pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que »para ellos haya primavera vivificadora. ¡Extraña manía la del pobre enten- »dimiento humano, que á toda costa quiere dejar estampada su huella en la »arena movediza de su camino!»

Ocho años antes de su muerte ya había simbolizado la alegoría del cisne en algunas de sus poesías.

[2] He aquí la traducción de la última carta que con tal motivo escribió al íntimo amigo del enfermo.

«Al Sr. D. Joaquín del Pino, el doctor Carlos Welzel, médico de los baños de Reinerz.

»Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré á usted en mis cartas del 6 y del 13 de este mes, salió de aquí para Berlín el día 18.

»¡Oh dolor! Una emotisis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmonales desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso á la vida, áun cuando de una manera leve se reproduzca.

»Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frío de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar á su otra patria (Berlín), no quiso permanecer aquí más tiempo.

tu existencia. La voz de tu próximo fin seesparce por Reinerz, y multitud de personas desconocidas se agolpan á las puertas de tu casa para informarse de tu situación con interés profundo. En Berlín, en París y más allá de los Pirineos, tus amigos te lloran por muerto, para cambiar su aflicción en alegría al saber al poco tiempo que aun existes si existir se llama llegar á la capital de Prusia en el deplorable estado en que te veo. La enfermedad hace rápidos progresos, y el médico de cámara del príncipe Carlos y el doctor Heim que te asisten con celoso esmero, reconocen la inutilidad de sus esfuerzos para salvarte. Tampoco para ti es un misterio ¡pobre hermano mío!, y no obstante, seis días antes de tu muerte escribes entre congojas profundas y con mano trémula á nuestra madre, ocultando la gravedad del mal é infundiéndola esperanzas que tu no abrigas. ¡Oh! ¡Hasta en el borde del sepulcro no se desmiente la sublime abnegación de tu alma!..... El valor abandona á la mía para continuar mirando por este enlutado cristal, según se acerca la catástrofe. Deja que descanse, hermano mío, si no quieres verme morir á tus pies.

—Pues bien; yo concluiré por ti—respondió la sombra amada.—Contados son los momentos que puedo permanecer á tu lado, y quiero que apures hasta la última gota del cáliz, para que tu alma se eleve después sobre los dolores que aun habrás de atravesar.

»No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia.

»Por lo demás, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonal sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia á la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al menos pueda llegar á Berlín el desgraciado!—Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, á 20 de Setiembre de 1845.»

*****

—Cúmplase tu voluntad, hermano mío.

—En la mañana del 21 de Febrero conocí que mis padecimientos tocaban á su término. Una terrible angustia me oprimía el pecho; los objetos todos, confusos é informes, se movían á mi rededor: en mis oídos resonaban incesantemente ecos de lúgubres campanas, y el cerebro trastornado con la próxima disolución de mi ser, apenas podía coordinar una sola idea.

Aquella mañana vino, como de costumbre, á verme mi generoso amigo Urbistondo. Triste y en un silencio sepulcral pasó la hora que estuvo á mi cabecera: al marcharse estreché su mano como quien se despide para las desconocidas regiones de la muerte, y recuerdo que la convulsiva carcajada que entonces me arrancó el delirio, heló la sangre en el corazón del noble joven.

Las últimas sombras de la tarde fueron invadiendo mi triste y solitaria habitación, y los síntomas empezaron á declararse mortales en el más alto grado: á media noche hice entender por señas á mi leal From que rodase el lecho hasta el medio de la sala, pues cada vez me ahogaba más la falta de aire. ¡Dios mío! balbuceé: ¡bendita sea tu misericordia! He aquí los precursores de la agonía final; pero *si caro infirma, spiritus quidem promptus*. De repente el pensamiento, rompiendo las redes que le envolvían y recobrando su postrer destello, á la manera de una antorcha que antes de apagarse despide más vivo resplandor, se lanzó hacia vosotros, ó más bien vinisteis á su llamamiento, porque en torno de mi lecho de dolor se me figuró ver á nuestra madre contigo y sus tres hijas llorando de rodillas. Mis ojos estaban secos, pero el corazón también vertía lágrimas que se mezclaban á las vuestras; porque el alma, aunque

ya en los umbrales de su patria, apegada todavía á las afecciones terrenales, sondeaba con inefable mirada el pasado y el porvenir de los seres sin ventura que venían á darme el último adios ¡ay! ¡cuánto sufrí en aquellos momentos! ¿Qué iba á ser de la que me llevó en sus entrañas, muerto el hijo que tanto idolatraba? ¿Qué de aquellas criaturas huérfanas que compartían su desesperación? Vi que la indigencia amenazaba inexorable sus breves días, porque no hallarían compasión en sus semejantes, á pesar de haberse llamado amigos míos: vi la no lejana muerte de nuestra hermana mayor, mártir en su padecer, santa en su resignación, cuya vida hubiera podido prolongarse á no haber carecido de los cuidados que, por mezquinos, desprecian los nombrados poderosos de la tierra: vi el abandono de todos por doquiera y las lágrimas diarias de vuestros ojos que en vano intentarían enjugar algunas manos generosas. La lucha era demasiado cruel para que pudiera sostenerse muchas horas: recogí, pues, mis fuerzas moribundas para enviaros un beso de amor á cada uno: llevé la mano al corazón y en aquel instante el alma dejó de ser su compañera [1].

Tu no podrías comprender, hermano mío, los goces del espíritu que desde el valle de las tinieblas y del llanto se lanza á las fuentes de luz, y de pronto se encuentra entre los escogidos del Señor, en medio de su gloria infinita, oyendo los himnos de amor y de ventura de los ángeles y recorriendo aquellos paraísos sin límites y embalsamados con el aliento de Dios; pero al saber que yo soy uno de esos bienaventurados, ¿te atreverás todavía á exhalar una

---

[1] Eran las siete de la mañana del domingo 22 de Febrero de 1846.

queja sacrílega? ¿Podrá justificar tus lágrimas mi ausencia? ¡Oh! Bien haces en caer de rodillas sobre esta tumba, que pronto volverá á encerrar el cuerpo en que te habla mi espíritu: bien haces en implorar el perdón del Criador y agradecerle que yo haya bajado á rasgar los velos de tu entendimiento. Acabas de ver el cuadro sinóptico de mi primera existencia: ¡arroyo miserable y de aguas turbias que corrió presuroso á hundirse en el gran mar de la eternidad! ¡Y esto es lo que vosotros llamáis vida! Reposar la cabeza en la almohada de la cuna, para dejarla caer en la del féretro después de un sueño más ó menos largo, pero siempre corto! Alza del suelo, hermano, y prosigue mirando hacia vuestro mundo: ¡vasto teatro decorado con las ruinas del paraíso, en que, desde la caída del primer hombre, la humanidad representa sus miserias y dolores, sus deleznables alegrías, sus crímenes nefandos! Ya no verás sobre su faz más que un cadáver y el desamparo de los tuyos; pero no olvides que la mano del Redentor ha grabado en la bóveda del cielo estas palabras: *Si tus hermanos te rechazan, ¿por qué lloras? Llegarás á mí purificado con tus sufrimientos y tuyo será el reino de mi Padre.* No olvides que las lágrimas de resignación caen en las flores que *arriba* nos esperan, como en las flores de *aquí abajo* cae el rocío de los cielos. Y ahora continúa, que ya te escucho.

—Tu cadáver es, en efecto, lo primero que á mi vista se aparece: tu cadáver, que, después de tres días, conducen en este momento al cementerio católico en que nos hallamos. Varios coches del cuerpo diplomático y de algunas personas distinguidas siguen el convoy fúnebre, mientras en la casa mortuoria se hallan el barón de Humboldt, el mayordomo del príncipe Carlos de Prusia, el banquero

Mendelssohn y el ministro del Brasil. Las últimas lágrimas de tus amigos Urbistondo y D. Mateo Ballenilla, oficial de la república de Venezuela, caen sobre tu rostro helado. ¡Ay de mí! También yo miro por la vez postrera esas facciones dulces, melancólicas, que nada se han alterado durante esos tres días. ¡Oh desventura! ¿Qué queda en la tierra de tantas esperanzas, de tan rica juventud? ¡Un sepulcro á cuatrocientas leguas de tu cuna!

Un empleado civil del gobierno prusiano y el canciller de la Embajada de Francia han extendido el acta de tu fallecimiento, autorizándola como testigos Urbistondo y Ballenilla. Los sellos se ponen en seguida sobre todos tus efectos: ¡reliquias preciosas que los tuyos no llevarán nunca á sus labios, porque la Providencia ha decretado que el dolor sea completo! Dos mil setecientos cuarenta y un francos importan las deudas liquidadas por gastos de tu enfermedad, entierro, derechos de justicia [1] y otros varios, y como tus créditos no alcanzan á cubrirlas, *justo es que judicialmente se vendan en pública subasta y á precio ínfimo tus ropas, tus libros, los muebles de tu casa, para que el decoro del nombre español no padezca.* Pero ¡ay pobre hermano! Todo ello no alcanza aun para pagar á tus acreedores, y es preciso que á los *ocho* meses de tu muerte, el Embajador de España en París se obligue á hacerlo en nombre del go-

---

[1] En la liquidación remitida por la Legación de Francia al ministerio de Negocios Extranjeros figura una partida de 787 francos por gastos de justicia; efecto, sin duda, de la competencia suscitada entre aquella y el Tribunal prusiano, y de los procedimientos á que dió lugar el abandono en que se dejó la testamentaría de aquel joven por espacio de ocho meses con sorpresa de sus numerosos amigos en aquella corte. ¡Fatal estrella la de algunas familias, que aun al través de las nieblas del sepulcro, sigue alumbrando sus pasos por los más ásperos senderos de la suerte!

bierno, si no han de correr la misma suerte la medalla de oro que debiste al rey de Prusia y otras alhajas de corto valor. ¡Oh! ¡gracias, gracias, ministros de mi patria, por haberlas salvado del naufragio! Verdad es que llegará el día en que haya necesidad de ofreceros esas mismas alhajas [1]: los acreedores no hicieron más que mudar de nombre, y el tesoro de España *para salir de sus apuros, reclamará los tres mil cuatrocientos doce reales que anticipó generosamente* [i]; pero siquiera no volverán los extranjeros á admirarse con el espectáculo de una almoneda española, y aun cuando la desvalida anciana que más adelante se acercará á pediros una limosna, tuviera que desprenderse de aquellos recuerdos, no os maldeciría por eso. ¡Una madre tiene bastantes con los de su propio corazón!

IV.

¿Por qué da la vuelta este cristal por sí mismo, hermano mío? ¡Ah! ya comprendo: este lado representa sin duda el porvenir de tu familia. Más de cuatrocientas leguas me apartan de tu sepulcro apenas cerrado todavía, y con planta vacilante recorro de nuevo los sitios en que se meció tu cuna. Allí está la Aguiana, desde cuyo elevado pico tu vista de Aguila desentrañaba un tiempo las bellezas del país que domina: allí la fértil ribera de Bembibre, el lago de Carucedo con sus tranquilas aguas, el Sil con sus bulli-

---

[1] Histórico.

[i] Amargas palabras de un alma lacerada por el dolor. El Ministerio de Estado no reclamó nunca el reintegro de aquella cantidad.

ciosas ondas y la gradería de frondosos sotos que arrancan de Corullón hasta la cumbre del monte..... ¡Oh cuán desolados y tristes debieron parecer á *María* los campos de Jerusalén después que *Jesús* hubo dado su último suspiro en la cruz de redención! ¡Tristes se fijan también los ojos de una madre en esos campos del Bierzo adonde me trasporta esta óptica del cielo!

¿Quién es esa anciana que de rodillas ante la imagen de la *Virgen de los Dolores* está rezando el rosario de cada noche? ¿Por qué espira en la garganta su voz al querer articular un *Pater noster*, y á su acento, tembloroso por la emoción y los años, responden los ahogados sollozos de sus hijas, arrodilladas á su lado? Es nuestra madre, Enrique, que reza por el descanso de tu alma; nuestras hermanas son, que lloran tu pérdida y su desamparo. Una de ellas, según pronosticaste, irá pronto á reunírsete en los cielos; pero á las demás aun las reserva el Omnipotente largas horas de lágrimas y privaciones.

He ahí á esa misma anciana que, obligada por la imperiosa ley del vivir, se acerca por segunda vez con el corazón partido al congreso de los diputados, diciendo: *Si de algo valen los méritos del hijo que me robó la muerte, dadme un pedazo de pan, porque yo soy pobre y no tengo á quién volver los ojos: hacedme el bien que yo hacía á mis semejantes cuando Dios me daba medios para ello.* Magníficos discursos se pronuncian á tu memoria, hermano mío. Oigamos á uno de tus amigos, de ardiente corazón y sublime inteligencia.

«Muy breves palabras voy á decir al Congreso. Unido con vínculos de cordial amistad al distinguido cuanto malogrado joven D. Enrique Gil, y habiéndoseme hecho instancias para que apoye esta petición, así en el Congreso

como cerca del Gobierno de S. M., me levanto á abogar por una causa afortunadamente bastante justa para no necesitar defensor. Según deberá constar de un documento de que no se hace mérito en el dictamen, hace ya dos años que la desgraciada madre de D. Enrique Gil presentó al Congreso otra petición igual á esta. Yo no tenía entonces el honor de ser diputado; pero recuerdo que fué calorosamente apoyada, y que esta idea fué acogida por la comisión y por el Congreso con visibles muestras de simpatía. Ni podía ser de otra manera, señores. Todos los hombres que han pertenecido á la generación literaria á que perteneció Enrique Gil, á esa generación que tiene dignos y nobles representantes en este sitio, han pronunciado alguna vez aquel nombre con encomio y alabanza. Yo no haré su elogio: baste decir que, nombrado por el Gobierno para desempeñar una comisión científica y literaria en Alemania, el rigor del clima y su constancia en el estudio le acarrearon una enfermedad que le condujo en breve tiempo al sepulcro, dejando en la orfandad á una madre anciana y pobre. ¿Y no es justo, señores, que á esta anciana le demos nosotros un pedazo del pan que ha perdido al perder á su hijo? Yo de mí sé decir, que cuando se presenta un proyecto pidiendo una pensión para la madre ó para la hija de un soldado que ha muerto en el campo de batalla, tengo una satisfacción en votar ese proyecto. Ahora bien, los hombres de la ciencia son también una especie de milicia que da gloria á su patria. El Sr. Gil era un noble soldado de esa noble milicia de la inteligencia, y ha muerto sirviendo á su país. No insistiré más. Estoy seguro que si esta cuestión pudiera presentarse bajo su verdadera forma, el Congreso la votaría por unanimidad. Pero ya que esto no pue-

da ser, desearía que algún individuo de la comisión se sirviera apoyar esta petición en el mismo sentido que he tenido el honor de hacerlo».

«Pocas veces (se le contesta) la comisión ha tenido que sujetarse al reglamento con más disgusto que en la ocasión presente. Trátase de una recompensa merecida á la madre de un joven ilustre por sus talentos y por sus servicios, y la comisión, que no puede más que proponer resoluciones de puro trámite de las tres á que está limitada, ha adoptado la más satisfactoria, la que puede producir más resultado. El Congreso no puede entrar en actos de gobierno, ni conceder nada, si no viene por medio de un expediente promovido y sustanciado por el Gobierno. La comisión, pues, ha propuesto lo que creía más favorable, y siente mucho que el reglamento no le permita proponer algo sobre el fondo de la cuestión».

«Igual petición, señores (añade otro de tus buenos amigos), fué hecha en la legislatura pasada, y los señores de aquellos bancos y de estos la apoyaron igualmente. Don Enrique Gil cuenta en unos y otros muchos apasionados. Era el apoyo y sostén de su familia: ella miraba en él su porvenir. El Gobierno le destinó de secretario de legación á la corte de Berlín, y aquel clima no le convenía; sin embargo, aceptó el cargo honroso que se le confería, y en él sucumbió. ¿Negará el Ministerio la pensión que su familia desolada reclama? Seguramente que no; pensiones tan justas honran á los congresos que las piden y á los Ministros que las otorgan».

«El Sr. Ministro de Estado (replica uno de los Consejeros de la corona), no se halla presente por estar indispuesto: yo le trasmitiré los votos del Congreso, y no dudo

que, acogiéndolos como deben ser acogidos, propondrá la resolución conveniente».

¡Oh ser bienaventurado! ¿Asoma á tus labios una sonrisa de amargura? ¿Conoces que esos arranques de un entusiasmo generoso, esas hermosas frases darán por resultado, como en la vez primera otras no menos bellas, una compasión estéril y pasajera? ¿Conoces que la promesa que acabamos de escuchar no pasará más allá del recinto en que se ha pronunciado, y que en el camino de la caridad el hombre se cansa pronto? Pero ¡cuán injusto soy en quejarme de su abandono! Olvido que esa pensión de gracia sería una usurpación al Estado, harto pobre también para poder soportar tan inmenso sacrificio. ¿En qué meritos se fundaría por otra parte? Es cierto que tú, hermano mío, falleciste víctima de tu aplicación y del rigoroso clima de Alemania; es cierto que tú preparaste en Berlín la opinión pública para el reconocimiento de mi Reina, destruyendo prevenciones desfavorables que abrigaban elevadas personas, augustas algunas de ellas, y aceleraste el ansiado día en que dos naciones abriesen recíprocamente las puertas á su industria y comercio; pero ¿son servicios bastantes para recompensa tan grande como se pide? Resérvense éstas para otros seres más dignos. No muy lejano contemplo el día en que mi triste patria se verá invadida por una epidemia devastadora: habrá entre sus víctimas hombres mártires, ante quienes yo inclino mi frente desde ahora con santo respeto: habrá otros que perecerán sin hacer abnegación de su vida. Unos y otros dejarán viudas, huérfanos, cuyo porvenir será preciso asegurar de una manera espléndida. ¡Ay! las migajas de ese pan que les alargará la patria, bastarían, sin embargo, para nuestra indigente madre!

¿No podrías, hermano mío, hacerme un hueco en tu sepulcro?

—Y ¿crees tú que en las tumbas de los amados del Señor caben acaso los que así se rebelan contra sus decretos? ¡Ay de ti, mísero hermano, si dejas que avasallen tu pensamiento los terrores de un infortunio pasajero ¡Ay de ti, si no comprendes que las lágrimas aquí derramadas se convierten en cristalino río, por cuya apacible corriente boga el alma hasta los cielos! ¿Estarían estos tan poblados sin las catacumbas de Roma? ¡Los que tú acusas de inhumanos, son los sin ventura, que en la hora de su tránsito final no verán las blancas apariciones del bien! Compadéceles sin odiarles, porque al fin la Providencia que vela sobre el egoismo de los hombres, no os ha negado *el pan de cada día* hasta el presente, ni abrigo á vuestros cuerpos, ni un techo que de la intemperie os guarezca. Enmudezcan vuestros dolores ante el dolor futuro de un pueblo que Dios inscribe en el libro de los desastres expiatorios. ¡Ay! Tú lo has dicho: llegará por desgracia un día en que un azote cruel diezmará hasta por tercera vez los habitantes de tu patria: vendrá en pos otra guerra fratricida que regará con sangre los frutos de sus campos y acaso la mano del Eterno derrumbará los tronos viejos para erigir otros nuevos [1]. Llora, sí; pero llora como el profeta la ruina de Jerusalén, y reconociendo tu obcecación, torna á la senda de que así te apartas. Prométeme ser resignado y fuerte en lo que vosotros llamáis desgracia y *arriba* nombramos fuente del bien; prométeme ser compasivo con el triste, generoso con quien te ofenda y humilde en las dichas que

---

[1] ¡Extraña profecía!

Dios pueda enviarte para probar tu corazón. ¡Es tan fugaz vuestra vida, que sus dolores y alegrías ¿merecen acaso que aparte un solo instante el alma sus miradas de la patria que la espera? Yo volveré á bajar en tus noches de delirio para acabar de fortalecer la tuya; pero ahora es forzoso separarnos, porque la luz del alba se acerca. Ya oyes las campanas de Berlín que la anuncian, excepto las de Santa Eduvigis que doblan á muerto. Adios, pues, hermano mío. Yo, habitante de estas sombras en que te dejo, me despediría diciéndote: *hasta dentro de unos años*. Espíritu de las alturas, me alejo de ti diciéndote: *hasta luego*.

¡Ay! Extendí los brazos, porque la adorada visión desaparecía de mis ojos en serena ascensión á la morada del Eterno. Ya á una distancia inmensa, me pareció ver que un ángel en la primera infancia, radiante de felicidad, de hermosura y de inocencia, le salia al encuentro y le asía de la mano. Después ya no vi más, y caí de rodillas sobre el helado granito del sepulcro.

....

....

V.

Había llegado el momento de despertar; mas fué para continuar creyéndome aun bajo el dominio del ensueño que en aquel instante terminaba. Las primeras vislumbres de la aurora penetraban, en efecto, por los cristales de los balcones: las campanas de San Martín de Salamanca anunciaban á los fieles con sus lenguas de bronce que en el templo iba á celebrarse misa de ángel, y una pobre madre

sin hijos sollozaba convulsivamente á la cabecera de mi lecho. Aquellos sollozos profundos, desgarradores, me volvieron la conciencia de mi situación. Acababan de llevar de mi desierta casa el cadáver de un niño: ¡También se llamaba Enrique! ¡También en el cielo estaba!

¡Perdón, Dios mío, si á pesar de tu profético aviso, corrieron mis lágrimas nuevamente!

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

A MI HIJO.

Tu corazón, hijo mío,
No comprende el egoismo
Del mundo, ni el hondo abismo
Que á veces se encuentra en él;
Mas pasarán harto pronto
Los años de tu inocencia,
Y en pos vendrá otra existencia
De desventura cruel;
¡Que hay de lágrimas legados
Y el triste da vida al triste!
Por eso sé que naciste
Para sufrir y llorar;
Mas recuerda, hijo del alma,
Cuando comience tu llanto,
Que también entre quebranto
Vi mis días resbalar.
Y recuerda que al Eterno
Siempre ofrecí mis dolores,
Porque en ellos vía flores
Para otra vida mejor.
Así, los tuyos ofrece,
Pobre lirio, cuando vengan,
Y ¡los cielos te sostengan
En la virtud y el honor!

Al bajar á la tumba el ser que lloro,
Tú, serafín del cielo, aún no vivías:
Años después, á iluminar venías
Mis noches de tinieblas y aflicción.
Iris de luz y de esperanza fuiste,
Resurrección feliz de otros amores:
Y el bien que me trajiste ¿con dolores
Ha de pagar mi amante corazón?
¿He de rasgar la venturosa venda
Con que hoy cubres tus ojos infantiles,
Las rosas deshojar de tus pensiles,
Donde juegan los ángeles del bien?
No obstante es fuerza; que la voz de un padre
Que reclama la tumba es cariñosa,
Y encierra profecía misteriosa
Que puede ser del huérfano sostén.
¡Huérfano, sí, que al espirar tu infancia
Y al nacer otra edad brillante y pura,
Este valle de sombras y amargura
Habré dejado para siempre yo!
Y ¿qué fuera de ti, pobre hijo mío,
A la vida lanzándote inexperto?
¿No ves que entonces estará ya muerto
El padre que hasta aquí te protegió?
Esas lúgubres páginas que he escrito,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Te mostrarán del mundo los abrojos,
Ofreciéndote al par una lección.
Aprende en ella lo que el mundo vale,
Y sin buscar sus dichas engañosas,
Tus ojos vuelve á las fragantes rosas
Que al triste aguardan en la azul mansión.

Flor como tú, de mágicos colores,
Fué otro Enrique también, ¡pobre hijo mio!
Quizá la más feliz entre las flores,
Amada por el sol, por el rocío.
Sereno el cielo de su frente pura,
Claras las fuentes de su virgen alma,
No duraba su llanto más que dura
El rocío en las hojas de la palma.
Unos tras otros sus primeros años
En un espejo seductor veía,
A los embates del dolor extraños,
Reflejar de los cielos la alegría.
Breve, hijo mío, fué tan bella aurora,
(Aun menos ¡ay de mí! duró la mía)
Que dichas de la tierra engañadora
Nacen y mueren en un solo día.
Cambiáronse las de *él* en triste suerte,
Y aunque después le sonrió la gloria,
Estando herido el corazón de muerte,
¿Cómo no ser su luz, luz ilusoria?
¡Ya ves lo que quedó de dicha tanta!
¡Un sepulcro en Berlín, lágrimas, duelo!
Pero no olvides que con leve planta
Hoy recorre los ámbitos del cielo.
No olvides que al vivir que aquí arrastramos,
Debiéramos más bien nombrarle muerte,
Pues que á vivir tan solo comenzamos
Cuando en la tumba somos polvo inerte.
No olvides que las lágrimas han sido
Siempre sendero que á los cielos guió:
El que lloró *aquí abajo* escarnecido,
Dichas y luz sin fin *arriba* halló.

Sé resignado en la desgracia y fuerte,
Modesto y generoso como *él* fué,
Y humilde en los favores de la suerte
Y cariñoso con el triste sé.
Perdona al que te ofenda; á todos ama,
Que Dios por todos espiró en la cruz,
Y de sublime caridad la llama
Ilumine tu dulce juventud.
Sigue, hijo mío, sigue mis consejos
Cuando al alcance estén de tu razón,
Que del amor de un padre son reflejos,
E intérpretes de Dios los padres son.

Diciembre de 1854.

* * * * * *

LA PRIMAVERA DE 1846.

(Á LA MEMORIA DE MI HERMANO).

Corre otra vez la savia de los árboles
En trasparentes lágrimas de vida
Y en las florestas óyese sentida
Vaga canción de amante ruiseñor.
Visten de nuevo los flotantes prados
Su manto de amapolas y esmeralda,
Y de los montes la pendiente falda
Vistosa cubre la retama en flor.

Y el sonoro torrente á desatarse
En caprichosas trenzas de alba espuma,
Besando de los pájaros la pluma
Que beben en su límpido caudal;
Y la luna su luz dando á las flores,
Con sus rayos el sol borrando nieves,
Y las auras balsámicas y leves
Rizando de las fuentes el cristal,

Otra vez tornan; pero en vano ¡ay mísero!
Con los ojos del alma gozar quiero
Panorama tan dulce y hechicero
Que en otro tiempo mi deleite fué.

Si hay en los campos el verdor de siempre,
Si igual murmurio la cascada arroja
Y el ruiseñor renueva su congoja
Entre las ramas de su nido al pie;

Sirven no más para evocar recuerdos
Que acrecientan del alma los dolores:
¡Ya para mí no hay sol, torrentes, flores,
Bosques, praderas, luna, claridad!
¡Doloroso contraste! ¡doble pena!
La primavera allí con sus alfombras,
En mí el invierno con sus negras sombras,
Con sus noches de insomnio y soledad!

¡Ay del que joven la esperanza pierde
Y el no existir espera con afán!
¡Mísero aquel que como yo recuerde
Ensueños que ya nunca volverán!
¡Qué fué mi corazón! Corona verde
Un tiempo de jazmines y arrayán:
Blanca y fragante rosa sin espinas.
¿Qué eres hoy, corazón? ¡Lágrimas, ruinas!

Busco en el mundo el ser que lo ha dejado
Por decretos de Dios, que yo bendigo,
Y de buscarle en balde fatigado,
¡Cuántas veces en tierra doy conmigo!
Peregrino sin fe, desalentado,
Lo que los hombres aman yo maldigo;
Pero quiere el Señor que en mi agonía
Siga esta cruz llevando todavía.

¡Vivir, vivir con la esperanza muerta,
Marchita el alma, el corazón partido,
Al borde de una tumba, siempre abierta,
Mansión postrera de un amor perdido!
Tal es mi porvenir: noche cubierta
De horrible soledad, luto y olvido!
¡Noche sin luz, de lágrimas sembrada,
Imagen espantosa de la nada!

No extrañes, no, primavera,
Que tus magníficas galas
Indiferentes hoy miren
Ojos que llanto derraman.
Bien sabes que en otro tiempo,
Pasada apenas mi infancia,
Era un hijo cariñoso
Que en tu regazo soñaba
Juveniles ilusiones
Con tus flores ataviadas:
Bien sabes que por tus campos,
Cual mariposa esmaltada
Que liba de flor en flor
De los céfiros en alas,
Enagenado corría
Al primer fulgor del alba
Por gozar en los misterios
Que á mi vista desplegabas.
¡Cuántas veces en tus fuentes
Mis labios ¡ay! reposaban,
Contándoles mis amores,
Pidiéndoles esperanzas!

¡Cuántas veces sus cristales
Dieron sepulcro á mis lágrimas
Con armónicos suspiros
Que, llevados por las auras,
A su vez entre las flores
Hallaron muerte temprana!
¡Cuántas veces escuché
De tus invisibles hadas
El dulcísimo concierto
Con todo el fervor de un alma,
Virgen, inocente, pura
Y á los dolores extraña!
Al sueño entonces mis ojos,
Acuérdate, se cerraban,
Y en tanto que yo dormía,
Con tristes notas pausadas
Cantaban los ruiseñores,
Los rosales sus guirnaldas
Y su cáliz la azucena
Sobre mi frente doblaban
En blandas ondulaciones,
Temiendo que despertara,
Como la madre que al hijo
Enfermo el sueño le guarda.
   Hoy como entonces ¡ay mísero
Tienes campos de esmeralda,
Torrentes, árboles, flores,
Y ruiseñores que cantan:
Hoy como entonces murmuran
Tus fuentes, y embalsamadas,
Las brisas de las florestas
Sentidos ayes exhalan;

¡Mas para mí todo en vano!
Si tus encantos resaltan
Como siempre, por un prisma
Enlutado los ve el alma,
Y alma que en llanto rebosa,
La tumba solo con ansia
Mirar puede y deleitarse
Del no ser en la esperanza.

¡Ay alma! ¿Lloras,
Porque tu primavera
Pasa tan pronta?
También esos rosales
Que el viento mece,
En espinas los hielos
Después convierten.
También los ruiseñores
Que hoy trinan tanto,
En los meses de invierno
Quedan callados.
¡Ay! ¿Lloras, alma,
Porque tu primavera
Tan pronto pasa?
También esos collados
Que cubre el césped,
En llegando el estío
Su verdor pierden.
También esos arroyos
Que así murmuran,
En los mares encuentran
Inmensa tumba,

Donde principia
Otra vida para ellos,
Grande, infinita.
Y ¿lloras, alma mía,
Viendo esa esfera,
Que es el mar de las almas,
La vida eterna?

Abril de 1846.

UN LIBRO POR CORONA.

Flores busqué para en la tumba aislada
¡Ay, hermano infeliz! donde reposas
Una corona de brillantes rosas
Suspender con mis lágrimas regada.
Tu memoria en las sombras de la nada,
Las emociones tiernas, generosas,
Muertas hallé. ¡Las nieblas silenciosas
Del norte sean tu *corona* helada!
Solo una cruz y rosas naturales,
Ofrenda pura de amistad sincera,
En derredor de tu sepulcro veo.
¿Quién ha puesto esa cruz, quién los rosales?
Urbistondo la cruz, las flores *Vera*.
¡Oh! perdón, amistad! Aun en ti creo.

Octubre de 1855.

EUGENIO GIL Y CARRASCO

EN LA TUMBA DE D. ENRIQUE [k].

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazón reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;
Blanca azucena y encendida rosa,
Llanto afectuoso y síncera plegaria
Serán los dones, que mi amor te ofrece,
Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave:
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,

---

[k] El autor de estas bellas octavas, que se hallaba en Berlin como Encargado de Negocios pocos años después de la muerte de Gil, hizo plantar flores en la tierra que cubre los restos de su infeliz amigo, y sobre la cual D. José de Urbistondo había hecho levantar, á sus expensas, un sencillo y elegante monumento.

Ni la ambición lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

Adios, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo
Del llanto acerbo que mi pecho vierte,
Huelle á lo menos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envía,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fría,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imagen son á mi angustiada mente
Del bien pasado y del dolor presente.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

EPÍSTOLA Á PEDRO [1].

Berlín 1.º de Febrero de 1856.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del río
Se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-alemán, muy señor mío,
Que, entre los rudos témpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frío.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
Ni de ella falto yo porque esté lejos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.

Pues sueña con la patria, á los reflejos
De su distante sol, el desterrado,
Como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y á tu lado,
Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hacia el Prado!.....

¿Ríes?..... Juzga el volar, cuando no vueles.....
Átomo harás del mundo que poseas,
Y mundo harás del átomo que anheles!

---

[1] Esta magnífica composición, dirigida por el Sr. Sanz, siendo secretario de nuestra legación en Berlín, al renombrado Sr. Calvo Asensio, fundador de *La Iberia*, salió á luz en este diario y fué reproducida con elogio por otros periódicos.

Al sentir *Coram vulgo*, no te creas.....
Al pensar *Coram vulgo* no te olvides
De compulsar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás menos
Esa patria de Dolfos y de Cides;

Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares
Con las memorias de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!..... ¡ay! ¿quién no ha oído
Desde cualquier región, ecos de aquella
Donde niñez y juventud han sido!.....

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
Múltiple se repite en mis memorias,
Como en lágrimas mil única estrella.....

Que quedan en el alma las historias
De dolor ó placer, y allí se hacinan,
Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡Aun consuelan al alma!..... ¡ó la asesinan!

Cuando al partir del sol las sombras crecen,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, férvidos antes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
A la luz y á la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,
Crepúsculo moral, en que indolente
Se arrulla el corazón con sus latidos,

Pláceme contemplar indiferente
Cual del dormido Sprée sobre la espalda
Y en lúbrico chapín sesga la gente:

O recordar el toldo de esmeralda
Que antes bordó el Abril, en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda:

Mientras la luz del Héspero incolora
Baña el campo sin fin, que el Norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora!

....

¡Hijo de otra región, trémulo y mudo
Con la mirada que por ti paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de Mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo),

Una tarde de flores, y verdura,
Rica de cielo azul sin un celaje,
Y empapada en aromas y frescura;

En que, al son de las auras, el ramaje
Trémulo de los tilos repetía
De otros lejanos bosques el mensaje;

Yo, con mi propio afán por compañía,
Del recinto salí que nombró el mundo
Corte del rey filósofo algún día.

A su verdor del Norte sin segundo,
De un frondoso jardín los laberintos
Atrajeron mi paso vagamundo.....

En armoniosa confusión distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, violas y jacintos,

De admirar el vergel diéronme antojos;
Y perdíme en sus vueltas, rebuscando,
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar..... —Mas súbito, clavando

Mis ojos en el césped, donde sola
Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped, la viola.....

¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardín de sepulturas!

Pero jardín. Allí, cuando los llores,
Aun te hablarán la amante ó el amigo
Con aromas y jugos y colores.....

¡Y de tu santo afán mudo testigo,
Algo en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo!

Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor..... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales,

Índice de la nada en simetría,
Que á la madre común roba los muertos
Para henchir su profana estantería;

Ruin estación de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas,
Por alquilar los túmulos abiertos!

De tierra sobre tierra fabricadas,
Más solemnes quizá, por más sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas,

Con su césped de flores amarillas,
Se elevan..... no muy altas..... á la altura
Del que llore, al besarlas, de rodillas.

¡Mas sola allí..... sin flores..... sin verdura.....
Bajo su cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!.....

Delante de su cruz tuve mi planta.....
—Y soñé que en su rótulo leía:
«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»

¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día!

Mas, ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!

¡Ay del vate infeliz que, amortajado
Con su negro ropón de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado! [1]

---

[1] Entre los epitafios alemanes del cementerio católico de esta ciudad, se lee sobre una cruz de hierro la siguiente inscripción castellana:

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO,
FALLECIDO EN BERLÍN EL 22 DE FEBRERO DE 1846,
SU AMIGO
JOSÉ DE URBISTONDO.

Contemplando su tumba se vienen dolorosamente á la memoria estos tristísimos versos del malogrado poeta:

Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
Como enjendra el dolor supersticiones,
Llamé tres veces al cantor divino.

Y de su lira desperté los sones,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste canción de sus canciones.....

Y á la viola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volví turbios los ojos..... Y clavando

La rodilla en el césped (donde sola,
Era airón sepulcral de una doncella)
Desprendí de su césped la viola.—

Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor mísera estrella:

Bien te dice mi voz que soy tu hermano.....
¿Quién saludara tus despojos fríos,
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?

Diéronte ajena tumba hados impíos.....
¡Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos!

Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos.....

«¡Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las sombrías y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataud,
Irá á coger la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor!
Y llorando dirá: *¡pobre poeta!*
¡Ya está callada el arpa del amor!»

¡Por las desiertas y sombrías calles,
Donde duerme tu féretro escondido
No pasa, no, la virgen de los valles!

Una vez que ha pasado..... no ha venido.....
Trajéronla con rosas..... á tu lado,
La virgen, desde entonces, ha dormido.....

Si su pálida sombra, al compasado
Son de la media noche inoportuna,
Flores entre tu césped ha buscado,

Bien habrá visto á la menguante luna,
Que en el santo jardín, rico de flores,
Sólo yace tu césped sin ninguna [11].

¡No tienes una flor!.....—¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores?.....

Sólo al riego de lágrimas naciera.....
Y de tu fosa en el terrón ajeno
¿Quién derrama una lágrima siquiera!

¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz..... ¡Adios!.....—Y si á deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;

Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
Con su idioma español el viajero
Te llama aquí tres veces, y aquí llora;

---

[11] Sin duda, al escribirse estos versos se habrían marchitado ya las plantadas por el Sr. de la Vera é Isla.

****

Dígale el son del aura lastimero
Cuál en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del Sur lloré primero.....

Recibe con mi adios *tu violeta!*
La tumba de la Virgen te la envía.....
. . . .
Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el día!.....

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

EL SEÑOR DE BEMBIBRE

EL SEÑOR DE BEMBIBRE.

CAPÍTULO I.

En una tarde de Mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos tres, al parecer, criados de alguno de los grandes señores, que entonces se repartían el dominio del Bierzo. El uno de ellos, como de cincuenta y seis años de edad, montaba una haca gallega de estampa poco aventajada, pero que á tiro de ballesta descubría la robustez y resistencia propias para los ejercicios venatorios, y en el puño izquierdo cubierto con su guante llevaba un neblí encaperuzado. Registrando ambas orillas del camino, pero atento á su voz y señales, iba un sabueso de hermosa raza. Este hombre tenía un cuerpo enjuto y flexible, una fisonomía viva y atezada, y en todo su porte y movimientos revelaba su ocupación y oficio de montero.

Frisaba el segundo en los treinta y seis años, y era el reverso de la medalla, pues á una fisonomía abultada y de poquísima expresión, reunía un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos, de suyo poco airosos, comenzaba á borrar la obesidad. El aire de presunción con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero, y la precisión con que le obligaba á todo género de movimientos, le da-

ban á conocer como picador ó palafrenero; y el tercero, por último, que montaba un buen caballo de guerra, é iba un poco más lujosamente ataviado, era un mozo de presencia muy agradable, de gran soltura y despejo, de fisonomía un tanto maliciosa y en la flor de sus años. Cualquiera le hubiera señalado sin dudar porque era el escudero ó paje de lanza de algún señor principal.

Llevaban los tres conversación muy tirada, y, como era natural, hablaban de las cosas de sus respectivos amos, elogiándolos á menudo y entreverando las alabanzas con su capa correspondiente de murmuración.

—Dígote, Nuño, decía el palafrenero, que nuestro amo obra como un hombre, porque eso de dar la hija única y heredera de la casa de Arganza á un hidalguillo de tres al cuarto, pudiendo casarla con un señor tan poderoso como el conde de Lemus, sería peor que asar la manteca. ¡Miren que era acomodo un señor de Bembibre!!

—Pero hombre, replicó el escudero con sorna, aunque no fuesen encaminadas á él las palabras del palafrenero: ¿qué culpa tiene mi dueño de que la doncella de tu joven señora me ponga mejor cara que á ti para que le trates como á real de enemigo? Hubiérasle pedido á Dios que te diese algo más de entendimiento, y te dejase un poco menos de carne, que entonces Martina te miraría con otros ojos, y no vendría á pagar el amo los pecados del mozo.

Encendióse en ira la espaciosa cara del buen palafrenero, que, revolviendo el potro, se puso á mirar de hito en hito al escudero. Éste por su parte le pagaba en la misma moneda, y además se le reía en las barbas, de manera que sin la mediación del montero Nuño, no sabemos en qué hubiera venido á parar aquel coloquio en mal hora comenzado.

—Mendo, le dijo al picador, has andado poco comedido al hablar del señor de Bembibre, que es un caballero principal, á quien todo el mundo quiere y estima en el país por su nobleza y valor, y te has expuesto á las burlas algo demasiadamente pesadas de Millán, que sin duda cuida más

de la honra de su señor que de la caridad á que estamos obligados los cristianos.

—Lo que yo digo es que nuestro amo hace muy bien en no dar su hija á don Alvaro Yáñez, y en que *velis nolis* venga á ser condesa de Lemus y señora de media Galicia.

—No hace bien tal, repuso el juicioso montero, porque, sobre no tener Doña Beatriz en más estima al tal conde que yo á un alcón viejo y ciego, si algo le lleva de ventaja al señor de Bembibre en lo tocante á bienes, también se le queda muy atrás en virtudes y buenas prendas, y sobre todo en la voluntad de nuestra joven señora, que por cierto ha mostrado en la elección algo más discernimiento que tú.

—El señor de Arganza, nuestro dueño, á nada se ha obligado, replicó Mendo, y así que don Alvaro se vuelva por donde ha venido y toque soleta en busca de su madre gallega.

—Cierto es que nuestro amo no ha empeñado palabra, ni soltado prenda, á lo que tengo entendido; pero en ese caso, mal ha hecho en recibir á don Alvaro del mismo modo que si hubiese de ser su yerno, y en permitir que su hija tratase á una persona, que á todo el mundo cautiva con su trato y gallardía, y de quien por fuerza se había de enamorar una doncella de tanta discreción y hermosura como doña Beatriz.

—Pues si se enamoró que se desenamore; contestó el terco palafrenero, además que no dejará de hacerlo en cuanto su padre levante la voz, porque ella es humilde como la tierra, y cariñosa como un ángel la cuitada.

—Muy descaminado vas en tus juicios, respondió el montero; yo la conozco mejor que tú, porque la he visto nacer: y aunque por bien dará la vida, si la violentan y tratan mal, solo Dios puede con ella.

—Pero hablando ahora sin pasión y sin enojo, dijo Millán metiendo baza: ¿qué te ha hecho mi amo, Mendo, que tan enemigo suyo te muestras? Nadie que yo sepa habla así de él en esta tierra sino tú.

—Yo no le tengo tan mala voluntad, contestó Mendo, y si no hubiera parecido por acá el de Lemus, le hubiera visto con gusto hacerse dueño del cotarro en nuestra casa; pero ¿qué quieres, amigo? Cada uno arrima el ascua á su sardina, y conde por señor nadie lo trueca.

—Pero mi amo, aunque no sea conde, es noble y rico, y lo que es más, sobrino del maestre de los templarios, y aliado de la orden.

—Valientes herejes y hechiceros, exclamó entre dientes Mendo.

—¿Quieres callar, desventurado? le dijo Nuño en voz baja, tirándole del brazo con ira. Si te lo llegasen á oir, serían capaces de asparte, como á San Andrés.

—No hay cuidado, replicó Millán, á cuyo listo oído no se había escapado una sola palabra, aunque dichas en voz baja. Los criados de don Alvaro nunca fueron espías, ni mal intencionados, á Dios gracias, que al cabo, los que andan al rededor de los caballeros siempre procuran parecérseles.

—Caballero es también el de Lemus, y más de una buena acción ha hecho.

—Sí, respondió Millán, con tal que haya sido delante de gente para que la pregonen en seguida. ¿Pero sería capaz tu ponderado conde de hacer por su mismo padre lo que don Alvaro hizo por mí?

—¿Qué fué ello, preguntaron á la vez los dos compañeros?

Una cosa que no se me caerá á dos tirones de la memoria. Pasábamos el puente viejo de Ponferrada, que como sabéis no tiene barandillas, con una tempestad desecha, y el río iba de monte á monte bramando como el mar: de repente revienta una nube, pasa una centella por delante de mi palafrén; encabrítase éste, ciego con el resplandor, y sin saber cómo ni cómo no, ¡paf! ambos vamos al río de cabeza. ¿Qué os figuráis que hizo don Alvaro? Pues señor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, metió las espuelas á su caballo y se tiró al río tras de mí. En poco estuvo que los

dos no nos ahogáramos. Por fin mi jaco se fué por el río abajo, y yo medio atolondrado salí á la orilla, porque él tuvo buen cuidado de llevarme agarrado de los pelos. Cuando me recobré á la verdad, no sabía cómo darle las gracias, porque se me puso un nudo en la garganta, y no podía hablar; pero él que lo conoció, se sonrió y me dijo: vamos, hombre, bien está: todo ello no vale nada: sosiégate y calla lo que ha pasado, porque si no puede que te tengan por mal ginete.

—Gallardo lance, por vida mía, exclamó Mendo con un entusiasmo que apenas podía esperarse de sus anteriores prevenciones y de su linfático temperamento: y sin perder los estribos: ¡ah, buen caballero! Lléveme el diablo, si una acción como esta no vale casi tanto como el mejor condado de España. Pero á bien, continuó como reportándose, que si no hubiera sido por su soberbio Almanzor Dios sabe lo que le hubiera sucedido..... ¡Son muchos animales! continuó, acariciando el cuello de su potro con una satisfacción casi paternal: y dí, Millán, ¿qué fué del tuyo por último? ¿se ahogó el pobrecillo?

—No, respondió Millán, fué á salir un buen trozo más abajo, y allí le cogió un esclavo moro del Temple que había ido á Pajariel por leña, pero el pobre animal había dado tantos golpes y encontrones, que en más de tres meses no fué bueno.

Con estas y otras llegaron al pueblo de Arganza, y se apearon en la casa solariega de su señor, el ilustre don Alonso Ossorio.

CAPÍTULO II.

Algo habrán columbrado ya nuestros lectores, de la situación en que á la sazón se encontraban la familia de Arganza y el señor de Bembibre, merced á la locuacidad de sus respectivos criados. Sin embargo, por más que las noticias que les deben no se aparten en el fondo de la verdad,

son tan incompletas, que nos obligan á entrar en nuevos pormenores, esenciales en nuestro entender, para explicar los sucesos de esta lamentable historia.

Don Alonso Ossorio, señor de Arganza, había tenido dos hijos y una hija; pero de los primeros murió uno antes de salir de la infancia, y el otro, peleando como bueno, en su primer campaña contra los moros de Andalucía. Así pues, todas sus esperanzas habían venido á cifrarse en su hija doña Beatriz, que entonces tenía pocos años; pero que ya prometía tanta belleza como talento y generosa índole. Había en su carácter una mezcla de la energía que distinguía á su padre, y de la dulzura y melancolía de doña Blanca de Balboa su madre, santa señora cuya vida había sido un vivo y constante ejemplo de bondad, de resignación y de piedad cristiana. Aunque con la pérdida temprana de sus dos hijos, su complexión, harto delicada por desgracia, se había arruinado enteramente, no fué esto obstáculo para que en la crianza esmerada de su hija emplease su instrucción poco común en aquella época, y fecundase las felices disposiciones de que la había dotado pródigamente la naturaleza. Sin más esperanza que aquella criatura tan querida y hermosa, sobre ella amontonaba su ternura todas las ilusiones del deseo y los sueños del porvenir. Así crecía doña Beatriz como una azucena gentil y fragante al calor del cariño maternal, defendida por el nombre y poder de su padre, y cercada por todas partes del respeto y amor de sus vasallos, que contemplaban en ella una medianera segura para aliviar sus males y una constante dispensadora de beneficios.

Los años en tanto pasaban rápidos como suelen, y con ellos voló la infancia de aquella joven tan noble, agraciada y rica: á quien por lo mismo pensó buscar su padre un esposo digno de su clase y elevadas prendas. En el Bierzo entonces no había más que dos casas cuyos estados y vasallos estuviesen al nivel: una la de Arganza, otra la de la antigua familia de los Yáñez, cuyos dominios comprendían la fértil ribera de Bembibre y la mayor parte de las mon-

tañas comarcanas. Este linaje había dado dos maestres á la orden del Temple, y era muy honrado y acatado en el país. Por una rara coincidencia, á la manera que el apellido Ossorio pendía de la frágil existencia de una mujer, el de Yáñez estaba vinculado en la de un solo hombre no menos frágil y deleznable en aquellos tiempos de desdichas y turbulencias. Don Alvaro Yáñez y su tío don Rodrigo, maestre del Temple en Castilla, eran los dos únicos miembros que quedaban de aquella raza ilustre y numerosa; rama seca y estéril, el uno por su edad y sus votos; y vástago el otro lleno de savia y lozanía, que prometía larga vida y sazonados frutos. Don Alvaro había perdido de niño á sus padres, y su tío, á la sazón comendador de la orden, le había criado como cumplía á un caballero tan principal, teniendo la satisfacción de ver coronados sus trabajos y solicitud con el éxito más brillante. Había hecho su primer campaña en Andalucía, bajo las órdenes de don Alonso Pérez de Guzmán, y á su vuelta trajo una reputación distinguida, principalmente á causa de los esfuerzos que hizo para salvar al infante don Enrique de manos de la morisma. Por lo demás la opinión en que según nuestros conocidos del capítulo anterior le tenía el país, y el rasgo contado por su escudero, darán á conocer mejor que nuestras palabras, su carácter caballeresco y generoso.

El influjo superior de los astros parecía por todas estas razones confundir el destino de estos dos jóvenes, y sin embargo, debemos confesar que don Alonso tuvo que vencer una poderosa repugnancia para entrar en semejante plan. La estrecha alianza, que los Yáñez tuvieron siempre asentada con la orden del Temple, estuvo mil veces para desbaratar este proyecto de que iba á resultar el engrandecimiento de dos casas exclarecidas y la felicidad de dos personas universalmente estimadas.

Los templarios habían llegado á su período de riqueza y decadencia, y su orgullo era verdaderamente insoportable á la mayor parte de los señores independientes. El de Arganza lo había experimentado más de una vez, y devo-

rado su cólera en silencio, porque la orden, dueña de los castillos del país, podía burlarse de todos; pero su despecho se había convertido en odio hacia aquella milicia tan valerosa como sin ventura. Afortunadamente ascendió á maestre provincial de Castilla don Rodrigo Yáñez, y su carácter templado y prudente enfrenó las demasías de varios caballeros, y logró conciliarse la amistad de muchos señores vecinos descontentos. De este número fué el primero don Alonso, que no pudo resistirse á la cortés y delicada conducta del maestre, y sin reconciliarse por entero con la orden, acabó por trabar con él sincera amistad. En ella se cimentó el proyecto de entronque de ambas casas, si bien el señor de Arganza no pudo acallar el desasosiego que le causaba la idea de que algún día sus deberes de vasallo podrían obligarle á pelear contra una orden, objeto ya de celos y de envidia, pero de cuya alianza no permitía apartarse el honor á su futuro yerno. Como quiera, el poder de los templarios y la poca fortaleza de la corona parecían alejar indefinidamente semejante contingencia, y no parecia cordura sacrificar á estos temores la honra de su casa y la ventura de su hija.

Bien hubiera deseado don Alonso y aun el maestre, que semejante enlace se hubiese llevado á cabo prontamente; pero doña Blanca, cuyo corazón era todo ternura y bondad, no quería abandonar á su hija única en brazos de un hombre desconocido hasta cierto punto para ella; porque creía, y con harta razón, que el conocimiento recíproco de los caracteres y la consonancia de los sentimientos son fiadores más seguros de la paz y dicha doméstica que la razón de estado y los cálculos de la conveniencia. Doña Blanca había penado mucho con el carácter duro y violento de su esposo, y deseaba ardientemente excusar á su hija los pesares, que habían acibarado su vida. Así pues, tanto importunó y rogó, que al fin hubo de recabar de su noble esposo que ambos jóvenes se tratasen y conociesen sin saber el destino que les guardaban. ¡Solicitud funesta, que tan amargas horas preparaba para todos!

Este fué el principio de aquellos amores, cuya espléndida aurora debía muy en breve convertirse en un día de duelo y de tinieblas. Al poco tiempo comenzó à formarse en Francia aquella tempestad, en medio de la cual desapareció por último la famosa caballería del Temple. Iguales nubarrones asomaron en el horizonte de España, y entonces los temores del señor de Arganza se despertaron con increíble ansiedad, pues harto conocía que don Alvaro era incapaz de abandonar en la desgracia á los que habían sido sus amigos en la fortuna, y según el giro que parecía tomar aquel ruidoso proceso, no era imposible que su familia llegase á presentar el doloroso espectáculo que siempre afea las luchas civiles. A este motivo, que en el fondo no estaba desnudo de razón ni de cordura, se había agregado otro por desgracia más poderoso, pero de todo punto contrario á la nobleza que hasta allí no había dejado de resplandeçer en las menores acciones de don Alonso. El conde de Lemus había solicitado la mano de doña Beatriz, por medio del infante don Juan, tío del rey don Fernando el IV con quien unían á don Alonso relaciones de obligación y amistad desde su efímero reinado en León; y atento solo á la ambición de entroncar su linaje con uno tan rico y poderoso, olvidó sus pactos con el maestre del Temple, y no vaciló en el propósito de violentar à su hija, si necesario fuese para el logro de sus deseos.

Tal era el estado de las cosas en la tarde que los criados de don Alonso y el escudero de don Alvaro volvían de la feria de Cacabelos. El señor de Bembibre y doña Beatriz, en tanto estaban sentados en el hueco de una ventana de forma apuntada, abierta por lo delicioso del tiempo, y que alumbraba á un aposento espléndidamente amueblado y alhajado. Era ella de estatura aventajada, de proporciones esbeltas y regulares, blanca de color, con ojos y cabello negros y un perfil griego de extraordinaria pureza. La expresión habitual de su fisonomía manifestaba una dulzura angelical, pero en su boca y en su frente cualquier observador mediano hubiera podido descubrir indicios de un carácter

apasionado y enérgico. Aunque sentada, se conocía que en su andar y movimientos debían reinar á la vez el garbo, la majestad y el decoro, y el rico vestido bordado de flores con colores muy vivos que la cubría, realzaba su presencia llena de naturales atractivos.

Don Alvaro era alto, gallardo y vigoroso, de un moreno claro, ojos y cabello castaños, fisonomía abierta y noble, y sus facciones de una regularidad admirable. Tenía la mirada penetrante, y en sus modales se notaba gran despejo y dignidad al mismo tiempo. Traía calzadas unas grandes espuelas de oro, ceñida espada de rica empuñadura, y pendiente del cuello un cuerno de caza primorosamente embutido de plata, que resaltaba sobre su exquisita ropilla oscura, guarnecida de finas pieles. En una palabra, era uno de aquellos hombres que en todo descubren las altas prendas que los adornan, y que involuntariamente cautivan la atención y simpatía de quien los mira.

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre el Bierzo y Galicia, y las revestía de una especie de aureola luminosa, que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables, sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores, según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento, que los movía mansamente, venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y gilguerillos cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa. Nadie pudiera creer, en verdad, que en semejante teatro iba á representarse una escena tan dolorosa.

Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas, ora en los celages del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo; y don Alvaro, fijos los suyos en ella de hito en hito, seguía con ansia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso, sin atreverse á romper el silencio. Se amaban con toda la

profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habían confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que había sucedido con don Alvaro y doña Beatriz, que embebecidos en su dicha jamás habían pensado en darle nombre, ni habían pronunciado la palabra amor. Y sin embargo, esta dicha parecía irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz, que hasta entonces les había presentado la vida como un delicioso jardin.

Don Alvaro, como era natural, fué el primero que habló.

—¿No me diréis, señora, preguntó con voz grave y melancólica, qué da á entender el retraimiento de vuestro padre y mi señor para conmigo? ¿Será verdad lo que mi corazón me está presagiando desde que han empezado á correr ciertos ponzoñosos rumores sobre el conde de Lemus? ¿De cierto, de cierto pensarían en apartarme de vos? continuó, poniéndose en pie con un movimiento muy rápido.

Doña Beatriz bajó los ojos, y no respondió.

—¡Ah! ¿con qué es verdad? continuó el apesarado caballero; y lo será también, añadió con voz trémula, que han elegido vuestra mano para descargarme el golpe?

Hubo entonces otro momento de silencio, al cabo del cual doña Beatriz levantó sus hermosos ojos bañados en lágrimas, y dijo con una voz tan dulce como dolorida?

—También es cierto.

—Escuchadme, doña Beatriz, repuso él, procurando serenarse. Vos no sabéis todavía cómo os amo, ni hasta qué punto sojuzgáis y avasalláis mi alma. Nunca hasta ahora os lo había dicho..... ¿para qué había de hacer una declaración que el tono de mi voz, mis ojos y el menor de mis ademanes estaban revelando sin cesar? Yo he vivido en el mundo solo y sin familia, y este corazón impetuoso no ha conocido las caricias de una madre, ni las dulzuras del hogar doméstico. Como un peregrino he cruzado hasta aquí

el desierto de mi vida: pero, cuando he visto que vos erais el santuario á donde se dirigían mis pasos inciertos, hubiera deseado que mis penalidades fuesen mil veces mayores para llegar á vos purificado y lleno de merecimientos. Era en mí demasiada soberbia querer subir hasta vos, que sois un ángel de luz, ahora lo veo; ¿pero quién, quién, Beatriz, os amará en el mundo más que yo?

—¡Ah! ninguno, ninguno, exclamó doña Beatriz retorciéndose las manos, y con un acento que partía las entrañas.

—¡Y sin embargo me apartan de vos! continuó don Alvaro. Yo respetaré siempre á quien es vuestro padre; nadie daría más honra á su casa que yo, porque desde que os amo se han desenvuelto nuevas fuerzas en mi alma, y toda la gloria, todo el poder de la tierra me parece poco para ponerlo á vuestros pies. ¡Oh Beatriz, Beatriz! cuando volví del Andalucía, honrado y alabado de los más nobles caballeros, yo amaba la gloria, porque una voz secreta parecía decirme que algún día os adornaríais con sus rayos; pero sin vos, que sois la luz de mi camino, me despeñaré en el abismo de la desesperación, y me volveré contra el mismo cielo!

—¡Oh Dios mío! murmuró doña Beatriz, ¿en esto habían de venir á parar tantos sueños de ventura y tan dulces alegrías?

—Beatriz, exclamó don Alvaro, si me amáis, si por vuestro reposo mismo miráis, es imposible que os conforméis en llevar una cadena, que sería mi perdición y acaso la vuestra.

—Tenéis razón, contestó ella haciendo esfuerzos para serenarse. No seré yo quien arrastre esa cadena, pero ahora que por ventura os hablo por la última vez, y que Dios lee en mi corazón, yo os revelaré su secreto. Si no os doy el nombre de esposa al pie de los altares y delante de mi padre, moriré con el velo de las vírgenes; pero nunca se dirá que la única hija de la casa de Arganza mancha con una desobediencia el nombre que ha heredado.

—¿Y si vuestro padre os obligase á darle la mano?

—Mal le conocéis: mi padre nunca ha usado conmigo de violencia.

—¡Alma pura y candorosa, que no conocéis hasta dónde lleva á los hombres la ambición! Y si vuestro padre os hiciese violencia, ¿qué resistencia le opondríais?

—Delante del mundo entero, diría: no.

—¿Y tendríais valor para resistir la idea del escándalo y el bochorno de vuestra familia?

Doña Beatriz rodeó la cámara con unos ojos vagorosos y terribles, como si padeciese una violenta convulsión, pero luego se recobró casi repentinamente, y respondió.

—Entonces pediría auxilio al Todopoderoso, y él me daría fuerzas; pero lo repito, ó vuestra ó suya.

El acento, con que fueron pronunciadas aquellas cortas palabras, descubría una resolución que no había fuerzas humanas para torcer. Quedóse don Alvaro contemplándola como arrobado algunos instantes, al cabo de los cuales le dijo con profunda emoción.

—Siempre os he reverenciado y adorado, señora, como á una criatura sobrehumana, pero hasta hoy no había conocido el tesoro celestial, que en vos se encierra. Perderos ahora sería como caer del cielo para arrastrarse entre las miserias de los hombres. La fe y la confianza que en vos pongo es ciega y sin límites, como la que ponemos en Dios en la hora de la desdicha.

—Mirad, respondió ella señalando el ocaso, el sol se ha puesto, y es hora ya de que nos despidamos. Id en paz y seguro, noble don Alvaro, que si pueden alejaros de mi vista, no les será tan llano avasallar mi albedrío.

Con esto el caballero se inclinó, le beso la mano con mudo ademán, y salió de la cámara á paso lento. Al llegar á la puerta volvió la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de doña Beatriz para trocar una larga y dolorosa mirada, que no parecía sino que había de ser la última. En seguida se encaminó aceleradamente al patio donde su fiel Millán tenía del diestro al famoso Almanzor, y subiendo so-

bre él, salió como un rayo de aquella casa, donde ya solo pensaba en él una desdichada doncella, que en aquel momento, á pesar de su esfuerzo, se deshacía en lágrimas amargas.

CAPÍTULO III.

Cuando don Alvaro dejó el palacio de Arganza entre el tumulto de sentimientos, que se disputaban su alma, había uno que cuadraba muy bien con su despecho y amargura, y que de consiguiente á todos se sobreponía. Era este, retar á combate mortal al conde Lemus, y apartar de este modo el obstáculo más poderoso de cuantos mediaban entre él y doña Beatriz á la sazón. Aquel mismo día le había dejado en Cacabelos, con ánimo al parecer de pasar allí la noche, y de consiguiente este fué el camino que tomó: pero su escudero, que en lo inflamado de sus ojos, en sus ademanes prontos y violentos, y en su habla dura y precipitada, conocía cual podía ser su determinación después de la anterior entrevista, cuyo sentido no se ocultaba á su penetración, le dijo en voz bastante alta:

—Señor, el conde no está ya en Cacabelos, porque esta tarde, antes de salir yo, llegó un correo del rey, y le entregó un pliego que le determinó á salir con la mayor diligencia la vuelta de Lemus.

Don Alvaro, en medio de la agitación en que se encontraba, no pudo ver sin enojo que el buen Millán se entrometiese de aquella suerte en sus secretos pensamientos: así es que le dijo con rostro torcido:

—¿Quién le mete al señor villano en el ánimo de su señor?

Millán aguantó la descarga, y don Alvaro, como hablando consigo propio, continuó.

—Sí, sí, un correo de la córte..... y salir después con tanta priesa para Galicia..... Sin duda camina adelante la trama infernal..... Millán, dijo en seguida con un tono de

voz enteramente distinto del primero: acércate y camina á mi lado. Ya nada tengo que hacer en Cacabelos, y esta noche la pasaremos en el castillo de Ponferrada, dijo, torciendo el caballo y mudando de camino; pero mientras que allí llegamos quiero que me digas qué rumores han corrido por la feria acerca de los caballeros templarios.

—¡Extraños por vida mía, señor! le replicó el escudero: dicen que hacen cosas terribles y ceremonias de gentiles, y que el Papa los ha descomulgado allá en Francia, y que los tienen presos y piensan castigarlos; y en verdad, que si es cierto lo que cuentan, sería muy bien hecho, porque más son proezas de judíos y gentiles que de caballeros cristianos.

—¿Pero qué cosas y que proezas son esas?

—Dicen que adoran un gato y le rinden culto como á Dios, que reniegan de Cristo, que cometen mil torpezas, y que por pacto que tienen con el diablo hacen oro, con lo cual están muy ricos; pero todo esto lo dicen mirando á los lados y muy callandito, porque todos tienen más miedo al Temple que al enemigo malo.—Tras de esto el buen escudero comenzó á ensartar todas las groseras calumnias, que en aquella época de credulidad y de ignorancia se inventaban para minar el poder del Temple, y que ya habían comenzado à producir en Francia tan tremendos y atroces resultados. Don Alvaro que, pensando descubrir algo de nuevo en tan espinoso asunto, había escuchado al principio con viva atención, cayó al cabo de poco tiempo en las cavilaciones propias de su situación, y dejó charlar á Millán, que no por su agudeza y rico ingenio estaba exento de la común ignorancia y superstición. Solo si al llegar al puente sobre el Sil, que por las muchas barras de hierro que tenía, dió á la villa el nombre de Ponsferrata, con que en las antiguas escrituras se la distingue, le advirtió severamente que en adelante no solo hablase con más comedimiento, sino que pensase mejor de una orden con quien tenía asentadas alianza y amistad, y no acogiese las hablillas de un vulgo necio y malicioso. El escudero se apresuró á decir que él

contaba lo que había oído, pero que nada de ello creía, en lo cual no daba por cierto un testimonio muy relevante de veracidad; y con esto llegaron á la barbacana del castillo. Tocó allí don Alvaro su cuerno, y después de las formalidades de costumbre, porque en la milicia del Temple se hacía el servicio con la más rigorosa disciplina, se abrió la puerta, cayó en seguida el puente levadizo, y amo y escudero entraron en la plaza de armas.

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el día solo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular, porque á un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas, se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que la solidez y la gallardía corrían parejas; con lo cual quedó privada de armonía, pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altozano, desde el cual se registra todo el Bierzo bajo con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil, que corre á sus pies para juntarse con el Boeza un poco más abajo, parece rendirle homenaje.

Ahora ya no queda más del poderío de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias, y la cruz famosa, terror de los infieles; sembrado todo aquí y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos era este castillo buena muestra del poder de sus poseedores. Don Alvaro dejó su caballo en manos de unos esclavos africanos, y acompañado de dos aspirantes subió á la sala maestral, habitación magnífica con el techo y paredes escaqueados de encarnado y oro, con ventanas arabescas, entapizada de alfombras orientales y toda ella como pieza de aparato, adornada con todo el esplendor correspondiente al jefe temporal y espiritual de una orden tan famosa y opulenta. Los aspirantes dejaron al caballero á la puerta después del acostumbrado *benedicite*, y uno, que hacía la guardia en la antecámara, le introdujo al aposento de su tío. Era este un anciano venerable, alto y flaco de cuerpo, con

barba y cabellos blancos, y una expresión ascética y recogida, si bien templada por una benignidad grandísima. Comenzaba á encorvarse bajo el peso de los años, pero bien se echaba de ver que el vigor no había abandonado aún aquellos miembros acostumbrados á las fatigas de la guerra, y endurecidos en los ayunos y vigilias. Vestía el hábito blanco de la orden, y exteriormente apenas se distinguía de un simple caballero. El golpe que parecía amagar al Temple, y por otra parte los disgustos que, según de algún tiempo atrás iba viendo claramente, debían abrumar á aquel sobrino querido, último retoño de su linaje, esparcían en su frente una nube de tristeza, y daban á su fisonomía un aspecto todavía más grave.

El maestre, que había salido al encuentro de don Alvaro, después de haberle abrazado con un poco más de emoción de la acostumbrada, le llevó á una especie de celda en que de ordinario estaba, y cuyos muebles y atavíos revelaban aquella primitiva severidad y pobreza, en cuyos brazos habían dejado á la orden Hugo de Paganis y sus compañeros, y de que eran elocuente emblema los dos caballeros montados en un mismo caballo. Don Rodrigo así por el puesto que ocupaba, como por la austeridad peculiar á su carácter, quería dar este ejemplo de humildad y modestia. Sentáronse entrambos en taburetes de madera, á una tosca mesa de nogal, sobre la cual ardía una lámpara enorme de cobre, y don Alvaro hizo al anciano una prolija relación de todo lo acaecido, que este escuchó con la mayor atención.

—En todo eso, respondió por último, estoy viendo la mano del que degolló al niño Guzmán delante de los adarves de Tarifa, y á la vista de su padre. El conde de Lemus está ligado con él y otros señores que sueñan la ruina del Temple para adornarse con sus despojos, y temiendo que tu enlace con una señora tan poderosa en tierras y vasallos aumente nuestras fuerzas harto temibles ya para ellos en este país, han adulado la ambición de don Alonso, y puesto en ejecución todas sus malas artes para separaros. ¡Pobre doña

Beatriz! añadió con melancolía, ¿quién le dijera á su piadosa madre cuando con tanto afán y solicitud la criaba, que su hija había de ser el premio de una cábala tan ruin?

—Pero señor, repuso don Alvaro, creéis que el señor de Arganza se hará sordo á la voz del honor y de la naturaleza?

—A todo, hijo mío, contestó el templario. La vanidad y la ambición secan las fuentes del alma, y con ellas se aparta el hombre de Dios, de quien viene la virtud y la verdadera nobleza.

—¿Pero no hay entre vos y él algún pacto formal?

—Ninguno. Menguado fué tu sino desde la cuna, don Alvaro, pues de otra suerte no sucedería que doña Blanca, que en tan alta estima te tiene, fuese causa ahora de tu pesar. Ella se opuso al principio á vuestra unión, porque quiso que su hija te conociese antes de darte su mano, y don Alonso, doblegando por la primera vez su carácter altanero, cedió á las solicitudes de su esposa. Así pues, aunque su conciencia le condene, á nada podemos obligarle por nuestra parte.

—Con que es decir, exclamó don Alvaro, que no me queda más camino que el que la desesperación me señale?

—Te queda la confianza en Dios y en tu propio honor, de que á nadie le es dado despojarte, respondió el maestre con voz grave entre severa y cariñosa. Además, continuó con más sosiego, todavía hay medios humanos que tal vez sean poderosos á desviar á don Alonso de la senda de perdición por donde quiere llevar á su hija. Yo no le hablaré sino como postrer recurso, porque, á pesar de mi prudencia, tal vez se enconaría el odio de que nuestra noble órden va siendo objeto, pero mañana irás á Carracedo, y entregarás una carta al abad de mi parte. Su carácter espiritual podrá darle alguna influencia sobre el orgulloso señor de Arganza, y espero que, si yo se lo pido, no se lo negará á un hermano suyo. Su orden y la mía nacieron en el seno de San Bernardo, y de la santidad de su corazón recibieron sus primeros preceptos. Dichosos tiempos en que seguíamos la bandera

del capitán invisible en demanda de un reino que no era de este mundo.

Don Alvaro al oirle se abochornó un poco, viendo que en el egoismo de su dolor se había olvidado de los pesares y zozobras que, como una corona de espinas, rodeaban aquella cana y respetable cabeza. Comenzó entonces á hablarle de los rumores que circulaban, y el anciano, apoyándose en su hombro, bajó la escalera y le llevó al extremo de la gran plaza de armas cuyos muros dan al río.

La noche estaba sosegada, y la luna brillaba en mitad de los cielos azules y trasparentes. Las armas de los centinelas relumbraban á sus rayos despidiendo vivos reflejos al moverse, y el río, semejante á una franja de plata, corría al pie de la colina con un rumor apagado y sordo. Los bosques y montañas estaban revestidos de aquellas formas vagas y suaves con que suele envolver la luna semejantes objetos, y todo concurría á desenvolver aquel germen de melancolía, que las almas generosas encuentran siempre en el fondo de sus sentimientos. El maestre se sentó en un asiento de piedra que había á cada lado de las almenas, y su sobrino ocupó el de enfrente.

—Tu creerás tal vez, hijo mío, le dijo, que el poder de los templarios que en Castilla poseen más de veinticuatro encomiendas, sin contar otros muchos fuertes de menos importancia; en Aragón ciudades enteras, y en toda la Europa más de nueve mil casas y castillos es incontrastable, y que harto tiene la orden en que fundar el orgullo y altanería con que generalmente se le dá en rostro.

—Así lo creo, respondió su sobrino.

—Así lo creen los más de los nuestros, contestó el maestre, y por eso el orgullo se ha apoderado de nosotros; el orgullo que perdió al primer hombre y perderá á tantos de sus hijos. En Palestina hemos respondido con el desdén y la soberbia á las quejas y envidia de los demás, y el resultado ha sido perder la Palestina, nuestra patria, nuestra única y verdadera patria. ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, ciudad de perfecto decoro, alegría de toda la tierra! exclamó con

voz solemne: en ti se quedó la fuerza de nuestros brazos, y al dejar á San Juan de Acre, exhalamos el último suspiro! Desde entonces, peregrinos en Europa, rodeados de rivales poderosos que codician nuestros bienes, corrompidas nuestras humildes y modestas costumbres primitivas, el mundo todo se va concitando en daño nuestro, y hasta la tiara, que siempre nos ha servido de escudo, parece inclinarse del lado de nuestros enemigos. Nuestros hermanos gimen ya en Francia en los calabozos de Felipe, y Dios sabe el fin que les espera; pero que se guarden, exclamó con voz de trueno; allí nos han sorprendido, pero aquí y en otras partes aprestados nos encontrarán á la pelea. El Papa podrá disolver nuestra hermandad, y esparcirnos por la haz de la tierra, como al pueblo de Israel; pero para condenarnos nos tendrá que oir, y el Temple no irá al suplicio bajo la vara de ninguna potestad temporal, como un rebaño de carneros.

Los ojos del maestre parecían lanzar relámpagos, y su fisonomía estaba animada de un fuego y energía que nadie hubiera creído compatible con sus cansados años.

El Temple tenía un imán irresistible para todas las imaginaciones ardientes por su misteriosa organización, y por el espíritu vigoroso y compacto, que vigorizaba á un tiempo el cuerpo y los miembros de por sí. Tras de aquella hermandad tan poderosa y unida, difícil era, y sobre todo á la inexperiencia de la juventud, divisar más que robustez y fortaleza indestructible, porque en semejante edad nada se cree negado al valor y á la energía de la voluntad: así es que don Alvaro no pudo menos de replicar.

—Tío y señor, ¿ese creéis que sea el premio reservado por el Altísimo á la batalla de dos siglos que habéis sostenido por el honor de su nombre? ¿Tan apartado le imagináis de vuestra casa?

—Nosotros somos, contestó el anciano, los que nos hemos desviado de él, y por eso nos vamos convirtiendo en piedra de escándalo y de reprobación. Y yo, continuó con la mayor amargura , moriré lejos de los míos, sin ampararlos con el escudo de mi autoridad, y la corona de mis can-

sados días será la soledad y el destierro. Hágase la voluntad de Dios, pero cualquiera que sea el destino reservado á los templarios, morirán como han vivido fieles al valor y ajenos á toda indigna flaqueza.

A esta sazón la campana del castillo anunció la hora del recogimiento con lúgubres y melancólicos tañidos, que derramándose por aquellas soledades y quebrándose entre los peñascos del río, morían á lo lejos mezclados á su murmullo con un rumor prolongado y extraño.

—La hora de la última oración y del silencio, dijo el maestre; vete á recoger, hijo mío, y prepárate para el viaje de mañana. Acaso te he dejado ver demasiado las flaquezas que abriga este anciano corazón, pero el Señor también estuvo triste hasta la muerte, y dijo: «Padre, si puede ser, pase de mí este cáliz». Por lo demás, no en vano soy el maestre y padre del Temple en Castilla, y en la hora de la prueba, nada en el mundo debilitará mi ánimo.

Don Alvaro acompañó á su tío hasta su aposento, y después de haberle besado la mano, se encaminó al suyo, donde al cabo de mucho desasosiego se rindió al sueño postrado por las extrañas escenas y sensaciones de aquel día.

CAPÍTULO IV.

La caballería del templo de Salomón había nacido en el mayor fervor de las cruzadas, y los sacrificios y austeridades que le imponía su regla, dictada por el entusiasmo y celo ardiente de San Bernardo, le habían grangeado el respeto y aplauso universal. Los templarios, con efecto, eran el símbolo vivo y eterno de aquella generosa idea, que convertía hacia el sepulcro de Cristo los ojos y el corazón de toda la cristiandad. En su guerra con los infieles, nunca daban ni admitían tregua, ni les era lícito volver las espaldas aun delante de un número de enemigos conocidamente superior: así es que eran infinitos los caballeros que mo-

rían en los campos de batalla. Al desembarcar en el Asia los peregrinos y guerreros bisoños encontraban la bandera del Temple, á cuya sombra llegaban á Jerusalén sin experimentar ninguna de las zozobras de aquel peligroso viaje. El descanso del monje y la gloria y pompa mundana del soldado les estaban igualmente vedados, y su vida toda era un tejido de fatigas y abnegación. La Europa se había apresurado, como era natural, á galardonar una orden, que contaba en su principio tantos héroes como soldados, y las honras, privilegios y riquezas que sobre ella comenzaron á llover la hicieron en poco tiempo temible y poderosa, en términos de poseer, como decía don Rodrigo, nueve mil casas, y los correspondientes soldados y hombres de armas.

Como quiera, el tiempo que todo lo mina, la riqueza que ensoberbece aun á los humildes, la fragilidad de la naturaleza humana, que al cabo se cansa de los esfuerzos sobrenaturales, y sobre todo la exasperación causada en los templarios por los desastres de la Tierra Santa, y las rencillas y desavenencias con los hospitalarios de San Juan, llegaron á manchar las páginas de la historia del Temple, limpias y resplandecientes al principio. Desde la altura, á que los habían encumbrado sus hazañas y virtudes, su caída fué grande y lastimosa. Por fin perdieron á San Juan de Acre, y apagado ya el fuego de las cruzadas, á cuyo calor habían crecido y prosperado, su estrella comenzó á amortiguarse, y la memoria de sus faltas, la envidia que ocasionaban sus riquezas, y los recelos que inspiraba su poder, fué lo único que trajeron de la Palestina, su patria de adopción y de gloria, á la antigua Europa, verdadero campo de soledad y destierro para unos espíritus acostumbrados al estruendo de la guerra y á la incesante actividad de los campamentos.

A decir verdad, los temores de los monarcas no dejaban de tener su fundamento, porque los caballeros teutónicos acababan de arrojarse sobre la Prusia con fuerzas menores y más escaso poder que los templarios, fundando un estado, cuyo esplendor y fuerza han ido aumentándose hasta

nuestros días. Su número era indudablemente reducido, pero su espíritu altivo y resuelto, su organización fuerte y compacta, su experiencia en las armas y su temible caballería, contrabalanceaban ventajosamente las fuerzas inertes y pesadas, que podía oponerles en aquella época la Europa feudal.

Para conjurar todos estos riesgos, imaginó Felipe el Hermoso, rey de Francia, la medida política, sin duda, de aspirar al maestrazgo general de la orden, que todavía llevaba el nombre de ultramarino; pero el desaire que recibió, junto con la codicia que le inspiró la vista del tesoro del Temple en los días en que le dió amparo contra una conmoción popular, acabó de determinar su alma vengativa á aquella atroz persecución que tiznará eternamente su memoria. El Papa, que, como único juez de una corporación eclesiástica, debía oponerse á las ilegales invasiones de un poder temporal, no se atrevía á contrariar al rey de Francia, temeroso de ver sujeta á la residencia de un concilio general la vida y memoria de su antecesor Bonifacio, como Felipe con toda vehemencia pretendía. De aquí resultaba que muchas gentes, y en especial los eclesiásticos, que veían la tibieza con que defendía la cabeza de la Iglesia la causa de los templarios, se inclinaban á lo peor, como generalmente sucede, y de este modo las viles y monstruosas calumnias de Felipe cada día adquirían más popularidad y consistencia entre una plebe supersticiosa y feroz.

Aunque entre los templarios españoles la continua guerra con los sarracenos conservaba costumbres más puras y acendradas, y daba á su existencia un noble y glorioso objeto de que estaban privados en Francia, también es cierto que los vicios consiguientes á la constitución de la orden no dejaban de notarse en nuestra patria. Por otra parte, el Temple, en último resultado, era una orden extranjera cuya cabeza residía en lejanos climas, al paso que á su lado crecían en nombre y reputación las de Calatrava, Alcántara y Santiago, plantas indígenas y espontáneas en el suelo de la caballería española, y capaces de llenar el

vacío que dejaran sus hermanos en los escuadrones cristianos. Toda comparación, pues, entre unas órdenes y la otra debía perjudicar á la larga á los caballeros del Temple, y por otra parte, conociendo los estrechos vínculos de su hermandad, difícil era separarlos de la responsabilidad en las acusaciones de la corte de Francia. De manera que los templarios españoles, algo más respetados y un poco menos aborrecidos que los de otros países, no por eso dejaban de ser objeto de envidia y codicia para los grandes, y de aversión para los pequeños, perdiendo sus fuerzas y prestigio en medio de la especie de pestilencia moral que consumía sus entrañas.

Estas reflexiones, que á riesgo de cansar á nuestros lectores, hemos querido hacer para explicar la rápida grandeza y súbita ruina de la orden del Temple, se habían presentado muchas veces al carácter meditabundo y grave del maestre de Castilla, y sido causa de la melancolía y abstraimiento que en él se notaba de mucho tiempo atrás; pero la mayor parte de sus súbditos lo achacaban á la piedad un poco austera que había distinguido siempre su vida. Don Alvaro, como ya hemos indicado, más ardiente y menos reflexivo, no acertaba á explicarse el desaliento de una persona tan valerosa y cuerda como su tío, y así es que al día siguiente caminaba la vuelta de Carracedo, algo más divertido en sus propias tristezas y zozobras, que preocupado de los riesgos que amenazaban á sus nobles aliados. De la plática, que iba á tener con el abad de Carracedo, pendían tal vez las más dulces esperanzas de su vida, porque aquel prelado, como confesor de la familia de Arganza, ejercía grande influjo en el ánimo de su jefe. Por otra parte, su poder temporal le daba no poca consideración y preponderancia, porque después de la bailia de Ponferrada, nadie gozaba de más riqueza ni regía mayor número de vasallos, que aquel famoso monasterio.

Don Rodrigo caminaba, pues, combatido de mil opuestos sentimientos, silencioso y recogido, sin hacer caso, ora por esto, ora por la poca novedad que á sus ojos tenía, del

risueño paisaje que se desplegaba al rededor, á los primeros rayos del sol de Mayo. A su espalda quedaba la fortaleza de Ponferrada; por la derecha se extendía la dehesa de Fuentes Nuevas con sus hermosos collados plantados de viñas que se empinaban por detrás de sus robles; por la izquierda corría el río entre los sotos, pueblos y praderas que esmaltan su bendecida orilla y adornan la falda de las sierras de la Aguiana, y al frente descollaba por entre castaños y nogales casi cubierta con sus copas y en vergel perpetuo de verdura, la majestuosa mole del monasterio fundado á la margen del Cua por don Bernardo el Gotoso, y reedificado y ensanchado por la piedad de don Alonso el emperador, y de su hermana doña Sancha. Cantaban los pájaros alegremente, y el aire fresco de la mañana venía cargado de aromas con las muchas flores silvestres que se abrían para recibir las primeras miradas del padre del día.

—¡Delicioso espectáculo, en que un alma descargada de pesares no hubiese dejado de hallar goces secretos y vivos!

Gracias á la velocidad de Almanzor que don Alvaro había ganado en la campaña de Andalucía de un moro principal á quien venció, pronto se halló á la puerta del convento. Guardábanla dos como maceros, más por decoro de la casa, que no por custodia ó defensa, y que hicieron al señor de Bembibre el homenaje correspondiente á su alcurnia: tirando uno de ellos del cordel de una campana, avisó la llegada de tan ilustre huésped. Don Alvaro se apeó en el patio, y acompañado de dos monjes que bajaron á su encuentro, y de los cuales el más entrado en años le dió el ósculo de paz pronunciando un versículo de la Sagrada Escritura, se encaminó á la cámara de respeto, en que solía recibir el abad á los forasteros de distinción. Era esta la misma donde la infanta doña Sancha, hermana del emperador don Alonso había administrado justicia á los pueblos del Bierzo, derramando sobre sus infortunios los tesoros de su corazón misericordioso: gracioso aposento con ligeras columnas y arcos arabescos con un techo de primorosos embutidos, y al cual se subía por una escalera de piedra

adornada de un frágil pasamano. Una reducida pero elegante galería le daba entrada y recibía luz de una cúpula bastante elevada y de algunos calados rosetones, todo lo cual, junto con los muebles ricos pero severos que la decoraban, le daba un aspecto majestuoso y grave.

Los religiosos dejaron en esta sala á don Alvaro por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales entró el abad. Era este un monje como de cincuenta años, calvo, de facciones muy marcadas, pero en que se descubría más austeridad y rigor que no mansedumbre evangélica: enflaquecido por los ayunos y penitencias, pero vigoroso aun en sus movimientos. Se conocía á primera vista que su condición austera y sombría, aunque recta y sana, le inclinaba más bien á empuñar los rayos de la religión, que no á cubrir con las alas de la clemencia las miserias humanas. Apesar de todo recibió á don Alvaro con bondad, y aun pudiéramos decir con efusión, atendido su carácter, porque le tenía en gran estima, y después de los indispensables comedimientos se puso á leer la carta del maestre. A medida que la recorría iban amontonándose nubarrones en su frente dura y arrugada, tristes presagios para don Alvaro; hasta que concluída, por último, le dijo con su voz enérgica y sonora.

—Siempre he estimado á vuestra casa: vuestro padre fué uno de los pocos amigos que Dios me concedió en mi juventud, y vuestro tío es un justo á pesar del hábito que le cubre; pero ¿cómo queréis que yo me mezcle ahora en negocios mundanos, ajenos á mis años y carácter, ni que vaya á desconcertar un proyecto en que el señor de Arganza piensa cobrar tanta honra para su linaje?

—Pero, padre mío, contestó don Alvaro, la paz de vuestra hija de penitencia, el amor que la tenéis, la delicadeza de mi proceder, y tal vez el sosiego de esta comarca, son asuntos dignos de vuestro augusto ministerio y del sello de santidad que ponéis en cuanto tocáis. ¿Imagináis que doña Beatriz encontrará gran ventura en brazos del conde?

—Pobre paloma sin mancilla, repuso el abad con una

voz casi enternecida: su alma es pura como el cristal del lago de Carucedo, cuando en la noche se pintan en su fondo todas las estrellas del cielo, y ese reguero de maldición, acabará por enturbiar y amargar esta agua limpia y serena.

Quedáronse entrambos callados por un buen rato, hasta que el abad, como hombre que adopta una resolución inmutable, le dijo:

—¿Seríais capaz de cualquier empresa, por lograr á doña Beatriz?

—¿Eso dudáis, padre? contestó el caballero; sería capaz de todo lo que no me envileciese á sus ojos.

—Pues entonces, añadió el abad, yo haré desistir á don Alonso de sus ambiciosos planes, con una condición; y es que os habéis de apartar de la alianza de los templarios.

El rostro de don Alvaro se encendió en ira, y en seguida perdió el color hasta quedarse como un difunto, en cuanto oyó semejante proposición. Pudo, sin embargo, contenerse, y se contentó con responder aunque en voz algo trémula y cortada:

—Vuestro corazón está ciego, pues no ve que doña Beatriz sería la primera en despreciar á quien tan mala cuenta daba de su honra; la dicha siempre es menos que el honor. ¿Cómo queríais que faltase en la hora del riesgo á mi buen tío y á sus hermanos? ¡Otra opinión creí mereceros!

—Nunca estuvo la honra, respondió el abad con vehemencia, en contribuir á la obra de tinieblas, ni en hacer causa común con los inicuos.

—Y sois vos, le preguntó el caballero con sentido acento; vos, un hijo de San Bernardo, el que habla en esos términos de sus hermanos? ¿Vos oscurecéis de esa manera la cruz que resplandeció en la Palestina con tan gloriosos rayos, y que ha menguado en España las lunas sarracenas? ¿Vos humilláis vuestra sabiduría hasta recoger las hablillas de un vulgo fiero y maldiciente?

—¡Ah! repuso el monje con el mismo calor aunque con un acento doloroso; ¡pluguiera al cielo que solo en boca de la plebe anduviese el nombre del Temple! pero el Papa ve

los desmanes del rey de Francia sin fulminar sobre él los rayos de su poder, y ¿pensáis que así abandonaría sus hijos no ha mucho tiempo de bendición, si la inocencia no los hubiera abandonado antes? El jefe de la Iglesia, hijo mío, no puede errar, y si hasta ahora no ha recaído ya el castigo sobre los delincuentes, culpa es de su corazón benigno y paternal. ¡Oh dolor! añadió levantando las manos y los ojos al cielo. ¡Oh vanidad de las grandezas humanas! ¿Porqué han seguido los caminos de la perdición y de la soberbia, desviándose de la senda humilde y segura que les señaló nuestro padre común? Por su desenfreno acabamos de perder la Tierra Santa, y ya será preciso pasar el arado sobre aquel alcázar, á cuyo abrigo descansaba alegre la cristiandad entera, porque se ha convertido ya en templo de abominación.

Don Alvaro no pudo menos de sonreirse con algo de desdén y dijo.

—Mucho será que á tanto alcancen vuestras máquinas de guerra.

El abad le miró severamente y sin hablar palabra le asió del brazo y le llevó á una ventana. Desde ella se divisaba una colina muy hermosa, sombreadas sus faldas de viñedo, al pie de la cual corría el Cua, y cuya cumbre remataba no en punta, sino en una hermosa explanada con el azul del cielo por fondo. Un montón confuso de ruinas la adornaba: algunas columnas estaban en pie, aunque las más sin capiteles: en otras partes se alcanzaba á descubrir algún lienzo grande de edificio cubierto de yedra, y todo el recinto estaba rodeado aún de una muralla por donde trepaban las vides y zarzas. Aquel «campo de soledad mustio collado» había sido el *Beldigum* romano.

Bien lo sabía don Alvaro, pero el ademán del abad y la ocasión en que le ponía delante aquel ejemplo de las humanas vanidades y soberbias, le dejó confuso y silencioso.

Miradlo bien, le dijo el monje, mirad bien uno de los grandes y muchos sepulcros, que encierran los esqueletos de aquel pueblo de gigantes. También ellos en su orgullo é

injusticia se volvieron contra Dios como vuestros templarios. Id pues, id como yo he ido en medio del silencio de la noche, y preguntad á aquellas ruinas por la grandeza de sus señores, id, que no dejarán de daros respuesta los silbidos del viento y el aullido del lobo.

El señor de Bembibre, antes confuso, quedó ahora como anonadado y sin contestar palabra.

—Hijo mío, añadió el monje, pensadlo bien y apartaos, que aun es tiempo, apartaos de esos desventurados, sin volver la vista atrás, como el profeta que salía huyendo de Gomorra.

—Cuando vea lo que me decís, respondió don Alvaro con reposada firmeza, entonces tomaré vuestros consejos. Los templarios serán tal vez altaneros y destemplados, pero es porque la injusticia ha agriado su noble carácter. Ellos responderán ante el soberano Pontífice, y su inocencia quedará limpia como el sol.—Pero en suma, padre mío, vos que veis la hidalguía de mis intenciones, ¿no haréis algo por el bien de mi alma y por doña Beatriz á quien tanto amáis?

—Nada, contestó el monje: yo no contribuiré á consolidar el alcázar de la maldad y del orgullo.

El caballero se levantó entonces y le dijo:

—Vos sois testigo de que me cerráis todos los caminos de paz. ¡Quiera Dios que no os lo echéis en cara alguna vez!

—El cielo os guarde, buen caballero, contestó el abad, y os abra los ojos del alma. En seguida le fué acompañando hasta el patio del monasterio, y, después de despedirle, se volvió á su celda donde se entregó á tristes reflexiones.

CAPÍTULO V.

Aunque don Alvaro no fundase grandes esperanzas en su entrevista con el abad, todavía le causó sorpresa el resultado: flaqueza irremediable del pobre corazón humano, que solo á vista de la realidad inexorable y fría, acierta á separarse del talismán que hermosea y dulcifica la vida: la esperanza. El maestre por su parte conocía harto bien el fondo de fanatismo, que en el alma del abad de Carracedo sofocaba un sin fin de nobles cualidades, para no prever el éxito; pero así para consuelo de su sobrino, como por obedecer al generoso impulso, que en las almas elevadas inclina siempre á la conciliación y á la dulzura, había dado aquel paso. Iguales motivos le determinaron á visitar al señor de Arganza, aunque la crítica situación en que se encontraba la orden por una parte, y por otra la conocida ambición de don Alonso, parecían deber retraerle de este nuevo esfuerzo; pero la ternura de aquel buen anciano por el único pariente que le quedaba, rayaba en debilidad, aunque exteriormente la dejaba asomar rara vez.

Así pues, un día de los inmediatos al suceso que acabamos de contar, salió de la encomienda de Ponferrada con el séquito acostumbrado, y se encaminó á Arganza. La visita tuvo mucho de embarazosa y violenta, porque don Alonso, deseoso de ahorrarse una explicación cordial y sincera sobre un asunto, en que su conciencia era la primera en condenarle, se encerró en el coto de una cortesía fría y estudiada, y el maestre, por su parte, convencido de que su resolución era irrevocable, y harto celoso del honor de su orden y de la dignidad de su persona para abatirse á súplicas inútiles, se despidió para siempre de aquellos umbrales, que tantas veces había atravesado con el ánimo ocupado en dulces proyectos.

Como quiera, el señor de Arganza un tanto alarmado con la intención que parecía descubrir el afecto de don Alvaro hacia su hija, resolvió acelerar lo posible su ajustado enlace, á fin de cortar de raíz todo género de zozobras. Poco temía de la resistencia de su esposa, acostumbrado como estaba á verla ceder de continuo á su voluntad; pero el carácter de la joven, que había heredado no poco de su propia firmeza, le causaba alguna inquietud. Sin embargo, como hombre de discreción, á par que de energía, contaba á un tiempo con el prestigio filial, y con la fuerza de su autoridad para el logro de su propósito. Así pues, una tarde en que doña Beatriz, sentada cerca de su madre, trabajaba en bordar un paño de iglesia, que pensaba regalar al monasterio de Villabuena, donde tenía una tía abadesa á la sazón, entró su padre en el aposento, y diciéndole que tenía que hablarla de un asunto de importancia, soltó la labor y se puso á escucharle con la mayor modestia y compostura. Caíanle por ambos lados numerosos rizos negros como el ébano, y la zozobra que apenas podía reprimir la hacía más interesante. Don Alonso no pudo abstenerse de un cierto movimiento de orgullo al verla tan hermosa, en tanto que á doña Blanca por lo contrario, se le arrasaron los ojos de lágrimas pensando que tanta hermosura y riqueza, serían tal vez la causa de su desventura eterna.

—Hija mía, la dijo don Alonso, ya sabes que Dios nos privó de tus hermanos y que tú eres la esperanza única y postrera de nuestra casa.

—Sí, señor, respondió ella con su voz dulce y melodiosa.

—Tu posición, por consiguiente, continuó su padre, te obliga á mirar por la honra de tu linaje.

—Sí, padre mío, y bien sabe Dios que ni por un instante he abrigado un pensamiento que no se aviniese con el honor de vuestras canas y con el sosiego de mi madre.

—No esperaba yo menos de la sangre que corre por tus venas. Quería decirte, pues, que ha llegado el caso de que vea logrado el fruto de mis afanes y coronados mis más ardientes deseos. El conde de Lemus, señor el más noble y

poderoso de Galicia, favorecido del rey y muy especialmente del infante don Juan, ha solicitado tu mano y yo se la he concedido.

—¿No es ese conde el mismo, repuso doña Beatriz, que después de lograr de la noble reina doña María el lugar de Monforte en Galicia, abandonó sus banderas para unirse á las del infante don Juan?

—El mismo, contestó don Alonso poco satisfecho de la pregunta de su hija, ¿y qué tenéis que decir de él?

—Que es imposible que mi padre me dé por esposo un hombre á quien no podría amar, ni respetar tan siquiera.

—Hija mía, contestó don Alonso con moderación, porque conocía el enemigo con quien se las iba á ver, y no quería usar de violencia sino en el último extremo, en tiempo de discordias civiles no es fácil caminar sin caer alguna vez, porque el camino está lleno de escollos y barrancos.

—Sí, replicó ella, el camino de la ambición está sembrado de dificultades y tropiezos, pero la senda del honor y la caballería es lisa y apacible como una pradera. El conde de Lemus sin duda es poderoso, pero aunque sé de muchos que le temen y odian, no he oído hablar de uno que le venere y estime.

Aquel tiro dirigido á la desalmada ambición del de Lemus, que, sin saberlo su hija, venía á herir á su padre de rechazo, excitó su cólera en tales términos, que se olvido de su anterior propósito, y contestó con la mayor dureza.

—Vuestro deber es obedecer y callar y recibir el esposo que vuestro padre os destine.

—Vuestra es mi vida, dijo doña Beatriz, y si me lo mandáis, mañana mismo tomaré el velo en un convento; pero no puedo ser esposa del conde de Lemus.

—Alguna pasión tenéis en el pecho, doña Beatriz, contestó su padre dirigiéndola escrutadoras miradas. ¿Amáis al señor de Bembibre? le pregunto de repente.

—Sí, padre mío, respondió ella con el mayor candor.

—Y no os dije que le despidierais.

—Y ya le despedí.

—¿Y cómo no despedisteis también de vuestro corazón esa pasión insensata? Preciso será que la ahoguéis entonces.

—Si tal es vuestra voluntad, yo la ahogaré al pie de los altares; yo trocaré por el amor del esposo celeste el amor de don Alvaro, que por su fe y su pureza era más digno de Dios que no de mí, desdichada mujer. Yo renunciaré á todos mis sueños de ventura; pero no le olvidaré en brazos de ningún hombre.

—Al claustro iréis, respondió don Alonso, fuera de sí de despecho, no á cumplir vuestros locos antojos, no á tomar el velo de que os hace indigna vuestro carácter rebelde, sino á aprender en la soledad, lejos de mi vista, y de la de vuestra madre, la obediencia y el respeto que me debéis.

Diciendo esto salió del aposento, airado, y cerrando tras sí la puerta con enojo, dejó solas á madre y á hija, que por un impulso natural y espontáneo se precipitaron una en brazos de la otra; doña Blanca desecha en lágrimas, y doña Beatriz comprimiendo las suyas con trabajo, pero llena interiormente de valor. En las almas generosas despierta la injusticia fuerzas cuya existencia se ignoraba, y la doncella lo sentía entonces. Había tenido bastante desprendimiento y respeto para no representar á su padre que, si amaba á don Alvaro, era porque todo en un principio parecía indicarle que era el esposo escogido por su familia; pero este silencio mismo contribuía á hacerle sentir más vivamente su agravio. Lo que quebrantaba su valor era el desconsuelo de su madre, que no cesaba un punto en sus sollozos, teniéndola estrechamente abrazada.

—Hija mía, hija mía, dijo por fin, en cuanto su congoja la dejó hablar, ¿cómo te has atrevido á irritarle de esa manera, cuando nadie tiene valor para resistir sus miradas?

—En eso verá que soy su hija, y que heredo el esfuerzo de su ánimo.

—¡Y yo, miserable mujer, exclamó doña Blanca haciendo los mayores extremos de dolor, que con mi necia prudencia te he alejado del puerto de la dicha, pudiendo ahora gozarte segura en la ribera!

—Madre mía, dijo la joven enjugando los ojos de su madre; vos habéis sido toda bondad y cariño para mí, y el día de mañana solo está en la mano de Dios; sosegaos, pues, y mirad por vuestra salud. El Señor nos dará fuerzas para sobrellevar una separación, á mí sobre todo, que soy joven y robusta.

La idea de la falta de su hija, que ni un solo día se había apartado de su lado, hizo volver á la triste madre á todos sus extremos de amargura, en términos que, doña Beatriz hubo de emplear todos los recursos de su corazón y de su ingenio en apaciguarla. La anciana, que por su carácter suave y bondadoso estaba acostumbrada á ceder en todas ocasiones, y cuyo matrimonio había comenzado por un sacrificio algo semejante, aunque infinitamente menor que el que exigían de su hija, bien quisiera indicarle algo, pero no se atrevía. Por último al despedirse le dijo.—Pero, hija de mi vida, ¿no sería mejor ceder?

Doña Beatriz hizo un gesto muy expresivo, pero no respondió á su madre, sino abrazándola y deseándole un buen sueño.

CAPÍTULO VI.

La escena que acabamos de describir causó mucho desasosiego en el ánimo del señor de Arganza, porque harto claro veía ahora cuán hondas raíces había echado en el ánimo de su hija, aquella malhadada pasión, que así trastornaba todos sus planes de engrandecimiento. Poco acostumbrado á la contradicción, y mucho menos de parte de aquella hija, dechado hasta entonces de sumisión y respeto, su orgullo se irritó sobremanera, si bien en el fondo y como á despecho suyo, parecía á veces alegrarse de encontrar en una persona que tan de cerca le tocaba, aquel valor noble y sereno, y aquella elevación de sentimientos. Sin embargo, atento antes que todo á conservar ilesa su autoridad pater-

nal, resolvió al cabo de dos días llevar á doña Beatriz al convento de Villabuena, donde esperaba que el recogimiento del lugar, el ejemplo vivo de obediencia que á cada paso presenciaría, y sobre todo, el ejemplo de su piadosa tía, contribuirían á mudar las disposiciones de su ánimo.

Por secreto que procuró tener don Alonso el motivo de su determinación, se traslució sobradamente en su familia y aun en el lugar, y como todos adoraban á aquella criatura tan llena de gracias y de bondad, el día de su partida fué uno de llanto y de consternación general. El mismo Mendo, el palefrenero que tan inclinado se mostraba á favorecer los proyectos de su amo, y á llevar las armas de un conde, apenas podía contener las lágrimas. Don Alonso daba á entender con la mayor serenidad posible, en medio del pesar que experimentaba, que era ausencia de pocos días, y no llevaba más objeto que satisfacer el deseo que siempre había manifestado la abadesa de Villabuena de tener unos días en su compañía á su sobrina. A todo el mundo decía lo contrario su corazón, y era trabajo en balde el que el anciano señor se tomaba.

Doña Beatriz se despidió de su madre á solas y en los aposentos más escondidos de la casa, y por esta vez ya no pudo sostenerla su aliento: así fué que rompió en ayes y en gemidos tanto más violentos cuanto más comprimidos habían estado hasta entonces. El corazón de una madre suele tener en las ocasiones fuerzas sobrehumanas, y bien lo mostró doña Blanca que entonces fué la consoladora de su hija, y la que supo prestarle ánimo. Por fin doña Beatriz se desprendió de sus brazos, y enjugándose las lágrimas, bajó al patio donde casi todos los vasallos de su padre la aguardaban: sus hermosos ojos humedecidos todavía, despedían unos rayos semejantes á los del sol, cuando después de una tormenta atraviesa las mojadas ramas de los árboles, y su talla majestuosa y elevada, realzada por un vestido oscuro, la presentaba en todo el esplendor de su belleza. La mayor parte de aquellas pobres gentes á quienes Doña Beatriz había asistido en sus enfermedades y socorrido en sus mise-

rias, que siempre la habían visto aparecer en sus hogares como un ángel de consuelo y de paz, se precipitaron á su encuentro con voces y alaridos lamentables, besándole unos las manos y otros la falda de su vestido. La doncella como pudo se desasió suavemente de ellos, y subiendo en su hacanea blanca con ayuda del enternecido Mendo, salió del palacio extendiendo las manos hacia sus vasallos y sin hablar palabra, porque desde el principio se le había puesto un nudo en la garganta.

El aire del campo y su natural valor le restituyeron por fin un poco de serenidad. Componían la comitiva su padre, que caminaba un poco delante como en muestra de su enojo, aunque realmente por ocultar su emoción; el viejo Nuño, caballero en su haca de caza, pero sin alcón ni perro, el rollizo Mendo que aquel día andaba desatentado, y Martina su criada, joven aldeana, rubia viva y linda, de ojos azules y de semblante risueño y lleno de agudeza. Como con gran placer suyo, iba destinada á servir y acompañar á su señora durante su reclusión, no sabemos decir á punto fijo, si era esto lo que más influía en el mal humor del caballerizo, que á pesar de los celos y disgustos que le daba con Millán el paje de don Alvaro, tenía la debilidad de quererla. Viendo pues doña Beatriz, que habían entrado en conversación, dijo al montero, que por respeto caminaba un poco detrás.

—Acércate, buen Nuño, porque tengo que hablarte. Tu eres el criado más antiguo de nuestra casa, y como á tal sabes cuánto te he apreciado siempre.

—Sí, señora, contestó él con voz no muy segura: ¿quién me dijera á mí, cuando os llevaba á jugar con mis alcones y perros, que habían de venir días como estos?

—Otros peores vendrán, pobre Nuño, si los que me quieren bien no me ayudan. Ya sabes de lo que se trata, y mucho me temo que la indiscreta ternura de mi padre, no me fuerce á tomar por esposo, un hombre de todos detestado. Si yo tuviera parientes á quienes dirigirme, solo de ellos solicitaría amparo; pero por desgracia, soy la última de mi

linaje. Preciso será, pues, que él me proteja, me entiendes, ¿te atreverías á llevarle una carta mía?

Nuño calló.

—Piensa, añadió doña Beatriz, que se trata de mi felicidad en esta vida, y quizá en la otra. ¿También tú, serías capaz de abandonarme?

—No, señora, respondió el criado con resolución, venga la carta que yo se la llevaré, aunque hubiera que atravesar por medio de toda la morería. Si el amo lo llega á saber, me mandará azotar y poner en la picota, y me echará de casa, que es lo peor; pero don Alvaro, que es el mismo pundonor y la misma bondad, no me negará un nicho en su castillo para cuidar de sus alcones y gerifaltes. Y sobre todo, sea lo que Dios quiera, que yo á buen hacer lo hago, y él bien lo ve.

Doña Beatriz enternecida, le entregó la carta, y casi no tuvo tiempo para darle las gracias, porque Mendo y Martina se le incorporaron en aquel punto. Así pues, continuaron en silencio su camino por las orillas del Cua, en las cuales estaba situado el convento de monjas de San Bernardo, hermano en su fundación del de Carracedo, y en el cual habían sido religiosas dos princesas de sangre real. El convento ha desaparecido, pero el pueblo de Villabuena, junto al cual estaba, todavía subsiste y ocupa una alegre y risueña situación al pie de unas colinas plantadas de viñedo. Rodéanlo praderas y huertas llenas las más de higueras y toda clase de frutales, y las otras cercadas de frescos chopos y álamos blancos. El río le proporciona riego abundante y fertiliza aquella tierra, en que la naturaleza parece haber derramado una de sus más dulces sonrisas.

Al cabo de un viaje de hora y media, se apeó la cabalgata delante del monasterio, á cuya portería salió la abadesa acompañada de la mayor parte de la comunidad, á recibir á su sobrina. Las religiosas todas la acogieron con gran amor, prendadas de su modestia y hermosura, y don Alonso, después de una larga conversación con su cuñada, se partió á escondidas de su hija, desconfiando de su energía y resolución, harto quebrantada con las escenas de

aquel día. Nuño y Mendo, se despidieron de su joven ama, con más enternecimiento del que pudiera esperarse de su sexo y educación. Aquellos fieles criados acostumbrados á la presencia de doña Beatriz, que como una luz de alegría y contento parecía iluminar todos los rincones más oscuros de la casa, conocían que con su ausencia, la tristeza y el desabrimiento iban á asentar en ella sus reales. Conocían que don Alonso se entregaría más frecuentemente á los accesos de su mal humor, sin el suave contrapeso y mediación de su hija; y por otra parte, no se les ocultaba que los achaques, ya habituales de Doña Blanca, agravados con el nuevo golpe, acabarían de oscurecer el horizonte doméstico. Así pues, entrambos caminaron sin hablar palabra detrás de su amo no menos adusto y silencioso que ellos, y al llegar á Arganza, Mendo se fué á las caballerizas con el caballo de su señor y el suyo, y Nuño, después de piensar su jaca y cenar, salió cerca de media noche con pretexto de aguardar una liebre en un sitio algo lejano, y de amaestrar un galgo nuevo de excelente traza, pero en realidad, para llegar á Bembibre á deshora, y entregar con el mayor recato la carta de doña Beatriz que poco más ó menos decía así:

«Mi padre me destierra de su presencia por vuestro amor, y yo sufro contenta este destierro; pero ni vos ni yo debemos olvidar que es mi padre, y por lo tanto, si en algo tenéis mi cariño y alguna fe ponéis en mis promesas, espero que no adoptaréis ninguna determinación violenta. El primer domingo después del inmediato, procurad quedaros de noche en la iglesia del convento, y os diré lo que ahora no puedo deciros. Dios os guarde y os dé fuerzas para sufrir.»

Nuño desempeñó con tanto tino como felicidad su delicado mensaje, y solo pudo hacerle aceptar don Alvaro una cadena de plata de que colgar el cuerno de caza en los días de lujo para memoria suya. Por lo demás, el buen montero todavía tuvo tiempo para volver á su aguardo y coger la liebre, que trajo triunfante á casa muy temprano, deshaciéndose en elogios de su galgo.

CAPÍTULO VII.

El medio de que el señor de Arganza se había valido para arrancar del corazón de su hija el amor, que tan firmes raíces había echado, no era, á la verdad, el más apropósito. Aquella alma pura y generosa, pero altiva, mal podía regirse con el freno del temor ni del castigo. Tal vez la templanza y la dulzura hubieran recabado de ella cuanto la ambición de su padre podía apetecer, porque la idea del sacrificio suele ser instintiva en semejantes caracteres, y con más gusto la acogen á medida que se presenta con más atavíos de dolor y de grandeza; pero doña Beatriz, que según la exacta comparación del abad de Carracedo, se asemejaba á las aguas quietas y trasparentes del lago azul y sosegado de Carucedo, fácilmente se embravecía cuando azotaba su superficie el viento de la injusticia y de la dureza. La idea sola de pertenecer á un tan mal caballero como el conde Lemus, y de ser el juguete de una villana intriga, la humillaba en términos de arrojarse á cualquier violento extremo, por apartar de sí semejante mengua.

Por otra parte la soledad, la ausencia y la contrariedad, que bastan para apagar inclinaciones pasajeras, ó culpables afectos, solo sirven de alimento y vida á las pasiones profundas y verdaderas. Un amor inocente y puro acrisola el alma que le recibe, y por su abnegación insensiblemente llega á eslabonarse con aquellos sublimes sentimientos religiosos, que en su esencia no son sino amor limpio del polvo y fragilidades de la tierra. Si por casualidad viene la persecución á adornarle con la aureola del martirio, entonces el dolor mismo le graba profundamente en el pecho, y aquella idea querida llega á ser inseparable de todos los pensamientos, á la manera que una madre suele mostrar predilección decidida al hijo doliente y enfermo que no la deja ni un instante de reposo.

Esto era cabalmente lo que sucedía con doña Beatriz. En el silencio que la rodeaba se alzaba más alta y sonora la voz de su corazón, y cuando su pensamiento volaba al que tiene en su mano la voluntad de todos, y escudriña con su vista lo más oscuro de la conciencia, sus labios murmuraban sin saber aquel nombre querido. Tal vez pensaba que sus oraciones se encontraban con las suyas en el cielo, mientras sus corazones volaban uno en busca de otro en esta tierra de desventuras, y entonces su imaginación se exaltaba hasta mirar sus lágrimas y tribulaciones como otras tantas coronas que la adornarían á los ojos de su amado.

Su tía, que también había amado y visto deshojarse en flor sus esperanzas bajo la mano de la muerte, respetaba los sentimientos de su sobrina, y procuraba hacerle llevadero su cautiverio, dándole la posible libertad y tratándola con el más extremado cariño, porque su femenil agudeza le daba á entender claramente que solo este proceder podía emplearse con aquella naturaleza á un tiempo de león y de paloma. La prudente señora quería dejar obrar la lenta medicina del tiempo antes de arriesgar ninguna otra tentativa.

El día que doña Beatriz había señalado á don Alvaro en su carta, estaba elegido con gran discreción, porque en él se celebraban después de las vísperas los funerales de los regios patrones de aquella santa casa, que comúnmente solían atraer numeroso concurso, á causa de la limosna que se repartía, y de ordinario duraban hasta de noche. Fácil le fué por lo tanto al caballero deslizarse á favor de un disfraz de aldeano por entre el gentío, y meterse en un confesonario, donde se escondió como pudo, mientras los paisanos del pueblo oían el sermón con la mayor atención. En las iglesias de aquel país había, y hay aún en algunas, confesonarios cerrados por delante, con unas puertas de celosía, y más de una vez han sucedido ocultaciones semejantes á la de nuestro caballero. Por fin, después de acabados los oficios, la iglesia se fué desocupando, las monjas rezaron sus sublimes oraciones, y el sacristán apagó las

luces, y salió de la iglesia cerrando las puertas con sus enormes llaves.

Quedóse el templo en un silencio sepulcral y alumbrado por una sola lámpara, cuya llama débil y oscilante más que aclaraba los objetos, los confundía. Algunas cabezas de animales y hombres, que adornaban los capiteles de las columnas lombardas, parecían hacer extraños gestos y visajes, y las figuras doradas de los santos de los altares, en cuyos ojos reflejaban los rayos vagos y trémulos de aquella luz mortuoria, parecían lanzar centellantes miradas sobre el atrevido que traía á la mansión de la religión y de la paz otros cuidados que los del cielo. El coro estaba oscuro y tenebroso, y el ruido del viento entre los árboles, y el murmullo de los arroyos que venían de fuera, junto con algún chillido de las aves nocturnas, tenían un eco particular y temeroso debajo de aquellas bóvedas augustas.

Don Alvaro no era superior á su siglo, y en cualquiera otra ocasión semejantes circunstancias no hubiesen dejado de hacer impresión profunda en su ánimo; pero los peligros reales que le cercaban, si era descubierto, el riesgo que corría en igual caso doña Beatriz, el deseo de aclarar el enigma oscuro de su suerte, y sobre todo la esperanza de oir aquella voz tan dulce, se sobreponían á toda clase de temores imaginarios. Oyó por fin la campana interior del claustro que tocaba á recogerse, luego voces lejanas como de gentes que se despedían, pasos por aquí y acullá, abrir y cerrar puertas, hasta que al último todo quedó en un silencio tan profundo como el que le envolvía.

Salió entonces del confesonario y se acercó á la reja del coro bajo aplicando el oído con indecible ansiedad, y engañándose á cada instante creyendo percibir el leve sonido de los pasos y el crugido de los vestidos de doña Beatriz. Por fin una forma blanca y ligera apareció en el fondo oscuro del coro, y adelantándose rápida y silenciosamente, presentó á los ojos de don Alvaro, ya un poco habituados á las tinieblas, los contornos puros y airosos de la hija de Ossorio.

Más fácil le fué á ella distinguirle, porque el bulto de su cuerpo se dibujaba claramente en medio de los rayos desmayados de la lámpara, que por detrás le herían. Adelantóse, pues, hasta llegar á la verja con el dedo en los labios como una estatua del silencio, que hubiese cobrado vida de repente, y volviendo la cabeza, como para dirigir una postrera mirada al coro, preguntó con voz trémula:

—¿Sois vos, don Alvaro?

—¿Y quién sino yo, respondió él, vendría á buscar vuestra mirada en medio del silencio de los sepulcros? Me han dicho que habéis sufrido mucho con la separación de vuestra madre, y aunque en esta oscuridad no distingo bien vuestro semblante, me parece ver en él la huella del insomnio y de las lágrimas. ¿No se ha resentido vuestra salud?

—No, á Dios gracias, respondió ella casi con alegría, porque como penaba por vos, el cielo me ha dado fuerzas. No sé si el llanto habrá enturbiado mis ojos, ni si el pesar habrá robado el color de mis mejillas, pero mi corazón siempre es el mismo.—Pero somos unos locos, añadió como recobrándose, en gastar así estos pocos momentos que la suerte nos concede, y que sin gran peligro nuestro tal vez no volverán en mucho tiempo. ¿Qué imagináis, don Alvaro, de haberos yo llamado de esta suerte?

—He imaginado, respondió él, que leíais en mi alma, y que con vuestra piedad divina os compadecíais de mí.

—¿Y no habéis meditado algún proyecto temerario y violento? ¿No habéis pensado en romper mis cadenas con vuestras manos atropellando por todo?

Don Alvaro no respondió, y doña Beatriz continuó con un tono que se parecía al de la reconvención.—Ya veis que vuestro corazón no os engañaba, y que yo leía en él como en un libro abierto; pero sabed que no basta que me améis, sino que me creáis, y aguardéis noblemente. No quiero que os volváis contra el cielo, cuya autoridad ejerce mi padre, porque ya os dije que yo jamás mancharía mi nombre con una desobediencia.

—¡Oh Beatriz! contestó don Alvaro con precipitación,

no me condenéis sin oirme. Vos no sabéis lo que es vivir desterrado de vuestra presencia; vos no sabéis sobre todo, cómo despedaza mis entrañas la idea de vuestros pesares, que yo, miserable de mí, he causado sin tener fuerzas para ponerles fin. Cuando os veía dichosa en vuestra casa, de todos acatada y querida, el mundo entero no me parecía sino una fiesta sin término, una alegre romería á donde todos iban á rendir gracias á Dios por el bien que su mano les vertía. Cuando los pájaros cantaban por la tarde, solo de vos me hablaban con su música; la voz del torrente me deleitaba, porque vuestra voz era la que escuchaba en ella; y la soledad misma parecía recogerse en religioso silencio, solo para escuchar de mis labios vuestro nombre. Pero ahora, la naturaleza entera se ha oscurecido, las gentes pasan junto á mí silenciosas y tristes, en mis ensueños os veo pasar por un claustro tenebroso, con el semblante descompuesto y lleno de lágrimas, y el cabello tendido, y el eco de la soledad, que antes me repetía vuestro nombre, solo me devuelve ahora mis gemidos. ¿Qué queréis? la desesperación me ha hecho acordar entonces de que era noble, de que penabais por mí, de que tenía una espada, y de que con ella cortaría vuestras ligaduras.

—Gracias, don Alvaro, respondió ella enternecida, veo que me amáis demasiado; pero es preciso que me juréis, aquí delante de Dios, que á nada os arrojaréis sin consentimiento mío. Sois capaz de sacrificarme hasta vuestra fama, pero ya os lo he dicho, yo no desobedeceré á mi padre.

—No puedo jurároslo, señora, respondió el caballero, porque ya lo estáis viendo; la persecución y la violencia han empezado por otra parte, y tal vez solo las armas podrán salvaros. Mirad que os pueden arrastrar al pie del altar, y allí arrancaros vuestro consentimiento.

—No creáis á mi padre capaz de tamaña villanía.

—Vuestro padre, replicó don Alvaro con cólera, tiene empeñada su palabra, según dice, y además cree honraros á vos y á su casa.

—Entonces yo solicitaré una entrevista con el conde, y le descubriré mi pecho, y cederá.

—Quién, él, ¿ceder él? contestó don Alvaro fuera de sí, y con una voz que retumbó en la iglesia; ceder cuando justamente en vos estriban todos sus planes! ¡Por vida de mi padre, señora, que sin duda estáis loca!

La doncella se sobrepuso al susto que aquella voz le había causado, y le dijo con dulzura pero con resolución:

—En ese caso yo os avisaré, pero hasta entonces, juradme lo que os he pedido. Ya sabéis que nunca, nunca seré suya.

—¡Doña Beatriz! exclamó de repente una voz detrás de ella.

—Jesús mil veces, exclamó acercándose involuntariamente á la reja, mientras don Alvaro maquinalmente echaba mano á su puñal. Ah, ¿eres tú, Martina? añadió reconociendo á su fiel criada que había quedado de acecho, pero de la cual se había olvidado por entero.

—Sí, señora, respondió la muchacha, y venía á deciros que las monjas comenzarán á levantarse muy pronto, porque ya está amaneciendo.

—Preciso será, pues, que nos separemos, dijo doña Beatriz con un suspiro, pero nos separaremos para siempre, si no me juráis por vuestro honor, lo que os he pedido.

—Por mi honor lo juro, respondió don Alvaro.

—Id, pues, con Dios, noble caballero, yo recurriré á vos si fuere menester, y estad seguro, de que nunca maldeciréis la hora en que os confiasteis á mí.

Ama y criada se apartaron entonces con precipitación, y don Alvaro, después de haberlas seguido con los ojos, se escondió de nuevo. A poco rato las campanas del monasterio tocaron á la oración matutina con regocijados sonidos, y el sacristán abrió las puertas de la iglesia dirigiéndose á la sacristía, de manera que don Alvaro, pudo salir sin ser visto. Encaminóse luego precipitadamente al monte, donde Millán había pasado la noche con los caballos, y montando en ellos, por sendas y veredas excusadas, llegaron prontamente á Bembibre.

CAPÍTULO VIII.

Los días que siguieron al encierro de doña Beatriz fueron efectivamente para el señor de Bembibre, todo lo penosos y desabridos que le hemos oído decir, y aun algo más. Sin embargo, su natural, violento é impetuoso, mal podía avenirse con un pesar desmayado y apático, y día y noche había estado trazando proyectos á cual más desesperados. Unas veces pensaba en forzar á mano armada el asilo pacífico de Villabuena al frente de sus hombres de armas en mitad del día, y con la enseña de su casa desplegada. Otras resolvía enviar un cartel al conde de Lemus. Ya imaginaba pedir auxilio á algunos caballeros templarios y sobre todo al comendador Saldaña, alcaide de Cornatel, que sin duda se lo hubieran prestado en odio del enemigo común, y ya, finalmente, aunque como relámpago fugaz, parto de la tempestad que estremecía su alma, llegó á aparecérsele la idea de una alianza con un jefe de bandidos y proscriptos, llamado el Herrero, que de cuándo en cuándo se presentaba en aquellas montañas á la cabeza de una cuadrilla de gentes, restos de las disensiones domésticas, que habían agitado hasta entonces la corona de Castilla.

Como quiera, á cada una de estas quimeras salía al paso prontamente ya la noble figura de doña Beatriz indignada de su audacia, ya el venerable semblante de su tío el maestre, que le daba en rostro con los peligros que acarreaba á la orden, ya, finalmente, la voz inexorable de su propio honor, que le vedaba otros caminos; y entonces el caballero volvía á su lucha y á sus angustias, temblando por su única esperanza, y entregado á todos los vaivenes de la incertidumbre. En tal estado sucedió la escena de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, y don Alvaro hubo de ceder en sus desmandados propósitos, por ventura

avergonzado de que la elevación de ánimo de una sola y desamparada doncella así aleccionase su impaciencia. De todas maneras aquella conversación, que había descorrido enteramente el velo y manifestado el corazón de su amante en el lleno de su virtud y belleza, contribuyó no poco á sosegar su espíritu, rodeado hasta allí de sombras y espantos.

Así se pasó algún tiempo sin que don Alonso hostigase á su hija, siguiendo en esto los consejos de su mujer y de la piadosa abadesa; y doña Beatriz por su parte, sin quejarse de su situación y convertida en un objeto de simpatía y de ternura para aquellas buenas religiosas, que se hacían lenguas de su hermosura y apacible condición, gozaba, como hemos dicho, de bastante libertad, y paseaba por las huertas y sotos que encerraba la cerca del monasterio, y su corazón llagado se entregaba con inefable placer á aquellos indefinibles goces del espíritu, que ofrece el espectáculo de una naturaleza frondosa y apacible. Su alma se fortificaba en la soledad, y aquella pasión pura en su esencia se purificaba y acendraba más y más en el crisol del sufrimiento, ahondando sus raíces á manera de un árbol místico en el campo del destierro, y levantando sus ramas marchitas en busca del rocío bienhechor de los cielos.

Esta calma, sin embargo, duró muy poco. El conde de Lemus volvió á presentarse reclamando sus derechos, y don Alonso entonces intimó á su hija su última é irrevocable resolución. Como este era un suceso que forzosamente había de llegar, la joven no manifestó sorpresa ni disgusto alguno, y se contentó con rogar á su padre que le dejase hablar á solas con el conde, demanda á que no pudo menos de acceder.

Como nuestros lectores habrán de tratar un poco más de cerca á este personaje en el curso de esta historia, no llevarán á mal que les demos una ligera idea de él. Don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, y señor el más poderoso de toda Galicia, era un hombre á quien venía por juro de heredad la turbulencia, el desasosiego y la

rebelión, pues sus antecesores, á trueque de engrandecer su casa, no habían desperdiciado ocasión entre las muchas que se les presentaron, cuando el trono glorioso de San Fernando se deslustró en manos de su hijo, y de su nieto con la sangre de las revueltas intestinas. Don Pedro por su parte, como venido al mundo en época más acomodada á estos designios, pues alcanzó la minoría turbulenta de don Fernando el Emplazado, aumentó copiosamente sus haciendas y vasallos con la ayuda del infante don Juan, que entonces estaba apoderado del reino de León, y sin escrupulizar en ninguna clase de medios. Por aquel tiempo fué cuando, con amenaza de pasarse al usurpador, arrancó á la reina doña María la dádiva del rico lugar de Monforte con todos sus términos, abandonándola enseguida y engrosando las filas de su enemigo. Esta ruindad, que por su carácter público y ruidoso de todos era conocida, tal vez no equivalía á los desafueros de que eran teatro entonces sus extendidos dominios. Frío de corazón como la mayor parte de los ambiciosos, sediento de poder y riquezas con que allanar el camino de sus deseos, de muchos temido, de algunos solicitado, y odiado del mayor número, su nombre había llegado á ser un objeto de repugnancia para todas las gentes dotadas de algún pundonor y bondad. A vueltas de tantos y tan capitales vicios, no dejaba de poseer cualidades de brillo: su orgullo desmedido se convertía en valor siempre que la ocasión lo requería: sus modales eran nobles y desembarazados, y no faltaba á los deberes de la liberalidad en muchas circunstancias, aunque la vanidad y el cálculo fuesen el móvil secreto de sus acciones.

Este era el hombre con quien debía unir su suerte doña Beatriz. Cuando llegó el día de la entrevista, se adornó uno de los locutorios del convento con esmero, para recibir á un señor tan poderoso, y presunto esposo de una parienta inmediata de la superiora. La comitiva del conde con don Alonso, y algún otro hidalguillo del país, ocupaban una pieza algo apartada, mientras él, sentado en un sillón

á la orilla de la reja, aguardaba, con cierta impaciencia y aun zozobra, la aparición de doña Beatriz.

Llegó por fin esta acompañada de su tía, y ataviada como aquel caso lo pedía, y haciendo una ligera reverencia al conde, se sentó en otro sillón destinado para ella, en la parte de adentro de la reja. La abadesa, después de corresponder al cortés saludo y cumplimientos del caballero, se retiró dejándolos solos. Doña Beatriz entretanto, observó con cuidado, el aire y facciones de aquel hombre, que tantos disgustos le había acarreado, y que tantos otros podía acarrearle todavía. Pasaba de treinta años, y su estatura era mediana; su semblante de cierta regularidad, carecía sin embargo, de atractivo, ó por mejor decir, repulsaba, por la expresión de ironía que había en sus labios delgados revestidos de cierto gesto sardónico, por el fuego incierto y vagoroso de sus miradas, en que no asomaba ningún vislumbre de franqueza y lealtad, y finalmente, por su frente altanera y ligeramente surcada de arrugas, rastro de pasiones interesadas y rencorosas, no de la meditación ni de los pesares. Venía cubierto de un rico vestido, y traía al cuello pendiente de una cadena de oro, la cruz de Santiago. Habíase quedado en pie y con los ojos fijos en aquella hermosa aparición, que sin duda encontraba superior á los encarecimientos que le habían hecho. Doña Beatriz le hizo un ademán lleno de nobleza para que se sentase.

—No haré tal, hermosa señora, respondió él cortésmente, porque vuestro vasallo nunca querría igualarse con vos, que en todos los torneos del mundo seríais la reina de la hermosura. ¡Ojalá fuerais igualmente la de los amores!

—Galán sois, respondió doña Beatriz, y no esperaba yo menos de un caballero tal; pero ya sabéis que las reinas gustamos de ser obedecidas, y así espero que os sentéis. Tengo además que deciros cosas en que á entrambos nos va mucho, añadió con la mayor seriedad.

El conde se sentó no poco cuidadoso, viendo el rumbo que parecía tomar la conversación, y doña Beatriz continuó:

—Excusado es que yo os hable de los deberes de la caballería, y os diga que os abro mi pecho sin reserva. Cuando habéis solicitado mi mano sin haberme visto, y sin averiguar si mis sentimientos me hacían digna de semejante honor, me habéis mostrado una confianza que solo con otra igual puedo pagaros. Vos no me conocéis, y por lo mismo no me amáis.

—Por esta vez habéis de perdonar, repuso el conde. Cierto es que no habían visto mis ojos el milagro de vuestra hermosura, pero todos se han conjurado á ponderarla, y vuestras prendas, de nadie ignoradas en Castilla, son el mayor fiador de la pasión que me inspiráis.

—Doña Beatriz, disgustada de encontrar la galantería estudiada del mundo, donde quisiera que solo apareciese la sinceridad más absoluta, respondió con firmeza y decoro:

—Pero yo no os amo, señor conde, y creo bastante hidalga vuestra determinación, para suponer que sin el alma no aceptaríais la dádiva de mi mano.

—Y porqué no, doña Beatriz, repuso él con su fría y resuelta urbanidad; cuando os llaméis mi esposa, comprenderéis el dominio que ejercéis en mi corazón, me perdonaréis esta solicitud tal vez harto viva, con que pretendo ganar la dicha de nombraros mía, y acabaréis sin duda por amar á un hombre, cuya vida se consagrará por entero á preveniros por todas partes deleites y regocijos, y que encontrará sobradamente pagados sus afanes, con una sola mirada de sus ojos.

Doña Beatriz comparaba en su interior este lenguaje artificioso en que no vibraba ni un solo acento del alma, con la apasionada sencillez y arrebato de las palabras de su don Alvaro. Conoció que su suerte estaba echada irrevocablemente, y entonces con una resolución digna de su noble energía, respondió:

—Yo nunca podré amaros, porque mi corazón ya no es mío.

Tal era en aquel tiempo el rigor de la disciplina doméstica, y tal la sumisión de las hijas á la voluntad de los pa-

dres, que el conde se pasmó al ver lo profundo de aquel sentimiento, que así traspasaba los límites del uso, en una doncella tan compuesta y recatada. Algo sabía de los desdichados amores que ahora empezaban á servir de estorbo en su ambiciosa carrera, pero acostumbrado á ver ceder todas las voluntades delante de la suya, se sorprendía de hallar un enemigo tan poderoso, en una mujer tan suave y delicada en la apariencia. Con todo, su perseverancia nunca había retrocedido delante de ningún género de obstáculos; así es que recobrándose prontamente, respondió no sin un ligero acento sardónico que toda su disimulación no fué capaz de ocultar.

—Algo había oído decir de esa extraña inclinación hacia un hidalgo de esta tierra: pero nunca pude creer, que no cediese á la voz de vuestro padre, y á los deberes de vuestro nacimiento.

—Ese á quien llamáis con tanto énfasis hidalgo, respondió doña Beatriz sin inmutarse, es un señor no menos ilustre que vos. La nobleza de su estirpe solo tiene por igual la de sus acciones, y si mi padre juzga que tan reprensible es mi comportamiento, no creo que os haya delegado á vos su autoridad, que solo en él acato.

Quedóse pensativo el conde un rato, como si en su alma luchasen encontrados afectos, hasta que en fin sobreponiéndose á todo, según suele suceder, la pasión dominante, respondió con templanza y con un acento de fingido pesar.

—Mucho me pesa, señora, de no haber conocido más á fondo el estado de vuestro corazón, pero bien veis que habiendo llevado tan adelante este empeño, no fuera honra de vuestro padre ni mía, exponernos á las malicias del vulgo.

—¿Quiere decir, replicó doña Beatriz con amargura, que yo habré de sacrificarme á vuestro orgullo? ¿De ese modo amparáis á una dama afligida y menesterosa? ¿Para eso traéis pendiente del cuello ese símbolo de la caballería española? Pues sabed, añadió con una mirada propia de una

reina ofendida, que no es así como se gana mi corazón. Id con Dios, y que el cielo os guarde, porque jamás nos volveremos á ver.

El conde quiso replicar; pero le despidió con un ademán altivo que le cerró los labios, y levantándose se retiró paso á paso, y como desconcertado, más que con el justo arranque de doña Beatriz, con la voz de su propia conciencia. Sin embargo, la presencia de don Alonso y de los demás caballeros, restituyó bien presto su espíritu á sus habituales disposiciones, y declaró que por su parte, ningún género de obstáculo se oponía á la dicha que se imaginaba entre los brazos de una señora, dechado de discreción y de hermosura. El señor de Arganza al oirlo, y creyendo tal vez, que las disposiciones de su hija hubiesen variado, entró en el locutorio apresuradamente.

Estaba la joven todavía al lado de la reja con el semblante encendido y palpitante de cólera; pero al ver entrar á su padre, que á pesar de sus rigores era en todo extremo querido á su corazón, tan terribles disposiciones se trocaron en un enternecimiento increíble, y con toda la violencia de semejantes transiciones, se precipitó de rodillas delante de él, y extendiendo las manos por entre las barras de la reja, y vertiendo un diluvio de lágrimas, le dijo con la mayor angustia:

—¡Padre mío, padre mío! ¡no me entreguéis á ese hombre indigno! ¡no me arrojéis en brazos de la desesperación y del infierno! ¡Mirad que seréis responsable delante de Dios de mi vida y de la salvación de mi alma!

Don Alonso, cuyo natural franco y sin doblez no comprendía el disimulo del conde, llegó á pensar que su discreción y tino cortesano, habían dado la última mano á la conversación de su hija, y aunque no se atrevía á creerlo, semejante idea se había apoderado de su espíritu, mucho más de lo que podía esperarse de tan corto tiempo. Así, pues, fué muy desagradable su sorpresa viendo el llanto y desolación de doña Beatriz. Sin embargo, le dijo con dulzura:

—Hija mía, ya es imposible volver atrás: si este es un sacrificio para vos, coronadlo con el valor propio de vuestra sangre, y resignaos. Dentro de tres días os casaréis en la capilla de nuestra casa con toda la pompa necesaria.

—¡Oh, señor! ¡pensadlo bien! dadme más tiempo tan siquiera....!

Pensado está, respondió don Alonso, y el término es suficiente para que cumpláis las órdenes de vuestro padre.

Doña Beatriz se levantó entonces, y apartándose los cabellos con ambas manos de aquel rostro divino, clavó en su padre una mirada de extraordinaria intención, y le dijo con voz ronca:

—Yo no puedo obedeceros en eso, y diré «no» al pie de los altares.

—¡Atrévete, hija vil! respondió el señor de Arganza fuera de sí de cólera y de despecho, y mi maldición caerá sobre tu rebelde cabeza, y te consumirá como fuego del cielo. Tú saldrás del techo paterno bajo su peso, y andarás, como Caín, errante por la tierra.

Al acabar estas tremendas palabras se salió del locutorio sin volver la vista atrás, y doña Beatriz, después de dar dos ó tres vueltas como una loca, vino al suelo con un profundo gemido. Su tía y las demás monjas acudieron muy azoradas al ruido, y ayudadas de su fiel criada la trasportaron á su celda.

CAPÍTULO IX.

El parasismo de la infeliz señora fué largo, y dió mucho cuidado á sus diligentes enfermeras, pero al cabo cedió á los remedios, y sobre todo á su robusta naturaleza. Un rato estuvo mirando al rededor con ojos espantados, hasta que poco á poco y á costa de un grande esfuerzo, manifestó la necesaria serenidad para rogar que la dejasen sola con su criada por si algo se la ofrecía. La abadesa, que conocía

muy bien la índole de su sobrina, enemiga de mostrar ninguna clase de flaqueza á los ojos de los demás, se apresuró á complacerla, diciéndole algunas palabras de consuelo, y abrazándola con ternura.

A poco de haber salido las monjas, doña Beatriz se levantó de la cama, en que la habían reclinado, con la agilidad de un corzo y cerrando la puerta por dentro, se volvió á su asombrada doncella, y la dijo atropelladamente:

—Quieren llevarme arrastrando al templo de Dios, á que mienta delante de él y de los hombres! ¿no lo sabes, Martina? Y mi padre me ha amenazado con su maldición si me resisto..... ¡todos, todos me abandonan! ¿Oyes? es menester salir, es menester que él lo sepa, y ojalá que él me abandone también, y así Dios solo me ampatará en su gloria.

—Sosegaos por Dios, señora, respondió la doncella consternada: ¿cómo queréis salir con tantas rejas y murallas?

—No, yo no, respondió doña Beatriz, porque me buscarían y me cogerían, pero tú puedes salir y decirle á qué estado me reducen. Inventa un recurso cualquiera..... aunque sea mentira, porque ya lo estás viendo, los hombres se burlan de la justicia y de la verdad. ¿Qué haces? añadió con la mayor impaciencia, viendo que Martina seguía callada: ¿dónde está tu viveza y tu ingenio? Tú no tienes motivos para volverte loca como yo.

En tanto que esto decía medía la estancia con pasos desatentados y murmurando otras palabras que apenas se le entendían. Por fin el semblante de la muchacha se animó como con alguna idea nueva, y le dijo alborozada:

—Albricias, señora, que en esta misma noche estaré fuera del convento y todo se remediará; pero por Dios y la Virgen de la Encina que os soseguéis, porque si de ese modo os echáis á morir, á fe que vamos á hacer un pan como unas hostias.

—Pero ¿qué es lo que intentas? preguntó su ama admirada no menos de aquella súbita mudanza, que del aire de seguridad de la muchacha.

—Ahora es, respondió ésta, cuando la madre tornera va á preparar la lámpara del claustro: yo me quedaré un poco de tiempo en su lugar, y lo demás corre de mi cuenta; pero cuenta con asustaros aunque me oigáis gritar y hacer locuras.

Diciendo esto salió de la celda brincando como un cabrito, no sin dar antes un apretón de manos á su señora. La prevención que le dejaba hecha no era ciertamente ociosa, porque á poco tiempo comenzaron á oirse por aquellos claustros tales y tan descompasados gritos y lamentos, que todas las monjas se alborotaron y salieron á ver quién fuese la causadora de tal ruido. Era ni más ni menos que nuestra Martina que, con gestos y ademanes propios de una consumada actriz, iba gritando á voz en cuello:

—¡Ay padre de mi alma! ¡pobrecita de mí que me voy á quedar sin padre! ¿dónde está la madre abadesa que me dé licencia para ir á ver á mi padre antes de que se muera?

La pobre tornera seguía detrás como atortolada de ver la tormenta que se había formado no bien se había apartado del torno.

—Pero muchacha, le dijo por fin; ¿quién ha sido el corredor de esa mala nueva? que cuando yo volví ya no oí la voz de nadie detrás del torno, ni pude verle.

—¿Quién había de ser, respondió ella con la mayor congoja, sino Tirso el pastor de mi cuñado, que iba el pobre sin aliento á Carracedo á ver si el padre boticario le daba algún remedio. ¡Buen lugar tenía él de pararse! Pero ¿dónde está la madre abadesa?

—Aquí, respondió ésta, que había acudido al alboroto: ¿pero á estas horas te quieres ir cuando se va á poner el sol?

—Sí, señora, á estas horas, replicó ella siempre con el mismo apuro, porque mañana ya será tarde.

—¿Y dejando á tu señora en este estado? repuso la abadesa.

Doña Beatriz que también estaba allí contestó con los

ojos bajos y con el rostro encendido por la primera mentira de toda su vida.

—Dejadla ir, señora tía, porque amas puede Dios depararle muchas, y padre no le ha dado sino uno.

La abadesa accedió entonces, pero en vista de la hora insistió en que la acompañase el cobrador de las rentas del convento. Martina bien hubiera querido librarse de un testigo de vista importuno, pero conoció con su claro discernimiento que el empeñarse en ir sola sería dar que pensar, y exponerse á perder la última áncora de salvación que quedaba á su señora. Así, pues, dió las gracias á la prelada, y mientras avisaban al cobrador, se retiró con su señora á su celda como para prepararse á su impensada partida. Doña Beatriz trazó atropelladamente estos renglones:

«Don Alvaro: dentro de tres días me casan si vos ó Dios no lo impedís. Ved lo que cumple á vuestra honra y á la mía, pues ese día será para mí el de la muerte.»

No bien acababa de cerrar aquella carta, cuando vinieron á decir que el escudero de Martina estaba ya aguardando, porque como los criados del monasterio vivían en casas pegadas á la fábrica, siempre se les encontraba á mano y prontos. Doña Beatriz dió algunas monedas de oro y plata á su criada, y solo le encargó la pronta vuelta, porque si podía acomodarse al arbitrio inventado, su noble alma era incapaz de contribuir gustosa á ningún género de farsa ni engaño. La muchacha, que ciertamente tenía más de malicia y travesura que no de escrúpulo, salió del convento fingiendo la misma priesa y pesadumbre que antes, oyendo las buenas razones y consuelos del cobrador, como si realmente las hubiese menester. El lugar á donde se dirigían era Valtuille, muy poco distante del monasterio, porque de allí era Martina y allí tenía á su familia; pero, sin embargo, ya comenzaba á anochecer cuando llegaron á las eras. Allí se volvió Martina al cobrador, y dándole una moneda de plata le despidió socolor de no necesitarle ya, y de sacar de cuidado á las buenas madres. Dió él por muy valederas las razones en vista del agasajo, y repitiéndole

alguno de sus más sesudos consejos, dió la vuelta más que de paso á Villabuena. Ocurriósele por el camino que las monjas le preguntarían por el estado del supuesto enfermo, y aun estuvo por deshacer lo andado para informarse, en cuyo caso toda la maraña se desenredaba y el embuste venía al suelo con su propio peso: pero afortunadamente se echó la cuenta de que con cuatro palabras, algún gesto significativo y tal cual meneo de cabeza, saldría del paso airosamente, y se ahorraba además tiempo y trabajo, y de consiguiente se atuvo á tan cuerda determinación.

Martina por su parte, queriendo recatarse de todo el mundo, fué rodeando las huertas del lugar, y saltando la cerca de la de su cuñado, se entró en la casa cuando menos lo esperaban. Tanto su hermana como su marido la acogieron con toda la cordialidad que nuestros lectores pueden suponer, y que sin duda se merecía por su carácter alegre y bondadoso. Pasados los primeros agasajos y cariños, Martina preguntó á su cuñado si tenía en casa la yegua torda.

—En casa está, respondió Bruno, así se llamaba el aldeano, por cierto que como ha sido año de pastos, parece una panera de gorda. Capaz está de llevarse encima el mismo pilón de la fuente de Carracedo.

—No está de sobra, replicó Martina, porque esta noche tiene que llevarnos á los dos á Bembibre.

—¿A Bembibre? respondió el aldeano: tú estás loca, muchacha.

—No, sino en mi cabal juicio, contestó ella: y enseguida, como estaba segura de la discreción de sus hermanos, se puso á contarles los sucesos de aquel día. Marido y mujer escuchaban la relación con el mayor interés, porque siendo renteros hereditarios de la casa de Arganza, y teniendo además á su servicio una persona tan allegada, parecían en cierto modo de la familia. No faltó enmedio del relato aquello de: ¡pobre señora! ¡maldita vanidad! ¡despreciar á un hombre como don Alvaro! ¡pícaro conde! y otras por el estilo con que aquellas gentes sencillas, y poco due-

ñas por lo tanto de los primeros movimientos, significaban su afición á doña Beatriz y al señor de Bembibre, cosa en que tantos compañeros tenían. Por fin, concluído el relato, la hermana de Martina se quedó como pensativa, y dijo á su marido con aire muy desalentado.

—¿Sabes que una hazaña como esa puede muy bien costarnos los prados y tierras que llevamos en renta, y á más de esto la malquerencia de un gran señor?

—Mujer, respondió el intrépido Bruno: ¿qué estás ahí diciendo de tierras y de prados? ¡No parece sino que doña Beatriz es ahí una extraña ó una cualquiera! Y sobre todo, más fincas hay que las del señor de Arganza, y no es cosa de tantas cavilaciones eso de hacer el bien. Conque así, muchacha, añadió dando un pellizco á Martina, voy ahora mismo á aparejar la torda, y ya verás qué paso llevamos los dos por esos caminos.

—Anda, que no te pesará; respondió la sútil doncella, moviendo el bolsillo que le había dado su ama; que doña Beatriz no tiene pizca de desagradecida. Hay aquí más maravedís de oro que los que ganas en todo el año con el arado.

—Pues por ahora, respondió el labriego, tu ama habrá de perdonar, que alguna vez han de poder hacer los pobres el bien sin codicia, y solo por el gusto de hacerlo. Conque sea madrina del primer hijo que nos dé Dios, me doy por pagado y contento.

Dicho esto se encaminó á la cuadra silbando una tonada del país, y se puso á enalbardar la yegua con toda diligencia, en tanto que la mujer, contagiada enteramente de la resolución de su marido, decía á su hermana con cierto aire de vanidad.

—¡Es mucho hombre este Bruno! Por hacer bien se echaría á volar desde el pico de la Aguiana.

En esto ya volvía él con la yegua aderezada, y sacándola por la puerta trasera de la huerta para meter menos ruido, montó en ella poniendo á Martina delante, y después de decir á su mujer que antes de amanecer estarían ya

de vuelta, se alejaron á paso acelerado. Era la torda animal muy valiente; y así es que, á pesar de la carga, tardaron poco en verse en la fértil ribera de Bembibre, bañada entonces por los rayos melancólicos de la luna, que rielaba en las aguas del Boeza y en los muchos arroyos que, como otras tantas venas suyas, derraman la fertilidad y alegría por el llano. Como la noche estaba ya adelantada, por no despertar á la ya recogida gente del pueblo, torcieron á la izquierda, y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña eminencia, y cuyos destruídos paredones y murallas tienen todavía una apariencia pintoresca en medio del fresco paisaje que enseñorean. A la sazón todo parecía en él muerto y silencioso; pero los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, una luz que alumbraba un aposento de la torre de enmedio, y esmaltaba sus vidrieras de colores, y una sombra que de cuándo en cuándo se pintaba en ellos, daban á entender que el sueño no había cerrado los ojos de todos. Aquella luz era la del aposento de don Alvaro, y su sombra la que aparecía de cuándo en cuándo en la vidriera. El pobre caballero hacía días que apenas podía conciliar el sueño á menos de haberse entregado á violentas fatigas en la caza.

Llegaron nuestros aventureros al foso, y llamando al centinela, dijeron que tenían que dar á don Alvaro un mensaje importante. El comandante de la guardia, viendo que solo era un hombre y una mujer, mandó bajar el puente y dar parte al señor de la visita. Millán, que como paje andaba más cerca de su amo, bajó al punto á recibir á los huéspedes, á quienes no conoció hasta que Martina le dió un buen pellizco, diciéndole:

—Ola, señor bribón, ¡cómo se conoce que piensa su merced poco en las pobres reclusas, y que al que se muere le entierran!

—Enterrada tengo yo el alma en los ojuelos de esa cara, reina mía, contestó él con un tono entre chancero y apasionado: ¿pero qué diablos te trae á estas horas por esta tierra?

—Vamos, señor burlón, respondió ella, enséñenos el ca-

mino, y no quiera dar á su amo las sobras de su curiosidad.

No fué menor la sorpresa de don Álvaro, que la de su escudero, aunque su corazón, présago y leal, le dió un vuelco terrible. Cabalmente el día antes había recibido nuevas de la guerra civil que amagaba en Castilla y de la cual mal podía excusarse; y la idea de una ausencia en aquella ocasión agravaba no poco sus angustias. Martina le entregó silenciosamente el papel de su señora, que leyó con una palidez mortal. Sin embargo, como hemos dicho más de una vez, no era de los que en las ocasiones de obrar se dejan abrumar por el infortunio. Repúsose, pues, lo mejor que pudo, y empezó por preguntar á Martina, si creía que hubiese algún medio de penetrar en el convento.

—Sí, señor, respondió ella, porque como más de una vez me ha ocurrido, que con un señor tan testarudo como mi amo, algún día tendríamos que hacer nuestra voluntad y no la suya, me he puesto á mirar todos los agujeros y resquicios, y he encontrado, que los barrotes de la reja por donde sale el agua de la huerta, están casi podridos, y que con un mediano esfuerzo podrían romperse.

—Sí, pero si tu señora ha de estarse encerrada en el monasterio mientras tanto, nada adelantamos con eso.

—¡Qué! no señor, repuso la astuta aldeana, porque como mi ama gusta de pasearse por la huerta hasta después de anochecer, muchas veces cojo yo la llave y se la llevo á la hortelana; pero como siempre me manda colgarla de un clavo, cualquiera día puedo dejar otra en su lugar, y quedarme con ella para salir á la huerta á la hora que nos acomode.

—En ese caso, repuso don Alvaro, dí á tu señora, que mañana á media noche me aguarde junto á la reja del agua. Tiempo es ya de salir de este infierno en que vivimos.

—Dios lo haga, respondió la muchacha con un acento tal de sinceridad, que se conocía la gran parte que le alcanzaba en las penas de su señora, y un poco además del

tedio de la clausura. Despidióse en seguida, porque ningún tiempo le sobraba para estar al amanecer en Villabuena, según lo reclamaba así su plan, como la urgencia del recado que llevaba de don Alvaro. Así que volvió á subir en la torda con el honrado Bruno, pero en brazos de Millán, y volvieron á correr por aquellos desiertos campos, hasta que al rayar el alba, se encontraron en las frescas orillas del Cua. Cabalmente tocaban entonces á las primeras oraciones, de consiguiente, no pudo llegar más á tiempo. Al punto la rodearon las monjas, preguntándole con su natural curiosidad qué era lo que había ocurrido.

—¿Qué había de ser, pecadora de mí, respondió ella con el mayor enojo, sino una sandez de las muchas de Tirso? Vió caer á mi padre con el accidente que le da de tarde en tarde, y sin más ni más vino á alborotarnos aquí y hasta á Carracedo fué sin que nadie se lo mandase. No, pues si otra vez no escogen mejor mensajero, á buen seguro que yo me mueva, aunque de cierto se muera todo el mundo.

Diciendo esto, se dirigió á la celda de su señora, dejando á las buenas monjas entregadas á sus reflexiones sobre la torpeza del pastor y lo pesado del chasco. El remiendo de Martina, aunque del mismo paño, como suele decirse, no estaba tan curiosamente echado que al cabo de algún tiempo no pudiesen verse las puntadas; pero contaba con que tanto ella como su señora, estuviesen ya por entonces al abrigo de los resultados.

CAPÍTULO X.

Don Alvaro salió de su castillo muy poco después de Martina, y encaminándose á Ponferrada, subió el monte de Arenas, torció á la izquierda, cruzó el Boeza, y sin entrar en la bailia, tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba é iba cruzando aquellos pueblos y valles, que el

viajero no se cansa de mirar, y que á semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar, cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna; ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuándo en cuándo, solía encontrar un trozo de camino cubierto á manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive, manso á veces y á veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aguiana, con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río, huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros, y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño, una tonada apacible y suave.

Si don Alvaro llevara el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algún tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisaje, que tantas veces había cautivado dulcemente sus sentidos en días más alegres; pero ahora, su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel, y hablar con el comendador Saldaña su alcaide.

Por fin, torciendo á la izquierda, y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corría un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavía oscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela por entre las almenas, y sus armas despedían á cada paso vivos resplandores. Difícilmente se puede imaginar mudanza más repentina, que la que experimenta el viajero entrando en esta profunda garganta; la naturaleza de este sitio es áspera y montaraz, y el castillo mismo, cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo, parece una estrecha atalaya entre los enormes pe-

ñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado, y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavía se mantiene en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecía visto de lejos.

Don Alvaro cruzó el arroyo y comenzó á trepar la empinada cuesta en que serpenteaba el camino, que después de numerosas curvas y prolongaciones, acababa en las obras exteriores del castillo. Iba su ánimo combatido de deseos y esperanzas á cual más inciertas, pero determinado á aceptar las numerosas ofertas del comendador Saldaña y ponerlas á prueba en aquella ocasión, en que se trataba de algo más que su propia vida. Resuelto á esconder su plan y los resultados de él á los ojos de todo el mundo, y seguro de que la templanza y austeridad de su tío no le permitirían prestarle su ayuda; sus imaginaciones y esperanzas solo descansaban en el alcaide de Cornatel. Su castillo de Bembibre no le ofrecía el sigilo necesario para la empresa que meditaba, sopena de encender la guerra en aquella pacífica comarca, y por otra parte ningún velo pudiera encontrar tan tupido y espeso, como el misterio temeroso y profundo, que cercaba todas las cosas de aquella orden.

El comendador que, según su inveterada costumbre, estaba en pie al romper el día, viendo un caballero que subía la cuesta, y conociéndole cuando ya estuvo más cerca, salió á recibir con un afecto casi paternal á tan ilustre huésped, mirado entre todos los templarios como el apoyo más fuerte de su orden en aquella tierra. Era don Gutierre de Saldaña hombre ya entrado en días; de regular estatura, pelo y barba como de plata; pero ágil y fuerte en sus movimientos como un mancebo. Su semblante hubiera infundido solo veneración, á no ser por la inquietud y desasosiego de alma, que privaba á aquel noble busto romano del reposo y calma, que tan naturales adornos son de la ancianidad. Eran sus ojos vivos y rasgados de increíble fuerza, y en su frente elevada y espaciosa, se pintaban como en un fiel espejo

pensamientos semejantes á las nubes tormentosas que coronan las montañas, que unas veces se disipan azotadas del viento, y otras veces descargan sobre la atemorizada llanura. Cualquiera al verle hubiera dicho que las pasiones habían ejecutado su estrago en aquel natural poderoso y enérgico, pero de cuantas habían agitado su juventud, para todos desconocida y enigmática, solo una había quedado por señora de aquel alma profunda é insondable como un abismo. Esta pasión era el amor á su orden, y el deseo de acrecentar su honra y su opulencia, término cuyo logro no encontraba en él diferencia en los caminos. Su vida se había pasado en la Tierra Santa en continuas batallas con los infieles, y en medio de los odios de los caballeros de San Juan y de los príncipes que tan fieros golpes dieron al poder de los cristianos en la Siria, y por último había asistido á la ruina de San Juan de Acre ó Tolemaida, postrer baluarte de la cruz en aquellas regiones apartadas. Entonces dió la vuelta á España, su patria, herida su alma activa y rebelde en lo más vivo, pensando en la Tierra Santa que perdían para siempre sus hermanos, y cargado, en fin, con todos los vicios que legítimamente podían atribuirse á la milicia del Temple. Parecióle que en vista de la tibieza con que la Europa comenzaba á mirar la conquista de ultramar, solo para los templarios estaba guardada tamaña empresa, y en el desvarío de su despecho y de su orgullo llegó á imaginar la Europa entera convertida en una monarquía regida por el gran maestre, y que al son de las trompetas de la orden, y al rededor del Balzá se movía de nuevo y como animada de una sola voluntad en demanda del Santo sepulcro. El ejemplo de los caballeros teutónicos en Alemania acabó de encender su fantasía volcánica, y vueltos sus ojos á Jerusalén, trabajando sin cesar por el engrandecimiento de su hermandad, y codiciando para ella alianzas y apoyos en todas partes, sus amigos se habían convertido para él en hijos queridos, y sus contrarios en criaturas odiosas, como si el mismo infierno las vomitara. Aquel alma sombría y

tremenda exacerbada con la desgracia y lejos de la abnegación y la humildad, fuentes puras de la institución, se había amargado con las aguas del orgullo y de la venganza, móvil entonces el más poderoso de sus acciones. Como quiera, la fe iluminaba todavía aquel abismo, si bien su luz hacía resaltar más sus tinieblas.

Este hombre extraordinario quería á don Alvaro con pasión, no solo á causa de su confederación con la orden, sino por sus prendas hidalgas y elevado ingenio. No parecía sino que un reflejo de sus días juveniles se pintaba en aquella figura de tan noble y varonil belleza. Hasta le habían oído hablar con una mal disimulada emoción de la desdichada pasión del noble mancebo, cosa extraña en su austeridad y adusto carácter. Los recientes sucesos de Francia acababan de dar la última mano á sus extraños proyectos, porque una vez arrojado el guante por los príncipes, la poderosa orden del Temple tendría que presentar la gran batalla, de la cual, en su entender, debía resultar la total sumisión de la Europa, y tras de ella la reconquista de Jerusalén. Sin embargo, por muchas que fueran las tinieblas con que el orgullo y el error cegaban su entendimiento, de cuándo en cuándo la verdad le mostraba algún vislumbre, que si no bastaba para disiparlas, sobraba para introducir en su alma la inquietud y el recelo. Con esto se había llegado á hacer más ceñudo y menos tratable que de costumbre, y fuese por respeto á sus meditaciones, ó por motivo menos piadoso, los caballeros y aspirantes esquivaban su conversación.

Paseábase, pues, solo en uno de los torreones que miran hacia Poniente, cuando divisó con su vista de aguila y acostumbrada á distinguir los objetos á largas distancias en los vastos desiertos de la Siria, á nuestro caballero que con su paje de lanza iban subiendo á buen paso el agrio repecho que conducía y conduce al castillo. Bajó, pues, á la puerta misma á recibirle, no solo con la cortesía propia de su clase, sino también con la sincera cordialidad que siempre le inspiraba aquel gallardo mancebo.

—¿De dónde bueno tan temprano? le dijo abrazándole estrechamente.

—De mi castillo de Bembibre, respondió el caballero.

—¡De Bembibre! contestó el comendador como admirado. Quiere decir que habéis andado de noche, y que vuestra prisa debe ser muy grande y ejecutiva.

Don Alvaro hizo una señal de afirmación con la cabeza, y el anciano, después de examinarle atentamente, le dijo:

—Por el Santo sepulcro que tenéis el mismo semblante que teníamos los templarios el día que nos embarcamos para Europa. ¿Qué os ha pasado en este mes en que no hemos podido echaros la vista encima?

—Ni yo mismo sabría decíroslo, respondió don Alvaro, y sobre todo aquí, añadió echando una mirada al rededor.

—Sí, sí, tenéis razón, contestó Saldaña, y asiéndose de su brazo subió con él al mismo torreón en que antes estaba.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó de nuevo el comendador? El joven por única respuesta sacó del seno la carta de doña Beatriz y se la entregó. Como era tan breve, el comendador la recorrió de una sola ojeada, y dijo frunciendo el entrecejo de una manera casi feroz, aunque en voz baja:

—¡Ira de Dios, señores villanos! ¿Con que queréis acorralarnos y destrozar además el pecho de gentes, que valen algo más que vosotros? ¿Y qué habéis pensado? repuso volviéndose á don Alvaro.

—He pensado arrancarla de su convento, aunque hubiese de romper por medio de todas las lanzas de Castilla; pero llevarla á mi castillo ofrece muchos riesgos para ella, y venía á pediros ayuda y consejo.

—Ni uno ni otro os faltarán. Habéis obrado como discreto, porque si á vuestro castillo os la llevaseis, ó tendríais que abrir de grado sus puertas á quien fuese á buscarla, ó se encendería al punto la guerra, cosa que daría gran pesar á vuestro tío, y á nadie traería ventaja por ahora.

—Si yo pudiera esconderla en las cercanías, repuso don Alvaro, hasta que pasase el primer alboroto, la pondría después en un convento de la Puebla de Sanabria, donde es abadesa una parienta mía.

—Pues en ese caso, replicó Saldaña, traedla á Cornatel, porque si á buscarla vinieren, á fe que no la encontrarán. Junto al arroyo, y cubierta con malezas al lado de una cruz de piedra, está la mina del castillo, y por allí podéis introducirla. En mis aposentos no entra nadie, y nadie de consiguiente la verá. Pero á lo que dice la carta mucha diligencia habéis menester para impedir un suceso, que ha de quedar concluído pasado mañana.

—Y tanta, respondió don Alvaro, que esta misma noche pienso dar cima á la empresa.—Y en seguida le contó la visita de Martina y la traza concertada, que al comendador le pareció muy bien.

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplación del soberbio punto de vista que ofrecía aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de oriente y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles, por cuyo fondo corría el riachuelo, que acababa de pasar don Alvaro, con un ruido sordo y lejano, que parecía un continuo gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil lleno de árboles y verdura, más allá del cual, se extendía el gran llano del Bierzo poblado entonces de monte y dehesas, y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cua, encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda de la antigua *Belgidum*, y bañando el monasterio de Carucedo. Y hacia el poniente por fin, el lago azul y trasparente de Carracedo, harto más extendido que en el día, parecía servir de espejo á los lugares que adornan sus orillas, y á los montes de suavísimo declive que le encierran. Crecían al borde mismo del agua, encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas á los

sauces que aun hoy se conservan, chopos altos y doblegadizos como mimbres, que se mecían al menor soplo del viento, y castaños robustos y de redonda copa. De cuándo en cuándo una bandada de lavancos y gallinetas de agua, revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla ó levantando el vuelo, desaparecía detrás de los encarnados picachos de las Médulas.

Saldaña tenía clavados los ojos en el lago, mientras don Alvaro, siguiendo con la vista las orillas del Cua, procuraba en vano descubrir el monasterio de Villabuena oculto por un recodo de los montes.

—¡Dichosas orillas del mar Muerto! prorrumpió por fin con un suspiro el anciano comendador. ¡Cuánto más agradables y benditas eran para mí sus arenas, que la frescura y lozanía que engalana esas orillas!

Aquella repentina exclamación, que revelaba el sentido de sus largas meditaciones, arrancó de su distracción á don Alvaro.

Acercóse entonces al templario, y le dijo:

—¿No confiáis en que los caballos del Temple, vuelvan á beber las aguas del Cedrón?

—¡Que si no confío! exclamó el caballero con una voz semejante á la de una trompeta. ¿Y quién sino esta confianza mantiene la hoguera de mi juventud bajo la nieve de estas canas? ¿Por qué conservo á mi lado esta espada, sino es por la esperanza de lavarla en el Jordán del orín de la mengua y del vencimiento?

—Os confieso, contestó don Alvaro, que al ver la tormenta que parece formarse contra vuestra orden, algunas veces he llegado á dudar de vuestras glorias futuras y hasta de vuestra existencia.

—Sí: replicó el templario con amargura, ese es el premio que da Felipe en Francia á los que le salvaron de las garras de un populacho amotinado. Ese sin duda el que nos prepara el rey don Jaime, por haber criado en nuestro nido el águila, que con un vuelo glorioso fué á posarse en las

mezquitas de Valencia y en las montañas de Mallorca. Ese es tal vez el que don Fernando el IV guarda á los únicos caballeros, que entre los lobos hambrientos de Castilla no han embestido su mal guardado rebaño. Pero nosotros saldremos de las sombras de la calumnia, como el sol de las tinieblas de la noche: nosotros abatiremos á los soberbios y levantaremos á los humildes; nosotros reuniremos el mundo al pie del Calvario, y allí comenzará para él la era nueva.

—¿Habéis oído alguna vez las reflexiones de mi tío?

—Vuestro tío es una estrella limpia y sin mancha en el cielo de nuestra orden, replicó el comendador, y tal vez dice verdad; pero vuestro tío se olvida, añadió con orgulloso entusiasmo, que el primer don del cielo es el valor que todavía habita en el corazón de los templarios como en su tabernáculo sagrado. Acaso es cierto que el orgullo nos ha corrompido; ¿pero quién ha vertido más sangre por la causa de Dios? ¿Dónde estaban para nosotros el cariñoso calor del hogar doméstico, el noble ardor de la ciencia, y el reposo del claustro? ¿Qué nos quedaba sino el poder y la gloria? Cualquiera que sea nuestra culpa, con nuestra sangre la volveremos á lavar, y con nuestras lágrimas, en las ruinas del palacio de David. Pero ¿quiénes son esos gusanos viles, que han dejado el sepulcro de Cristo en poder de los perros de Mahoma para juzgarnos á nosotros, á quien todo el poder del cielo y del infierno, apenas fué bastante á arrojar de aquellas riberas.

Calló entonces por un rato, y después tomando la mano de su compañero, le dijo con un acento casi enternecido.

—Don Alvaro, vuestra alma es noble y no hay cosa que no comprenda; pero vos no sabéis lo que es haber sido dueños de aquella tierra milagrosa y haberla perdido. Vos no podéis imaginaros á Jerusalén en medio de su gloria y majestad. Y ahora, continuó con los ojos casi bañados de lágrimas, ahora está sentada en la soledad, llorando hilo á hilo en la noche, y sus lágrimas en sus megillas. El laud de los trobadores ha callado como el harpa de los profetas, y ambos gimen al son del viento, colgados de los sauces de

Babilonia. Pero nosotros volveremos del destierro, añadió con un tono casi triunfante, y levantaremos otra vez sus murallas con la espada en una mano y la llana en la otra, y entonaremos en sus muros el cántico de Moisés al pie de la cruz en que murió el hijo del hombre.

Aquel rostro sulcado por los años se había encendido, y su noble figura, animada por el fuego que inspiran todas las pasiones verdaderas, y vestida con aquel hermoso ropaje blanco que tan bien decía con su edad, asomada á los precipicios de Cornatel que por su hondura y oscuridad pudieran compararse al valle de la muerte, parecía la del profeta Ezequiel evocando los muertos de sus sepulcros para el juicio final. Don Alvaro, que tan fácilmente se dejaba subyugar por todas las emociones generosas, apretó fuertemente la mano del anciano, y le dijo conmovido:

—Dichoso el que pudiera contribuir á la santa obra. No será mi brazo el que os falte.

—Mucho podéis hacer, contestó Saldaña. ¡Quiera Dios coronar nuestros nobles intentos!

Bajaron entonces á los aposentos del comendador, que eran unas cuantas cámaras de tosca estructura, una de las cuales tenía una escalera que descendía á la mina. Saldaña entregó á don Alvaro la llave de la puerta ó trampa exterior, y bajando con él le hizo notar todos los anditos y pasadizos subterráneos. Volvieron otra vez á los aposentos, donde hicieron una frugal comida, y al caer el sol salió de nuevo don Alvaro con su escudero. Habíale ofrecido Saldaña algunas buenas lanzas, por si quería escolta con que mejor asegurar su intento; pero el joven la rehusó prudentemente, haciéndole ver que el golpe era de astucia y no de fuerza, y que cuanto pudiese llamar la atención perjudicaría su éxito. Encaminóse, pues, solo con su escudero á la orilla del Sil, que cruzó por la barca de Villadepalos. Después se internó en la dehesa que ocupaba entonces la mayor parte del fondo del Bierzo, y dando un gran rodeo para evitar el paso por Carracedo, tomó, ya muy entrada la noche, la vuelta de Villabuena.

CAPÍTULO XI.

Tiempo es ya de que volvamos á doña Beatriz, cuya situación era sin duda la más violenta y terrible de todas. La agitación nerviosa y calenturienta, que le había causado la terrible escena con su padre, y la inminencia del riesgo, le habían dado fuerzas para arrojarse á cualquier extremo, á trueque de huir de los peligros que la amagaban; pero cuando Martina desapareció para llevar su mensaje y aquella violenta agitación se fué calmando para venir á parar por último en una especie de postración, comenzó á ver su conducta bajo diverso aspecto, á temblar por lo que iba á suceder como había temblado por lo pasado, y á encontrar mil dudas y tropiezos, donde su pasión solo había visto antes resolución y caminos llanos. Ningún empacho había tenido el día de su encierro en solicitar la entrevista de la iglesia, porque semejante paso solo iba encaminado á contener á su amante en los límites del deber, é inclinarle al respeto en todo lo que emanase de su padre. La paz de aquella tierra y la propia opinión la habían determinado á semejante paso; pero ahora tal vez para encender esta guerra, para confiarse á la protección de su amante, para arrojarse á las playas de lo futuro sin el apoyo de su padre, sin las bendiciones de su madre, era para lo que llamaba á don Alvaro. Aquel era su primer acto de rebelión, aquel el primer paso fuera del sendero trillado y hasta allí fácil de sus deberes, y la propensión al sacrificio que descansa en el fondo de todas las almas generosas, no dejó también de levantarse para echarle en cara que atenta únicamente á su ventura, no pensaba en la soledad y aflicción, que envenenarían los últimos días de sus ancianos padres. Su pobre madre en particular, tan enferma y lastimada se le representaba, sucumbiendo bajo el peso de su falta, y exten-

diendo sus brazos á su hija, que no estaba allí para cerrarle los ojos y recoger su último suspiro.

Si tales reflexiones se hubieran representado solas á su imaginación, claro es que hubiesen dado en el suelo con todos sus propósitos; pero el vivo resentimiento que la violencia de su padre le causaba, y la frialdad de alma del conde, cuyos ruines propósitos ni aun bajo el velo de la cortesía habían llegado á encubrirse, le restituían toda la presencia de ánimo que era menester en tan apurado trance. Y como entonces no dejaba de aparecerse á su imaginación la noble y dolorida figura de don Alvaro, que venía á pedirle cuenta de sus juramentos y á preguntarle con risa sardónica qué había hecho de su pasión, de aquella adoración profunda, culto verdadero con que siempre la había acatado, sus anteriores sentimientos al punto cedían á los que más fácil y natural cabida habían hallado en su corazón. De esta manera dudas, temores, resolución y arrepentimientos, se disputaban aquel combatido y atribulado espíritu.

La vuelta de Martina, que con tanta prontitud como ingenio había desempeñado su ardua comisión, la asustó más que la alegró, porque era señal de que aquella tremenda crisis tocaba á su término. Contóle con alegría y viveza la muchacha todas las menudencias de su correría, y concluyó con la noticia de que aquella misma noche á las doce, don Alvaro entraría por la reja del agua en la huerta, y que entrambas se marcharían á donde Dios se la deparase con sus amantes, porque, como decía el señor de Bembibre, era aquel demasiado infierno para tres personas solas.

Doña Beatriz, que había estado paseando á pasos desiguales por la habitación, cruzando las manos sobre el pecho de cuándo en cuándo, y levantando los ojos al cielo, se volvió entonces á Martina, y le dijo con ceño.

—¿Y cómo, loca aturdida, le sugeriste semejante traza? ¿Te parece á ti que son estos juegos de niño?

—A mí no, contestó con despejo la aldeana: á quien se

lo parece es al testarudo de vuestro padre y al otro danzante de Galicia. Esos si que miran como juego de niños echaros el lazo al pescuezo y llevaros arrastrando por ahí adelante. ¡Miren qué aliño de casa estaría, la mujer llorando por los rincones, y el marido por ahí urdiéndolas y luego regañando si le salen mal!

Doña Beatriz, al oir esta pintura tan viva como exacta de la suerte que le destinaban, levantó los ojos al cielo retorciéndose las manos, y Martina entre enternecida y enojada, le dijo:

—¡Vamos, vamos, que ese caso no llegará, Dios mediante! ¡Con tantos pesares ya habéis perdido el color, ni más ni menos que el otro que parece que le han desenterrado! Esta noche salimos de penas, y veréis qué corrida damos por esos campos de Dios. Una libra de cera he ofrecido á la Virgen de la Encina si salimos con bien.

Todas estas cosas, que á manera de torbellino salían de la rosada boca de aquella muchacha, no bastaron á sacar á doña Beatriz de su distracción inquieta y dolorida. Llegó por fin la tarde, y como no se dispusiese á salir de la celda, su criada le hizo advertir que mal podían ejecutar su intento si no iban á la huerta. Entonces la señora se levantó como si un resorte la hubiere movido, y como para desechar toda reflexión inoportuna, se encaminó precipitadamente al sitio de sus acostumbrados paseos.

Era la tarde purísima y templada, y la brisa, que discurría perezosamente entre los árboles, apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas, las copas de los árboles, y la severa fábrica del monasterio de una luz cuyas tintas variaban, pero de un tono general siempre suave y apacible. Las tórtolas arrullaban entre los castaños y el murmullo del Cua tenía un no sé qué de vago y adormecido, que inclinaba el alma á la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz, tan predispuesta de continuo á esta clase de emo-

ciones, se entregaba á ellas con toda el ansia que sienten los corazones llagados.

Cierto era que con pocas alegrías podía señalar los días que había pasado en aquel asilo de paz, pero al cabo el cariño con que había sido acogida, y el encanto que derramaba en su pecho la santa calma del claustro, tenían natural atractivo á sus ojos. ¿Quién sabe lo que le guardaba el porvenir en sus regiones apartadas?..... Doña Beatriz se sentó al pie de un álamo, y desde allí como por despedida tendía dolorosas miradas á todos aquellos sitios, testigos y compañeros de sus pesares, á las flores que había cuidado con su mano, á los pájaros para quienes había traído cebo más de una vez, y á los arroyos, en fin, que tan dulce y sonoramente murmuraban. Embebecida en estos tristes pensamientos, no echó de ver que el sol se había puesto y callado las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó á las oraciones. Aquel son, que se prolongaba por las soledades y se perdía entre las sombras del crepúsculo, asustó á doña Beatriz, que lo escuchó como si recibiera un aviso del cielo, y volviéndose á su criada, le dijo:

—¿Lo oyes, Martina? Esa es la voz de Dios que me dice: «Obedece á tu padre» ¿Cómo he podido abrigar la loca idea de apelar á la ayuda de don Alvaro?

—¿Sabéis lo que yo oigo? replicó la muchacha con algo de enfado; pues es ni más ni menos que un aviso para que os recojáis á vuestra celda y tengáis más juicio y resolución, procurando dormir un poco.

—Te digo, la interrumpió doña Beatriz, que no huiré con don Alvaro.

—Bien está, bien está, repuso la doncella, pero andad y decídselo vos, porque al que le vaya con la nueva buenas albricias le mando. Lo que yo siento, es haberme dado semejante priesa por esos caminos, que no hay hueso que bien me quiera, y á mí me parece que tengo calentura. ¡Trabajo de provecho, así Dios me salve!

En esto entraron en el convento, y Martina se fué á la

celda de la hortelana, donde, contra las órdenes de su ama, hizo el trueque de llaves proyectado.

Las noches postreras de mayo duran poco, y así no tardaron en oir las doce en el reloj del convento. Ya antes que dieran, había hecho su reconocimiento por los tenebrosos claustros la diligente Martina, y entonces volviéndose á su ama, le dijo:

—Vamos, señora, porque estoy segura de que ya ha limado ó quebrado los barrotes, y nos aguarda como los padres del Limbo aguardaban el santo advenimiento.

—Yo no tengo fuerzas, Martina, replicó doña Beatriz acongojada; mejor es que vayas tu sola, y le digas mi determinación.

—¿Yo, eh? respondió ella con malicia. ¡Pues no era mala embajada! Mujer soy y él un caballero de los más cumplidos, pero mucho sería que no me arrancase la lengua. Vamos, señora, añadió con impaciencia; poco conocéis el león con quien jugáis. Si tardáis, es capaz de venir á vuestra misma celda y atropellarlo todo. Sin duda queréis perdernos á los tres.

Doña Beatriz no menos atemorizada que subyugada por su pasión salió apoyada en su doncella, y entrambas llegaron á tientas á la puerta del jardín. Abriéronla con mucho cuidado y volviendo á cerrarla de nuevo, se encaminaron apresuradamente hacia el sitio de la cerca por donde salía el agua del riego. Como la reja contemporánea de don Bernardo el Gotoso, estaba toda carcomida de orín, no había sido difícil á un hombre vigoroso como don Alvaro, arrancar las barras necesarias para facilitar el paso desahogado de una persona, de manera que cuando llegaron, ya el caballero estaba de la parte de adentro. Tomó silenciosamente la mano de doña Beatriz que parecía de hielo, y le dijo:

Todo está dispuesto, señora; no en vano habéis puesto en mí vuestra confianza.

Doña Beatriz no contestó, y don Alvaro repuso con impaciencia.

—¿Qué hacéis? ¿Tanto tiempo os parece que nos sobra?

—Pero don Alvaro, preguntó ella, con sola la mira de ganar tiempo, ¿á dónde queréis llevarme?

El caballero le explicó entonces rápida, pero claramente, todo su plan tan juicioso como bien concertado, y al acabar su relación, doña Beatriz volvió á guardar silencio. Entonces la zozobra y la angustia comenzaron á apoderarse del corazón de don Alvaro, que también se mantuvo un rato sin hablar palabra, fijos los ojos en los de doña Beatriz, que no se alzaban del suelo. Por fin, acallando en lo posible sus recelos, le dijo con voz algo trémula.

—Doña Beatriz, habladme con vuestra sinceridad acostumbrada. ¿Habéis mudado por ventura de resolución?

—Sí, don Alvaro, contestó ella con acento apagado y sin atreverse á alzar la vista; yo no puedo huir con vos sin deshonrar á mi padre.

Soltó él entonces la mano, como si de repente se hubiera convertido entre las suyas en una víbora ponzoñosa, y clavando en ella una mirada casi feroz, le dijo con tono duro y casi sardónico.

—¿Y qué quiere decir entonces vuestro dolorido y extraño mensaje?

—¡Ah! contestó ella con voz dulce y sentida, ¿de ese modo me dais en rostro con mi flaqueza?

—Perdonadme, respondió él, porque, cuando pienso que puedo perderos, mi razón se extravía y el dolor llega á hacerme olvidar hasta de la generosidad. Pero decidme, ¡ah! decidme, continuó arrojándose á sus pies, que vuestros labios han mentido cuando así queríais apartarme de vos. ¿No vais con vuestro esposo, con el esposo de vuestro corazón? Esto no puede ser más que una fascinación pasajera.

—No es sino verdadera resolución.

—Pero ¿lo habéis pensado bien? repuso don Alvaro. ¿No sabéis que mañana vendrán por vos, para llevaros á la Iglesia y arrancaros la palabra fatal?

Doña Beatriz se retorció las manos lanzando sordos gemidos, y dijo:

—Yo no obedeceré á mi padre.

—Y vuestro padre os maldecirá, ¿no lo oisteis ayer de su misma boca?

—¡Es verdad, es verdad! exclamó ella espantada y revolviendo los ojos; él mismo lo dijo.—¡Ah! añadió en seguida con el mayor abatimiento, hágase entonces la voluntad de Dios y la suya.

Don Alvaro al oirla se levantó del suelo donde todavía estaba arrodillado, como si se hubiese convertido en una barra de hierro ardiendo, y se plantó en pie delante de ella con un ademán salvaje y sombrío, midiéndola de alto abajo con sus fulminantes miradas. Ambas mujeres se sintieron sobrecogidas de terror, y Martina no pudo menos de decir á su ama casi al oído.—¿Qué habéis hecho, señora? Por fin don Alvaro hizo uno de aquellos esfuerzos que solo á las naturalezas extremadamente enérgicas y altivas son permitidos, y dijo con una frialdad irónica y desdeñosa que atravesaba como una espada el corazón de la infeliz:

—En ese caso, solo me resta pediros perdón de las muchas molestias que con mis importunidades os he causado, y rendir aquí un respetuoso y cortés homenaje á la ilustre condesa de Lemus, cuya vida colme el cielo de prosperidad.

Y con una profunda reverencia se dispuso á volver las espaldas; pero doña Beatriz, asiéndole del brazo con desesperada violencia, le dijo con voz ronca.

—¡Oh no así, no así, don Alvaro! Cosedme á puñaladas si queréis, que aquí estamos solos y nadie os imputará mi muerte, pero no me tratéis de esa manera, mil veces peor que todos los tormentos del infierno!

—Doña Beatriz, ¿queréis confiaros á mí?

—Oidme, don Alvaro, yo os amo, yo os amo más que á mi alma, jamás seré del conde..... pero, escuchadme, y no me lancéis esas miradas.

—¿Queréis confiaros á mí y ser mi esposa, la esposa de un hombre, que no encontrará en el mundo más mujer que vos?

—¡Ah! contestó ella congojosamente y como sin sentido sí, con vos, con vos hasta la muerte; y entonces cayó desmayada entre los brazos de Martina y del caballero.

—¿Y qué haremos ahora? preguntó este.

—¿Qué hemos de hacer? contestó la criada, sino acomodarla delante de vos en vuestro caballo, y marcharnos lo más aprisa que podamos. Vamos, vamos, ¿no habéis oído sus últimas palabras? Algo más suelta tenéis la lengua que mañosas las manos.

Don Alvaro juzgó lo más prudente seguir los consejos de Martina, y acomodándola en su caballo con ayuda de Martina y Millán, salió á galope por aquellas solitarias campiñas, mientras escudero y criada hacían lo propio. El generoso Almanzor, como si conociese el valor de su carga, parece que había doblado sus fuerzas y corría orgulloso y engreído, dando de cuándo en cuándo gozosos relinchos. En minutos llegaron como un torbellino al puente del Cua, y atravesándolo, comenzaron á correr por la opuesta orilla con la misma velocidad.

El viento fresco de la noche y la impetuosidad de la carrera, habían comenzado á desvanecer el desmayo de doña Beatriz, que asida por aquel brazo á un tiempo cariñoso y fuerte, parecía trasportada á otras regiones. Sus cabellos sueltos por la agitación y el movimiento ondeaban al rededor de la cabeza de don Alvaro como una nube perfumada, y de cuándo en cuándo rozaban su semblante. Como su vestido blanco y ligero resaltaba á la luz de la luna, más que la oscura armadura de don Alvaro, y semejante á una exhalación celeste entre nubes, parecía y desaparecía instantáneamente entre los árboles, se asemejaba á una sílfide cabalgando en el hipógrifo de un encantador. Don Alvaro, embebido en su dicha, no reparaba que estaban cerca del monasterio de Carracedo, cuando de repente una sombra blanca y negra se atravesó rápidamente en medio del camino, y con una voz imperiosa y terrible, gritó:

—¿A dónde vas, robador de doncellas? El caballo á pesar de su valentía se paró, y doña Beatriz y su criada por un

común impulso, restituída la primera al uso de sus sentidos por aquel terrible grito, y la segunda, casi perdido el de los suyos de puro miedo, se tiraron inmediatamente al suelo. Don Alvaro, bramando de ira, metió mano á la espada, y picando con entrambas espuelas, se lanzó contra el fantasma, en quien reconoció con gran sorpresa suya al abad de Carracedo.

—¡Cómo así! le dijo en tono áspero: ¡un señor de Bembibre trocado en salteador nocturno!

—Padre, le interrumpió don Alvaro, ya sabéis que os respeto á vos y á vuestro santo hábito, pero, por amor de Dios y de la paz, dejadnos ir nuestro camino. No queráis que manche mi alma con la sangre de un sacerdote del Altísimo.

—Mozo atropellado, respondió el monje, que no respetas ni la santidad de la casa del Señor, ¿cómo pudiste creer que yo no temería tus desafueros y procuraría salirte al paso?

—Pues habéis hecho mal, replicó don Alvaro rechinando los dientes. ¿Qué derecho tenéis vos sobre esa dama ni sobre mí?

—Doña Beatriz, respondió el abad con reposo, estaba en una casa en que ejerzo autoridad legítima, y de donde fraudulentamente la habéis arrancado. En cuanto á vos, esta cabeza calva os dirá más que mis palabras.

Don Alvaro entonces se apeó, y envainando su espada y procurando serenarse, le dijo:

—Ya veis, padre abad, que todos los caminos de conciliación y buena avenencia estaban cerrados. Nadie mejor que vos puede juzgar de mis intenciones, pues que no ha muchos días os descubrí mi alma como si os hablara en el tribunal de la penitencia; así, pues, sed generoso, amparad al afligido y socorred al fugitivo, y no apartéis del sendero de la virtud y la esperanza dos almas á quienes sin duda en la patria común unió un mismo sentimiento antes de llegar á la patria del destierro.

—Vos habéis arrebatado con violencia á una principal

doncella del asilo que la guardaba, y este es un feo borrón á los ojos de Dios y de los hombres.

Doña Beatriz entonces, se adelantó con su acostumbrada y hechicera modestia, y le dijo con su dulce voz:

—No, padre mío, yo he solicitado su ayuda, yo he acudido á su valor, yo me he arrojado en sus brazos, y heme aquí.

Entonces le contó rápidamente y en medio del arrebato de la pasión, las escenas del locutorio, su desesperación, sus dudas y combates, y exaltándose con la narración, concluyó asiendo el escapulario del monje con el mayor extremo del desconsuelo, y exclamando:

—¡Oh padre mío! libradme de mi padre, libradme de este desgraciado á quien he robado su sosiego, y sobre todo, libradme de mí misma, porque mi razón está rodeada de tinieblas, y mi alma se extravía en los despeñaderos de la angustia que hace tanto tiempo me cercan.

Quedóse todo entonces en un profundo silencio, que el abad interrumpió por fin con su voz bronca y desapacible, pero trémulo á causa del involuntario enternecimiento que sentía.

—Don Alvaro, dijo, doña Beatriz se quedará conmigo para volver á su convento, y vos tornaréis á Bembibre.

—Ya que tratáis de arrancarla de mis manos, debierais antes arrancarme la vida. Dejadnos ir nuestro camino, y ya que no queráis contribuir á la obra de amor, no provoquéis la cólera de quien os ha respetado aun en vuestras injusticias. Apartaos os digo, ó por quien soy que todo lo atropello, aun la santidad misma de vuestra persona.

—¡Infeliz! contestó el anciano; los ojos de tu alma están ciegos con tu loca idolatría por esta criatura. Hiéreme, y mi sangre irá en pos de ti gritando venganza como la de Abel.

Don Alvaro fuera de sí de enojo, se acercó para arrancar á doña Beatriz de manos del abad, usando si preciso fuese de la última violencia, cuando ésta se interpuso y le dijo con calma:

—Deteneos, don Alvaro, todo esto no ha sido más que un sueño de que despierto ahora, y yo quiero volverme á Villabuena, de donde nunca debí salir.

Quedóse don Alvaro yerto de espanto y como petrificado en medio de su colérico arranque, y solo acertó á replicar con voz sorda.

—¿A tanto os resolvéis?

—A tanto me resuelvo, contestó ella.

Doña Beatriz, exclamó don Alvaro con una voz que parecía querer significar á un tiempo las mil ideas que se cruzaban y chocaban en su espíritu; pero como si desconfiase de sus fuerzas, se contentó con decir.—Doña Beatriz..... ¡adios! Y se dirigió adonde estaba su caballo con precipitados pasos.

La desdichada señora rompió en llanto y sollozos amarguísimos, como si el único eslabón que la unía á la dicha se acabase de romper en aquel instante. El abad entonces, penetrado de misericordia, se acercó rápidamente á don Alvaro, y asiéndole del brazo le trajo como á pesar suyo delante de doña Beatriz.

—No os partiréis de ese modo, le dijo entonces, no quiero que salgáis de aquí con el corazón lleno de odio. ¿No tenéis confianza ni en mis canas, ni en la fe de vuestra dama?

—Yo solo tengo confianza en las lanzas moras y en que Dios me concederá una muerte de cristiano y de caballero.

—Escúchame, hijo mío, añadió el monje con más ternura de la que podía esperarse en su carácter adusto y desabrido; tú eres digno de suerte más dichosa y solo Dios sabe cómo me atribulan tus penas. Gran cuenta darán á su justicia los que así destruyen su obra: yo, que soy su delegado aquí y ejerzo jurisdicción espiritual, no consentiré en ese malhadado consorcio, manantial de vuestra desventura. He visto qué premio dan á tu hidalguía, y en mí encontrarás siempre un amparo. Tú eres la oveja sola y extraviada, pero yo te pondré sobre mis hombros y te traeré al redil del consuelo.

—Y yo, repuso doña Beatriz, renuevo aquí delante de un ministro del altar el juramento que tengo ya hecho, y de que no me hará perjurar ni la maldición misma de mi padre. ¡Oh don Alvaro! ¿por qué queréis separaros de mí en medio de vuestra cólera? ¿Nada os merecen las persecuciones que he sufrido y sufro por vuestro amor? ¿Es esa la confianza que ponéis en mi ternura? ¿Cómo no veis que si mi resolución parece vacilar es que mis fuerzas flaquean y mi cabeza se turba en medio de la agonía que sufro sin cesar, yo, desdichada mujer, abandonada de los míos, sin más amparo que el de Dios y el vuestro?

El despecho de don Alvaro se convirtió en enternecimiento cuando vió que el desabrimiento del abad y el inesperado cambio de doña Beatriz se trocaban en bondad paternal y en tiernas protestas. Su índole natural era dulce y templada, y aquella propensión á la cólera y á la dureza, que en él se notaba hacía algún tiempo, provenía de las contrariedades y sinsabores que por todas partes le cercaban.

—Bien veis, venerable señor, le dijo al abad, que mi corazón no se ha salido del sendero de la sumisión, sino cuando la iniquidad de los hombres me ha lanzado de él. Han querido arrebatármela, y eso es imposible; pero si vos queréis mediar, y me ofrecéis que no se llevará á cabo ese casamiento abominable, yo me apartaré de aquí como si hubiera oído la palabra del mismo Dios.

—Toca esta mano á que todos los días baja la majestad del cielo, replicó el monje, y vete seguro de que mientras vivas y doña Beatriz abrigue los mismos sentimientos, no pasará á los brazos de nadie, ni aunque fueran los de un rey.

—Doña Beatriz, dijo acercándose á ella y haciendo lo posible por dominar su emoción; yo he sido injusto con vos y os ruego que me perdonéis. No dudo de vos ni he dudado jamás; pero la desdicha amarga y trueca las índoles mejores. Nada tengo ya que deciros, porque ni las lágrimas, ni los lamentos, ni las palabras os revelarían lo que está

pasando en mi pecho. Dentro de pocos días partiré á la guerra que vuelve á encenderse en Castilla. A Dios, pues, os quedad, y rogadle que nos conceda días más felices.

Doña Beatriz reunió las pocas fuerzas que le quedaban para tan doloroso momento, y acercándose al caballero, se quitó del dedo una sortija, y la puso en el suyo diciéndole:

—Tomad ese anillo, prenda y símbolo de mi fe pura y acendrada como el oro; y en seguida, cogiendo el puñal de don Alvaro, se cortó una trenza de sus negros y largos cabellos que todavía caían deshechos por sus hombros y cuello, y se la dió igualmente. Don Alvaro besó entrambas cosas y le dijo:

—La trenza la pondré dentro de la coraza al lado del corazón, y el anillo no se apartará de mi dedo; pero si mi escudero os devolviese algún día entrambas cosas, rogad por mi eterno descanso.

—Aunque así fuera os aguardaré un año, y pasado él, me retiraré á un convento.

—Acepto vuestra promesa, porque si vos murieseis igualmente, ninguna mujer se llamaría mi esposa.

—El cielo os guarde, noble don Alvaro; pero no os entreguéis á la amargura. Cuidad que la esperanza es una virtud divina.

Estas parece que debían ser sus últimas palabras; pero lejos de moverse, parecían clavados en la tierra, y sujetos por su recíproca y dolorosa mirada, hasta que por fin movidos de un irresistible impulso, se arrojaron uno en brazos de otro, diciendo doña Beatriz en medio de un torrente de lágrimas:

—Sí, sí, en mis brazos aquí, junto á mi corazón..... qué importa que este santo hombre lo vea..... antes ha visto Dios la pureza de nuestro amor.

Así estuvieron algunos instantes, como dos puros y cristalinos ríos que mezclan sus aguas, al cabo de los cuales se separaron, y don Alvaro, montando á caballo, después de recibir un abrazo del abad, se alejó lentamente volviendo la cabeza atrás, hasta que los árboles lo ocultaron. Millán

se quedó por disposición de su amo, para acompañar á doña Beatriz y á su criada á Villabuena. El anciano entonces dió un corto silbido, y un monje lego, que estaba escondido tras de unas tapias, se presentó al momento. Díjole algunas palabras en voz baja, y al cabo de poco tiempo volvió con la litera del convento, conducida por dos poderosas mulas. Entraron en ella ama y criada: retiróse el lego: asió Millán de la mula delantera, montó el abad en su caballo, y emprendieron de esta suerte el camino de Villabuena, adonde llegaron todavía de noche. Por la brecha de la reja volvieron á entrar las fugitivas, y Martina casi en brazos condujo á su señora á la habitación, en tanto que el abad daba la vuelta á Carracedo, más satisfecho de su prudencia, con la cual todo se había remediado sin que nada se supiese, que su pedrestre acompañante del término de su aventura noctura.

Al día siguiente, cuando los criados del conde y del señor de Arganza fueron al convento llevando los presentes de boda, encontraron á doña Beatriz atacada de una calentura abrasadora, perdido el conocimiento, y en medio de un delirio espantoso.

CAPÍTULO XII.

Extraño parecerá tal vez á nuestros lectores, que tan á punto estuviese el abad de Carracedo, para destruir los planes de felicidad de don Alvaro y doña Beatriz, por quien suponemos que no habrá dejado de interesarse un poco su buen corazón, y sin embargo, es una cosa natural. Cuando el señor de Bembibre se despidió de él en su primera entrevista, su resolución y sus mismas palabras le dieron á entender, que su energía natural, estimulada por la violenta pasión que le dominaba, no retrocedería delante de ningún obstáculo, ni se cansaría de inventar planes y ardides. Era doña Beatriz su hija de confesión, y todas las cosas á

ella pertenecientes excitaban su cuidado y solicitud; pero desde su huída á Villabuena, por honor de una casa de su orden y que estaba bajo su autoridad, su vigilancia se había redoblado y no sin fruto. Un criado de Carracedo había visto á un aldeano montar en un soberbio caballo en los montes cercanos á Villabuena y salir con uno al parecer escudero, por trochas y veredas, como apartándose de poblado. Lo extraño del caso le movió á contárselo al abad, y éste, por las señas y la dirección que llevaba, conoció que don Alvaro rondada los alrededores, y que, en vista de la insistencia del conde de Lemus, trataría tal vez de robar á su amante. Comunicó, pues, sus órdenes á todos los guarda-bosques del monasterio, y al barquero de Villadepalos (pues la barca era del monasterio también), para que acechasen todo con vigilancia, y le diesen parte inmediatamente de cuanto observasen. La escapatoria de la discreta y aguda Martina, sin embargo, no llegó á sus oídos; pero la venida de don Alvaro á Cornatel, el estudiado rodeo que le vieron tomar los guardas para apartarse del convento, y sobre todo, la idea de que al siguiente día espiraba el plazo señalado á doña Beatriz, fueron otros tantos rayos de luz, que le indicaron aquella noche como la señalada para la ejecución del atrevido plan. Suponiendo con razón que Cornatel fuese el punto destinado para la fuga, hizo retirar la barca al otro lado, y como el Sil iba crecido con las nieves de la montaña que se derretían y no se podía vadear, desde luego se aseguró de que su plan no saldría fallido. Cierto es que don Alvaro podía llevarse á doña Beatriz á Bembibre, ó cruzar el río por el puente de Ponferrada, en cuyo caso burlaría sus afanes; pero ambas cosas ofrecían tales inconvenientes, que sin duda debían arredrar á don Alvaro. El puente estaba fortificado, y sin orden del maestre nadie hubiera pasado por él á hora tan desusada, cosa que nuestro caballero deseaba sobre todo evitar. Así pues, las redes del prelado estaban bien tendidas, y el resultado de la tentativa de don Alvaro fué el que por su desdicha debiera de ser necesariamente.

Como quiera no creía el buen religioso que la pasión de doña Beatriz hubiese echado en su alma tan hondas raíces, ni que á tales extremos la impeliese el deseo de huir un matrimonio aborrecido. Acostumbrado á ver doblegarse á todas las doncellas de alto y bajo nacimiento delante de la autoridad paterna, imaginaba que solo una fascinación pasajera podía mover á doña Beatriz á semejante resolución, y cabalmente las consecuencias de esta falta, fueron las que se propuso atajar. Pero, cuando por sus ojos vió la violencia de aquel contrariado afecto, y el manantial de desdichas que podía abrir la obstinación del señor de Arganza, determinó oponerse resueltamente á sus miras. Su corazón, aunque arrebatado de fanático celo, no había desechado, sin embargo, ninguno de aquellos generosos impulsos, propios de su clase y estado, y además quería á doña Beatriz con ternura casi paternal. En el secreto de la penitencia, aquella alma pura y sin mancha, se le había presentado en su divina desnudez y cautivado su cariño, como era inevitable. Por otra parte, bien veía que don Alvaro, caballero y pundonoroso, si en aquella época los había, solo acosado por la desesperación y la injusticia, se lanzaba á tan violentos partidos. Así pues, al día siguiente muy temprano, salió á poner en ejecución su noble propósito, cosa de que, con gran pesadumbre suya, le excusó la enfermedad de doña Beatriz, que todo lo retardó por sí sola. No le pareció justo entonces amargar la zozobra del señor de Arganza, que ya empezaba á recoger el fruto de sus injusticias, pero no cejó ni un punto de lo que tenía determinado.

Don Alvaro por su parte desde Carracedo se fué en derechura á Ponferrada, donde llegó antes de amanecer, pero no queriendo alborotar á nadie á hora tan intempestiva, y con el objeto de recobrarse antes de presentarse á su tío, estuvo vagando por las orillas del río, hasta que los primeros albores del día trocaron en su natural color las pálidas tintas de que revestía la luna las almenas y torreones de aquella majestuosa fortaleza. Entró entonces en ella, y con la franqueza propia de su carácter, aunque exigiéndole an-

tes su palabra de caballero de guardar su declaración en el secreto de su pecho, y no tomar sobre lo que iba á saber providencia alguna, contó á su tío todos los sucesos del día anterior. Escuchóle el anciano con vivo interés, y al acabar le dijo:

—Buen valedor has encontrado en el abad de Carracedo, y la desgracia te ha traído al mismo punto en que yo quise ponerte, cuando aun no se había desencadenado esta tormenta. Yo conozco al abad, y por mucha que sea la enemiga y el rencor con que mira á nuestra caballería, su alma es recta, y no se apartará de la senda de la verdad.—¡Pero Saldaña!.... añadió con pesadumbre; uno de los ancianos de nuestro pueblo, encanecido en los combates, prestar su ayuda, y lo que es más, el castillo que gobierna á semejantes propósitos! ¡Consentir que atravesase una mujer los umbrales del Temple, cuando hasta el beso de nuestras madres y hermanas nos está vedado!

Don Alvaro intentó disculparle.

—No, hijo mío, contestó el maestre, esto que contigo ha hecho por el cariño que te tiene, hubiera él hecho igualmente por un desconocido, con tal que de ello resultase crecimiento á nuestro poder y menoscabo al de nuestros enemigos. Harto conocido le tengo: su alma iracunda y soberbia se ha exasperado con nuestras desdichas, y solo sueña en propósitos de ambición y en medios puramente humanos para restaurar nuestro decoro. Á sus ojos todos son buenos si conducen á este fin. En él se ofrece viva y de manifiesto la decadencia de nuestra orden.

Don Alvaro dijo entonces á su tío que pensaba partir al punto á Castilla, y el anciano se lo aprobó, no solo porque como señor mesnadero estaba obligado á servir al rey en la ocasión que se ofrecía, sino también con el deseo de que los peligros y azares de la guerra, que también cuadraban á su carácter, le divirtiesen de sus sinsabores y pesares. Por esta vez su bandera, compañera inseparable de la del Temple, tenía que ir sola en busca del enemigo; pues los caballeros, recelosos con sobrado fundamento de la potestad

real, y pendientes del giro que tomasen en el vecino reino de Francia los atropellos cometidos en la persona de su maestre ultramarino y demás caballeros, juzgaron prudente mantenerse neutrales en la guerra intestina de que iba á ser teatro la desventurada Castilla.

Al día siguiente salió don Alvaro de Bembibre, camino de Carrión con parte de su mesnada, dejando el cuidado de conducir la otra parte á Melchor Robledo, uno de sus oficiales; y su castillo, en manos de los caballeros templarios de Ponferrada. En tanto que allá llega y se junta la hueste del rey don Fernando IV, forzoso será que demos á nuestros lectores alguna idea de las nuevas turbulencias que en diversos sentidos llamaban á los pueblos y á los ricos hombres á las armas.

La familia de los Laras, poderosísima en Castilla, tenía vinculados en su casa la turbulencia y el desasosiego, no menos que la nobleza y la opulencia. El jefe actual de este linaje, don Juan Núñez de Lara, había estado largo tiempo desnaturalizado de Castilla, y entrado en ella á mano armada cuando la gloriosa reina doña María tenía las riendas del gobierno; pero desbaratado su escuadrón por don Juan de Haro, cayó en poder de la reina prisionero. Despojáronle entonces de todos sus castillos y heredades, pero poco tardaron en volvérselas, y para sellar más fuertemente esta avenencia, le hicieron mayordomo del rey, puesto el más aventajado y codiciado de su casa. Corrían, empero, los tiempos tan turbios y alterados, y el carácter del Núñez de Lara era tan enojadizo y revoltoso, que todas estas mercedes no fueron bastantes á corregir sus malas propensiones. El infante don Juan, que tan funesto nombre ha dejado en nuestra historia para servir de sombra y de contraste á la resplandeciente figura de Guzmán el Bueno, mal hallado con la pérdida de su soñado reino de León, tardó poco en trabar con él amistad y alianza, deseoso de fundar en ella sus pretensiones al señorío de Vizcaya, que pertenecía á su mujer doña María Díaz de Haro, como heredera de su padre el conde don Lope, pero que sin embargo no había

salido de las manos de don Diego su tío, poseedor de él á la sazón. Era este pleito muy añejo y difícil de componer, y pocos señores además lo deseaban sinceramente, porque con semejantes bandos y desavenencias, el poder de la corona se enflaquecía al compás de sus usurpaciones y desafueros, y no llegaba el caso de poner coto á este germen de debilidad que atacaba el corazón del estado. Las revueltas de la menor edad del rey habían enseñado á los señores el camino de la rebelión, y así el brazo como el discurso del rey eran ambos flojos en demasía para atajar tan grave daño.

A pesar de todo, por la discreción y habilidad de la reina doña María, llegó á sosegarse la diferencia de don Diego de Haro y del infante don Juan, entregando aquel el señorío de Vizcaya á su sobrina doña María Díaz, y recibiendo éste en trueque las villas de Villalba y Miranda; pero el rey, cuyo natural ligero y poco asentado fué causa gran número de veces de que se desgraciasen muy sabias combinaciones políticas, excluyó de esta avenencia y concierto, en que mediaron los principales señores de su corona, á su mayordomo don Juan Núñez de Lara, con quien comenzaba á disgustarse y desabrirse. Según era de esperar de sus fueros y altanería, mirólo Lara como un ultraje sangriento, y despidiéndose del rey con palabras ásperas y descomedidas, fuése á encerrar en Tordehumos, lugar fuerte. Repartió su gente por Iscar, Montejo y otros lugares, y proveyéndose de armas, víveres y pertrechos, se preparó á arrostrar la cólera del rey.

Éste por su parte, no menos resentido de las demasías de don Juan Núñez, después de tener consejo con los suyos, envió á requerirle con un caballero que pues tan mal sabía agradecer sus mercedes, saliese al punto de la tierra y le entregase las villas de Moya y Cañete, en que le heredara poco antes. Contestóle don Juan Núñez con su acostumbrada insolencia, que no saldría de una tierra donde era tan natural como el más natural de ella, y que en cuanto á las villas harto bien ganadas las tenía. Con

esto el rey juntó sus tropas y se preparó á cercarle en Tordehumos.

A pesar de estas disensiones, tanto el monarca como los señores del partido de Lara, estaban acordes en un punto en el odio á los templarios, y sobre todo en el deseo de repartirse sus despojos. Cierto es que el rey no había recibido daño de la orden en las pasadas turbulencias, y que los caballeros se habían mantenido neutrales, cuando menos, durante aquella época azarosa, pero no lo es menos que un miembro de ella, el comendador Martín Martínez, había entregado al infante don Juan el castillo y plaza del puente de Alcántara. El rey, sin embargo, tuvo más en cuenta este hecho aislado que el comportamiento decoroso de toda la orden, y por otra parte el deseo de reparar con sus bienes los descalabros de la corona, y de acallar con ellos la codicia de sus ricos hombres, acabaron de inclinar la balanza de su ánimo en contra de tan ilustre milicia. No obstante, como el Papa Clemente IV no acababa de fulminar sus anatemas, ni se atrevía á tomar bajo su protección á aquella tan perseguida caballería, estaban los ánimos en suspenso, y con la espada á medio sacar de la vaina. De todas maneras no se cesaba un punto de minar en la opinión los cimientos del Temple, y de urdir sordas cábalas para el día en que hubiesen de romperse las hostilidades. El infante don Juan, centro de todas ellas, no reposaba un momento, y como dejamos ya indicado, los proyectos del conde de Lemus y las amarguras de doña Beatriz y de don Alvaro eran obra de aquellas manos, que así asesinaban en la cuna los niños inocentes, como las esperanzas más santas y legítimas. Los templarios eran dueños de las entradas de Galicia por la parte del puerto de Piedrafita, y Valdeorras con los castillos de Cornatel y del Valcarce. Las fortalezas de Corullón, Ponferrada, Bembibre, dominaban las llanuras más pingües del país, y por otra parte, si las casas de Yáñez y Ossorio llegaban á enlazarse, sus numerosos vasallos montañeses de las fuentes del Boeza y del Burbia cerrarían gran porción de entradas y desfiladeros, y

harían casi inexpugnable la posición de la orden en aquella comarca. Harto claro veían esto el infante y los suyos, y de ahí nacían las persecuciones del conde, que lejos de venir á la jornada de Tordehumos, se quedó en los confines de Galicia y en el Bierzo, así para llevar adelante su particular propósito, como para juntar fuerzas contra los templarios, con quienes parecía inevitable un rompimiento.

Encontróse, pues, solo don Alvaro en medio de la hueste de Castilla, ó por mejor decir, acompañado de la natural ojeriza y recelo que inspiraba su alianza estrecha y sincera con el Temple, su valor, su destreza en las armas, y la nombradía que había sabido alcanzarse de antemano. Por fin, junto el ejército real, y completa ya la gente del señor de Bembibre, que con el segundo tercio acaudillado por Robledo se le había incorporado, moviéronse de Carrión y fueron á ponerse sobre Tordehumos con grandes aprestos, bagajes y máquinas de guerra.

CAPÍTULO XIII.

Justamente el señor de Bembibre se alejaba del Bierzo, cuando la fiebre se cebaba en doña Beatriz con terrible saña, y la infeliz le llamaba á gritos en medio de su delirio. ¿Quién le dijera á él, cuando en lo más alto de la sierra que divide al Bierzo de los llanos de Castilla, volvió su caballo para mirar otra vez aquella tierra cuyos recuerdos llenaban su corazón, quién le dijera que aquella doncella angelical, su único amor y su única esperanza para el porvenir, yacía en el lecho del dolor, mirando con ojos encendidos y extraviados á cuantos la rodeaban, y consumidos sus delicados miembros por el ardor de la calentura? Tal era, sin embargo, la tremenda realidad, y mientras la cuchilla de la muerte amagaba á la una, corría el otro por su parte á innumerables riesgos y peligros. Así, de dos hojas nacidas en el mismo ramo y mecidas por el mismo viento,

cae la una al pie del árbol paterno, en tanto que la compañera vuela con las ráfagas del otoño á un campo desconocido y lejano.

Figúrense nuestros lectores la consternación que causaría en Arganza la triste noticia de la enfermedad de su única heredera. Doña Blanca, por la primera vez de su vida, soltó la compresa á su dolor y á sus quejas, y se desató en reproches é invectivas contra la obstinación de su esposo y contra los planes que así amenazaban aquella criatura tan querida, en términos que, aun al conde, á pesar de la hospitalidad, le alcanzó parte de su cólera. Inmediatamente declaró su resolución de ir á Villabuena, á pesar de sus dolencias, y de asistir á su hija, y don Alonso, temeroso de causar una nueva desgracia contrariándola en medio de su agitación, ordenó que en una especie de silla de manos la trasladasen al monasterio. En cuanto llegó, sus miembros casi paralíticos parecieron desatarse, y sus dolores habituales cesaron, por manera que todos estaban maravillados de verla. ¡Admirable energía la del amor maternal, santo destello del amor divino, que para todo encuentra fuerzas y jamás se cansa de los sacrificios y fatigas más insoportables!

Doña Beatriz no conoció ya á su madre, aunque sus miradas se clavaban incesantemente en ella, y parecía poner atención á todas las palabras de ternura que de sus labios salían; pero era aquella especie de atención á un tiempo intensa y distraída que se advierte en los locos. Su delirio tenía fases muy raras y diversas: á veces era tranquilo y melancólico, y otras lleno de convulsiones y de angustias. El nombre de su padre y el de su amante, eran los que más frecuentemente se le escapaban, y aunque el del conde se le escuchaba alguna vez, siempre era tapándose la cara con las sábanas, ó haciendo algún gesto de repugnancia.

Un monje anciano de Carracedo, muy versado en la física, y que conocía casi todas las plantas medicinales que se crían por aquellos montes, estaba constantemente á su cabecera observando los progresos del mal, y había ya

propinado á la enferma varias bebidas y cordiales; pero el mal, lejos de ceder, parecía complicarse y acercarse á una crisis temible. Una noche en que su tía, su madre y el buen religioso estaban sentados alrededor de su lecho, se incorporó, y mirando á todas partes con atención, se fijó en la escasa luz de una lámpara, que en lo más apartado de la pieza, lanzaba trémulos y desiguales resplandores. Estuvo un rato contemplándola, y luego preguntó con una voz débil, pero que nada había perdido de su armonioso metal:

—¿Es la luz de la luna?.... pero yo no la veo en las ondas del río..... ¡tampoco la dicha baja del cielo para regocijar nuestros corazones!—Aquí dió un profundo suspiro, y luego exclamó vivamente.—¡No importa, no importa! desde el firmamento nos alumbrará..... sí, sí, ¡venga tu caballo moro!.... ¡ay! me parece que he perdido la vida y que un espíritu me lleva por el aire, pero los latidos de tu corazón han despertado el mío! voy á perder el juicio de alegría, déjame cantar el salmo del contento. «Al salir Israel de Egipto»..... pero mi madre, mi pobre madre: exclamó con pesadumbre; ¡ah! yo la escribiré, y cuando sepa que soy feliz, se alegrará también!

Sonrióse entonces melancólicamente, pero cambiando al punto de ideas, gritó desaforadamente con espanto y arrojándose fuera de la cama con una violencia tal, que la abadesa y su madre apenas podían sujetarla.—¡La sombra! ¡la sombra! ¡ay! ¡yo he caído del cielo!.... ¿quién me levantará?.... ¡adios!.... no vuelvas la cabeza atrás para mirarme, que me partes el corazón. ¡Ya se ha perdido entre los árboles!.... ahora es cuando debo morirme..... alma cristiana, prepara tu ropa de boda, y ve á encontrar tu celestial esposo!

Entonces fatigada cayó otra vez sobre las almohadas en medio de las lágrimas de las dos señoras, y comenzó á respirar con mucha congoja y anhelo. El monje le tomó entonces el pulso, y mirándole á los ojos con mucha atención, se fué á sentar á un extremo de la celda con aire abatido y meneando la cabeza. Doña Blanca que lo vió, se

arrojó de rodillas en un reclinatorio que allí había, y asiendo un crucifijo que sobre él estaba y abrazándolo estrechamente, exclamaba con una voz ronca y ahogada:

—¡Oh Dios mío; no á ella, no á ella, sino á mí! es mi hija única, ¡yo no tengo otra hija! ¡vedla, señor, tan joven, tan buena y tan hermosa! ¡tomad mi vida! ved que no son mis lágrimas las solas que correrán por ella, porque es un vaso de bendición, en quien se paran los ojos de todos; ¡oh señor! ¡oh señor! ¡misericordia!

La abadesa, que á pesar de que más necesidad tenía de consuelos que poder para darlos, acudió á sosegar á su hermana diciéndole, que si así se abandonaba á su dolor, mal podía aprovechar las pocas fuerzas que le quedaban para asistir á su hija. Surtió este consejo el efecto deseado; pues doña Blanca con esta idea se serenó muy pronto; tal era el miedo que tenía á verse separada de su hija.

En tal estado se pasaron algunos días, durante los cuales, no cesaron las monjas de rogar á Dios por la salud de doña Beatriz. Hubo que establecer una especie de turno para la asistencia, pues todas á la vez querían quedarse para velarla y asistirla. El luto parecía haber entrado en aquella casa, sin aguardar á que la muerte le abriese camino. Sin embargo, después de doña Blanca, nadie estaba tan atribulada como Martina, de cuyo lindo y alegre semblante habían desaparecido los colores tan frescos y animados, que eran la ponderación de todos. Por lo que hace al señor de Arganza, que apesar de sus rigores, amaba con verdadera pasión á su hija, oprimido por el doble peso del pesar y del remordimiento, apenas se atrevía á presentarse por Villabuena, pero pasaba días y noches sin gozar un instante de verdadero reposo, y á cada paso estaba enviando expresos que volvían siempre con nuevas algo peores.

Por fin el médico declaró que su ciencia estaba agotada y que solo el celestial podría curar á doña Beatriz. Entonces se le administró la Extremaunción, porque como no había recobrado el conocimiento, no pudo dársele el viático. La comunidad toda, desecha en lágrimas, acudió á la

ceremonia, y cada una se despidió en su interior de aquella tan cariñosa y dulce compañera, que en medio de los sinsabores que la habían cercado de continuo, mientras había vivido en el convento, no había dado á nadie el más leve disgusto.

No hubo fuerzas humanas que arrancasen á doña Blanca del lado de su hija la noche que debía morir; así pues, hubieron de consentir en que presenciase el doloroso trance. Hacia media noche, sin embargo, doña Beatriz pareció volver en sí del letargo que había sucedido á la agitación del delirio, y clavando los ojos en su fiel criada, le dijo en voz casi inperceptible:

—¿Eres tú, pobre Martina? ¿Dónde está mi madre? ¡Me pareció oir su voz entre sueños!

—Bien os parecía, señora, replicó la muchacha reprimiéndose por no dejar traslucir la alegría tal vez infundada y loca, que con aquellas palabras había recibido: mirad al otro lado, que ahí la tenéis.

Doña Beatriz volvió entonces la cabeza, y sacando ambos brazos tan puros y bien formados no hacía mucho, y entonces tan descarnados y flacos, se los echó al cuello, y apretándola contra su pecho con más fuerza de la que podía suponerse, exclamó prorrumpiendo en llanto:

—¡Madre mía de mi alma! ¡madre querida!

Doña Blanca fuera de sí de gozo, pero procurando reprimirse, le respondió:

—Sí, hija de mi vida, aquí estoy: pero serénate que todavía estás muy mala, y eso puede hacerte daño.

—No lo creáis, replicó ella, no sabéis cuánto me alivian estas lágrimas, únicas dulces que he vertido hace tanto tiempo. Pero vos estáis más flaca que nunca..... ¡ah sí, es verdad! ¡todos hemos sufrido tanto! ¡Y vos también, tía mía! ¿Y mi padre dónde está?

—Pronto vendrá, replicó doña Blanca; pero vamos, sosiégate, amor mío, y procura descansar.

Doña Beatriz, sin embargo, siguió llorando y sollozando largo rato: tantas eran las lágrimas que se habían hela-

do en sus ojos y oprimían su pecho. Por fin, rendida del todo, cayó en un sueño profundo y sosegado, durante el cual rompió en un abundante sudor. El anciano se acercó entonces á ella, y reconociendo cuidadosamente su respiración igual y sosegada y su pulso, levantó los ojos y las manos al cielo, y dijo:—Gracias te sean dadas á ti, Señor, que has suplido la ignorancia de tu siervo y la has salvado.

Y cogiendo á doña Blanca, atónita y turbada, de la mano, la llevó delante de una imágen de la Virgen y arrodillándose con ella, empezó á rezar la salve en voz baja pero con el mayor fervor. La abadesa y Martina imitaron su ejemplo, y cuando acabaron, entrambas hermanas se arrojaron una en los brazos de otra, y doña Blanca pudo también desahogar su corazón oprimido.

El sueño de la enferma duró hasta muy entrada la mañana siguiente, y en cuanto se despertó, el médico volvió á asegurar que ya había pasado el peligro, las campanas del convento comenzaron á tocar á vuelo, y en el monasterio fué un día de gran fiesta. Don Alonso volvió á ver á su hija, pero aunque no había renunciado á su plan, tanto por la palabra empeñada, cuanto por lo mucho que lisonjeaba su ambición, resolvió no violentar su voluntad siguiendo en esto los impulsos de su propio corazón y los consejos del prelado de Carracedo. El conde por su parte, aunque momentáneamente, se alejó del país, y de todas maneras doña Beatriz no experimentó al salir de la enfermedad ningún género de contrariedad ni persecución. Sin embargo, la convalecencia parecía ir larga, y como el monasterio podía traerle á la imaginación más fácilmente las desagradables escenas de que había sido teatro, por orden del monje de Carracedo que con tan paternal solicitud la había asistido, la trasladaron á Arganza, donde todos los recuerdos eran más apacibles y consoladores. El pueblo entero que la había contado por muerta, la recibió como nuestros lectores pueden figurarse con fiestas, bailoteos y algazaras que la esplendidez del señor hacía más alegres y animados. Hubo

su danza y loa correspondiente, un mayo más alto que una torre, y por añadidura una especie de farsa medio guerrera, medio venatoria, dispuesta y acaudillada por nuestro amigo Nuño el montero, que aquel día parecía haberse quitado veinte años de encima. Por lo que toca al rollizo Mendo, se alegró tanto de la vuelta de Martina, que no parecía sino que la taimada aldeana le correspondía decididamente. Muchos fueron los tragos y tajadas con que la celebró, pero si hubiera tenido noticia de sus escapatorias nocturnas, y sobre todo de la última, probablemente no se libra de una indigestión. De todas maneras, la ignorancia le hacía dichoso como á tantos otros, y como él convertía en sustancia todas las burlas y aun bufidos de la linda doncella, estaba que no cabía en su pellejo, harto estirado ya por su gordura. Añádase á esto, que la mala sombra de Millán, andaba lejos rompiéndose la crisma contra las murallas de Tordehumos, y que Martina volvía más interesante con la ligera palidez que le habían causado sus vigilias y congojas, y tendremos completamente explicado el regocijo del buen palafrenero.

CAPÍTULO XIV.

Volvamos ahora á don Alvaro, que bien ajeno de semejantes sucesos, había llegado á Tordehumos con la hueste del rey. Este pueblo, que don Juan Núñez había provisto y reparado con la mayor diligencia, está en la pendiente de una colina dominada por un castillo, y no lejos pasa el río llamado Rioseco. La posición es buena: las murallas estaban entonces en el mejor estado: la guarnición era valerosa y suficiente, y su jefe diestro, experimentado, y valiente. Ya en otro tiempo le había sitiado el rey en Aranda, de donde se salió á despecho de su cólera, y esta memoria le daba aliento para desafiarle desde Tordehumos, lugar más acomodado á la defensa. Tenía además la funda-

da esperanza de que nunca llegarían á estrecharle hasta el extremo, porque conservaba en el campo enemigo inteligencias y valimiento de que fiaba, no menos que de su valor, el éxito de la empresa. El infante don Juan, aunque servía bajo las banderas de su sobrino, no por eso había desatado los antiguos vínculos de amistad que le unían con el de Lara, antes entre sus enemigos era donde pensaba servirle mejor; ruin manejo que solo cabía en la doblez de aquel alma villana. Hernán Ruiz de Saldaña, Pero Ponce de León y algunos otros principales señores, también estaban en el plan, si bien no encubrían sus pensamientos y conducta bajo el manto de celo hipócrita por los intereses del rey, en que se cobijaba el infante don Juan. Así es, que el cerco emprendido con gran calor, iba aflojándose y entibiándose de día en día con gran pesadumbre del rey, que no tardó mucho en caer en la cuenta de su daño.

Como quiera, los caballeros más afectos á su persona, ó más leales, no dejaban de pelear con ardor en las frecuentes salidas que hacían los sitiados, y don Alvaro, que por su aislamiento ignoraba parte de estas tramas, y que por la rectitud de sus sentimientos era incapaz de entrar en ellas, andaba entre los que más se distinguían. Sucedió, pues, que una noche, saliendo los cercados con gran sigilo, dieron impensadamente sobre el real enemigo, cuya mayor parte estaba descuidada, cayendo con más furia sobre el ala del señor de Bembibre y demás caballeros fieles al rey. Don Alvaro, que no solía prescindir de las precauciones y vigilancia propias de la guerra, salió al punto con la mitad de su prevenida gente á rechazar la imprevista embestida, enviando aviso inmediatamente al cuartel del rey para que le sostuviesen en el ataque que emprendía. En el desorden introducido y en la dañada intención del infante, consistió sin duda que el refuerzo pedido no llegase. La noche estaba muy oscura, los enemigos se aumentaban sin cesar, los gritos de rabia, de temor y de dolor, se mezclaban con las órdenes de los cabos: las armas y escudos despedían chispas en la oscuridad con el incesante martilleo,

y la escena llegó á hacerse temerosa y horrible de veras. Por fin los enemigos comenzaron á extenderse por las alas del reducido y abandonado escuadrón, y don Alvaro, estrechado entonces, comenzó á retirarse ordenadamente, resistiendo con su acostumbrado valor el empuje contrario. Su gente, por último, comenzó á desbandarse, y don Alvaro, herido ya en el pecho, recibió otra herida en la cabeza, con lo cual vino al suelo debajo de su noble caballo, que herido también hacía rato, parecía haber conservado su brío, solo para ayudar á su ginete. Entonces sobrevino nueva pelea al rededor del caído caballero, pues sus soldados hacían desesperados esfuerzos por arrancarle del poder de los enemigos; pero el número de éstos era ya tan grande, y el aliento que recibían de don Juan Núñez, que mandaba en persona esta encamisada era tal, que por último, ensangrentados y rotos hubieron de tomar la huída, dejándole en sus manos. Lara, que le reconoció y que ya de antemano le estimaba, hizo vendar sus heridas y trasportarle con gran cuidado á su castillo. Por último, como los refuerzos del rey iban llegando, él mismo se retiró en buen orden sin experimentar daño ni escarmiento. Sus soldados, alegres con el botín recogido, dieron también la vuelta muy animosos, formando vivo contraste con las tropas del rey, mustias y descontentas de lo que había pasado.

El fiel Millán, que había peleado como correspondía al lado de su amo en aquella noche fatal, separado de él por el tropel de los fugitivos en el momento crítico, por la mañana muy temprano se presentó á las puertas de Tordehumos, pidiendo que le tomasen por prisionero con su amo, de quien venía á cuidar, durante sus heridas. Lara mandó recibirle al punto, y llamándole á su presencia le alabó mucho su fidelidad y le regaló una cadena de plata, encargándole encarecidamente la asistencia de un caballero tan cumplido como su amo. Por lo que hace á la mesnada de éste, reducida casi á la mitad por la tremenda refriega de la noche, y heridos la mayor parte de los que sobrevivieron, se reunieron bajo el mando de Melchor Robledo, y se pusieron

á retaguardia del campo para curarse y restablecerse lo posible.

El rey, por su parte, aunque don Alvaro no fuese muy de su devoción por su alianza con los templarios, no por eso dejó de sentir su prisión y heridas, porque sobrado conocía que una lanza tan buena y un corazón tan noble, le hacían infinita falta en medio de las voluntades, cuando menos tibias, que le rodeaban.

Don Alvaro tardó bastantes horas en volver á su conocimiento por el aturdimiento de su caída, y por la mucha sangre que con sus heridas había perdido. Lo primero que vieron sus ojos al abrirse, fué á su fiel Millán, que de pie al lado de su cama estaba observando con particular solicitud todos sus movimientos. A los pies estaba también en pie un caballero de aspecto noble, aunque algo ceñudo habitualmente, cubierto con una rica armadura azul, llena de perfiles y dibujos de oro de exquisito trabajo. Finalmente, á la cabecera se descubría un personaje de ruin aspecto, con ropa talar oscura y una especie de turbante ó tocado blanco en la cabeza. El caballero era don Juan Núñez de Lara, y el otro sujeto el rabino Ben Simuel, su físico, hombre muy versado en los secretos de las ciencias naturales, y á quien el vulgo ponía por lo tanto sus ribetes de nigromante y hechicero. Su raza y creencia le hacían odioso, y su exterior tampoco era á propósito para granjearse el cariño de nadie.

Don Alvaro extendió sus miradas al rededor, y encontrando las paredes de un aposento en lugar de los lienzos y colgaduras de su tienda, y aquellas personas para él desconocidas, comprendió cuál era su suerte, y no pudo reprimir un suspiro. Lara se acercó entonces á él, y tomándole la mano le aseguró que no estaba sino en poder de un caballero que admiraba su valor y sus prendas; que se sosegase y cobrase ánimo para sanar en breve de sus heridas que, aunque graves, daban esperanzas de curación no muy lejana.

—Finalmente, añadió apretándole la mano, no veáis en

don Juan Núñez de Lara vuestro carcelero, sino vuestro enfermero, servidor y amigo.

Don Alvaro quiso responder, pero Ben Simuel se opuso, encargándole mucho el silencio y el reposo; y haciéndole beber una poción calmante, se salió con don Juan de la habitación, dejando al herido caballero en compañía de Millán. En cuanto se fueron, don Alvaro le preguntó con voz muy débil:

—¿Me oyes, Millán?

—Sí, señor, respondió éste: ¿qué me queréis?

—Si muero, toma de mi dedo el anillo, y del lado izquierdo de mi coraza la trenza que me dió doña Beatriz aquella noche fatal, y se la llevarás de mi parte diciéndola..... no, nada le digas.

—Está bien, señor: si Dios os llama, así se hará como decís, pero por ahora sosegaos y mirad por vos.

Don Alvaro procuró descansar, pero á pesar de la medicina, solo logró algún reposo interrumpido y desigual; tales eran los dolores que sus heridas le causaban.

CAPÍTULO XV.

A los pocos días de haber caído don Alvaro prisionero, ocurrió por fin una novedad que todos esperaban con ansia grandísima en el campamento del rey. Vinieron cartas del Papa Clemente IV con la orden de proceder al arresto y enjuiciamiento de todos los templarios de Europa y secuestro de sus bienes, y con ellas noticias de los horribles suplicios de algunos caballeros de la orden en Francia. Aquel Pontífice débil y cobarde, había consentido que los sacasen de su fuero, entregándolos en manos de una comisión especial, que equivalió á ponerlos en las del verdugo. Clemente temblaba de que Felipe el Hermoso quisiese poner en juicio la majestad del pontificado en la persona, ó por

mejor decir en la memoria de su antecesor Bonifacio, y á trueque de evitarlo, le dejaba bañarse en la sangre de los templarios, y cebarse en sus bienes. En Francia, sin embargo, la audacia del rey y el desconcierto de lo imprevisto del golpe, y la desatinada conducta del maestre general ultramarino, Jacobo de Molay, habían allanado el camino de una empresa tan escabrosa y difícil; pero en España, donde la orden estaba sobre sí, y donde era quizás más poderosa que en ninguna otra nación, menester era emplear infinita destreza y valor. Cierto es que ni en Portugal, ni en Aragón, ni en Castilla, se les desaforaba, antes se les sujetaba á concilios provinciales; pero, después de lo que había pasado en el reino vecino, parecía natural que desconfiasen de la potestad civil, y que no quisiesen soltar las armas. Por otra parte, nada tenía de extraño que quisiesen vengar las afrentas de su orden, por cuyo honor y crecimiento estaban obligados á sacrificar hasta su propia vida. Preciso era desconcertar su acción en lo posible, y apercibirse al combate al mismo tiempo.

El rey don Fernando á pesar de suceso de tanto bulto, para el cual parecía necesitar el auxilio de todos sus ricos hombres, no por eso desistía de su saña contra don Juan Núñez de Lara, resuelto sin duda á volver á su corona el brillo que en las pasadas revueltas había perdido. El infante don Juan mediaba entre el rey y su rebelde vasallo, y como este carácter le daba facilidad para pasar muchas veces á Tordehumos, poco tardó en concertar con su dueño el plan que hacía tanto tiempo estaba madurando. Don Alvaro era el apoyo más firme de los templarios en el reino de León, y el más ardiente y poderoso de sus aliados. Aunque su castillo de Bembibre estaba guarnecido por soldados de la orden, claro estaba que si moría su dueño, habrían de desocuparlo, y de todos modos los vasallos de la casa de Yáñez no tardarían en apartarse de sus banderas. No era el infante hombre que delante de la sangre retrocediese; el rival de su valido estaba en manos de don Juan Núñez de Lara; con él venía al suelo una de las principales barreras,

que apartaban la rica herencia del Temple de sus manos codiciosas, ¿qué más podía desear?

No bien llegaron las Bulas del Papa Clemente, al punto pasó á Tordehumos, y allí subiendo con su castellano á una torre solitaria del castillo, comenzaron una plática muy viva y acalorada.

Con gran sorpresa y aun susto de los que desde abajo los miraban, don Juan Núñez con ademanes descompuestos echó mano á la espada, como si de su huésped recibiese alguna ofensa; pero sin duda se hubo de arrepentir, porque á poco rato volvió el acero á la vaina con muestras de gran cortesía, y entrambos caballeros se dieron las manos. El infante bajó poco después, y tomó el camino real con muestras de gran satisfacción y contento.

La sangre perdida y la gravedad de sus heridas, habían reducido á don Alvaro á una postración grandísima; pero la ciencia de Ben Simuel y los cuidados de Millán, junto con las atenciones de don Juan Núñez, habían logrado arrancarle de la jurisdicción de la muerte, y volverle, aunque con pasos muy perezosos, al camino de la vida. La calentura había ido cediendo, y los dolores eran mucho menos vivos, de manera que sin los cuidados que acibaraban su pensamiento, fácil era calcular que su convalecencia hubiera sido más rápida.

Una tarde entró don Juan de Lara en su aposento, y tomando asiento á su cabecera, mientras Millán los dejaba solos para que hablasen con más libertad, le preguntó asiéndole de la mano:

—¿Cómo os sentís, noble don Alvaro? ¿Estáis contento de mi carcelería?

—Me encuentro ya muy aliviado, señor don Juan, respondió el herido, gracias á vuestros obsequios y atenciones, que casi me harían dar gracias al cielo de mi prisión.

—Según eso, bien podréis escucharme una cosa de gran cuantía que tengo que deciros.

—Podéis comenzar, si gustáis.

Don Juan entonces principió á contarle por extenso las

noticias recibidas de Francia, y la prisión, embargo de bienes y encausamiento de los templarios ordenados en las cartas del Papa Clemente, recibidas poco había en los reales de Castilla.

—Bien conozco, concluyó diciendo, que en la hidalguía de vuestra alma, no cabe abandonar una alianza que hubieseis asentado con caballeros como vos, pero ya veis que asistir á los templarios abandonados del Vicario de Jesucristo, y cargados con el grave peso de una acusación tan fundada en la criminal demanda que acaso van á intentar, sería hacer traición á un mismo tiempo á vuestros deberes de cristiano y bien nacido. Si en algo estimáis, pues, la fina voluntad que de asistiros y serviros he mostrado, ruégoos, que desde ahora rompáis la confederación que tenéis con esa orden, objeto del odio universal, y no os apartéis de vuestros amigos y aliados naturales.

Don Alvaro, que estaba intimamente convencido de la iniquidad de la acusación dirigida contra el Temple, y que nunca hubiera creído en el Jefe supremo de la Iglesia tan culpable debilidad, escuchó la relación de don Juan con una emoción violenta y profunda, cambiando muchas veces de color, y apretando involuntariamente los puños y los dientes con muestras de dolor y de cólera. Por fin, enfrenando como mejor pudo los tumultuosos movimientos de su espíritu, respondió:

—Los templarios se sujetarán al juicio que les abren, en justa obediencia al mandato del Sumo Pontífice, única autoridad de ellos reconocida, aunque tan ruinmente se postra delante del rey de Francia; pero ni dejarán las armas, ni se darán á prisión, ni soltarán sus bienes y castillos, sino caso de ser á ello sentenciados por los concilios. Por lo que á mí toca, don Juan de Lara, os perdono el juicio que de mí habéis formado, en gracia de tantos obsequios y cuidados como os debo; pero os suplico, que aprendáis á conocerme mejor.

La legítima humillación que don Juan sufría, despertó su ira y despecho; pero deseoso de que la cuestión mejora-

se de terreno, y al mismo tiempo de apurar todos los medios de conciliación y templanza, replicó:

—¡Pero qué! ¿no teméis manchar la limpieza de vuestra fama, ligándoos con un cuerpo agangrenado con tantas infamias y abominaciones, á quien toda la cristiandad rechaza como á un leproso?

—Señor don Juan, os matáis en balde, queriendo persuadirme á mí lo que tal vez vos mismo no creéis. Por lo demás, no toda la cristiandad rechaza al Temple, pues no se os esconde que el sabio rey de Portugal ha enviado sus embajadores al Papa para protestar de las tropelías y maldades de que está siendo objeto esta ilustre milicia:

—¡Mal aconsejado rey! dijo el de Lara.

—El mal aconsejado sois vos, repuso don Alvaro con impaciencia, en menguar así vuestro propio decoro. Id con Dios, que ni mi corazón ni mi brazo, faltarán nunca á esos perseguidos caballeros.

Lara frunció el ceño y le preguntó con voz altanera.

—¿Olvidáis que sois mi prisionero?

—Sí, á fe que lo había olvidado, porque vos me habéis dicho que erais mi amigo y no mi carcelero; pero ya que volvéis á vuestro natural papel, sabed que aunque me tengáis á vuestra merced, mi corazón y mi espíritu se ríen de vuestras amenazas.

Don Juan se mordió los labios y guardó silencio por un buen rato, durante el cual sin duda, su alma naturalmente noble y recta, le estuvo haciendo grandes reproches por su proceder; pero con su genial obstinación se aferró más y más en el partido adoptado. Por fin levantándose dijo á su prisionero:

—Don Alvaro, ya conocéis de oídas mi índole arrebatada y violenta; los primeros movimientos no están en nuestra mano. Olvidad cuanto os he dicho, y no me juzguéis sino como hasta aquí me habéis juzgado.

Dicho esto se salió de la cámara, y don Alvaro, con el descuido propio de los hombres esforzados, cuando solo de su vida se trata, se entregó á sus habituales reflexiones. El

de Lara estuvo paseando en la plataforma de uno de los torreones el resto de la tarde con pasos desiguales, hablando consigo propio en ocasiones, gesticulando con vehemencia, y sentándose de cuándo en cuándo arrobado en profundas distracciones. Por fin, largo rato después de puesto el sol, cuando los áridos campos circunvecinos iban desapareciendo entre los velos de la noche, bajó por la angosta escalera de caracol, y encaminándose á la sala principal del castillo, mandó á llamar por un paje á su físico Ben Simuel. Poco tardó en asomar por la puerta la cara de zorro del astuto judío, y sentándose al lado de su señor, entablaron en voz muy baja una viva conversación, de que el paje no pudo percibir nada, sin embargo de estar en la puerta, hasta que por fin Ben Simuel levantándose, y después de escuchar las últimas palabras de don Juan, que las acompañó con un gesto muy expresivo y semblante casi amenazador, se salió de la sala con bastante diligencia.

Cerca de las diez de la noche serían, cuando el mismo judío se presentó en el encierro de don Alvaro con una copa en una salvilla, y después de reconocer sus vendajes, le hizo tomar aquella poción, con que le dijo que reconciliaría el sueño. Despidióse en seguida, y don Alvaro comenzó á sentir cierta pesadez, que después de tantos insomnios, parecía pronóstico de un sueño sosegado. Apenas tuvo tiempo de decir á Millán que le dejase solo, y que cerrase la puerta por fuera sin entrar hasta que llamase, y al punto se quedó profundamente adormecido. El buen escudero, no menos necesitado de descanso que su amo, hizo cuanto se le mandaba, y echando la llave y guardándosela en el bolsillo, se tendió cuan largo era en una cama que para él habían puesto en un caramanchón vecino, y no despertó hasta el día siguiente, cuando ya el sol estaba bastante alto. Acercóse entonces á la puerta por ver si su señor se rebullía ó quejaba; pero nada oyó.—Vamos, dijo para sí, de esta vez sus melancolías han podido menos que el sueño, y cuando despierte, Dios mediante, se ha de encontrar otro.—Aguardó, pues, otro rato bueno, durante el

cual comenzó á inquietarse, pensando que tanto dormir podría hacer daño á su señor; pero pasada una hora y media ya no pudo contener su impaciencia, y metiendo la llave en la cerradura y dándole vuelta con mucho tiento, entró de puntillas hasta la cama de don Alvaro, y después de vacilar todavía un poco, por fin se decidió á llamarle meneándole suavemente al mismo tiempo. Don Alvaro ni se movió ni dió respuesta alguna, y Millán de veras asustado acudió á abrir una ventana: pero ¡cuál no debió de ser su asombro y consternación, cuando vió el cuerpo de su señor inanimado y frío, apartados los vendajes, desgarradas las heridas, y toda la cama inundada en sangre!

Al principio se quedó como de una pieza, agarrotado por el espanto, la sorpresa y el dolor; pero en cuanto pudo moverse, salió dando gritos y con los cabellos erizados todavía, por los corredores del castillo. Al ruido acudieron algunos hombres de armas y criados, y por último, el mismo Lara, seguido de Ben Simuel. Millán, ahogado por los sollozos, que por fin habían podido abrirse paso por medio de su estupor y asombro, les condujo hasta el lecho de su malogrado amo, y cayó sobre él abrazándole estrechamente. Don Juan no pudo contener una mirada errante y tremenda que dirigió á su médico; pero, recobrándose al punto y revolviendo fieramente al rededor, y fijándola alternativamente entre sus soldados y Millán, mandó á éste con voz imperiosa que contase lo que había sucedido. Así lo hizo con toda la sencillez é ingenuidad de su dolor, hasta que, llegando á decir como había dejado solo á don Alvaro, el judío, que había estado registrando el cuerpo, se volvió á él con ojos airados, y le dijo:

—¡Mira, desgraciado, mira tu obra! Tu amo, en un ensueño ó en un acceso de delirio, ha roto sus vendajes y se ha desangrado. ¡Cómo dejar solo á un caballero tan mal herido!

El desdichado escudero empezó á mesarse los cabellos, hasta que empleando Lara su autoridad logró que acabase su relación, y entonces, condolido de su pena, le dijo:

—Tú no has hecho sino obedecer á tu señor, y en nada eres culpable. Además todos nos hemos engañado: ¿quién no creía á este noble mancebo libre ya de todo riesgo? Dios ha querido afligirme, permitiendo que un castillo mío fuese testigo de semejante desgracia. Mañana se dará sepultura á este ilustre caballero en el panteón de este castillo.

—No ha de ser así por vida vuestra, señor, le interrumpió Millán; antes entregádmelo á mí para que le lleve á Bembibre y le entierre con sus mayores. ¡Válgame Dios! exclamó en voz imperceptible; ¡y qué responderé á su tío el maestre y á doña Beatriz cuando me pregunten por él?

—El cuerpo de don Alvaro, replicó don Juan, descansará en este castillo hasta que, restablecida la paz y acabadas estas funestas disensiones, pueda yo mismo con todos los caballeros de mi casa y mis aliados trasladarlo al panteón de su familia, con la pompa correspondiente á su estirpe y alto valor.

Como esto parecía redundar en honra de su malogrado señor, y por otra parte, como sabía que don Juan Núñez era absoluto en sus voluntades, hubo de conformarse con lo dispuesto. El cuerpo de don Alvaro estuvo todo aquel día de manifiesto en la capilla del castillo, acompañado del inconsolable escudero, y escoltado por cuatro hombres de armas que de cuándo en cuándo se relevaban. El capellán extendió la fe de muerto correspondiente, y aquella misma noche depositó en la bóveda del castillo en un sepulcro nuevo los restos de aquel joven desdichado.

Al día siguiente, Millán se presentó á don Juan para que le diese permiso de volver al Bierzo, y después de alabar mucho su fidelidad, se lo otorgó acompañándolo de un bolsillo lleno de oro.

—Muchas gracias, noble señor, respondió él rehusándolo. Don Alvaro dejó hecho su testamento al venir á esta desventurada guerra, y estoy seguro de que habrá mirado por su pobre escudero, de cuya fidelidad estaba él bien seguro.

—Eso no importa, replicó don Juan haciéndole tomar la

bolsa: tú eres un buen muchacho, y además el único placer de que disfrutamos los poderosos, es el de dar.

Millán salió entonces del castillo, y yendo á encontrarse con Robledo, le contó la tragedia acaecida. La noticia, que al instante corrió por el campo, llenó de disgusto á todos, porque si bien no miraban á don Alvaro con cariño, no por eso dejaban de estimar su brillante valor de que tan fresca memoria dejaba. La mesnada volvió á sus prados y montañas nativas, llena de luto y de tristeza por la muerte de su señor, verdadero padre de sus vasallos, y por la de tantos otros hermanos de armas, cuyos huesos blanqueaban ya á la luna en los áridos campos de Castilla. Millán los dejó atrás, y se adelantó á llevar á Arganza y á Ponferrada la fatal nueva.

CAPÍTULO XVI.

Doña Beatriz como dejamos dicho, volvió á la casa paterna en medio del regocijo de los suyos, que tantas razones tenían para estimarla. Su padre, como deseoso de borrar las pasadas violencias, ó bien convencido de que poco valían para sojuzgar un ánimo tan esforzado, la trataba con la antigua bondad, sin mentarle siquiera sus proyectos favoritos. El conde de Lemus que frecuentemente era huésped de la casa, penetrado sin duda de los mismos sentimientos, ó por mejor decir, convencido de que otro era el camino que llevaba al logro de sus afanes, escaseaba sus visitas á doña Beatriz, y había trocado sus importunidades en un respeto profundo y en una deferencia siempre cortés y delicada. La urbanidad de sus modales, y la profunda simulación de su carácter acostumbrado á los más tortuosos caminos, le ayudaron eficazmente en la difícil tarea de cambiar la opinión, que acerca de su persona y sentimientos, había formado doña Blanca. Doña Beatriz, sin embargo, nunca podía acallar la voz que repetía en su memoria

las frías y altaneras palabras de aquel hombre en el locutorio de Villabuena. Harto bien lo conocía él, y por eso todos sus conatos se dirigían á lavar esta mancha, que sin duda le afeaba á los ojos de la joven. Y por último, fuerza es confesarlo, á pesar de la dureza y frialdad de aquel alma, el candor y la belleza de doña Beatriz, habían llegado á penetrar en ella por intervalos y con un vislumbre nuevo y desconocido, que á veces suavizaba su natural aspereza.

Como suele acontecer á personas arrastradas por una pasión, la señora de Arganza se había sostenido con particular entereza á pesar de sus achaques, mientras duró la enfermedad y convalecencia de su hija. El dolor y la alegría sucesivamente le habían dado fuerzas, y solo cuando ambos extremos fueron cediendo, la naturaleza recobró su curso con todo el ímpetu consiguiente á tan larga compresión. Así pues, cuando doña Beatriz volvió, no ya á su natural robustez, porque esto no llegó á suceder, sino en sí; su madre comenzó á flaquear, y al poco tiempo se postró enteramente al rigor de sus dolencias. De esta suerte el vivo rayo de contento, que había iluminado aquella noble familia, tardó poco en oscurecerse del todo, y de nuevo comenzaron las torturas y congojas de la incertidumbre.

Tenían los males de doña Blanca intervalos frecuentes y lucidos, en que su razón se despejaba; pero entonces una melancolía profunda se derramaba en todos sus discursos y pensamientos. Su alma apasionada y tierna, pero humilde y apacible, no había conocido más camino que la resignación, ni más norte que la obediencia. Habíase inclinado vivamente á don Alvaro, mientras su voluntad había caminado de acuerdo con la de su noble esposo, y aun le conservaba una afición involuntaria á pesar de las desavenencias ocurridas; pero últimamente, la fuerza que toda su vida había preponderado en su espíritu, acabó de ladearla hacia la voluntad manifiesta de su esposo. En un carácter tímido y sosegado como el suyo, la idea de nuevas discordías entre el padre y la hija era una especie de pesadilla

que continuamente la estaba oprimiendo. También en su juventud habían violentado su inclinación, y al cabo los cuidados domésticos, la conformidad religiosa, y el amor de sus hijos le habían proporcionado momentos de reposo y aun de felicidad. ¿Quién puede adivinar lo que pasa en el corazón, ni quién sería bastante audaz para asegurar, que apagadas las terribles llamaradas de la juventud, su hija no acabase por agradecer la solicitud de su padre, consolándose como ella se había consolado, y regocijándose por último de dejar á sus descendientes un nombre ilustre y las riquezas que siempre lo realzan? El mal concepto que en un principio había formado del conde, se había ido desvaneciendo, gracias á la perseverancia, artificio y destreza de su conducta, y la buena señora juzgaba que lo mismo debería acontecer á su hija.

Por desgracia, todos estos argumentos que tanto peso tenían en una índole como la suya, nada tenían que ver con la elevación de sentimientos y energía de resolución que distinguían á su hija. Doña Beatriz jamás se hubiera contentado con obedecer á su esposo, porque necesitaba respetarle y estimarle, y por otra parte su condición era de aquellas que nunca aciertan á transigir con la injusticia, y luchan sin tregua hasta el último momento. Los bienes de la tierra, los incentivos de la vanidad, nunca habían fascinado sus ojos; pero estas disposiciones se habían fortificado en la soledad del claustro y en medio de su atmósfera religiosa, donde todos los impulsos de aquel alma generosa habían recibido un muy subido y frío temple. No parecía sino que en el borde de la eternidad, al cual estuvo asomada, su alma se había iniciado en los misterios de la nada que forma las entrañas de las cosas terrenas, y se había adherido con más ahinco á la pasión que la llenaba, fiel trasunto del amor celeste por su pureza y sinceridad. Sin embargo, la mudanza de ideas, y el nuevo giro que al parecer tomaban los pensamientos de aquella madre tan cariñosa y con tanto extremo querida, afectaban su corazón, no atreviéndose á contradecirla en medio de sus padeci-

mientos, y no cabiendo en su memoria por otra parte más imagen que la del ausente don Alvaro, este enemigo de nueva especie con quien tenía que combatir, era ciertamente harto más temible que los atropellos y desafueros anteriormente empleados.

Tal era la situación de la familia de Arganza, cuando una tarde de verano estaban sentadas entrambas señoras en la misma sala, y á la misma ventana en que vimos por la primera vez á don Alvaro despedirse de la señora de sus pensamientos. Doña Blanca parecía sumida en la dolorosa distracción que experimentaba después de sus accesos, recostada sin fuerzas en un gran sillón de brazos. Su hija acababa de dejar y tenía á un lado el harpa con que había procurado divertir sus pesares, y sus ojos se fijaban en aquel sol que iba á ponerse, que había alumbrado la salida de don Alvaro de aquellos umbrales, y que todavía no había traído el día del consuelo. Sus pensamientos naturalmente volaban á los tendidos llanos de Castilla, en busca de aquel joven digno de más benigno destino, cuando de repente el galope de un caballo, que pasaba por debajo de la ventana, las sacó de sus meditaciones. Doña Beatriz se asomó rápidamente á la ventana, pero ginete y caballo doblaban la esquina en busca de la puerta principal, y solo pudo percibir un vislumbre que parecía traerle á la memoria una figura conocida. Al punto las herraduras sonaron en el patio, y las pisadas de un hombre armado se oyeron en la escalera, poco distante del aposento. A poco rato entró Martina precipitada, y con el semblante de un difunto, dijo como sin saber lo que decía.

—Señora, es Millán.....

La misma palidez de la criada se difundió instantáneamente por las facciones de su ama, que sin embargo respondió:

—Ya sé lo que me trae: mi corazón me lo acaba de decir; que entre al instante. La doncella salió, y á poco rato entró Millán por la puerta en que doña Beatriz tenía clavados los ojos, que parecían saltársele de las órbitas. Doña

Blanca toda alarmada se levantó aunque con mucho trabajo, y fué á ponerse al lado de su hija, y Martina se quedó á la puerta enjugándose los ojos con una punta de su delantal, mientras Millán se adelantaba con pasos inciertos y turbados hasta ponerse delante de doña Beatriz. Allí quiso hablar, pero se le anudó la voz en la garganta, y así alargó sin decir una palabra anillo y trenza. Toda explicación era inútil, porque ambas prendas venían manchadas de sangre. Martina entonces rompió en sollozos, y Millán tardó poco en acompañarla. Doña Beatriz tenía fija la misma mirada desencajada y terrible en el anillo y en la trenza, hasta que por último, bajando los ojos y exhalando un suspiro histérico, dijo con voz casi tranquila:

—Dios me lo dió, Dios me lo quitó, sea por siempre bendito.

Doña Blanca entonces se colgó del cuello de su hija, y desecha en lágrimas le decía:

—No, hija querida, no manifiestes esa tranquilidad que me asusta más que la misma muerte. ¡Llora, llora en los brazos de tu madre! ¡Grande es tu pérdida! Mira, yo también lloro, porque yo también le amaba. ¡Ay! ¡quién no amaba aquella alma divina encerrada en tan hermoso cuerpo!

—Sí, sí, tenéis razón, exclamó ella apartándola; pero dejadme; ¿y cómo murió, Millán? ¿Cómo murió, te digo?

—Murió desangrado en su cama, abandonado de todos, y aun de mí, respondió el escudero con una voz apenas articulada.

Entonces fué cuando los miembros de doña Beatriz comenzaron á temblar con una convulsión dolorosa, que por último la privó de sentido. Largo rato tardó en volver en sí, pero los sacudimientos de su naturaleza ya quebrantada por la anterior enfermedad, fueron menos violentos. Por fin, cuando volvió en sí, los muchos lamentos que su madre empleaba adrede para excitar sus lágrimas, y sobre todo los consuelos religiosos del abad de Carracedo que acababa de llegar, desataron el manantial de su llanto. Esta

crisis, sin embargo, no fué menos violenta que la otra, porque eran tales su congoja y sus sollozos, que muchas veces creyeron que se ahogaba. En este fatal estado pasó la noche entera y la mañana siguiente, hasta que por la tarde se levantó por fin una voraz calentura. Como quiera, á los pocos días sintió mejoría y pudo ya levantarse. Su semblante, sin embargo, comenzó á perder su frescura y á notarse en su mirada un no sé qué de encendido é inquieto. Su carácter se hizo así mismo pensativo y recogido más que núnca: su devoción tomó un giro más ardiente y apasionado: sus palabras salían bañadas de un tono particular, de unción y melancolía, y aunque las escaseaba en gran manera, eran más dulces, cariñosas y consoladoras que nunca. Jamás se oía en sus labios el nombre de aquel amante adorado, ni se quejaba de su desdicha: solo Martina creía percibirle entre sueños, y en el movimiento de sus labios cuando rezaba. Por lo demás, cuidaba y asistía á los enfermos del pueblo con sin igual solicitud y esmero, hacía limosnas continuas, y su caridad era verdaderamente inagotable. Finalmente, la aureola que la rodeaba á los ojos de aquellas gentes sencillas, pareció santificarse é iluminarse más vivamente, y su hermosura misma, aunque ajada por la mano del dolor, parecía desprenderse de sus atractivos terrenos para adornarse con galas puramente místicas y espirituales.

El conde de Lemus con su natural discreción y tino, se ausentó de Arganza en aquella época á Galicia, donde le llamaban sus cábalas y manejos, y cuando volvió al cabo de algún tiempo, su conducta fué más reservada, circunspecta y decorosa que nunca.

Cualquiera puede figurarse la acogida triste y sentida que haría el anciano maestre al escudero de su sobrino, portador de aquella dolorosísima nueva. Acababa de recibir las terribles noticias de Francia, tras de las cuales veía venir irremediablemente la ruina de su gloriosa orden, cuando introdujeron á Millán en su aposento. Este golpe acabó con su valor, porque como noble, era amante de la

gloria de un linaje extinguido ya á la sazón por la muerte de aquel joven que sus manos y consejos habían formado, hasta convertirle en un dechado de nobleza y en un espejo de caballería. Aquel venerable viejo encanecido en la guerra, y famoso en la orden por su valor y austeridad, se abandonó á los mismos extremos que pudiera una mujer, y solo al cabo de un largo rato, y como avergonzado de su debilidad, recobró su superioridad sobre sí propio.

Millán continuando en su amarga peregrinación, subió por fin al castillo de Cornatel, y dió parte al comendador Saldaña de lo ocurrido. El caballero recibió la noticia con valor, pero sintió en su corazón una pena agudísima. Don Alvaro era la única persona que había logrado insinuarse hacía mucho tiempo en aquel corazón de todo punto ocupado por el celo de su orden y los planes de su engrandecimiento. Descansaban además en aquel mancebo bizarro y generoso, gran número de sus más floridas esperanzas, y tanto en su pecho como en su entendimiento, dejaba un grandísimo vacío. Quedóse pensativo por algún tiempo y por fin, como herido de una idea súbita, dijo á Millán.

—¿No has traído el cuerpo de tu señor? Millán le contó entonces las razones y pretextos de don Juan de Lara, á los cuales no hizo Saldaña sino mover la cabeza, y por último dijo:—Aquí hay algún misterio.

El escudero que atentamente le escuchaba le dijo entonces.—Cómo, señor, ¡pensaríais que no fuese cierto!—¡Cómo! ¡cómo! repuso el comendador, recobrándose; y luego añadió con tristeza.—¡Y tan cierto como es, pobre mozo!

Millán que había querido entrever una esperanza en las palabras del comendador, se convenció entonces de su locura, y despidiéndose del caballero, se volvió á Bembibre. A los pocos días hizo abrir judicialmente el testamento de su señor, en que se encontró heredado en pingües tierras, viñas y prados, y asegurada su fortuna. El resto de sus bienes debía pasar al orden del Temple, después de infinitas mandas y limosnas.

CAPÍTULO XVII.

Algunos meses se pasaron en este estado, hasta que una mañana al volver de la capilla donde largo tiempo habían estado orando, declaró doña Beatriz á su madre con voz muy serena y entera su voluntad de tomar el velo de las esposas del Señor en Villabuena.—Ya veis, madre mía, le dijo, que no es esto una determinación tomada en el arrebato de un justo dolor. Adrede he dejado pasar tantos días, durante los cuales se ha arraigado más y más en mi alma esta resolución, que por lo invariable parece venida de otro mundo mejor, ajeno á las vicisitudes y miserias del nuestro. La soledad del claustro es lo único que podrá responder á la profunda soledad que rodea mi corazón, y la inmensidad del amor divino, lo único que puede llenar el vacío inconmensurable de mi alma.

Doña Blanca se quedó como herida de un rayo con una declaración, que nunca había previsto, aunque no era sino muy natural, y que así daba en tierra con todas las esperanzas de su esposo y aun con las suyas propias. No obstante, disipado en parte su asombro, tuvo fuerzas bastantes para responder.

—Hija mía, los días de mi vida están contados, y no creo pienses en privarme de tus cuidados, único bálsamo que los alarga. Después de mi muerte, tu consultarás con tu conciencia, y si tienes valor para acabar así con tu linaje, y dejar morir en la soledad á tu anciano padre, el Señor te perdone y bendiga, como te perdono y bendigo yo.

El alma de doña Beatriz naturalmente generosa y desprendida, y á fuer de tal, tanto más inclinada al sacrificio, cuanto más doloroso se le presentaba, se conmovió profundamente con estas palabras á un mismo tiempo cariñosas y sentidas. No era fácil cambiar un propósito en tantas ra-

zones fundado, pero la idea de los pesares de su madre que en ningún tiempo había tenido para ella sino consuelos y ternura, socavaba los cimientos de su enérgica voluntad. Poco trabajo de consiguiente costó á doña Blanca arrancarle la promesa de que nunca durante su vida volvería á mentarle semejante resolución; no atreviéndose á pedirle que desistiese de ella absolutamente, tanto porque fiaba del tiempo y de sus esfuerzos sucesivos, cuanto porque bien se le alcanzaban los miramientos y pulso que necesitaba el carácter de su hija.

Como quiera, á poco se había obligado esta, porque tan tasados estaban ciertamente los días de la enferma y postrada doña Blanca, que inmediatamente cayó en cama, convertidas sus habituales dolencias en una agudísima y ejecutiva. La edad, su complexión no muy robusta, la pérdida de sus hijos, y sobre todo la enfermedad y pesares de doña Beatriz, junto con la incertidumbre fatal en que la tenía sumida su anunciada vocación, habían concurrido á cortar los últimos hilos de su vida. La joven en el extravío de su dolor, no pudo menos de atribuirse gran parte de la culpa de aquel desdichado suceso, y por primera vez comenzó á atormentar su alma el torcedor del remordimiento. Hasta el dolor de su padre parecía oprimirla con su peso: cargos desacertados sin duda, pues el término de aquella vida estaba irrevocablemente marcado, y solo la exaltación de su sensibilidad, podía pintarle como reprensible, una conducta tan desinteresada y amante como la suya.

Doña Blanca, durante su enfermedad, no cesaba de dirigir á su hija miradas muy significativas y penetrantes, y de estrechar su mano. No parecía sino que, deseosa de declararle su pensamiento, se contenía por no hacer más amarga la hora de la separación, de suyo tan amarga y lastimosa. Por fin llegando el mal á su extremidad, el abad de Carracedo, que como amigo y confesor de la familia, no se había apartado de su cabecera, le administró todos los auxilios y consuelos de la religión.

Con ellos pareció cobrar ánimos la enferma, y salió por

fin de la noche en que todos creyeron recoger su postrer suspiro; pero su ansiedad parecía mayor. El alba de un día lluvioso y triste comenzaba ya á colorear los vidrios de colores de las ventanas, cuando doña Blanca, asiendo la mano de su hija, le dijo con voz apagada.

—Hace muchos días que está pesando sobre mí una idea, de la cual podrías tu librarme, y darme una muerte descansada y dulce.

—¡Madre mía! respondió con efusión doña Beatriz, mi vida, mi alma entera son vuestras. ¿Qué no haré yo porque lleguéis al trono del eterno contenta de vuestra hija?

—Ya sabes, continuó la enferma; que nunca he querido violentar tus inclinaciones..... ¿cómo había de intentarlo en esta hora suprema, en que la terrible eternidad me abre sus puertas? Tu voluntad es libre, libre como la de los pájaros del aire; pero tu no sabes los recelos que llevo al sepulcro sobre tu porvenir y sobre la suerte de nuestro linaje.....

—Acabad, señora, contestó doña Beatriz con dolorosa resignación, que á todo estoy dispuesta.

—Sí, respondió la madre, pero de tu pleno y entero consentimiento..... Sin embargo, si el noble conde de Lemus no fuese ya tan desagradable á tus ojos, si hubiese desarmado tu severidad, como ha desarmado la mía..... El cielo sabe que mi fin sería muy sosegado y dichoso.

Doña Beatriz arrancó entonces un doloroso suspiro de lo íntimo de sus entrañas, y dijo: «Venga el conde ahora mismo y le daré mi mano en el instante delante de vos».

—¡No, no! exclamaron á un tiempo, aunque con distintos acentos, la enferma y el abad de Carracedo que estaba sentado al otro lado de la cama. ¡Eso no puede ser!

Doña Beatriz sosegó á entrambos con un gesto lleno de dignidad, y en seguida replicó con calma y tranquilidad.—Así será porque tal es la voluntad de mis padres, en un todo acorde con la mía propia. ¿Dónde está el conde?

Don Alonso hizo seña á un paje, que inmediatamente trajo al noble huésped. El abad mientras tanto, había es-

tado hablando vivamente y con enérgicos ademanes al señor de Arganza, y por los de este, se podía venir en conocimiento de que se excusaba con el enardecido monje. El conde de Lemus se llegó mesuradamente á la presencia de doña Beatriz y de su madre.

—Una palabra, señor caballero, dijo la joven apartándole á un extremo del aposento donde habló con él un breve instante, al cabo del cual, el conde se inclinó profundamente puesta la mano en el pecho, como en señal de asentimiento. Entonces volvieron delante del lecho de doña Blanca, y la doncella dirigiéndose al abad le dijo:

—¿Qué dudáis, padre mío? mi voluntad es invariable, y solo nos falta que pronunciéis las sagradas palabras.

El abad, oyendo esto, aunque con repugnancia y con el corazón traspasado de amargura á vista de aquel tremendo sacrificio, pronunció con voz ronca la fórmula del sacramento, y ambos esposos quedaron ligados con aquel tremendo vínculo, que solo desata la mano de la muerte.

Tales fueron las bodas de doña Beatriz, en que sirvió de altar un lecho mortuorio, y de antorchas nupciales los blandones de los sepulcros. Doña Blanca murió por fin aquella misma tarde, de manera que las lágrimas, los lamentos y los cánticos funerales venían á ser los himnos de regocijo de aquel día. ¡Raro y discordante contraste en cualquier otra ocasión semejante, consonancia íntima y perfecta de aquel desposorio, cuyos frutos, de amargura y desdicha debían de ser!

Doña Beatriz, en cuanto espiró su madre, se aferró á su cuerpo con tan estrecho y convulsivo abrazo, que hubo necesidad de emplear la fuerza para separarla de aquel sitio de dolor. El abad y don Alonso se quedaron solos por un momento delante del cadáver todavía caliente.

—¡Pobre y angelical señora! tu ciega solicitud y extremada ternura han labrado la desdicha de tu hija única. ¡La paz sea sobre tus restos! Pero vos, añadió, volviéndose al señor de Arganza con el ademán de un profeta, vos habéis herido el árbol en la raíz, y sus ramas no abrigarán vuestra

casa, ni vos os sentaréis á su sombra, ni veréis sus renuevos florecer y verdeguear en vuestros campos. La soledad os cercará en la hora de la muerte, y los sueños que ahora os fascinan, serán vuestro más doloroso torcedor. Diciendo esto, se salió de la sala dejando como aniquilado á don Alonso, que cayó sobre un sitial, hasta que el de Lemus echándole de menos, vino á sacarle de su abatimiento. Llevóselo en seguida, y dos ó tres doncellas y un sacerdote entraron á velar el cadáver de aquella, cuya grandeza y riquezas cabían ya en la estrechez y miseria del sepulcro.

CAPÍTULO XVIII.

Por tan extraños caminos, el alma generosa y esforzada de doña Beatriz, vino á sucumbir bajo el peso de su misma abnegación, y á sacrificar el corto reposo que le brindaba el porvenir á una expiación soñada. Con tan raro concierto y eslabonamiento de circunstancias, á cual más desdichadas, uno por uno se disiparon tantos sueños de ventura como habían mecido su florida primavera, y al despertar se encontró la esposa de un hombre, cuya perversidad y vileza todavía estaban por manifestarse en su infernal desnudez. Los días de su gloria habían pasado, y la corona se había caído de su cabeza, pero todavía le quedaba un consuelo en medio de tantos males, y era la esperanza de bajar temprano al sepulcro á reunirse con el verdadero esposo que había elegido en su juventud, y cuyos recuerdos por donde quiera la acompañaban, como la columna de fuego que guiaba á los israelitas por el desierto en mitad de la noche. Nadie mejor que ella sabía que las fuentes de la vida comenzaban á cegarse en su pecho con las arenas de la soledad y del desconsuelo, y que aquel alma impetuosa y ardiente, que sin cesar luchaba por romper su cárcel, acabaría no muy tarde por levantar el vuelo desde ella. Sus noches, desde la enfermedad de Vi-

llabuena, eran inquietas, y los sucesos posteriores habían aumentado su ansiedad y desasosiego. La muerte de su madre acababa de cerrar el círculo de soledad y desamparo en que empezaba á verse aprisionada, y extremecida su complexión con tantos golpes y trastornos, su respiración comenzaba á ser anhelosa; palpitaba á veces con violencia su corazón, y solo un torrente de lágrimas podía hacer cesar la opresión que sentía en aquellos momentos: otras veces sentía correr un fuego abrasador por sus venas, y latir con violencia y por largo tiempo el pulso, exaltándose al propio tiempo su imaginación, ó cayendo en una especie de estupor que duraba á menudo muchas horas. Aquel cuerpo noble y bien formado, dechado de tantas gracias y cifra de tantas perfecciones, hacía tiempo que iba perdiendo la morbidez de sus formas, y las alegres tintas de la salud. Las facciones se adelgazaban insensiblemente: el color pálido de la cara se hacía más notable por el subido carmín, que coloreaba una pequeña parte de las megillas: los ojos aumentaban en aquella clase de brillantez que pinta aun á los menos conocedores, que padecen el cuerpo y el espíritu á un tiempo mismo; y á estas señales físicas de un profundo padecimiento interior, se agregaban aquel paso rápido de la exaltación en las ideas y sentimientos, el desaliento y la melancolía, que indican tan claramente la unión íntima del cuerpo y del espíritu.

El otoño había sucedido á las galas de la primavera y á las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban á volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos el rededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuándo en cuándo un rayo de sol tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados,

que adelgazados á veces por el viento y esparcidos por entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios é hinchados, los pajarillos volaban de un árbol á otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su yerba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre, y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

Las tres de la tarde serían, cuando en uno de estos días, dos caballeros armados de punta en blanco, descendían del puerto de Manzanal y entraban en la ribera frondosa de Bembibre. Llevaban calada entrambos la celada, y solo les seguía un escudero de facciones atezadas y cabello ensortijado. El uno de ellos, que parecía el más joven, llevaba una armadura negra, el escudo sin divisa, y casco negro también coronado de un penacho muy hermoso del mismo color, cuyas plumas tremolaban airosamente á merced del viento. Mucho debía importarle que no le conociesen, cuando bajo semejante disfraz se encubría. El otro, que por su cuerpo ligeramente encorvado, y por la menor soltura de sus movimientos parecía un poco más anciano, era sin duda un templario, pues llevaba la cruz encarnada en el manto blanco, y en el escudo los dos caballeros montados en un mismo caballo, que eran las armas de la orden. A bastante distancia de estos dos personajes caminaban como hasta quince ó veinte hombres de armas, también con las divisas del Temple.

Era aquel día el que la Iglesia destina para la commemoración de los difuntos, y las campanas de todos los pueblos llamaban á vísperas á sus moradores para orar por las almas de los suyos. Las mujeres acudían á la iglesia cubiertas con sus mantillas de bayeta negra, llevando cada una en su canasto de mimbres la acostumbrada ofrenda del pan y las velas de cera amarilla. Los hombres, envuel-

tos en sendas y cumplidas capas, acudían también silenciosos y graves á la religiosa ceremonia.

Como en el Bierzo está y estuvo siempre muy diseminada la población, la proximidad de las aldeas hace que sus campanas se oigan distintamente de unas á otras. La hora de la oración, que sorprende al cazador en algún pico elevado y solitario, tiene un encanto y solemnidad indefinibles, porque los diversos sonidos, cercanos y vivos los unos, confusos y apagados los otros, imperceptibles y vagos los más remotos, derramándose por entre las sombras del crepúsculo, y por el silencio de los valles, recorren un diapasón infinito y melancólico, y llenan el alma de emociones desconocidas.

Caminaban nuestros dos viajeros de día muy claro, y de consiguiente carecían el paisaje y la música de las campanas de aquel misterio, que la proximidad de la noche comunica á toda clase de escenas y sensaciones, pero según el profundo silencio que guardaban, no parecía sino que aquellos lentos y agudos tañidos, que semejantes á una sinfonía fúnebre y general por la ruina del mundo, venían de todos los collados, de las llanuras y de los precipicios, embargaban profundamente sus almas. ¿Quién sabe de dónde venían aquellos dos forasteros, y si eran nativos de aquella tierra? ¿Quién sabe si aquellas voces de metal, que ahora solo hablaban de la muerte, habían entonado un himno de alegría el día de su nacimiento, les habían despertado en los días de fiesta con sus repiques, y les traían entonces al pensamiento mil pasadas historias y recuerdos? Tal vez eran estas las ideas que en ellos se despertaban, pero no se las comunicaban uno á otro; y callados y absortos en sus meditaciones, caminaban á largo y tendido paso, sin reparar en las miradas de aquellos sencillos campesinos. Por fin doblaron la cuesta de Congosto, y siguieron el camino del Bierzo abajo.

Aquella misma tarde doña Beatriz, acompañada de todos sus criados y vasallos del pueblo de Arganza, había acudido á las exequias comunes de la gran familia de Cris-

to, y orado fervorosamente sobre la sepultura apenas cerrada de aquella madre que tanto había querido, y quería aún. También había rogado al Ser supremo por el eterno descanso de aquel que la adoraba con fe tan profunda, y cuyos huesos descansaban en tierra extraña, lejos de los de sus padres y hermanos. En aquel día de común tristeza, se le representaban como en un animado panorama las cortas alegrías de su vida, las escenas de dolor que las habían seguido, el sepulcro que había devorado silenciosamente sus esperanzas terrenas, y la prisión de sus fatales lazos que sin cesar elevaban sus pensamientos en alas de la religión, hacia las regiones de lo futuro. Con semejantes impresiones, su corazón se había oprimido más que de costumbre, y acabados los oficios, había sentido la necesidad de respirar el aire libre, necesidad que por su violencia, probaba muy bien el trastorno que su constitución iba sufriendo. Echó, pues, con su fiel Martina por una calle de árboles de las muchas que cruzaban el soto y huertas de la antigua y noble casa, y fatigada de su corto paseo, sentóse al pie de un nogal frondoso y acopado, por cuyo pie corría un arroyuelo manso y limpio, con sus orillas coronadas de trebol y yerbabuena. Allí con el codo en las rodillas, y la mejilla apoyada en la mano, seguían sus ojos aquellas diáfanas aguas con el aire abatido y desmayado, que de continuo solía seguir á sus accesos más vivos. La fiel y cariñosa doncella, única tal vez que conocía á fondo los pesares de su señora, y concebía serios temores sobre el fin de aquella fatal melancolía, se había apartado un poco, acostumbrada á respetar estos momentos de distracción y abandono, que en medio de la sorda é interna agitación de doña Beatriz, podían pasar por un verdadero descanso. La pobre muchacha no había querido separarse de su ama en la hora de la amargura, porque habiéndose criado en la casa, tenía por ella toda la ternura de una hermana junto con el respeto y sumisión completa, propios de su estado. Millán establecido ya, y deseoso de coronar con el matrimonio sus sinceros amores, siempre había encontrado aplazamientos y dificul-

tades, que si bien no eran muy de su gusto, siempre encontraban sin embargo disculpa á sus ojos, porque se hacía cargo de que si su amo viviese y hubiese menester su ayuda ó compañía, bien podían esperar todas las Martinas del mundo hasta el día mismo del juicio. Solo una cosa le afligía, y era ver que el alegre y vivo natural de la aldeana se había trocado un poco con tantos sustos y tristezas, y que las rosas mismas de sus mejillas, habían perdido sus vivos matices. Como quiera, todavía conservaba su gracia y donaire, y sobre todo, aquel excelente corazón con que de todos se daba á querer.

—Por fin hoy, decía para sí contemplando á su ama, estará un poco más á sus anchas la pobrecilla, porque el viejo y el otro pájaro andan por las montañas en no sé qué manejos. Dios me perdone, ya es mi amo y me ha regalado las arracadas y cadena que guardo en mi cofre, y sin embargo, ni con esas me pasa de los dientes para adentro. Es verdad, que el que conoció á don Alvaro, por maldito que fuese su genio en ocasiones, bien creerá que este señor con todo su condado y su fachenda, no le llega á la suela del zapato. Así me hubiera yo casado con él, como volar. No sé qué mal espíritu le metió á nuestra santa ama semejante terquedad en la cabeza en la hora de la muerte. ¡Dios la tenga en su gloria! pero lo que es el amo, que no se moría y tenía el uso cabal de sus sentidos y potencias, no sé yo qué bien le salgan sus soberbias y fantasías. Bien oí yo lo que le dijo el abad de Carracedo, que por cierto no ha vuelto á poner aquí los pies desde entonces. En verdad, en verdad, que muchas veces he pensado en aquellas palabras, y que cuando veo cómo pasa las noches en claro mi señora y las congojas que le dan, no sé qué me da á mí también el corazón. ¡Válgame Dios; y tan contentos como hubiéramos podido estar todos! No se lo demanden á quien tiene la culpa en el día del juicio.

Aquí llegaba la buena Martina en sus reflexiones, cuando sintiendo pasos detrás de sí, volvió la cabeza y vió la abultada persona de Mendo, que echando los bofes por an-

dar de prisa, venía hacia ella con toda la idea de una novedad muy grande, pintada en su espacioso y saludable semblante.

—¿Qué ocurre, Mendo? preguntó la muchacha, que nunca desaprovechaba la ocasión de dispararle alguna pulla; ¿qué traéis con esa cara de palomino asustado, que no parece sino que veis la mala visión de siempre?

Esta alusión á la inquietud y comezón que le causaban las visitas un poco frecuentes de Millán, no fué muy del agrado del buen palafrenero que de seguro hubiera respondido, si se le hubiera ocurrido algo de pronto, pero como no era la prontitud del ingenio la cualidad que más campeaba en él, y como por otra parte el recado que traía era urgente, se contentó con responder:

—En cuanto á la visión, puede que la espante yo haciéndole la señal de la cruz en los lomos; pero no es ese el caso. Has de saber que al meter yo el caballo Reduan por la reja del cercado, de repente se me acercaron dos caballeros, el uno de esos nigrománticos de templarios y el otro no, y preguntándome por doña Beatriz, dijeron que querían hablarla dos palabras. Por cierto que el caballo del uno me parece que le conozco.

—Más valía que conocieses al ginete: dime ¿qué señas tiene?

—Ambos traen baja la visera, y el que no es templario, viene con armas negras, que parece el mesmo enemigo malo.

—¿Sabes, hombre, que me da en qué pensar la tal visita, y no sé si decírselo al ama?

—Decírselo, eso sí, porque yo tengo que volver con el recado, y aunque ellos me lo dijeron con mucho aquel y buen modo, si no les llevo la respuesta, Dios sabe lo que vendrá, porque ni uno ni otro me han dado buena espina.

Doña Beatriz que había oído las últimas palabras de la conversación, les ahorró sus dudas y escrúpulos preguntándoles de qué se trataba, á lo cual Mendo repuso, contestando palabra por palabra como á Martina.

—¡Un caballero del Temple! dijo ella como hablando entre sí. ¡Ah! Tal vez querrán proponer á mi padre ó al conde algún partido honroso para la guerra que amenaza, y me eligirán á mí por medianera. Que vengan al punto, dijo á Mendo. También la hora de la desgracia ha llegado para esta noble orden! ¡Quiera Dios que no sea el maestre!

—Pero, señora, ¿aquí en este sitio y sola los queréis recibir.

—Necio eres, Mendo, repuso doña Beatriz, ¿qué temores puede causar á una dama la presencia de dos caballeros? Anda, y que no tengan motivo para quejarse de nuestra cortesía.

—El diablo es esta nuestra ama, iba diciendo entre dientes el caballerizo; ella no tiene miedo ni aunque sea á un vestiglo: cuidado con fiarse de los templarios que son unos brujos declarados, y serán capaces de convertirla en rata. No, pues yo en cuanto les dé el recado, por sí ó por no, voy á avisar á la gente de casa por lo que pueda suceder.

Los encubiertos caballeros, en cuanto recibieron el permiso, se entraron á caballo en el cercado y se encaminaron por las señas que les dió el palafrenero hacia donde quedaba su señora.—Pues, dijo este poco satisfecho de semejante llaneza: ¡como si fuera por su casa se meten! No, pues como se salgan un punto de lo regular, yo les prometo que les pese de la burla.—Y diciendo esto, se encaminó á la casa.

Echaron pie á tierra los desconocidos poco antes de llegar á doña Beatriz, y el caballero de las armas negras, con un paso no muy seguro, se fué acercando á ella seguido del templario. La señora con ojos espantados y clavados en él, seguía con ademán atónito todos sus movimientos, como colgada de un suceso extraordinario y sobrenatural. Si el sepulcro rompiese alguna vez sus cadenas, sin duda creería que la sombra de don Alvaro era lo que así se le aparecía. El caballero se alzó lentamente la celada, y dijo con una voz sepulcral.—¡Soy yo, doña Beatriz!

Martina dió entonces un tremendo grito y cayó al suelo

sin fuerzas, cerrando los ojos por no ver el espectro de don Alvaro, pues por tal le descubrían la palidez de sus facciones y su voz trémula y hueca. Su ama al contrario, aunque sujeta á la misma engañosa ilusión, lejos de temer la imagen de su amante, se arrojó hacia ella con los brazos abiertos temiendo que entre ellos se le deshiciese, y exclamando con un acento que salía de lo más hondo del corazón.

—¡Ah! eres tú, sombra querida, eres tú? ¿Quién te envía otra vez á este valle de lágrimas y delitos que no te merecía? Mis ojos, desde tu muerte, no han hecho más que seguir el rastro de luz que tu alma dejó en los aires al encumbrarse al empíreo, no he abrigado más deseo sino el de juntarme contigo.

—Tened, doña Beatriz, repuso el caballero (porque como presumirán nuestros lectores, menos preocupados que aquella desventurada mujer, él mismo y no su espíritu era el que se aparecía), porque todavía no sé si debo bendecir ó maldecir este instante que nos reune.

—¡Ah! replicó doña Beatriz sin poner atención en lo que le decía, y palpando sus manos y sus armados brazos, ¿pero eres tú?, ¿pero estás vivo?

—Vivo, sí, respondió él, aunque bien puede decirse que acabo de salir de la huesa.

—¡Justicia divina! exclamó ella con el acento de la desesperación, cuando ya no le cupo ninguna duda; ¡es él, el mismo! ¡Miserable de mí! ¿qué es lo que he hecho?

Diciendo esto se retiró unos cuantos pasos hasta apoyarse en el tronco de un árbol, retorciéndose los brazos.

Don Alvaro echó una ojeada al templario que también había levantado su visera y no era otro sino el comendador Saldaña, al que parecía pedirle perdón. En seguida se acercó á doña Beatriz y le dijo con un acento al parecer respetuoso y sosegado, pero en realidad iracundo y fiero.

—Señora, el comendador que veis ahí presente me ha asegurado que sois la esposa del conde de Lemus, y aun cuando no ha mucho que le debí la libertad y la vida, y sus años le aseguran el respeto de todos, no sé en qué estuvo

que no le arrancase la lengua con que me lo dijo y el corazón por las espaldas. Voy viendo que no mintió, pero aún me quedan tantas dudas, que si vos no me las desvanecéis, nunca llegaré á creerlo.

—Cuanto os ha dicho es la pura verdad, respondió doña Beatriz: id con Dios y abreviad esta conversación, que sin duda será la postrera.

—La postrera será sin duda alguna, repuso él con el mismo acento, pero fuerza será que me oigáis. ¿Qué es verdad decís? Lo siento por vos más que por mí, porque habéis caído de un modo lamentable, y me habéis engañado ruin y bajamente.

—¡Ah! no; exclamó doña Beatriz juntando las manos, nunca.....

—Escuchadme todavía, dijo don Alvaro interrumpiéndola con un gesto duro é imperioso. Vos no sabéis todavía hasta dónde ha llegado el amor que os he tenido. Yo no había conocido familia ni más padre que mi buen tío, y vos lo erais todo para mí en la tierra, y en vos se posaban todas mis esperanzas á la manera que las águilas cansadas de volar se posan en las torres de los templos. ¡Ah! templo y muy santo era para mí vuestra alma, y cuando la dicha me abrió sus puertas, procuré despojarme antes de entrar en él de todas las fragilidades y pobrezas humanas. Con vos mi vida cambió enteramente: los arrebatos de la imaginación, las ilusiones del deseo, los sueños de gloria, los instintos del valor, todo tenía un blanco, porque todo iba á parar á vos. Mis pensamientos se purificaban con vuestra memoria: en todas partes veía vuestra imagen como un reflejo de la de Dios, procuraba ennoblecerme á mis propios ojos para realzarme á los vuestros, y os adoraba, en fin, como pudiera haber adorado un ángel caído que pensase subir otra vez al cielo por la escala mística del amor. Tenía por divina la fortuna de encontrar gracia en vuestros ojos, é imaginándoos una criatura más perfecta que las de la tierra, sin cesar trabajaba mi espíritu para asemejarme á vos. Saben los cielos, sin embargo, que una sola sonrisa

vuestra, la ventura de llegar mis labios á vuestra mano, eran galardón sobrado de todos mis afanes.

La voz varonil de don Alvaro, destemplada en un principio por la cólera, á despecho de sus esfuerzos, se había ido enterneciendo poco á poco, hasta que por último se asemejaba al arrullo de una tórtola. Doña Beatriz, dominada desde el principio por una profunda emoción, había estado con los ojos bajos, hasta que al fin dos hilos copiosos de lágrimas comenzaron á correr por su semblante marchito ya, pero siempre hermoso. Al escuchar las últimas palabras de don Alvaro, se redobló su pena, y dirigiéndole una tristísima mirada le dijo con voz interrumpida por los sollozos:

—¡Oh, sí! ¡es verdad! ¡hubiéramos sido demasiado felices! No cabía tanta ventura en este angosto valle de lágrimas.

—Ni en vos cabía la sublimidad de que en mi ilusión os adornaba, respondió el sentido caballero. ¿Os acordáis de la noche de Carracedo?

—Sí me acuerdo, respondió ella.

—¿Os acordáis de vuestra promesa?

—Presente está á mi memoria, como si acabase de salir de mis labios.

—Pues bien, aquí me tenéis, que vengo á reclamar vuestra palabra, porque aun no se ha pasado un año; y á pediros cuenta del amor que en vos puse, y de mi confianza sin límites. ¿Qué habéis hecho de vuestra fe? ¿No me respondéis, y bajáis los ojos? Respondedme..... ved que soy yo quien os pregunta; ved que os lo mando en nombre de mis esperanzas destruídas, de mi desdicha presente y de la soledad y la amargura que habéis amontonado en mi porvenir.

—Todo está por demás entre nosotros, replicó ella. El comendador os ha dicho la verdad: soy la esposa del conde de Lemus.

—Beatriz, esclamó el caballero, por vos, por mí mismo, explicaos. En esto hay algún misterio infernal sin duda al-

guna. Mirad, ¡yo no quisiera despreciaros! yo quiero que os disculpéis, que os justifiquéis; ya que os pierdo, no quisiera maldecir vuestra memoria. Decidme que os arrastraron al altar, decidme que os amedrentaron con la muerte, que perturbaron vuestra razón con maquinaciones infernales: decidme, en fin, algo que os restituya la luz que veo en vos oscurecida, y que ha llenado mi pecho de hiel y de tinieblas.

Doña Beatriz volvía á su silencio, cuando Martina recobrada ya de su susto, y viendo que era el señor de Bembibre, no en espíritu sino en cuerpo y alma el que tenía delante, no pudo menos de responder por su ama.

—Si señor, sí que la violentó su madre, y del peor modo posible, porque ella quiso desde luego irse al convento y esperaros allí, aunque todos decían que estabais en el otro mundo, y en seguida quedarse monja tan profesa como la abadesa su tía. Por más señas que.....

—Silencio, Martina, replicó su señora con energía, y vos don Alvaro nada creáis, porque he dispuesto de mi mano libre y voluntariamente delante del abad de Carracedo que me dió la bendición nupcial. Ya veis, pues, que ninguna violencia pudo haber.

—¿Con que según eso, vos sola os habéis apartado del camino de la verdad? Por vos lo siento, otra vez vuelvo á decíroslo, porque envilecéis mi amor, que era la llama más pura de mi vida. ¡Quién me dijera algún día, que os había de tener por más vil y despreciable que el polvo de los caminos!

—¡Don Alvaro! le interrumpió el templario: ¿cómo os olvidáis así de vos mismo, y ultrajáis á una dama?

—Dejadle, noble anciano, repuso doña Beatriz; razón tiene para enojarse, y aun para maldecir el día en que me vió por vez primera. Don Alvaro, prosiguió dirigiéndose á él; Dios juzgará en su día entre los dos, porque El es el único que tiene la llave de mi pecho, y á sus ojos no más están patentes sus arcanos. Solo os ruego que me perdonéis, porque mi vida sin duda será breve, y no quisiera mo-

rir con el peso de vuestro odio encima de mi corazón. A Dios, pues; idos pronto porque vuestra vida, y tal vez mi honra, están peligrando en este punto en que nos despedimos para siempre, y en que de nuevo os ruego que me perdonéis, y os olvidéis de quien tal mal premio supo dar á vuestra acendrada hidalguía.

Estas palabras pronunciadas con tanta modestia y dulzura, pero en que vibraba una entonación particular, parecían revelar á don Alvaro, en medio de su pesadumbre y su cólera, el inmenso sacrificio que aquella dulce y celestial criatura se imponía. El metal de su voz tenía á un mismo tiempo algo de sonoro y desmayado, como si su música fuese un eco del alma, que en vano se esforzaban por repetir en toda su pureza los órganos ya cansados. Don Alvaro notó también el estrago, que los sinsabores y los males habían hecho en aquel semblante modelo de gracia noble, y á la par lozana y florida. Su ira y despecho se trocó de nuevo en un enternecimiento involuntario, y acercándose más á ella con toda la efusión de su corazón le dijo:

—Beatriz, por Dios santo, por cuanto pueda ser de algún precio para vos en esta vida ó en la otra, descifradme este lúgubre enigma, que me oprime y embarga como un manto de hielo. Disipad mis dudas.....

—¿Os parece, le contestó ella, interrumpiéndole con el mismo tono patético y grave, que hemos bebido poco del cáliz de aflicción, que tan hidrópica sed os aqueja de nuevos pesares?

—¡Ay señora de mi alma! esclamó Martina acongojada: ¿qué es lo que veo por la calle grande de árboles? ¡Desdichadas de nosotras! ¡es mi señor y el conde y todos los criados de la casa! ¿Qué va á suceder, Dios mío?

Doña Beatriz entonces pasó de su resignada calma á la más tremenda agitación, y agarrando á don Alvaro por el brazo con una mano y señalándole con la otra un sendero encubierto entre los árboles, le decía con los ojos desencajados y con una voz ronca y atropellada:

—¡Por aquí! por aquí, desventurado! este sendero con-

duce á la reja del cercado y llegaréis antes que ellos. ¡Oh, Dios mío! ¿para esto le habéis traído otra vez delante de mis ojos?.... ¿Pero qué hacéis? ¡mirad que vienen!

—Dejadlos que vengan, dijo don Alvaro, cuyos ojos al solo nombre del conde habían brillado con singular expresión.

—¡Cielo santo! ¿estáis en vos? ¿No veis que estáis solo y ellos son muchos y vienen armados? ¡Oh no os sonriáis desdeñosamente; ¡yo soy una pobre mujer que no sé lo que me digo! ¡bien sé que vuestro valor triunfará de todo, pero pensad en mi honra que vais á arrastrar por el suelo y no me sacrifiquéis á vuestro orgullo! ¡Ah! por Dios, noble comendador, lleváosle, lleváosle, porque le matarán, y yo quedaré amancillada!

—Sosegaos, señora, contestó el anciano, la fuga nos deshonraría mucho más á todos, y en cuanto á vuestra honra, nadie dudará de ella cuando ponga por garante estas canas.

El ruido se oía ya más cerca, y las muchas voces y acalorada conversación, parecían indicar alguna resolución enérgica y decidida.

—Bien veis que ya es tarde, dijo entonces don Alvaro, pero sosegaos, añadió con sonrisa irónica, que no es este el lugar, y mucho menos la ocasión de la sangre.

Doña Beatriz, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, rendida y sin ánimo, se había dejado caer al pie del nogal que sombreaba el arroyo.

CAPÍTULO XIX.

Como presumirán nuestros lectores, el necio apuro del caballerizo era la causa de este desagradable accidente, pues en cuanto se despidió de los forasteros, echó á correr á la casa, esparciendo una alarma que ninguna clase de fundamento tenía. Por casualidad el conde y su suegro, á quienes no se esperaba aquel día, habían dado la vuelta im-

pensadamente, y encontrando sus gentes un poco azoradas y en disposición de acudir al soñado riesgo de su señora, se encaminaron allá con ellos, un poco recelosos por su parte, pues la guerra implacable y poco generosa que hacían á los templarios en la opinión, y los preparativos de todo género en que no cesaban un punto, les daban á temer cualquier venganza, ó represalias.

Cuando don Alvaro y el comendador sintieron ya cerca el tropel, como de común acuerdo se calaron la celada, y como dos estatuas de bronce aguardaron la llegada. El primero que asomó su ancha carota y su cuerpo de costal, fué el buen Mendo que muy pagado de su papel, no quería ceder á nadie la delantera. Venía todo sofocado y sin aliento, y sudando por cada pelo una gota.

—¡Martina, Martina! dijo en cuanto llegó; y el ama, ¿qué han hecho de ella?....

La muchacha le señaló á doña Beatriz con el dedo y le dijo en voz baja con cólera:

—¡Desgraciado y necio de ti! ¿qué es lo que has hecho?

En tanto llegaron todos, y mientras don Alonso y su yerno se encaraban con los forasteros, sus criados se fueron extendiendo en corro al rededor de ellos, contenidos y enfrenados por su actitud imponente y reposada. Adelantóse el conde entonces con su altanera cortesía, y dirigiéndose al de las armas negras, le dijo:

—¿Me perdonaréis, caballero, que os pregunte el motivo de tan extraña visita, y os ruegue que me descubráis vuestro nombre y semblante?

—Soy, respondió él levantando la visera, don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre, y venía á reclamar de doña Beatriz Ossorio, el cumplimiento de una palabra ya hace algún tiempo empeñada.

—¡Don Alvaro! exclamaron á un tiempo los dos, aunque con distinto acento y expresión, porque la exclamación del de Arganza revelaba el candor y la sinceridad de su asombro, al paso que la del conde, manifestaba á un tiempo des-

pecho, asombro, vergüenza y humillación. Había dado dos pasos atrás, y desconcertado y trémulo añadió: ¡Vos aquí!

—¿Os sobrecoge mi venida? contestó don Alvaro con sarcasmo: no me maravilla á fe: vos contabais con que la muerte ó la vejez por lo menos, me cogiese en el calabozo que me dispuso vuestra solicitud y la de vuestro amigo el generoso infante don Juan, ¿no es verdad?

—¡Ah don Juan Núñez! murmuró el conde en voz baja, víctima todavía de su sorpresa.

—¿Todavía os quejáis de él? contestó don Alvaro con el mismo tono irónico. Ingrato sois por vida mía, porque en los seis meses que ha durado mi sepultura, me han dicho que habíais alcanzado el logro de vuestros afanes, y casádoos con doña Beatriz; de manera que siendo ya tan poderoso y destruídos los templarios, casi podíais coronaros por rey de Galicia. Sin embargo, si he llegado antes de tiempo, y en ello os doy pesar, me volveré á mi deleitoso palacio hasta que para salir me vaya orden vuestra. ¿Qué no haré yo por granjearme la voluntad de un caballero tan cumplido, con los caídos tan generoso, con los fuertes tan franco y tan leal?

Don Alonso y su hija, como si asistiesen á un espectáculo del otro mundo, estaban escuchando mudos y turbados estas palabras con que comenzaban á distinguir el cúmulo de horrores y perfidias que formaban el nudo de aquel lamentable drama. Por fin, don Alonso, dando treguas al tumulto de sensaciones que se levantaba en su pecho, dijo al conde.

—¿Es cierto lo que cuenta don Alvaro? Porque no os habéis asustado de verle, sino de verle aquí: ¿es cierto que yo, mi hija, y todos nosotros somos juguetes de una trama infernal?

El conde irritado ya con la ironía de don Alvaro, sintió renacer su orgullo y altanería, viéndose de esta suerte interrogado:

—De mis acciones á nadie tengo que responder en este mundo, contestó con ceño al señor de Arganza. En cuanto

á vos, señor de Bembibre, declaro que mentís como villano y mal nacido que sois. ¿Quién sale garante de vuestras mal urdidas calumnias?

—En este sitio yo, respondió el comendador descubriendo su venerable y arrugado rostro; en Castilla don Juan de Lara, y en todas partes y delante de los tribunales del rey estos papeles, añadió mostrando unos que se encerraban en una cartera.

—¡Ah traidor! exclamó el conde desenvainando la espada y yéndose para don Alvaro: aquí mismo voy á lavar mi afrenta con tu sangre. Defiéndete.

—Deteneós, conde, le replicó don Alonso metiéndose por medio, estos caballeros están en mi casa y bajo el fuero de la hospitalidad. Además no es esta injuria que se lave con un reto oscuro, sino que debéis pedir campo al rey en presencia de todos los ricos hombres de Castilla, y limpiar vuestra honra harto oscurecida por desgracia.

Debéis pensar también, replicó gravemente don Alvaro, que el presente es caso de menos valer, y que habiendo descendido con vuestro atentado á la clase de pechero, ni sois ya mi igual, ni puedo medirme con vos.

—Está bien, replicó el conde: conozco vuestro ardid, pero eso no os valdrá. ¡Ah valerosos vasallos! continuó volviéndose al grupo, atadme al punto á esos embaidores como rebeldes y traidores al rey don Fernando de Castilla: señor de Bembibre, comendador Saldaña, presos sois en nombre de su autoridad.

—Ninguno de los míos se mueva, repuso don Alonso, ó le mandaré ahorcar del árbol más alto del soto.

Pero era el caso que entre todos los circunstantes, solo tres ó cuatro eran criados del señor de Arganza: los demás pertenecían á la hueste del conde, y avezados á cumplir puntualmente toda clase de órdenes, se preparaban á obedecer también la que ahora recibían. Aunque no pasaban de una docena, parecían gente resuelta y estaban medianamente armados, de manera que guiados y acaudillados por una persona de valor como su señor, no era difícil que diesen

en tierra con dos solos caballeros, anciano el uno, y el otro aunque joven, escaso de fuerzas á juzgar por su semblante. Estaban además en medio de un coto cercado de paredes y á pie, con lo cual toda huída parecía imposible, pero no por eso se mostraban dispuestos á rendirse, sino á emprender una vigorosa defensa. Don Alonso viendo la inutilidad de sus protestas, se había puesto al lado de los recién venidos con ánimo al parecer de ayudarlos, pero desarmado como estaba, fácil hubiera sido á las gentes de su yerno apartarle á viva fuerza del lugar del combate.

Doña Beatriz entonces se levantó, y poniéndose por medio de los encarnizados enemigos, dijo al conde con tranquila severidad.

—Esos caballeros son iguales á vos, y ninguna autoridad podéis ejercer sobre ellos. Además, las leyes de la caballería prohiben hacer uso de la fuerza entre personas cuyos agravios tienen á Dios y á los hombres por jueces. Sed noble y confesad que un arrebato de cólera os ha sacado del camino de la cortesía.

—El rey ha mandado prender á todos los caballeros del Temple y á cuantos les prestaren ayuda, y yo, á fuer de vasallo, solo estoy obligado á obedecerle.

—Como obedecisteis á su noble madre cuando el asunto de Monforte, exclamó el templario con amargura.

—Además, señora, prosiguió el conde como si no hubiese sentido el tiro; sin duda se os olvida que no estáis en vuestro lugar rogando por vuestro amante, con quien os encuentro sola y en sitios desusados.

—No es á mí á quien deshonran esas sospechas, respondió ella con dulzura, porque sabe el cielo que ni con el pensamiento os he ofendido, sino al pecho ruin que las da calor y origen. De todas maneras os perdono solo con que no hostiguéis á esos nobles caballeros.

—No os dé pena de nosotros, generosa doña Beatriz, respondió el comendador; este debate se acabará sin sangre, y nosotros seremos los dueños de ese ruin y mal caballero.

Al acabar estas palabras hizo una señal al paje ó esclavo que le acompañaba, y él, asiendo un cuerno de caza que á la espalda traía pendiente de una bordada bandolera, lo aplicó á los labios y sacó de él tres puntos agudos y sonoros que retumbaron á lo lejos. Al instante mismo, y semejante á un cercano temblor de tierra, se oyó el galope desbocado de varios caballos de guerra, y no tardó en aparecer la guardia que vimos atravesar la ribera de Bembibre detrás de nuestros caballeros. Habíanse quedado cubiertos con unos árboles y setos cerca de la reja del cercado, con orden de impedir que la cerrasen, y de acudir á la primera señal. Mendo en medio de su priesa no pensó en atajarles la entrada, y por consiguiente ninguno de los circunstantes podía prever semejante suceso. Los hombres de armas del Temple, superiores en número, harto mejor armados que sus enemigos, y montados además en arrogantes caballos, se mostraron á los ojos de aquellas gentes tan de súbito, que no se les figuró sino que por una de las diabólicas artes que ejercían los caballeros, la tierra los había vomitado, y una legión de espíritus malignos venía detrás de ellos en su ayuda. Dieron, pues, á correr por el bosque con desaforados gritos, invocando á todos los santos de su devoción; en cuanto al conde, no se movió, porque aunque el peligro que le amenazaba era de los inminentes después del ruin comportamiento que acababa de observar, su orgullo no pudo avenirse á la idea de la fuga. Quedóse por lo tanto mirando con altanería á sus enemigos, como si los papeles estuviesen trocados.

—Y ahora don Villano, le dijo Saldaña con ira, ¿qué merced esperáis de nosotros, sino es que con una cuerda bien recia os ahorquemos de una escarpia del castillo de Ponferrada, para que aprendan los que se os asemejan á respetar las leyes de la caballería?

—Eso hubiera hecho yo con vosotros de haberos tenido entre mis manos, respondió él con frialdad; no me quejaré de que me paguéis en mi moneda.

—Vuestra moneda no pasa entre los nobles; id en paz,

que en algo nos habemos de diferenciar, dijo don Alvaro; pero tened entendido que si como caballero y señor independiente no he aceptado vuestro reto, me encontraréis en la demanda del Temple, porque desde mañana seré templario.

Un relámpago de feroz alegría brilló en las siniestras facciones del conde, que respondió:

—Allí nos encontraremos, y vive Dios que no os escaparéis de entre mis garras como os escapáis ahora, y que los candados que os echaré no se abrirán tan pronto como los de Tordehumos y su traidor castellano.

Con estas palabras se alejó dirigiéndoles una mirada de despecho, y sin encontrar con las de su suegro, ni su esposa, que no fué poca fortuna, porque sin duda aquel alma vil se hubiera gozado en la especie de estupor que les causó la terrible declaración de don Alvaro.

—¿Es un sueño lo que acabo de escuchar? repuso la desdichada, mirándole con ojos extraviados y con el color de la muerte en las megillas; ¿vos? ¿vos templario?

—¿Eso dudáis? contestó él; ¿no os lo había dicho vuestro corazón?

—¡Ah! ¿y vuestra noble casa, repuso doña Beatriz, y vuestro linage esclarecido que en vos se extingue?

—¿Y no habéis visto extinguirse otras cosas aun más nobles, más esclarecidas y más santas? ¿No habéis visto la estatua de la fe, volcada de su pedestal, apagarse las estrellas y caer despeñadas del cielo, y quedarse el universo en medio de una noche profunda? Tal vez vuestros ojos no hayan sido testigos de estas escenas, pero yo las he presenciado con los de mi alma, y no las puedo apartar de ellos.

—¡Oh! sí, replicó doña Beatriz, despreciadme, escarnecedme, decid que os he engañado traidoramente, arrastradme por el suelo, pero no toméis el hábito del Temple. ¿Sabéis vos las tragedias de Francia? ¿sabéis el odio que se ha encendido contra ellos en toda la cristiandad?

—¿Qué queréis? Eso cabalmente me ha determinado á seguir su bandera. ¿Pensáis que soy yo de los que abandonan á los desgraciados?

—Está bien, heridme, heridme en el corazón con los filos de vuestras palabras; yo no me defenderé: pero sed hombre, luchad con vuestro dolor, y no estanquéis la sangre ilustre que corre por vuestras venas.

—Os cansáis en vano, señora: tengo empeñada mi palabra al comendador.

—Verdad es, repuso el anciano conmovido, pero recordad que yo no la acepté, porque la disteis en un arrebato de dolor.

—Pues ahora la ratifico. ¿Qué poder tienen para apartarme de mi propósito tan especiosos argumentos, ni qué interés puede tomarse en mi destino, la poderosa condesa de Lemus?

Doña Beatriz abrumada por tan terribles golpes, no respondió ya, sino con sordos y ahogados gemidos. Don Alvaro, cuyo pecho lastimado se movía al impulso de encontradas pasiones, como el mar al soplo de contrarios vientos, exclamó entonces fuera de sí con la expresión del dolor más profundo.

—¡Beatriz! ¡Beatriz! justificaos; decidme que no me habéis vendido: ¡mi corazón me está gritando que no habéis menester mi perdón! ¡corred ese velo que os presenta á mis ojos con las tintas de la maldad y la bajeza.

Adelantóse entonces el señor de Arganza con continente grave y dolorido, y preguntó á don Alvaro.

—¿No sabéis nada de las circunstancias que acompañaron las bodas de mi hija?

—No, á fe de caballero, respondió él.

Don Alonso se volvió entonces á su hija, y mirándola con una mezcla inexplicable de tristeza y de ternura, dijo á don Alvaro:

—Todo lo vais á saber.

—¡Oh! no, padre mío: dejadle con sus juicios temerarios; tal vez se curen con el cauterio del orgullo las llagas de su alma: ¡pensad que vais á hacerle más infeliz!

—¡El orgullo, doña Beatriz! replicó el contristado caballero: mi orgullo erais vos, y mi humillación vuestra caída.

—No, hija mía, repuso don Alonso, bien me lo predijo el santo abad de Carracedo, pero la venda no había caído hasta hoy de mis ojos. ¿Qué importa que me cubras con el manto de tu piedad, si no has de acallar por eso la voz de mi conciencia?

Entonces contó por menor á don Alvaro, y pintándole con negros colores, todas las circunstancias del sacrificio de doña Beatriz, y las amenazas del abad de Carracedo que tan tristemente comenzaban á cumplirse aquel día. La conducta del anciano había sido realmente culpable, pero el oro, la gloria y el poder del mundo juntos, no le hubieran movido á entregar su hija única en los brazos de un hombre tan manchado. El noble proceder de la joven, su desinterés en cargar con tan grave culpa como la que su amante le imputaba, solo para que más fácilmente pudiera consolarse de la pérdida de su amor, creyéndola indigna de él; aquella abnegación imponderable, decimos, había acabado de desgarrar las entrañas del anciano, que terminó su relación entre lamentos terribles y golpeándose el pecho. Quedáronse todos en un profundo silencio que duró un gran espacio, hasta que don Alvaro dijo con un profundo suspiro:

—Razón teníais, doña Beatriz, en decir que semejante declaración me haría más desdichado. Dos veces os he amado, y dos os pierdo. ¡Dura es la prueba á que la providencia me sujeta! Sin embargo, el cielo sabe cuán inefable es el consuelo que recibo en veros pura y resplandeciente como el sol en mitad de su carrera. No nos volveremos á ver, pero detrás de las murallas del Temple me acordaré de vos.....

Doña Beatriz rompió otra vez en amargo llanto, viéndole persistir tan tenazmente en su resolución, y el añadió:

—No lloréis, porque mi intento se me logrará sin duda. Dicen que amenaza á esta milicia inminente destrucción. No lo creo, pero, si así fuese, ¿cómo podréis extrañar que yo sepulte las ruinas de mi esperanza bajo estas grandes y soberbias ruinas? Y luego ¿no sois vos harto más desgra-

ciada que yo? Pensad en vuestros dolores, no en los míos..... Adios, no os pido que me deis á besar vuestra mano, porque es de otro dueño, pero vuestro recuerdo vivirá en mi memoria, á la manera de aquellas flores misteriosas, que solo abren sus cálices por la noche, sin dejar de ser por eso puras y fragantes. Adios.....

Don Alonso le hizo una señal con la mano, para que acortase tan dolorosa escena.

—Sí, sí; tenéis razón. Adios para siempre, porque jamás ¡oh! jamás volveremos á encontrarnos.

—Sí, sí, respondió ella con religiosa exaltación levantando los ojos y las manos al cielo: ¡allí nos reuniremos sin duda!

Al acabar estas palabras, se arrojó en los brazos de su padre, y don Alvaro sin detenerse á más, montó de un brinco en su caballo, y metiéndole los acicates, desapareció como un relámpago, seguido del comendador y su escasa tropa. Cuando ya se desvaneció el ruido que hacían, doña Beatriz se enjugó los ojos, y apartándose suavemente de los brazos de su padre, se puso á mirar el semblante alterado del anciano, que clavados los ojos en el suelo y pálido como la muerte, parecía haber comprendido de una vez el horror de su obra. Conociólo su generosa hija, y acercándose á él con semblante apacible y casi risueño le dijo:

—Vamos, señor, sosegaos. ¿Quién no ha pasado en el mundo penalidades y trabajos? ¿No sabéis que es tierra de paso y campo de destierro? El tiempo trae muchas cosas buenas consigo, y Dios nos ve sin cesar desde su trono.

—Ojalá que no me viera á mí! repuso el anciano, meneando la cabeza: ¡ojalá que ni sus ojos ni los míos penetrasen en las tinieblas de mi conciencia! ¡Hija mía! hija de mi dolor! Y soy yo el que te ha entregado á ti, ángel de luz, en los brazos de un malvado? Sí, tu puedes estar serena, porque tu sacrificio te ensalzará á tus ojos y te dará fuerzas para todo; pero yo, miserable de mí, ¿con qué me consolaré? Yo, parricida de mi única hija, ¿cómo encontraré perdón en el tribunal del Altísimo?

—¡Qué queréis! le dijo doña Beatriz: vos buscabais mi felicidad, y no la habéis encontrado: os engañaron como á mí!.... ¡resignémonos con nuestra suerte, porque Dios es quien nos la envía!

—No, hija mía, no te esfuerces en consolarme, pero tú no serás de ese indigno: yo iré al rey, yo iré á Roma á pie con el bordón de peregrino en la mano, yo me arrojaré á las plantas del Pontífice, y le pediré que te vuelva tu libertad, que deshaga este nudo abominable.....

—Guardaos bien de poner vuestra honra en lenguas del vulgo, repuso doña Beatriz con seriedad. Además, padre mío, ¿de qué me serviría ya la libertad? ¿No habéis oído que pasado mañana será ya templario?

—¡Ese peso más sobre mi conciencia culpable! exclamó el señor de Arganza, tapándose la cara con ambas manos, ¿también se perderá por mí un caballero tan cumplido? ¡Ay! ¡todas las aguas del Jordán no me lavarían de mi culpa!

Doña Beatriz apuró en vano por un rato todos los recursos de su ingenio y todo el tesoro de su ternura, para distraer á su padre de su pesar. Por fin, ya oscurecido, se volvieron los dos á casa, seguidos de la pensativa Martina, que con las escenas de aquella tarde andaba muy confusa y pesarosa. Al llegar, se encontraron á varios criados que venían en su busca; pues aunque el conde les había dicho que los caballeros venían de paz, y que su cólera había sido injusta, añadiéndoles además, que no perturbasen la plática de su amo, con la tardanza comenzaban á impacientarse y no quisieron aguardar á más.

El conde por su parte, deseoso de evitar las desagradables escenas que no hubieran dejado de ocurrir con su suegro y su esposa, salió precipitadamente para Galicia, dejando al tiempo y á su hipocresía, el cuidado de soldar aquella quiebra, determinación que, como presumirán nuestros lectores, no dejó de servir de infinito descanso á padre y á hija en la angustia suma que los cercaba. ¡Triste consuelo el que consiste en la ausencia de aquellas personas, que debiendo sernos caras por los lazos de la natura-

leza, llegan á convertirse á nuestros ojos, por un juego cruel del destino, en objetos de desvío y de odio!

CAPÍTULO XX.

Nuestros lectores nos perdonarán si les obligamos á deshacer un poco de camino, para que se enteren del modo con que se prepararon y acontecieron los extraños sucesos á que acaban de asistir. Muévenos á ello, no solo el deseo de darles á conocer esta verdadera historia, sino el justo desagravio de un caballero, que sin duda les merecerá mala opinión, y que sin embargo, no estaba tan desnudo de todo buen sentimiento, como tal vez se figuran: este caballero era don Juan Núñez de Lara.

Quien quiera que vea su propensión á la rebelión y desasosiego, su amistad con el infante don Juan, y su desagradecimiento á los favores y mercedes del rey, fácilmente se inclinará á creer que semejantes cualidades serían bastantes para sofocar cuantos buenos gérmenes pudiesen abrigarse en su alma, sin embargo no era así don Juan Núñez; revoltoso, tenaz y desasosegado no había faltado á pesar de todo á las leyes sagradas del honor y de la caballería. Así fué que cuando don Alvaro cayó en sus manos, ya vimos la cortesía con que comenzó á tratarle y el agasajo con que fué recibido en su castillo de Tordehumos: sobrevinieron á poco las pláticas con el infante, sobre las bulas de Bonifacio, á propósito del enjuiciamiento de los templarios, y allí determinó el pérfido y antiguo maquinador á don Juan Núñez á separar de una manera ó de otra á don Alvaro de la alianza de los caballeros, bien persuadidos ambos de que su causa recibiría un doloroso golpe, especialmente en el Bierzo. Bien hubiera querido el infante que el tósigo ó el puñal le desembarazasen de tan terrible enemigo; pero su ligera indicación encontró tal acogida, que ya vimos á don Juan Núñez sacar la espada para

dar la respuesta. Por lo tanto hubo de recoger velas con su astucia acostumbrada, y aun así lo único que alcanzó fué que diesen al señor de Bembibre un narcótico con el cual pasase por muerto, y que por entonces le aprisionase estrecha y cautelosamente hasta que, roto y vencido el enemigo común, pudiese volver á la luz un caballero tan valeroso y afamado.

Buen cuidado tuvo el pérfido don Juan de ocultarle la segunda parte de su trama infernal, pues sobrado conocía que si Lara llegaba á columbrar que se trataba de hacer violencia á una dama como doña Beatriz, al momento mismo, y sin ningún género de rescate, hubiera soltado á don Alvaro para que con su espada cortase los hilos de tan vil intriga. Así, pues, con el color del público bien se decidió don Juan Núñez á una acción que tan amargos resultados debía producirle más adelante; pero sin embargo, no se resolvió del todo, sin intentar antes los medios de la persuasión, más por satisfacerse á sí propio, que con la esperanza de coger fruto. El resultado de sus esfuerzos fué el que vimos; y en la misma noche Ben Simuel preparó un filtro con que todas las funciones vitales de don Alvaro se paralizaron completamente. En tal estado entró por una puerta falsa, y desgarrando los vendajes de don Alvaro, y regando la cama con sangre preparada al intento, facilitó la escena que ya presenciamos y que tanto afligió al buen Millán, desasosegando también al principio al mismo Lara con la tremenda semejanza de la muerte. Nada, pues, más natural que su resistencia á soltar el supuesto cadáver que, en la noche después de sus exequias, fué trasladado por don Juan y su físico á un calabozo muy hondo que caía bajo uno de los torreones angulares, el menos frecuentado del castillo. Allí le sujetaron fuertemente y le dejaron solo, para que al recobrar el uso de sus sentidos, no recibiese más impresiones que las que menos daño le trajesen en medio de la debilidad producida por un tan largo parasismo.

Don Alvaro volvió en sí muy lentamente, y tardó largo

espacio de tiempo en conocer el estado á que le habían reducido. Vió la oscuridad que le rodeaba; pensó que sería de noche, pero luego, al hacer un movimiento, sintió los grillos y esposas que le sujetaban pies y manos, y al punto cayó en la cuenta de su situación. Sin embargo, con la ayuda de un rayo de luz que penetraba por un angosto y altísimo respiradero abierto oblicuamente en la pared, vió que su cama era muy rica y blanda, y algunos taburetes y sitiales que había por allí esparcidos, contrastaban extrañamente con la desnudez de las paredes y la lobreguez del sitio. Sus heridas estaban vendadas con el mayor cuidado, y en un poyo cerca de la cama había preparada una copa de plata con una bebida aromática. La estrechez á que le reducían, junto con unas atenciones tan prolijas, era una especie de contradicción propia para desconcertar una imaginación más entera y reposada que la suya.

Entonces un ruido de pasos que se sentía cerca y que parecían bajar una empinada escalera de caracol, vino á sacarle de sus desvaríos. Abrieron una cerradura, descorrieron dos ó tres cerrojos, y por fin entraron por la puerta dos personas, en quienes á pesar de su debilidad reconoció al instante á Lara y al rabino, su físico. Traía el primero en la mano una lámpara y un manojo de llaves; y el segundo una salvilla con bebidas, refrescos y algunas conservas. Don Juan entonces se acercó al prisionero con visible empacho, y le dijo:

—Don Alvaro, sin duda os maravillará cuanto por vos está pasando; pero la salud de Castilla lo exige así, y no me ha sido dable obrar de otra manera. Sin embargo, una sola palabra vuestra os volverá la libertad: renunciad á la alianza del Temple, y sois dueño de vuestra persona. De otra suerte no saldréis de aquí, porque sabed que estáis muerto para todo el mundo, menos para Ben Simuel y para mí.

Como don Alvaro había perdido la memoria del día anterior á causa de su debilidad, no dejó de recibir sorpresa al ver entrar á Lara y á su físico: pero entonces todo lo

percibió de una sola ojeada, y con aquel sacudimiento recobró parte de su energía y fortaleza. Así, pues, respondió á don Juan:

—No es este el modo de tratar á los caballeros como yo, que en todo son vuestros iguales, menos en la ventura, y mucho menos el de arrancarme un consentimiento que me deshonraría. De todo ello, don Juan Núñez, me daréis cuenta á pie ó á caballo, en cuanto mi prisión se acabe.

—En eso no hay dudar, respondió Lara con sosiego; pero mientras tanto quisiera proceder como quien soy con vos, y haceros más llevaderos los males de esta prisión, que solo la fuerza de las circunstancias me obliga á imponeros. Dadme, pues, vuestra palabra de caballero de que no intentaréis salir de este encierro, mientras yo no os diere libertad, ó mientras á viva fuerza ó por capitulación mía, no tomasen este castillo.

Don Alvaro se quedó pensativo un rato, al cabo del cual respondió:

—Os la doy.

Lara entonces le soltó grillos y esposas, y además le entregó las llaves del calabozo, diciéndole:

—En caso de asalto tal vez no podría yo librar vuestra vida de los horrores del incendio y del pillaje: por eso pongo vuestra seguridad en vuestras manos. Por lo demás quisiera saber si algo necesitáis para complaceros al punto.

Don Alvaro le dió las gracias, repitiendo no obstante su reto.

A la visita siguiente Lara trajo sus armas al preso, diciéndole que el cerco se iba estrechando, y que si llegaban á dar el asalto, allí le dejaba con qué defenderse de los desmanes enemigos. Esta nueva prueba de confianza dejó muy obligado á don Alvaro, que por otra parte se veía regalado y agasajado de mil modos, restablecido ya de sus heridas.

Cuando se obligó á no intentar su evasión por ningún camino, hízole titubear un poco la memoria de doña Beatriz, que á tantos peligros y maquinaciones dejaba expues-

ta; pero la fe ciega que en ella tenía depositada, disipó todos sus recelos. En cuanto á la ayuda que pudiera proporcionar á su tío el maestre y á sus caballeros, la tenía él en su modestia por de poco valer, y como por otra parte los había dejado dueños de su castillo, no le afligía tanto por este lado el verse aherrojado de aquella suerte. Ultimamente, como don Juan había incluído en las condiciones su única esperanza racional, que era la de que el rey echase de Tordehumos á su castellano de grado ó por fuerza, no encontró reparo en ligarse de tan solemne manera.

Como quiera, por más que tuviese á menos la queja, y se desdeñase de pedir merced, no por eso dejaba de suspirar en el hondo de su pecho por los collados del Boeza y las cordilleras de Noceda, donde tan á menudo solía fatigar al colmilludo javalí, al terrible oso y al corzo volador. Acostumbrado al aire puro de sus nativas praderas y montañas, inclinado por índole natural á vagar sin objeto los días enteros á la orilla de los precipicios, en los valles más escondidos y en las cimas más enriscadas; á ver salir el sol, asomar la luna y amortiguarse con el alba las estrellas; el aire de la prisión se le hacía insoportable y fétido, y su juventud se marchitaba como una planta roída por un gusano oculto. Por la noche veía correr en sueños todos los ríos frescos y murmuradores de su pintoresco país, coronados de fresnos, chopos y mimbreras que se mecían graciosamente al soplo de los vientos apacibles; y allá á lo lejos una mujer vestida de blanco, unas veces radiante como un meteoro, pálida y triste otras como el crepúsculo de un día lluvioso, cruzaba por entre las arboledas que rodeaban un solitario monasterio. Aquella mujer joven y hermosa siempre, tenía la semejanza y el suave contorno de doña Beatriz; pero nunca acertaba á distinguir claramente sus facciones. Entonces solía arrojarse de la cama para seguirla, y al tropezar con las paredes de su calabozo, todas sus apariciones de gloria se trocaban en la amarga realidad que le cercaba.

Con semejante lucha que su altivez le obligaba á ocul-

tar, y que por lo mismo se hacía cada vez más penosa, su semblante había ya perdido el vivo colorido de la salud, y Ben Simuel, que conocía la insuficiencia de toda su habilidad para curar esta clase de dolencias, solo se limitaba á consejos y proverbios sacados de la Escritura, que no dejaban de hacer impresión en el ánimo de don Alvaro, naturalmente dado á la contemplación. Don Juan Núñez no parecía sino que empeñado mal su grado en tan odiosa demanda, quería borrar su conducta á fuerza de atenciones y de obsequios, tales por lo menos como eran compatibles con tan violento estado de cosas.

Continuaba el sitio entre tanto con bastante apremio de los sitiados, pues el rey no pensaba en cejar de su empeño, hasta reducir á su rebelde vasallo. A no pocos señores deudos y aliados de Lara, pesábales de tanto tesón, y en los demás, el miedo de ver crecer la autoridad real, á costa de sus fueros y regalías, entibiaba de todo punto la voluntad; pero de todos modos, nadie hasta entonces había desamparado los reales.

Un día, poco antes de amanecer, despertaron á don Alvaro el galope y relincho de los caballos, el clamoreo de trompetas y atambores, la gritería de la guarnición y de la gente de afuera, el crugir de las cadenas de los puentes levadizos, los pasos y carreras de los hombres de armas y ballesteros, y finalmente, un tumulto grandísimo dentro y fuera del castillo. Por último, las voces y la confusión y estruendo, se oyeron en los patios interiores de la fortaleza, y don Alvaro que creyendo trabado el combate, iba ya á echar mano á sus armas, se mantuvo á raya no poco sorprendido de no oir el martilleo de las armas, los lamentos é imprecaciones del combate, y aquella clase de desorden temeroso y terrible que nunca deja de introducirse en un puesto ganado por asalto. Las voces por el contrario, parecían ser de concordia y alegría, y á poco rato ya no se oyó más que aquel sordo murmullo que nunca deja de desprenderse de un gran gentío. De todo esto coligió don Alvaro, que sin duda don Juan había hecho con el rey algún concierto honroso,

y que sus huestes habían entrado amigablemente y de paz en la fortaleza. Causóle gran alegría semejante idea, y con viva impaciencia se puso á aguardar la visita de cualquiera de sus dos alcaides, paseándose por su calabozo apresuradamente. Poco tardó en satisfacerse su anhelo, porque en cuanto fué de día claro, entró don Juan Núñez en la prisión con el rostro radiante de júbilo y orgullo, y el continente de un hombre que triunfa de las dificultades, á fuerza de perseverancia y arrojo.

—No, no es el linaje de los Laras el que sucumbirá delante de un rey de Castilla: no está ya en su mano apretarme en Tordehumos, ni aun parar delante de sus murallas dentro de algún tiempo. Ahora aprenderá á su costa ese rey mozo y mal aconsejado, á no despreciar sus ricos hombres, que valen tanto como él.

Estas fueron las primeras palabras que se vertieron de la plenitud de aquel corazón soberbio, y que al punto dieron en tierra con los vanos pensamientos y esperanzas de don Alvaro. Lara vuelto en sí de aquel arrebato de gozo, y viendo anublarse la frente de su prisionero, se arrepintió de su ligereza, y le dió mil escusas delicadas y corteses de haberle anunciado de aquella manera una nueva que, naturalmente debía contristarle.

Rogóle entonces don Alvaro que le contase el fundamento de su orgullosa alegría, que era el haberse pasado á sus banderas don Pedro Ponce de León, y don Hernán Ruiz de Saldaña, no menos solicitados de la amistad que tenían con él asentada, que enojados de lo largo del sitio y de la pertinacia del rey. Con esta deserción quedaba tan enflaquecido el ejército real, y tan pujante don Juan Núñez, que por fuerza tendría que avenirse el monarca al rigor de las circunstancias, y aceptar las condiciones de su afortunado vasallo. Don Juan contó también á su prisionero, la mala voluntad y encono que en toda España se iba concitando contra los templarios, y que solo esperaba el rey á salir de aquella empresa, para despojarlos de todas sus haciendas y castillos, que todavía no habían querido entregar.

—Y es posible, exclamó por último, que un caballero como vos se aparte así de sus hermanos, solo por defender una causa de todos deshauciada?

—Ya os lo dije otra vez, respondió don Alvaro con enojo, el mundo entero no me apartará del sendero del honor; pero vos, os lo repito, encontraréis tal vez, algún día en la punta de mi lanza, el premio de esta prisión inicua é injusta, que me hacéis sufrir.

—Si muero á vuestras manos, contestó Lara con templanza, no me deshonrará muerte semejante; pero por extraña que os parezca mi conducta, harto más negra se mostraría á mis ojos, si no atara ese brazo que tanto había de sostener esa causa de indignidad y reprobación.

Diciendo esto cerró la puerta y desapareció. ¿Estaba realmente convencido de la culpabilidad de los templarios, ó no eran sus palabras sino el fruto de la ambición y de la política? Ambas cosas se disputaban el dominio de su entendimiento, pues aunque su ambición era grande, y su educación no le permitía acoger las groseras creencias del vulgo, al cabo tampoco sabía elevarse sobre el nivel de una época ignorante, que acogía las calumnias levantadas al Temple, con tanta mayor facilidad, cuanto mástorpes y monstruosas se presentaban.

Puede decirse que entonces fué cuando deshecha su última esperanza, empezó don Alvaro á sentir todos los rigores de su prisión. El conflicto en que según todas las apariencias iba á verse don Rodrigo su tío, espoleaba los ardientes deseos que de acudir en su socorro siempre tuvo, y últimamente llegó á pensar con cuidado en las asechanzas que durante su incomunicación absoluta con el mundo de afuera, pudieran armarse á doña Beatriz. En su mano estaban las llaves de su prisión; colgadas en la pared su armadura y espada; pero harto más le custodiaban y aprisionaban, que con todos los cerrojos y guardianes del mundo. Sin embargo, más de una vez maldijo la ligereza con que había empeñado su fe, pues á no ser por ella, aun sujeto y aherrojado, tal vez hubiera podido hacer en provecho de su liber-

tad, lo que ahora ni siquiera de lejos se ocurría á su alma pura y caballerosa. Con tantas contrariedades y sinsabores, sus fuerzas cada vez iban á menos, en términos que Ben Simuel llegó á concebir serios temores, caso que aquella reclusión se dilatase por algún tiempo.

CAPÍTULO XXI.

Bien ajeno se hallaba por cierto el desdichado cautivo, que lejos de Tordehumos y en los montes de su país, había un hombre cuyo leal corazón, desechando por un voluntario instinto, la idea de su muerte, solo pensaba en descorrer el velo que semejante suceso encubría, y para ello trabajaba sin cesar. Este hombre era el comendador Saldaña, á quien una voz, sin duda venida del cielo, inspiró desde luego varias dudas sobre la verdadera suerte de don Alvaro. Parecíale y con razón, extraño el empeño de don Juan Núñez, en guardar el cadáver; cuando ningún deudo tenía con el señor de Bembibre, faltando en esto á la establecida práctica de entregar los muertos á los amigos ó parientes, sin dilatarles la honra de la sepultura en los lugares de su postrer descanso. Por otra parte, las circunstancias que precedieron á la tragedia tenían en sí un viso de misterio que le hacía insistir en su idea, porque nunca pudo tiznar á Lara con la sospecha de un asesinato deliberado y frío. Sin embargo, como la fe y declaración que trajo Millán á todo el mundo habían convencido y satisfecho, y como sus barruntos, más tenían de presentimiento que de racional fundamento, apenas se atrevía á comprometer la gravedad de sus años y consejo, dando á conocer un género de pensamientos, que sin duda todos calificarían de desvarío y flaqueza senil.

Así y todo, semejante idea se arraigaba en él un día y otro; hasta que cansado de luchar con ella aun durante el sueño, escribió una carta al maestre, en que le pedía licen-

cia en tono resuelto para partirse á Castilla, y averiguar el paradero de su sobrino. El maestre le contestó, manifestando gran extrañeza de su incertidumbre, y negándole el permiso que demandaba, porque no parecía cordura abandonar la guarda de un puesto tan importante, por correr detrás de una quimera impalpable. El implacable conde de Lemus juntaba ya gentes por la parte de Valdeorras, y no era cosa de que faltasen su brazo y su experiencia, en ocasión de tanto empeño como la que se preparaba.

La contradicción no hizo más que fortalecer su extraño juicio, y dar nuevo estímulo á sus deseos, cosa natural en los caracteres vehementes como el de Saldaña, y cuyas fuerzas y arrojo crecen siempre en proporción de los obstáculos. En la tregua que daban al Temple el rey y los ricos hombres de Castilla, empeñados en la demanda de Tordehumos, aconteció que se metieron dentro de sus muros como ya dejamos contado, don Pero Ponce y don Hernán Ruiz de Saldaña. Ligaban á este caballero y al anciano comendador vínculos muy estrechos de parentesco, y de consiguiente, ninguna más propicia ocasión para apurar todos sus recelos é imaginaciones. Cabalmente por aquellos días visitó el maestre el fuerte de Cornatel para enterarse de sus aprestos y fortalezas, y tantos fueron entonces los ruegos y encarecimientos, que al cabo hubo de darle una especie de mandado para el campo del rey, y desde allí, con un salvo conducto que le envió su deudo, se introdujo en la plaza.

Portador de tan aciagas nuevas era, que más de una vez se le ocurrió el deseo de hallar á don Alvaro en brazos del eterno sueño: tan cierto estaba de la profunda herida que iba á abrir en su corazón el malhadado fin de aquel amor, cuya índole á un tiempo pura y volcánica, no desconocía el comendador. Combatido de semejantes pensamientos, llegó á Tordehumos, donde fué acogido por su pariente con cordialidad cariñosa, por don Juan y los demás caballeros con la cortesía y respeto que les merecía, si no su hábito, su edad y su valor tan conocido desde la guerra de la Palestina. Los templarios excitaban sin duda

grande odio y aversión; pero su denuedo, única de sus primitivas virtudes de que no habían decaído, su poder, los misterios mismos de su asociación, los escudaban de todo desmán y menosprecio. El comendador pidió una plática secreta á don Juan Núñez, con su pariente por testigo, si no tenía reparo en hacerle partícipe de sus secretos. Otorgósela al punto, diciéndole que don Hernando, no solo era su amigo, sino que la gran merced que acababa de hacerle, exigía de él una obligación sin límites. Fuéronse los tres entonces á una cámara más apartada, y allí, tomando asiento al lado de una ventana, Saldaña dirigió su voz á Lara en estos términos:

—Siempre os tuve, don Juan de Lara, por uno de los más cumplidos caballeros de Castilla, no sólo por vuestra alcurnia, sino por vuestra hidalguía; siempre os he defendido contra vuestros enemigos, viendo que no degenerabais de tan ilustre sangre.

—Escusad las alabanzas que no tengo merecidas, le dijo don Juan, atajándole, por más precio que las dé ver que salen de vuestra boca.

—Pocas han salido en verdad de ella, respondió Saldaña; pero sinceras todas como las que acabáis de oirme. ¡Cuál no ha debido ser por lo mismo mi sorpresa, al veros servir de instrumento á inicuos planes, deteniendo á don Alvaro en las entrañas de la tierra, cual si le cubriera la losa del sepulcro!

Todo podía esperarlo Lara menos cargo tan súbito y severo: así fué que sin poderlo remediar, se turbó. Advirtiólo el comendador, y entonces ya se acabaron sus dudas y recelos, porque estaba seguro de que don Juan soltaría á su prisionero, no bien hubiese escuchado la negra historia que iba á contarle. Recobróse, no obstante Lara, y respondió con rostro torcido:

—Por vida de mi padre, que si no os amparasen vuestras canas, no me agraviaríais de esa suerte. Si don Alvaro murió, culpa es de su desdicha, que no de mi mala voluntad. Cuando se acabe este sitio, yo os le entregaré á la puerta

de su castillo, con todo el honor correspondiente, si su tío el maestre os comisiona para recibirlo.

—¡Ah don Juan Núñez! repuso el comendador, ¡y qué mal se os acomodan esos postizos embustes, hijos de un discurso dañado y de todo punto olvidado de las leyes del honor! Os lo repito: vos habéis servido de escalón para los pies de un malvado, y por vos ha quedado atropellada una principal señora. Por vos, Lara, que calzáis espuela de oro; por vos que nacisteis obligado á proteger á todos los desvalidos; por vos, en fin, se ha perdido ya para siempre una doncella de las más nobles, discretas y hermosas del reino de León.

Entonces contó viva y rápidamente los desposorios de doña Beatriz, verdadero objeto de las maquinaciones del infante don Juan, que por este camino llegaba á engrandecer á un privado, en el cual contaba asegurar cumplida ayuda para todos sus propósitos y esperanzas. Saldaña, con aquel razonar inflexible y sólido que se funda en la enseñanza de los años, y el conocimiento del mundo, le puso de manifiesto el deslucido papel á que la astuta y redomada perfidia del infante y del conde le habían reducido para mejor asegurar el logro de sus ruines intentos. Durante este razonamiento, don Juan Núñez iba manifestando la cólera y el resentimiento que poco á poco se apoderaban de su corazón, hasta que por fin, tan intensa y terrible se hizo su expresión, que se le trabó la lengua durante un rato, agitado por un temblor convulsivo y con los ojos vueltos en sangre. Tres veces probó á levantarse de su taburete, y otras tantas sus vacilantes rodillas se negaron á sostenerle. El comendador, conociendo lo que pasaba dentro de su alma, abrió una ventana para que respirase aire más puro, y procuró dar salida á su coraje con palabras acomodadas á su intento, hasta que por fin, pasado el primer arrebato de rabia, rompió don Juan en quejas é imprecaciones contra el infante y el de Lemus.

—¡A mí! decía rechinando los dientes y despidiendo relámpagos por los ojos; ¡á mí tan traidora y perversa cába-

la! ¡A un Núñez de Lara convertirle así en asesino de damas hermosas, mientras se empozan los caballeros! ¡Ah infante don Juan! ¡ah don Pedro de Castro, y cómo habéis de lavar con vuestra sangre esta banda de bastardía con que habéis cruzado el escudo de mis armas! sí, sí, noble Saldaña, don Alvaro está en mi poder; ¿pero cómo presentarme á su vista con el feo borrón de mi conducta? ¡Cómo decirle, yo soy quien os ha robado la dicha! ¡Ah! no importa: yo quiero confesarle mi crimen, quiero presentarle mi cuello. ¡Pluguiera al cielo que semejante paso me humillara, pues eso sería buena prueba de que no estaba mi conciencia tan oscurecida y turbia! ¡Venid, venid! dijo levantándose con tremenda resolución: en sus manos voy á poner mi castigo.

—No, don Juan, respondió el comendador, asiéndole del brazo, vos no conocéis la índole generosa, pero terrible y apasionada de don Alvaro, y á despecho de toda su hidalguía tal vez os arranque la vida.

—Arránquemela en buen hora, repuso Lara desconcertado y fuera de sí, sino me ha de arrancar del corazón este arpón aguzado del remordimiento y de la vergüenza. Vamos al punto á su calabozo.—Y diciendo y haciendo, se llevó á los dos precipitadamente.

Estaba don Alvaro sentado tristemente en un sitial, fijos los ojos en aquel rayo de luz que entraba por la reja, y entregado á reflexiones amargas sobre el remoto término de su encierro, cuando en la guerra con el Temple, que tan inminente le había pintado don Juan, su tío, y aun la misma Beatriz, pudieran haber menester su brazo. Oyó entonces ruido de pasos muy presurosos en la escalera, y el crujir de las armas contra los escalones y paredes, cosa que no poco le maravilló, acostumbrado al cauteloso andar de Lara, y al imperceptible tiento del judío. Abrióse entonces la puerta con gran ímpetu, y entraron tres caballeros, uno de los cuales exclamó al momento:

—¿Dónde estáis, don Alvaro, que con esta luz tan escasa apenas os veo?

Figúrense nuestros lectores cuánta sorpresa causaría al desgraciado y noble preso semejante aparición. Si no le hubiera visto acompañado de Lara, sin duda lo hubiera tenido por cosa de hechicería; pero, pasado aquel pasmo involuntario, se colgó de un brinco al cuello del comendador, que por su parte le apretaba contra su pecho entre sus nervudos brazos como si fuese un hijo milagrosamente resucitado. Enternecido Lara con aquella escena en que la alegría de don Alvaro hacía tan doloroso contraste con la melancólica efusión de Saldaña, procuró descargarse del terrible peso que le abrumaba, y se apresuró á decir á su cautivo:

—Don Alvaro, libre estáis desde ahora; ¡dichoso yo mil veces si mis ojos se hubiesen abierto más á tiempo! pero antes de ausentaros fuerza será que me perdonéis ó que pierda la vida á los filos de vuestro puñal, para lo cual aquí tenéis mi pecho descubierto. Sabe el cielo, gallardo joven, que mi intento al guardaros tan rigurosamente no era más que el que ya conocéis; pero mi necio candor y las tramas de los perversos, junto con vuestro sino malhadado, os han hecho perder á doña Beatriz. El comendador, que veis presente, ha descorrido el velo, y yo vengo á reparar en cuanto alcance, mi culpa, ya con mi vida, ya haciendo voto de desafiar al conde y al infante don Juan en desagravio de mi afrenta.

Acerbo era el golpe que don Juan Núñez descargaba sobre don Alvaro; así fué que perdió el color y estuvo para caer; pero recobrándose prontamente, respondió con comedimiento:

—Señor don Juan, aunque tenía determinado demandaros cuenta de tan injusto encierro, al cabo me soltáis cuando estoy en vuestras manos, y vos más poderoso que nunca; acción sin duda muy digna de vos. En cuanto á lo que de doña Beatriz os han contado, bien se echa de ver que no la conocéis, pues de otra manera no daríais crédito á vulgares habladurías. Cierto es que me tendrá por muerto, porque á estas fechas ya le habrá entregado mi escudero

las prendas que recibí de su amor, pero me prometió aguardarme un año, y me aguardará. Por lo demás, si queréis desengañaros, bien cerca tenéis quien ponga la verdad en su punto, pues viene de aquel país. ¿No es verdad, venerable Saldaña, que semejante nueva es absolutamente falsa?..... ¿No respondéis? Disipad, os suplico, las dudas de nuestro huésped, porque las mías no darán que hacer á nadie.

—Doña Beatriz, respondió Saldaña, ha dado su mano al conde de Lemus, y esta es la verdad.

—¡Mentís vos! gritó don Alvaro con una voz sofocada por la cólera: ¡no sé cómo no os arranco la lengua para escarmiento de impostores! ¿Sabéis á quién estáis ultrajando? Vos no sois digno de poner los labios en la huella que deja su pie en la arena..... ¿quién sois, quién sois para vilipendiarla así?

—Don Alvaro, exclamó Lara interponiéndose: ¿es este el pago que dais á quien ha venido á quitarme la venda de los ojos y á arrancaros á vos de las tinieblas de vuestra mazmorra?

—¡Ah! ¡perdonad, perdonadme noble don Gutierre! repuso don Alvaro, con voz dulce y templada, llevando á sus labios la arrugada mano del anciano: pero ¿cómo conservar la calma y el respeto cuando oigo de vuestros labios esas calumnias, hijas de algún pecho traidor y fementido? ¿Asististeis vos á esos desposorios? ¿Lo visteis por vuestros propios ojos?

—No, contestó Saldaña con acento antes apesarado que iracundo, porque sin duda de la cólera y apasionado afecto de aquel desgraciado joven esperaba cualquier arrebato; no fuí yo testigo de ellos, pero todo el país lo sabe y.....

—Y todo el país miente, replicó don Alvaro sin dejarle concluir la frase. Decidme que dude del sol, de la naturaleza entera, de mi corazón mismo, pero no empañéis con sospechas ni con el hálito de mentirosos rumores aquel espejo de valor, de inocencia y de ternura.

Entonces se puso á pasear delante de los asombrados

caballeros, que no se atrevían á socavar más en su corazón para arrancar aquella planta tan profundamente arraigada, diciendo en voz baja:

—¡Ah! ¿quién sabe si cansada de persecuciones y sacrificios le habrá parecido muy enojoso el convento, y sobrado largo el plazo de un año que me concedió para aguardarme? Por otra parte, ¿cuándo me ha mecido la buena suerte para esperar ahora su benéfico influjo?

Siguió así paseando un corto espacio, y murmurando palabras confusas, hasta que volviéndose de repente á don Juan de Lara, le dijo con acento alterado:

—¿No decíais que estaba libre hace un momento? ¡Venga, pues, un caballo! ¡un caballo al punto!..... ¡Antes morir que vivir en tan espantosa agonía! ¿No hay quién me ayude á darme las hevillas de mi coraza?

El comendador le ayudó á armarse con gran presteza, mientras don Juan le respondía:

—Vuestro caballo mismo, á quien hice curar por saber la mucha estima en que lo teníais, os está esperando en el patio, enjaezado; pero don Alvaro, pensad en lo que hace poco os he pedido. Tal vez he podido haceros un daño gravísimo, pero si tuve noticia de la ruindad y vileza de que entrambos somos víctimas, no me asista el perdón de Dios en la hora del juicio.

—Don Juan, respondió él, veo que vuestro corazón no está corrompido ni sordo á la voz del honor; pero si vuestros temores son legítimos y me precipitáis así en un abismo de dolores que jamás alcanzaréis á sondear, algo más duro se os hará conseguir el perdón de Dios que el mío, sinceramente otorgado en presencia de estos dos nobles testigos, junto con mi gratitud por la hospitalidad que os he merecido.

Con esto subieron inmediatamente á la plaza de armas del castillo, donde el gallardo Almanzor soltó un largo y sonoro relincho en cuanto conoció á su dueño. Subió éste sobre él después de despedirse de todos los caballeros, y salió del castillo con el comendador y sus hombres de ar-

mas, dejando en el pecho de Lara un disgusto, que solo se podía igualar á la cólera que había despertado en él la negra traición del conde y del infante. Por si algo pudiera valer, había entregado al comendador la correspondencia de entrambos personajes, en que su trama estaba de manifiesto, pero no consiguió por esto dar treguas á su pesar.

Don Alvaro y su compañero pasaron fácilmente los atrincheramientos de los sitiadores á favor del carácter de que iba revestido el templario, y emprendieron con gran diligencia el camino del Bierzo. Dos leguas llevarían andadas, cuando don Alvaro paró de repente su caballo, y dijo á Saldaña con voz profunda:

—Si fuese cierto.....

Don Gutierre no pudo menos de menear tristemente la cabeza, y el joven añadió con impaciencia:

—Bien está, pero no me interrumpáis ni me desesperéis cuando tan cerca tenemos el desengaño. Oidme lo que quería deciros. Si fuese cierto, no tardaré más en pedir el hábito del Temple, que lo que tarde en llegar á Ponferrada. Os doy mi palabra de caballero.

—No os la acepto, replicó Saldaña, porque.....

Don Alvaro le hizo una señal de impaciencia para que no se cansase en balde, precepto que él guardó muy de grado por no irritarle más, y así sin hablar apenas más palabra, llegaron al término de su viaje, no muy dichoso por cierto, según hemos visto ya.

CAPÍTULO XXII.

Un natural menos ardiente, un alma menos impetuosa que la del señor de Bembibre, no hubiera adoptado probablemente tan temeraria determinación, como era la de entrar en el Temple, cuando cielo y tierra parecían conjurados en su daño; pero el vacío insondable que había dejado en su corazón el naufragio de su más dulce y lisonjera es-

peranza, la necesidad de emplear en alguna empresa de crédito la fogosidad y energía de su carácter, y más que todo quizá, el deseo de venganza, fueron móviles bastante poderosos, para allanar toda clase de embarazos. La ocasión no podía brindarse más favorable, porque el triste drama de aquella milicia religiosa á un tiempo y guerrera, tocaba ya á su desenlace. Todos los ánimos sin embargo, estaban suspensos y como colgados de aquel extraño acontecimiento, porque la caballería del Temple contaba en España más elementos de resistencia que en nación alguna, y los sucesos la encontraban no solo aprestada, sino sañuda y encendida en deseo de venganza. Centro y corazón de semejantes disposiciones, era el rey don Dionis de Portugal, príncipe el más sabio y prudente que entonces había en la Península, y que bien penetrado de la persecución injusta de semejante religión, no solo había mandado sus embajadores al Papa, para quejarse y protestar de los atropellos y desmanes cometidos, sino que resuelto á sostenerla en España y Portugal, se había entendido para el caso, con el maestre de Castilla y con el teniente de Aragón, y concertado con ellos los medios de conservar ilesa su existencia, y sobre todo su opinión. Apoyados, pues, en el rey de Portugal, seguros de su inocencia, seguros todavía más de su esfuerzo y pundonor, y ansiosos los unos de venganza, y los otros entregados á quiméricos planes, bien podían tener en balanza la suerte de la España, y hacer vacilar á los monarcas de Castilla y Aragón, antes de comenzar la lucha. Sin embargo, las huestes por todas partes se iban juntando, y de ambas partes, parecían resueltos á poner este gran duelo al trance de una batalla: justamente recelosos y desconfiados los unos para entregarse inermes y desvalidos en manos de sus enemigos declarados; y apoyados los otros en las bulas del Papa, y en los peligros que podían sobrevenir al estado, conservando armados y encastillados unos hombres de tan graves delitos acusados.

Don Rodrigo Yáñez, menos preocupado que sus her-

manos, y convencido íntimamente de que aquella venerable institución había caducado á las destructoras manos del tiempo, no parecía dispuesto á resistir las órdenes del Sumo Pontífice, ni menos recelaba sujetarse á la jurisdicción y juicio de los prelados españoles, dechado entonces de ciencia y evangélicas virtudes. De sentir enteramente opuesto era el capítulo general de los caballeros, exacerbados con tantas iniquidades y malos juicios como personas mal intencionadas derramaban en la plebe; y con los asesinatos jurídicos de Francia. Tanto pues, por no abandoñar su familia de adopción y de gloria, como por no producir con su oposición un cisma y desunión lastimosa, que diese en tierra con el poco prestigio que la milicia conservaba á los ojos del vulgo, se conformó con la opinión general. Por otra parte, sus demandas nada tenían de exhorbitantes, pues no declinaban la jurisdicción de la Santa Sede, y protestaban de no guardar sus castillos y vasallos sino por vía de legítima defensa. Así pues, nada podía impedir al parecer un rompimiento terrible y desastroso en que á nadie se podía dar la ventaja, porque si de un lado estaban el número, la opinión y la fuerza de las cosas, militaban en el otro el valor, el pundonor caballeresco, el agravio y la fuerza de voluntad sobre todo, que triunfa de los obstáculos y señala su curso á los sucesos.

Tal era el estado de las cosas, cuando don Alvaro con el corazón traspasado y partido, salió, para no volver, de Arganza y de aquellos sitios, dulces y halagüeños cuando Dios quería, tristes ya y poblados de amargos recuerdos. Fiel á su promesa, encaminóse á Ponferrada al punto, firmemente resuelto á no salir de sus murallas, sino con la cruz encarnada en el pecho. Antes de llegar concertó con el comendador, que se adelantase á prevenir á su tío de su ida, medida muy prudente, sin duda, porque tales extremos de dolor había hecho el anciano con la noticia de su muerte, que la súbita alegría que recibiese con su presencia, pudiera muy bien comprometer su salud. Tomó por lo tanto el comendador el camino que mejor le pareció, y

cuando por fin llegó á darle la nueva en toda su verdad, ya don Alvaro cruzaba el puente levadizo. Como si la alegría le hubiese descargado del peso de los años, bajó la escalera con la rapidez de un mancebo, y al pie de ella encontró á su sobrino rodeado de muchos caballeros, que con muestras de infinita satisfacción le acogían y saludaban. Abrazáronse allí en medio de la emoción que á don Alvaro causaba el encuentro de su tío en momentos de tanta amargura para él, y de la no menor que al anciano dominaba, no sabiendo cómo agradecer á Dios este consuelo que en sus cansados días le enviaba. Por fin, pasados los primeros trasportes, y satisfecha la curiosidad de aquel respetable viejo sobre su prisión, sus penas y su libertad, naturalmente vinieron á caer en el desabrido arenal de lo presente, á la manera del aguilucho que antes de tiempo se arroja del nido materno, después de un corto y alborozado vuelo, para finalmente en el fondo de un precipicio. Don Alvaro le contó entonces la dolorosa entrevista que acababa de tener, y el término que había resuelto poner á sus afanes en las filas de sus hermanos de armas. Don Rodrigo, atónito y turbado, apenas supo qué responder en un principio á una declaración en la cual á un tiempo se cifraban la ruina de su prosapia, el riesgo de una vida para él tan preciosa, y el sin fin de males con que estaba amagado el porvenir á la institución. Cuando al cabo de su gran agitación se recobró un poco, dijo á su sobrino con voz sentida:

—¿Con qué no solo derramas el divino licor de la esperanza, sino que quieres arrojar la copa al abismo? ¿No te basta el muro terrible que te separa de ella, que aún quieres poner entre los dos otro mayor? De la vida de un hombre, tan frágil en estos tiempos de discordias, pende ahora tu fortuna: ¿cómo quieres atajarla con un tropiezo que solo le mueve la mano de la muerte?

—Tío y señor, respondió el joven con amargura: ¿y qué es la esperanza? ya sabéis que yo la recibí en mi corazón como un huésped noble, hermoso y bien venido á quien

festejé con todo mi poder y cariño; pero el huésped me asesinó y puso fuego á mi casa: ¿qué ha quedado en lugar suyo y de su dueño? ¡unas gotas de sangre y un montón de cenizas!..... ¡Frágil llamáis la vida de ese hombre! la frágil, deleznable y caduca es la nuestra, que no se ha desviado de la senda estrecha del honor; mas no la suya, tejido de reprobación y de iniquidad! largos días le aguardan, tal vez, de poder y de ambición en este miserable país..... ¡Muévale Dios contra el Temple, y ahora que no soy más que un soldado suyo, nos encontraremos!

Don Rodrigo comprendió la mortal herida que el desengaño acababa de abrir en el alma de su sobrino, y varió de rumbo tratando de presentarle otra clase de obstáculos.

—Hijo mío, le dijo con aparente tranquilidad; tu dolor es justo, y natural tu determinación; pero no alcanza mi poder á coronarla. Nuestra orden está citada á juicio, suspensos nuestros derechos, y sin facultades por consiguiente para admitirte en su seno.

Don Alvaro con su claro ingenio comprendió al punto los intentos de su tío, y respondió resueltamente:

—Tío y señor, si tal es vuestro escrúpulo, y supuesto que el caso es de todo punto nuevo, convocad capítulo y él resolverá. Por lo demás, si el Temple me cierra sus puertas, me pasaré á la isla de Rodas y me alistaré entre vuestros enemigos los caballeros de San Juan. Pensad que mi resolución es invariable, y que todo el poder del mundo conjurado contra ella, no la haría retroceder ni un solo paso.

Don Rodrigo acabó de convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, pero á pesar de ello, juntó capítulo de los caballeros allí presentes para significarles sus dudas. La respuesta le dió á conocer que su negativa no haría sino irritar aquellos ánimos encendidos y comprometer su autoridad, y así se propuso dar el hábito á su sobrino en cuanto estuviese preparado debidamente para ello. Corrió la noticia al punto por la bailia, y los caballeros la recibieron con alborozo extremado, considerando el poderoso brazo

que se consagraba á sostener su poder ya vacilante. Saldaña, que por motivos de delicadeza y rigurosa justicia se había negado á aceptar la palabra de don Alvaro, viéndole ahora persistir en su propósito, no cabía en sí de gozo. Su alma sombría y ambiciosa, más y más exaltada con los riesgos que cercaban á su religión, se regocijaba no solo por los triunfos que le predecía la entrada de un campeón tan valeroso como leal, sino porque en su pasión por aquel joven tan noble y sin ventura, se había propuesto colocarle en un trono de gloria, y hacerle olvidar, si posible fuera, sus pasados sinsabores á fuerza de triunfos, honores y respetos. Aunque es verdad que el deseo de vengarse era uno de los más poderosos motivos que excitaban á don Alvaro para su determinación, el comendador sabía muy bien que los aplausos de la fama, las generosas emociones del valor y los trances de los combates, eran la única ilusión que no había abandonado aquel pecho lastimado y desierto.

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias, cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época más poética y entusiasta que la que en sus postreras décadas alcanzaban. En el castillo de Ponferrada se conservan todavía entallados encima de una puerta dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol con una estrella á la izquierda. La existencia de tan extrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas, no carecía absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, á saber; las injurias que se hacían al crucifijo, y cuya significación no era otra sino la rehabilitación del pecador, á partir de la impiedad y del crimen para subir por los escalones de la purificación y del sacrificio á las santificadas

regiones de la gracia; rito fatal, que sin diferenciarse en la esencia de la *fiesta de los locos*, y algunos otros usos de la antigua Iglesia, fué causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se había perdido ya entre las nieblas de una generación más sensual y grosera. A explicar por lo tanto á su sobrino semejantes enigmas, vedados á los ojos del vulgo, se encaminaron los esfuerzos del maestre en los días que precedieron á su profesión.

Llegó por fin el momento en que aquel ilustre mancebo se despidiese de un mundo que si alguna vez esparció flores por su camino, fué para trocárselas al punto en abrojos. Las profesiones en todas las demás órdenes religiosas se hacían á la luz del sol y públicamente, pero los templarios, sin duda para dar más solemnidad á la suya, la hacían de noche y á puertas cerradas. Cuando ya la oscuridad se derramó por la tierra, el comendador Saldaña y otro caballero muy anciano, vinieron á buscar á don Alvaro, que los aguardaba armado con una riquísima armadura negra con veros de oro, un casco adornado de un hermoso penacho de plumas encarnadas, en la cinta una espada y puñal con puño de pedrería, y calzadas unas grandes espuelas de oro. El que aspiraba á entrar en el Temple, se ataviaba con todas las galas del siglo, para dejarlas al pie de los altares. Condujeron, pues, á don Alvaro ambos caballeros á la hermosa capilla del castillo, á cuya puerta se pararon un momento, llamando en seguida con golpes mesurados y acompasados.

—¿Quién llama á la puerta del templo? preguntó desde dentro una voz hueca.

—El que viene poseído de celo hacia su gloria, de humildad y de desengaño, respondió Saldaña como primer padrino.

Entonces abrieron las puertas de par en par y se presentó á su vista la iglesia tendida de negro con un número muy escaso de blandones de cera amarilla y verde, encendidos en el altar. En sus gradas estaba el maestre sentado en una especie de trono rodeado de los comendadores de la

orden, y más abajo en una especie de semicírculo, se extendían los caballeros profesos, únicos que á esta ceremonia se admitían, y que envueltos en sus mantos blancos parecían otros tantos fantasmas lúgubres y silenciosos. Don Alvaro, en cuya imaginación ardiente y exaltada, hacía gran impresión este aparato, atravesó por medio de ellos acompañado de sus dos ancianos padrinos, y fué á arrodillarse ante las gradas del trono del maestre. Extendió este su cetro hacia él y le preguntó sus deseos. Don Alvaro respondió:

—Considerando que el Salvador dijo: «el que quiera ser de mi grey tome su cruz y sígame,» yo, aunque indigno y pecador, he aspirado á tomar la del Templo de Salomón para seguirle.

—Grave es la carga para vuestros hombros jóvenes, respondió el maestre con voz reposada y sonora.

—El Señor me dará fuerzas para llevarla, como me ha dado resolución y valor para pedirla á pesar de mis culpas, respondió el neófito.

—¿Habéis pensado, repuso el maestre, que el mundo acaba en estos umbrales silenciosos y austeros?

—Yo me he despojado á la puerta del hombre viejo para revestirme del hombre nuevo.

—¿Hay alguno entre todos los hermanos presentes, que pueda notar al aspirante de alguna acción ruin, por la que merezca ser degradado de la dignidad de caballero?

Todos guardaron un silencio sepulcral. El comendador pidió entonces que se comenzase el rito, y dos caballeros trajeron un crucifijo de gran altura y toscamente labrado, pero de expresión muy dolorosa en el semblante; y le tendieron en el suelo. Don Alvaro conforme á la ceremonia, le escupió y holló, y luego, alzándole en el aire los dos caballeros, le dirigió las sacrílegas palabras de los judíos:

—¿Si eres rey, cómo no bajas de esa cruz? Cubriéronle al punto con un velo negro y le retiraron: tras de lo cual dijo el maestre:

—Tu crimen es negro como el infierno, y tu caída como

la de los ángeles rebeldes; pero tu Dios te perdonará, y tu sangre correrá en desagravio de su tremenda cólera y justicia.

Arrodillóse entonces don Alvaro sobre un cojín de terciopelo negro con flecos y borlas de oro, y desarrollando un gran pergamino que tenía por cabeza la cruz del Temple en campo de oro, y á la luz de una bujía con que alumbraba Saldaña, leyó su profesión concebida en estos términos:

—Yo, don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre y de las montañas del Boeza, prometo obediencia ciega al maestre de la orden del Templo de Salomón y á todos los caballeros constituídos en dignidad: castidad perpetua y pobreza absoluta. Prometo además, guardar riguroso secreto sobre todos los usos, ritos y costumbres de esta religión; procurar su honra y crecimiento por todos los medios que no estén reñidos con la ley de Dios, y sobre todo, trabajar sin tregua en la conquista de la Jerusalén terrena, escalón seguro y senda de luz para la Jerusalén celestial. Prémieme Dios en proporción de mis obras, y vosotros como delegados suyos.»

Entonces los padrinos comenzaron á desarmarle, y los circunstantes á cantar el Salmo: *Nunc dimitis servum tuum Domine*, con voces vigorosas y solemnes. Calzáronle espuelas de acero, y de acero bruñido también fueron las grebas, peto, espaldar y manoplas con que sustituyeron su armadura: por último, le ciñeron una espada de Damasco, y le pusieron en la cinta un puñal buído de fino temple, pero sin ningún género de adorno. Echáronle por fin el manto blanco de la orden y entonces le vendaron los ojos, en seguida de lo cual se postró en el suelo, mientras la congregación cantaba los salmos penitenciales con que los cristianos se despiden de sus muertos. Acabóse por fin el cántico, cuyas últimas notas quedaron vibrando en las bóvedas de la Iglesia en medio del profundo silencio que reinaba en sus ámbitos, y entonces sus padrinos acudieron á levantarle y le destaparon los ojos, que al punto volvió á

cerrar, porque acostumbrados á las tinieblas, no pudieron sufrir la vivísima luz que como una celeste aureola iluminaba aquel templo, momentos antes tan adusto y sombrío. Las colgaduras negras estaban recogidas, y los altares todos resplandecían con infinitas antorchas: el aire estaba embalsamado con delicado incienso que en vagos é inciertos festones se perdía entre los arcos y columnas; y los caballeros todos tenían en las manos velas blanquísimas de cera encendidas. En cuanto descubrieron á don Alvaro, entonaron todos en voces regocijadas y altísimas el Salmo: *Magnificat anima mea Dominum,* durante el cual conducido por sus padrinos fué abrazando á todos sus hermanos, y recibiendo de ellos el ósculo de paz y fraternidad. Concluído este acto, aproximaron todos en orden sus sitiales al trono del maestre, dejando en medio á don Alvaro, que de pie y con los brazos cruzados oyó la plática que el maestre ó su inmediato dignatario solían dirigir al profeso. En tiempos más dichosos versaba sobre las glorias y prosperidad de la orden, la consideración de que gozaba en toda la cristiandad, y por último, sobre los deberes rigurosos y terribles del nuevo caballero; pero entonces que la hora de la prueba había llegado y aquel astro luminoso padecía tan terrible eclipse, las palabras de don Rodrigo tuvieron aquel carácter religioso, profundo y melancólico propio de todas aquellas catástrofes, que pasman y sobrecogen al mundo. Por último vino á recaer el razonamiento sobre los serios y terribles deberes que el soldado de Dios se imponía al entrar en aquella milicia, y entonces levantándose de su trono, alzando el cetro y enderezando su talla majestuosa, concluyó diciendo con acento severo y grave:

—Pero si Dios te deja de su mano para permitir que faltes á tus juramentos, tu vida se apagará al punto como estas candelas, y unas tinieblas más densas todavía, cercarán tu alma por toda una eternidad.

Al decir esto todos los caballeros mataron sus luces por un movimiento unánime, y en el mismo instante bajaron los negros y tupidos velos de los altares, dejando la Iglesia en

una oscuridad pavorosa. Los caballeros entonces murmuraron en voz baja algunos versículos del libro de Job sobre la brevedad de la vida y la vanidad de las alegrías del crimen; y á la luz de los blandones fúnebres que todavía ardían en el altar mayor, fueron dirigiéndose á la puerta en lenta y solemne procesión. Allí se pararon de nuevo, y el maestre se adelantó para rociar con agua bendita la cabeza de su sobrino, como para lavarle y purificarle aun de las heces y vestigios de la culpa, y desde allí todos se dispersaron, encaminándose á sus cámaras respectivas.

A don Alvaro le dejaron también en la suya, y la luz del nuevo día que no tardó en teñir los celages del oriente, le encontró mudado en otro hombre, y ligado con votos que solo al poder de la muerte le parecía dable desatar. ¡Dichoso él si con su poder, su libertad y sus dulces esperanzas, hubiese podido poner de lado su antigua y devoradora pasión! pero solo el tiempo y la ayuda del Todopoderoso eran capaces de limpiar su corazón de sus amargas heces, y borrar de su memoria aquellas imágenes escritas con caracteres de fuego.

Por fin á su valor y energía se le presentaba el ancho campo de la guerra, y el noble empeño de defender una causa justa, pero ¿qué consuelo podía buscarse en el mundo para doña Beatriz, que no tenía más compañía que la soledad, la aflicción y la presencia de un padre ya anciano, lleno de pesares y penetrado de un arrepentimiento tardío? ¡Tristes contradicciones y debilidades las del pobre corazón humano! La heredera de Arganza tenía por esposo un hombre joven todavía, lleno de vigor y robustez; su salud por otra parte de día en día se quebrantaba, el cielo y la tierra de consuno parecían apartarla de su primer amor, que según todas las apariencias, no podía estar más perdido para ella, y sin embargo, la nueva de aquellos votos le causó profundísimo dolor. ¿Qué podía esperar? ¿Qué podían descubrir sus ojos en el nebuloso horizonte del porvenir, sino soledad y pesares sin término y sin cuento? ¡Extraño misterio! La esperanza es una planta que brota en el corazón, y

que si no florece cuando el dolor ha trocado su campo en arenal, todavía conserva su tronco enhiesto como una columna fúnebre, y aun regado por la fuente de las lágrimas, echa tal vez alguna hoja marchita y amarillenta. Doña Beatriz se había visto separada de su amante por escaso arroyo, su matrimonio desgraciado le había convertido en río profundo y caudaloso, ahora la profesión de don Alvaro acababa de trocarle en mar inmenso, y la desventurada sentada en la orilla, veía desaparecer á lo lejos el bajel desarbolado y roto en que, para no volver, se partían sus ilusiones más dulces.

CAPÍTULO XXIII.

A los tres días de los sucesos que acabamos de referir, pareció el buen Millán por Arganza, á dar cuenta á Martina del arreglo, que iba poniendo en las haciendas que su amo le había legado. Venía entonces de las montañas muy satisfecho de sus tierras, y de algunas reses que había comprado, con las cuales pensaba beneficiar sus praderas y juntar un caudal que ofrecer á su futura, en cambio de su blanca mano y de su cara de Pascua. Algo desasosegado le traían los rumores de guerra que comenzaban á correr á propósito de los templarios, pero contaba con el favor de Dios, y sobre todo, se echaba la cuenta de tantos otros que acometiendo empresas descabelladas, creen responder á todo con el refrán: el que no se arriesga no pasa la mar. Así pues, no es maravilla que se presentase contento y alegre en una casa de donde se había huído la poca alegría que quedaba.

—¡Ay Millán de mi alma! exclamó Martina saliéndole al encuentro apresurada, ¡y qué cosas han pasado desde que te fuiste! ¡Vamos! ¡aun no se me ha quitado el temblor del cuerpo, ni he dormido una hora de seguido y doña Beatriz,

la cuitada! ¡No sé que me dá en el corazón cuando pienso en ella!

—Pero, mujer, ¿qué es lo que ha sucedido? preguntó el mozo un poco azorado.

—¡Ahí es nada! contestó ella, no poco satisfecha, en medio de sus recuerdos de pavor, de contar un cuento tan maravilloso: tu amo ha parecido por aquí.

—¡Jesucristo! ¡Virgen santísima de la Encina! exclamó el escudero santiguándose: ¿ha venido á pedir algunas Misas y sufragios? Pues mira, según lo bueno que era no creí yo que fuese al purgatorio, sino al cielo en derechura.

—¿A pedir sufragios y oraciones, eh? contestó la aldeana: ¡que si quieres! ha venido en cuerpo y alma, á reclamar la mano y palabra de doña Beatriz.

—Martina, contestó el escudero, mirándola de hito en hito ¿qué te pasa, muchacha? ¿Te han dado algún bebedizo y estás endiablada? ¿En cuerpo y alma dices, y le dejé yo enterrado en Tordehumos? por cierto que me hubiera traído su cuerpo, si no fuese por aquel testarudo de don Juan Núñez; vaya, vaya, que si me lo dijera Mendo, al instante le preguntara si venía de la bodega.

—Eso no va conmigo, señor galán, respondió la muchacha un poco amostazada, porque no lo cato.

—No, mujer: ¿quién había de decirlo de ti? repuso Millán cortésmente: la lengua le cortaría yo al que lo dijese.

—Sea como quiera, contestó ella: lo que te digo es que yo y Mendo, y mi amo, y el alhaja del conde y todos en fin, hemos visto y oído á don Alvaro junto al nogal del arroyo: por más señas que venía con el comendador Saldaña, el alcaide de Cornatel.

—¡Virgen purísima! exclamó Millán cruzando las manos y mirando al cielo ¡con qué vive mi señor; el mejor de los amos, el caballero más bizarro de España! ¿Dónde está, Martina? ¿dónde está, que aunque sea al cabo del mundo iré en busca suya!

—¡Pues! repuso la muchacha tristemente; y siendo como

eres un señor, vamos al decir, te vas á quedar como antes, y nuestra boda Dios sabe para cuándo será.

—En verdad que tienes razón, contestó él en el mismo tono; y yo que había arrendado tan bien el prado de Igüeña al tío Manolón, y había comprado unas vacas que daba gusto verlas. Pero ¿qué le hemos de hacer? añadió después de un rato de silencio, ¿no me he de alegrar yo por eso de la vuelta de mi amo? Váyanse muy enhoramala todos los prados del Bierzo y todas las vacas del mundo, y viva mi don Alvaro que es primero. Martina, le dijo después con seriedad; ya sabes que primero es la obligación que la devoción, y por eso yo aunque me corría prisa, bien lo sabe Dios, nunca quise que dejaras á doña Beatriz. Pero válgame Dios, exclamó como sorprendido, ¡y yo que no me había acordado de ella! ¿y qué ha dicho la infeliz? ¿qué es de ella?

Martina entonces le contó llorosa todo lo acaecido, narración que dejó confuso y turbado al pobre Millán con la perfidia del conde y lo negro de la trama en que su amo se había visto envuelto.

—Y ahora, concluyó diciendo la muchacha, el viejo anda por los rincones llora que llora y zumba que zumba, y la señora, como es natural, más afligida que nunca; pero como ni uno ni otro quieren darse á entender su sentimiento, andan los dos por ver quién engaña á quién, sin lograrlo ninguno; porque á lo mejor cuando se encuentran sus miradas se echan á llorar como dos perdidos. Si te he de decir la verdad, no sé quién me causa más lástima.

—¡Vaya por Dios! respondió Millán con un suspiro: pero y mi amo, ¿dónde para, porque yo no he oído nada por el camino?

Martina que sabía muy bien lo poco devoto que su amante era del Temple, gracias á la superstición común, había esquivado en la narración el punto de la determinación de don Alvaro, pero como ya no era posible ocultarlo, tuvo que decírselo.

—¡Dios de mi alma! exclamó el mozo consternado, ¿no

valía más que de veras hubiera muerto, que no guardarle para la hoguera con todos esos desdichados descomulgados por el Papa? No, pues en eso perdóneme: si él quiere perder su alma, yo estoy bien avenido con la mía, y no será el hijo de mi madre quien se quede á servirle para que después le tengan á uno por nigromante y hechicero.

—¿Sabes lo que digo, Millán? repuso la muchacha, es que debe haber mucha mentira en eso de los templarios, porque cuando se ha entrado en la orden un señor tan cristiano y principal como tu amo, se me hace muy cuesta arriba creer esas cosas de magia y herejía que dicen.

—¿Qué sabes tú, respondió él con un poco de aspereza; don Alvaro está desconocido desde sus malhadados amores y es capaz de hacer cualquiera cosa de desesperado. En fin, yo allá voy, porque á eso estoy obligado, pero quedarme con él mucho lo dificulto. ¡Ojalá que no le hubiera comido el pan, ni me hubiese sacado medio ahogado del Boeza!.... ¡Mal haya tu cuenta! añadió mirando con ceño á su futura; que por tus cosas no estamos ya casados en paz y en gracia de Dios, y libres de semejantes aprietos, en vez de que así, Dios sabe lo que será de nosotros

—Pero, hombre, repuso ella con dulzura: ¿qué querías que hiciera estando doña Beatriz así?

—Sí, sí, contestó él como distraído: no me hagas caso, porque no sé lo que me digo..... ¡Qué demonio de hombre! ¡haberse metido templario!..... Pero en fin, yo allá voy y sea lo que Dios quiera. Adios, Martina.

Y dándola un abrazo bajó presuroso la escalera sin aguardar á más; montó en su jaco, y tan de prisa cabalgó, que en poco más de una hora estaba en Ponferrada. La resolución que tan terminantemente anunció en el principio y durante su enfado, de no servir á don Alvaro, según hemos visto, se iba debilitando poco á poco, y á medida que se acercaba á la bailia, se iba deshaciendo como la nieve de las sierras al sol de mayo. El buen Millán era de una índole excelente, y luego los hábitos de amor y de fidelidad hacia don Alvaro se confundían en su imaginación con

los recuerdos de sus primeros años, porque se había criado en su castillo siendo el compañero de su infancia. Las hidalgas prendas de don Alvaro, la largueza con que en su testamento había atendido á su suerte, y las desdichas que habían formado el tejido de sus jóvenes años, eran otros tantos eslabones que le unían á él. Así fué que cuando llegó al castillo, su determinación se la había llevado el viento, y solo pensó en asistir y servir á su antiguo dueño, mientras durasen aquellos tiempos revueltos, á despecho de supersticiones, recelos y antipatías de toda clase. Muy de estimar era este sacrificio en un homhre preocupado con las groseras creencias de la época, y que de consiguiente, solo á costa de un terrible esfuerzo podía determinarse á saltar por todo.

Por mucha que fuese su prisa se dirigió antes á la celda del maestre, que le recibió con su bondad acostumbrada, y que deseoso de proporcionar á su sobrino una sorpresa con que pudiese dar vado en cierto modo á sus sentimientos oprimidos, le condujó inmediatamente á su aposento.

—Aquí os traigo, sobrino, un conocido antiguo, le dijo al entrar, con cuya vista presumo que os alegraréis.

—Ese será mi fiel Millán, repuso al punto don Alvaro: ¿qué otra persona se había de acordar de mí en el mundo.

Millán entonces sin poderse contener salió de detrás del maestre que ocupaba la puerta, y corrió desalado á arrojarse á los pies de su señor, abrazando sus rodillas, y prorrumpiendo en lágrimas y sollozos que no le dejaban articular palabra. Don Rodrigo se ausentó entonces, y don Alvaro enternecido, pero reprimiéndose sin embargo, porque no acostumbraba á mostrar delante de sus criados ningún género de transporte, le dijo levantándole.

—No así, pobre Millán, sino en mis brazos, vamos, abrázame, hombre..... en cuanto vine pregunté por ti: ¿qué es de tu persona? ¿por dónde andabas?

—Pero, señor, ¿es posible, exclamó el escudero, que des-

pués de lloraros por muerto os encuentro ahora en ese hábito?

—Nunca le tuviste gran afición, contestó el caballero procurando sonreirse, pero ahora que le visto yo, fuerza será que le mires con mejores ojos, siquiera por amor del que fué tu amo.

—¡Cómo es eso del que fué mi amo! le interrumpió el escudero como con enojo: mi amo sois ahora como antes, y lo seréis mientras yo viva.

—No, Millán, respondió don Alvaro con reposo, yo no tengo ya voluntad, sino la del maestre, mi tío, y sus delegados. Los bienes que te dejaba en mi testamento como galardón de tu fidelidad, ya no te pertenecen en rigor por haber salido falsa mi muerte, pero intercederé con mi tío para que te los dejen, porque en realidad yo estoy muerto para el mundo, y quiero regalarte esa memoria.

—Señor, contestó el escudero sin dejarle pasar más adelante: para nada necesito esos bienes estando con vos: pero si por vos mismo no podéis admitirme á vuestro servicio, yo iré á pedírselo de rodillas al maestre, vuestro tío, y no me levantaré hasta que me lo conceda.

—No, Millán, respondió don Alvaro, yo sé que tú tienes otras esperanzas mejores que las de venir á servir á un templario en medio de los peligros que cercan esta noble orden. Todavía tienes una madre anciana, y amas á Martina, con lo cual sin duda vivirás tranquilo y con toda aquella ventura que puedes juiciosamente apetecer en esta vida.

—En cuanto á mi madre, replicó el escudero, bastaba el que os abandonase para granjearme su maldición; pero por lo que hace á Martina, que tenga paciencia y me espere, que yo también la he esperado á ella. Además, que no creáis que por eso se enoje, porque la pobrecilla os quiere bien y.....

Don Alvaro temblando que no añadiese alguna otra cosa que no deseaba oir, se apresuró á atajarle, diciéndole que su resolución estaba tomada y que no quería envolver

á nadie en las desgracias que pudieran sobrevenirle. Con esto se entabló una disputa de generosidad entre amo y mozo, firme aquel en su propósito, y éste no menos aferrado en su voluntad; disputa que dirimió el maestre, haciendo ver á su sobrino la poca cordura que había en desechar un corazón tan generoso en circunstancias como aquellas. Con esto quedó Millán instalado en sus antiguas funciones, y don Rodrigo, así por recompensar su lealtad, como por complacer á su sobrino, confirmó la donación hecha en el testamento, para que no tuviera que arrepentirse nunca el buen Millán de su desprendimiento.

CAPÍTULO XXIV.

Las diferencias del rey con don Juan Núñez de Lara se compusieron por fin más á placer de aquel orgulloso rico hombre, que á medida del decoro real, porque el poder de don Fernando quebrantado con lo largo del sitio de Tordehumos, y enflaquecido además con la defección de varios señores y la retirada de otros, no era bastante ya á postrar aquel soberbio vasallo. Asentáronse pues, las condiciones y tratos dictados por la ocasión: volvió don Juan de Lara á su mayordomazgo: conservó á Moya y Cañete y demás pueblos que tenía, y el rey hubo de restituirle su gracia. ¡Notable mengua la de la corona! pero que sin embargo, no dejaba de tener sus ventajas, porque además de ser prudente transigir con la necesidad, al cabo le quedaban al rey las manos sueltas y desembarazado el ánimo para dar cima al negocio de los templarios, que según se veía, no podía allanarse sino por la fuerza de las armas. Sin duda los cimientos de la orden estaban minados y vacilantes en la opinión, pero aquel cuerpo robusto se sostenía así y todo, por la enérgica cohesión de sus partes, por sus recuerdos de gloria y por el miedo que á todos inspiraba su poder, única verdadera causa de su ruina.

No se negaban los caballeros á comparecer en juicio, delante de los prelados españoles, ni menos declinaban su jurisdicción, pero alegando las torpes calumnias que contra ellos se derramaban entre el vulgo, los asesinatos de Francia y toda aquella inaudita persecución, protestaban que no se entregarían indefensos en manos de sus enemigos, y que en sus castillos y conventos aguardarían la sentencia de los obispos, y la definitiva resolución del Papa. Por lo demás, blasonaban de leales y obedientes, aseguraban con el mayor empeño que solo su defensa les movía, y con su conducta firme y prudente, parecían poner de manifiesto á los ojos de la muchedumbre, la falsedad de los cargos, junto con su firme resolución de defender su honor y su existencia hasta el último trance.

De toda la gente que con tanta flojedad y desvío sirvió á don Fernando en la demanda de Tordehumos, no encontró á nadie remiso ni desmayado: tal era la codicia que en todos los corazones despertaban los ópimos despojos del Temple. Fácil le fué por lo tanto juntar una hueste numerosa y lucida, aunque no sobraba ciertamente para trance tan difícil, y de nuevo comenzó el estruendo de la guerra á resonar por toda la España; porque como el empeño era igual en Aragón, por ambas partes, á donde quiera, alcanzaban los aprestos y disposiciones. Solo el rey de Portugal permanecía en lo exterior frío espectador de la contienda, si bien su ánimo estaba inclinadísimo á la religión del Temple, y aun empleaba buenos oficios con el Sumo Pontífice, para apartar de su cabeza la tormenta fatal que desde los más remotos ángulos de Europa venía á amontonarse sobre ella. Este rey sabio, más de lo que parecía consentir aquella época ignorante y ruda, para desconocer la grosera trama en que estribaba la persecución de la orden, y no menos caballero que discreto, sentía que tal fuese el premio de tantas glorias, honores y triunfos, cuando aquellos brazos invencibles tenían aun en la península enemigos en quienes continuar la gloriosa cruzada española de siete siglos. Así pues, tanto en Aragón como en Castilla, es-

taban pendientes los ánimos de aquella lucha fatal, cuyo término y desastres no era muy fácil prever, porque si de una parte peleaban el número y la fuerza, militaban en la otra la inteligencia de la guerra, la disciplina y la clase de los combatientes, cualidades de gran precio en medio del desbarahuste de la época.

El señor de Arganza, como Merino Mayor que era del Bierzo, recibió la orden de alistar inmediatamente los ballesteros y gente de armas que pudiese, é ir á juntarse en los confines de Galicia con los escuadrones de su yerno el de Lemus. Honra era esta de que con gusto infinito se hubiera excusado á no mediar su hidalguía, porque merced á los desengaños y pesares que sufría, semejante empresa iba presentándose á sus ojos con sus verdaderas formas y colores. Su enemistad con el Temple, falta de pábulo hacía algún tiempo, se había amortiguado poco á poco, y la conducta de Saldaña y de don Alvaro en los sotos de su palacio, junto con el decoro y caballerosidad que no había dejado de guardar con él el maestre don Rodrigo á pesar de sus desvíos, habían acabado de debilitarla. Sus sueños de ambición, por otra parte, iban revistiéndose de tristísimos colores delante de la realidad inexorable que de bulto le mostraba la perfidia negra del conde, y la triste cuanto abundante cosecha de tribulaciones y angustias que había sembrado para su hija única. Y por colmo de desventura, ahora le llamaba la suerte á pelear con el único hombre que había conquistado y merecido aquel corazón de ángel, y cuya imagen probablemente estaba esculpida en él á despecho de todo. Aquejábanle además embarazos domésticos, pues conocida la ruindad del conde, que desde su ausencia ni por cortesanía había enviado satisfacción, mensaje ni escrito alguno, no le parecía justo llevarle su esposa, y por otra parte no era decoroso ni prudente dejar á doña Beatriz expuesta á los azares y contratiempos de una guerra, que con tales visos de sangrienta y dudosa se mostraba. Perplejo y confuso en medio de tantos inconvenientes, hubo de consultar con doña Beatriz que como prevenida

por su discreción y tristeza, manifestó poca sorpresa y menos dudas ni tropiezos.

—Padre mío, le respondió, no os inquietéis por mí, pues ya sabéis que es patrimonio de la desdicha, estar segura y defendida en todas partes. Guárdense los dichosos en buen hora, que á mí me guarda mi estrella. Sin embargo, como en tales ocasiones no hay sagrado sino al pie de los altares, me encerraré en Villabuena, mientras dure la guerra entre nosotros.

—¿En Villabuena, Beatriz? respondió el viejo, ¿y podrás resistir las memorias que aquellos lugares despertarán en tu corazón?

—Sonrióse ella melancólicamente, y contestó á su padre con dulzura:

—No fueron los peores de mi vida los días que pasé á la sombra de sus claustros y arboledas. ¡Ojalá que mudando de lugares, se mudase también de pensamientos! pero entonces el hombre sería dueño de sus penas, y el cielo no le probaría en la escuela de la adversidad. Llevadme, pues, á Villabuena donde ya sabéis que me quieren bien, y caminad á la guerra sin zozobras y sin cuidados, pues allí quedo tranquila y segura. Una cosa, sin embargo, quisiera encomendaros, añadió con una inflexión de voz que revelaba con harta claridad lo que en su interior estaba pasando. Ya sabéis que entre los que vais á combatir como enemigos, hay una persona á quien hemos hecho mucho mal. También sabéis que la serpiente de la calumnia lo está envolviendo en sus anillos ponzoñosos..... mirad por él, y procurad, si no remediar, aliviar por lo menos los dolores que por nuestra culpa sufre.

—No por la tuya, ángel de Dios, replicó el anciano, sino por la mía. ¡Quiera el cielo perdonarme! Siempre le había agradecido la cuna ilustre en que nací y las riquezas de que me rodeó desde la niñez, pero ahora con el pie dentro del sepulcro, reconozco lo funesto del don, y muchas veces me he dicho en mis desvelos nocturnos: «¡cuánto más dichosa hubiera sido mi hija con nacer en una cabaña de es-

tos valles!.... En fin, hija mía, tus deseos serán cumplidos, y yo procederé como quien soy: ¡ojalá que mis ojos hubieran estado siempre tan abiertos como ahora!

Después de esta breve conversación, quedó determinado el viaje á Villabuena que se verificó á los dos ó tres días. No hacía muchos meses que el rigor paternal había conducido allí á doña Beatriz; su madre quedaba sumida en el llanto; ella se veía desterrada de la casa paterna y apartada de don Alvaro, pero la esperanza la alentaba, el valor la sostenía, un germen de vida y de hermosura, al parecer inagotable, realzaba las gracias de su cuerpo, y por último, una primavera llena de pompa y lozanía, parecía acompañar con su verdor, el verdor y frescura de sus sentimientos y presagiarle una existencia próspera y floreciente. ¡Miserable instabilidad la de las cosas humanas! En tan corto espacio de tiempo aquella madre cariñosa había pasado á las regiones de la eternidad: su valor no había alcanzado á defenderla contra la mano de hierro del destino: su libertad había caído en holocausto de su generosidad delante de un hombre manchado de delitos: su salud se había consumido, disipádose su hermosura: don Alvaro había salido del sepulcro solo para morir de nuevo y para siempre á los ojos de su esperanza, y por último, en vez de aquellas arboledas frondosas, de tantos trinos de pajarillos, y de las auras suaves de mayo, los vientos del invierno silvaban tristemente entre los desnudos ramos de los árboles, los arroyos estaban aprisionados con cadenas de hielo, y solo algunas aves acuáticas, pasaban silenciosas sobre su cabeza ó graznando ásperamente á descomunal altura. ¡Dolorosa consonancia de una naturaleza amortecida y yerta, con un corazón desnudo de alegría y vacío del perfume de la esperanza.

La cabalgata se componía de las mismas personas que la otra vez, pero ya fuese que la disposición de ánimo de los señores, se pegase á los criados, ya que lo pantanoso del camino y lo frío y destemplado de la estación les hiciese atender á sus cabalgaduras y les quitase todo deseo de

hablar, el resultado fué, que durante el viaje, apenas se les oyó una palabra. El mismo Mendo, cuyos instintos torpes y groseros solían alejarle de ciertas emociones, propias tan solo de organizaciones más delicadas, parecía mustio y apesadumbrado en aquella ocasión. Sin duda el pobre palafrenero iba cayendo en la cuenta de que por muy conde y muy señor que fuese el de Lemus, no llegaba á juntar otras cosas que no hacen menos falta, como la hombría de bien y la bondad del carácter. Acostumbrado á ver en sus amos entrambas cualidades y aun muchas más, el cuitado Mendo las creía anejas á toda nobleza y poderío, y ahora, desengañado ya en fuerza de reflexiones y evidencias, se le oyó exclamar más de una vez desde la aventura del soto, provocada por su imprudencia.—¡Qué demonio de hombre!..... ¡tan señor y tan pícaro!..... ¡Quién lo hubiera creído con tanto oro y unos vestidos tan ricos!..... ¡Vaya una grandeza bien empleada!..... ¡Y yo, necio de mí, que le prefería al valeroso don Alvaro! ¡Vamos, vamos! ¡no me lo pida Dios en cuenta, que no hará sin duda, porque está visto que soy un podenco y solo sirvo para tratar con caballos!..... Con semejantes desahogos probaba el buen caballerizo, sino su agudeza, por lo menos su buen corazón, y sin duda todos ellos sonaban entre sus dientes, cuando tan mohino caminaba para Villabuena. En cuanto á Nuño y Martina, sobrado enterados estaban de los incidentes de aquel terrible drama, para no tomarse en él un vivísimo interés.

Al cabo de dos ó tres horas de caminar, llegaron por fin al monasterio, donde las religiosas ya prevenidas, estaban esperando en comunidad á una tan principal señora, que por otra parte para todas había sido una hermana en su poco distante hospedaje en aquella santa casa. Todo estaba en el mismo orden y animado por el mismo espíritu de pureza y de modestia: igual expresión en los semblantes, igual tranquilidad en las miradas, igual serenidad y compostura en los modales: solo en doña Beatriz había mudanza. Las monjas, que habían esperado encontrarla resti-

tuída á su primera robustez y lozanía, de todo punto recobrada de los pasados males y llena de contento con su ilustre esposo, se pasmaron de ver su estenuación, sus miradas á un tiempo lánguidas y penetrantes, la flacura de su cuerpo, y al escuchar sobre todo el metal de su voz en que vibraba un no sé qué de profundo y melancólico, que las penetraba como de angustia. Ajenas la mayor parte de aquellas cándidas mujeres á las tempestades del corazón y á las amargas experiencias del mundo, se perdían en conjeturas sobre las causas de aquel súbito y lastimoso cambio en una persona, á quien la suerte había mirado desde el nacer con ojos en su entender benignos. Como doña Beatriz no había exhalado una queja durante su reclusión en el monasterio, creían que su amor á la soledad y sus frecuentes distracciones, provenían de la natural tendencia de su carácter y de su sensibilidad delicada, pero no de su alma profundamente ulcerada. Solo la abadesa, algo más versada en los dolores del corazón y en los desengaños de la vida, conoció el estado de aquella criatura que tan de cerca le tocaba. El encuentro de tía y sobrina fué triste y aflictivo, como era de suponer, pues con él se renovó la memoria de la reciente pérdida de doña Blanca; pero doña Beatriz vertió sin embargo pocas lágrimas. Aquel noble carácter, cada día se reconcentraba un poco más, semejante á las flores que al aproximarse la noche cierran su cáliz y recogen sus hojas. Eran además sus males de los que solo la mano de la religión puede sanar, y con aquella noble altivez y pudor que sienten siempre las almas elevadas, procuraba retirarlos de los ojos del vulgo y presentarlos solamente á la vista del dispensador del bien. Como quiera, este sosiego aparente acababa de devanar el seso de las pobres monjas, que no acertaban á componer con él las visibles huellas del pesar que en su semblante se descubrían.

Doña Beatriz se aposentó en su antigua celda, desechando otra mejor y más desahogada que le tenían dispuesta, dando por razón el apego que con la costumbre había

cobrado á su primer vivienda. Las hermanas lo atribuyeron á modestia y humildad cristiana, en lo cual tenían alguna razón porque siempre fueron prendas que resaltaron en ella; pero la verdadera causa de su indiferencia y fácil contentamiento era otra. ¿Qué podían importarle vanas atenciones, ni respetos, cuando sus pensamientos pertenecían á otro mundo, y solo para descansar alguna vez de su incesante vuelo se posaban por instantes en la tierra?....

Don Alonso se partió de Villabuena en la misma tarde á cumplir como bien nacido, los mandatos de su rey y dar calor á los preparativos de guerra, que por todas partes se hacían. La presencia de aquellos lugares se le hacía cada vez más penosa, y por eso se apresuró á dejarlos. Encomendó, pues, su hija al cuidado de la abadesa con particular encarecimiento, y se encaminó á las montañas del Burbia á levantar gente y ordenar su mesnada. La suerte le destinaba á pelear con el que, por un influjo más benigno, destinaba en otro tiempo para su yerno, y no era esta la menor de sus pesadumbres, pues sobrado conocía la ansiedad que produciría en el ánimo de doña Beatriz aquella lucha fatal entre su padre y el hombre que, aunque perdido para ella, no se borraba de su memoria. Sus sentimientos personales, además, habían sufrido grande alteración, y el árbol de su ambición comenzaba á dar tan amargos y desabridos frutos, que á costa de su vida hubiera querido arrancarlo; pero sus raíces se habían ahondado en el corazón de su hija, y solo arrancándolo con ellas pudiera lograr su objeto. La obligación de juntarse con el conde y concertar con él todo lo perteneciente á la guerra, era muy penosa para su pundonoroso carácter, una vez descorrido el velo que tanta ruindad y perversidad habían encubierto: de manera que su camino por donde quiera estaba sembrado de abrojos y sinsabores.

El abad de Carracedo, que desde las bodas de doña Beatriz y la muerte de su madre se había extrañado de Arganza por entero, movido del amor á la paz y deseoso de atajar el torrente de males que de nuevo ama-

gaban á la trabajada Castilla, y sobre todo al Bierzo, medió entonces con eficacia entre el conde de Lemus, el señor de Arganza y el maestre don Rodrigo. Aunque su caráctor era duro y austero en demasía, y su rencor contra el Temple bastante vivo, fundábase este en su deferencia ciega á la Sede romana, y no estaba aquel como vimos ya en otra ocasión, sordo á los sentimientos afectuosos y puros. Ahora que las mayores catástrofes y miserias estaban pendientes sobre aquella orden que como la suya se había cobijado al nacer bajo el manto de San Bernardo, su caridad se despertó vivamente, y su antigua amistad con el maestre recobró sus derechos. Todo su celo y diligencia hubieron de naufragar, sin embargo, porque la corona estaba decidida á borrar aquella caballería de la tierra de España, y los templarios por su parte, prontos á presentarse en juicio, y sumisos á la autoridad del Papa, se negaban justamente á despojarse de sus medios naturales de defensa, recelosos, y con harto fundamento, de que se renovasen en ellos las desaforadas crueldades de Francia. Así, pues, viendo frustrarse una tras de otra todas sus tentativas, hubo de juntar su corta hueste á la del señor de Arganza, y obedecer como sacerdote católico y fiel vasallo las órdenes del rey y del Papa.

Los aprestos bélicos siguieron por lo tanto con la mayor actividad por parte de las tropas de Castilla, pues los templarios, de antemano prevenidos y aprovechándose de las enormes ventajas que sus riquezas, su subordinación y disciplina les daban sobre sus contrarios, no hicieron más sino estarse á la defensiva, según lo tenían determinado, y aguardar el trance del combate. Los peligros de semejante empresa se ocultaban á su orgulloso y altivo valor, y cansados de la paz con los moros, á que los habían obligado las alianzas de Castilla con los reyes de Granada y sus discordias intestinas, codiciaban nuevos laureles ganados en defensa de su honor y de su existencia. Don Rodrigo mismo, á pesar de sus tristes previsiones y de sus años, parecía animado de un ardor juvenil, al verse cerca de dar

su vida por el honor de su orden; bien como un caballo envejecido en las batallas relincha y se extremece á pesar de su debilidad, al oir la trompeta guerrera.

Cualquiera que fuese el entusiasmo con que por ambas partes pudiera emprenderse esta lucha, había en cada bando un hombre que saludaba su sangrienta aurora con particular júbilo y esperanza. Estos dos hombres eran el conde de Lemus y el señor de Bembibre. Los pesares del corazón y los desengaños de la vida en el uno: la ambición y codicia desapoderada en el otro, y en entrambos el odio y el valor, les mostraban los trances venideros bajo los colores de sus deseos. Don Alvaro para mayor humillación del conde, se había negado á hacer campo con él por la desigualdad que con su ruin comportamiento había introducido entre los dos: pero en aquella ocasión desnudo ya de voluntad propia, como lo estaba de sus antiguos derechos de señor independiente, podía completar su venganza, y lavar con sangre su ofensa. El conde, de cuya memoria no se apartaba aquel ultraje, y á quien su proceder no podía menos de avergonzar, anhelaba ardientemente cerrar para siempre la boca de aquel testigo inexorable y terrible, y desagraviar con su muerte su orgullo ofendido. Así, pues, ambos aguardaban la ocasión de medir sus fuerzas con ansiedad indecible, bien ajenos de la suerte que su sino fatal les preparaba.

CAPÍTULO XXV.

La posición militar de los templarios en el Bierzo, según ya dejamos dicho en otro lugar, no podía ser más aventajada. Por el lado de Castilla nada tenían que temer, porque las encomiendas y fortalezas que allí poseían darían demasiado que hacer á las huestes del rey, y en el país, los vasallos de don Alvaro que por su profesión habían pasado al poder del Temple, eran contrapeso sobrado á las fuerzas del abad de Carracedo y del señor de Argan-

za. Las suyas propias eran más que bastantes para conservar la posesión de la tierra y cerrar ambas entradas de Galicia con los fuertes de Cornatel y del Valcarce.

Sin embargo, las gentes que de toda Galicia juntaba el conde de Lemus en Monforte, iban componiendo ya una hueste poderosa formada en su mayor parte de montañeses ágiles, robustos y alentados, acostumbrados á los ejercicios de la caza y diestrísimos ballesteros en general. El conde era además capitán muy hábil, y aunque odiado en el país, su liberalidad y desprendimiento, siempre que la ocasión lo requería, le granjeaban la voluntad de la gente de guerra. Su astucia, además, había sabido aprovecharse de la crédula superstición de los montañeses, pintando á los templarios con los más negros colores, y atizando más y más aquel horror secreto con que miraban las artes diabólicas y maravillosas y los ritos impíos, á que suponían entregados á los caballeros de la orden. Con semejantes voces y estímulos no parecía sino que iban á emprender una cruzada contra infieles, según el tropel de soldados que corrían á ponerse debajo de sus banderas, deseosos algunos de servir al rey, y codiciosos otros de botín y ganancias, y todos aguijados del deseo de poner pronto fin á un mal que tan grande les pintaban. Juntó por fin un tercio y sus gentes comenzaron á moverse por la encañada del Sil, como una nube amenazadora que iba á descargar sobre Cornatel, acaudilladas por el conde en persona.

Este era el peligro de más bulto á que había que acudir: así èl comendador Saldaña, que para servir de padrino á don Alvaro se había quedado durante algunos días en Ponferrada, volvió prontamente á su antigua alcaidía. Don Alvaro solicitó licencia de su tío para acompañarle y la consiguió al punto, con lo cual nada quedó que desear al anciano caballero, más poseído que nunca de sus extraños pensamientos de gloria y de conquista. La idea de ser el primero en pelear por el honor de su cuerpo, y tener por contrario al enemigo más encarnizado que contaba en Castilla, le envanecía y alegraba extraordinariamente, porque si

en los motivos se diferenciaba algo, no era menor ni menos profundo que el de don Alvaro, el rencor que abrigaba contra el conde. La afición que había cobrado á su ahijado, violenta como todos sus afectos, había avivado esta hoguera con todos los pesares que la perfidia del rico-hombre gallego había derramado sobre aquella alma generosa y llena de bondad: y el deseo de llenarla con las emociones de la gloria, y de asentar su fama sobre la ruina del enemigo, comunicaba energía nueva á todos sus movimientos y disposiciones, y al parecer le quitaba de delante de los ojos las hondas heridas que su causa recibía en lo restante de Europa. Pronto se sintió su presencia en el castillo; pues tanto su brazo como su ingenio infundían por todas partes el valor y la confianza, y sus antiguos compañeros y soldados le acogieron con extraordinaria alegría. Desde aquella enriscada altura, extendió su mirada tranquila y satisfecha por los precipicios que la rodeaban, por el lago de Carucedo, entonces crecido con las aguas y corrientes del invierno y por las llanuras del Bierzo que desde allí se descubrían, y tendiendo la mano á don Alvaro y apretándosela fuertemente, le dijo con los ojos alzados al cielo y con acento religioso y recogido: *Dominus mihi custos et ego disperdam inimicos meos* (1).

Don Alvaro solo le respondió, apretándole también la mano fuertemente y poniéndola en seguida sobre su corazón con un gesto vehemente y expresivo. El comendador recorrió en seguida el castillo con el mayor cuidado, examinando muy prolijamente sus murallas, y convenciéndose de su buen estado, se recogió á su cámara sosegado y confiado en sus gentes y en sus medios de defensa. Verdaderamente él es tal, aun ahora, que sus obras avanzadas han desaparecido y está cegado el foso de todo punto, que no es de extrañar la confianza de su alcaide en aquella época.

---

(1) Este versículo está esculpido en una lápida en el castillo de Ponferrada, y parecía servir de divisa.

Cualquiera que ella fuese, los enemigos tardaron poco en llenar aquellos contornos con el ruido de sus armas. A los dos ó tres días, los puestos de soldados de la guarnición, que llegaban hasta las Médulas, se fueron retirando sucesivamente, y dejaron al conde dueño del campo con sus bandas, no muy veteranas ni disciplinadas, pero en cambio pintorescas y vistosas en sumo grado. Sus lanzas, y hombres de armas venían equipados con cierta regularidad, y aun sus caballos traían las defensas de costumbre; pero los peones variaban extraordinariamente. Los gallegos de Valdeorras y de otros valles y pueblos que componen la mayor parte de la provincia de Orense, venían armados de cueras de pellejo de buey bien adobadas, y traían además en la cabeza unas monteras que casi por entero la cubrían. Las piernas traían hasta las rodillas con unos gregüescos muy anchos de lienzo blanco, y lo demás desnudo menos el pie, que cubría un enorme zueco de becerro, y de madera. Las armas en unos eran picas, y en los otros unas porras de gran peso y guarnecidas de puntas de hierro, cuyo golpe debía de ser fatal en aquellos brazos robustos y fornidos. Todos ellos se distinguían por su corpulencia, por su fuerza y por la pesadez de sus movimientos.

Los de las montañas de la Cabrera traían todos gorros de pieles de cordero, coleto muy largo de piel de becerro destazada y de color rojizo; calzones ajustados de paño oscuro, y unas pellejas rodeadas á las pantorrillas y sujetas con las ligaduras y correas de la abarca. La traza de estos serranos era viva, ágil y suelta; su cuerpo enjuto, su fisonomía atezada y seca, porque su vida dura de cazadores y pastores, los sujetaba á todas las asperezas é inclemencias de su clima; y las armas que usaban eran un gran cuchillo de monte al cinto y su ballesta, en la cual eran muy certeros y temibles. Pudiérase decir de los unos que componían la infantería de línea de aquel pequeño ejército, y de los otros, que eran los flanqueadores y tropas ligeras á quienes por lo fragoso del país debería caber la mayor gloria y peligro de la demanda, que no dejaba de ofrecerlo grave.

Toda esta gente acampó á la falda del antiguo monte *Meduleum*, tan celebrado por su extraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominación romana en la península ibérica. Esta montaña horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico, por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas, y la acción de las aguas invernizas que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Está vestida de castaños bravos y matas de roble, y coronada aquí y allá de picachos rojizos y de un tono bastante crudo, que dice muy bien con lo extravagante y caprichoso de sus figuras. Su extraordinaria elevación, y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se extienden á su pie, residuo de las inmensas excavaciones romanas, acaba de revestir aquel paisaje de un aire particular de grandeza y originalidad, que causa en el ánimo una emoción misteriosa. De las galerías se conservan enteros muchos trozos que asoman sus bocas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos, y dan la última pincelada á aquel cuadro, en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos, campean sobre las ruinas de la codicia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos. Al pie de la montaña está fundada la aldea de las *Médulas* poco considerable en el día, pero que en la época de que hablamos era mucho más pobre y ruin todavía. Aquí asentó el conde sus reales, rodeado del trozo más florido y mejor armado de su gente, y la que no pudo ampararse de las pocas chozas que allí había, se repartió por las minas y cuevas para buscar un abrigo contra la intemperie de la estación. La caballería se ladeó hacia la izquierda, y se extendió por las orillas del lago de Carucedo que le brindaban abundosos pastos y forrajes. De esta suerte repartidos, púsose el sol turbio y triste de Diciembre, y estableciendo sus guardias y precaviéndose como lo pedía la vecindad de un enemigo audaz y temible, aguardaron al rededor de sus hogueras la venida del nuevo día.

Amaneció este, y al punto los clarines, gaitas y tamboriles saludaron sus primeros resplandores. Los relinchos de los caballos á la orilla del lago, los ecos de los groseros instrumentos, las voces de mando y los romances guerreros de aquellas alegres y animadas tropas, resonaban con extraordinario ruido entre aquellas breñas y precipicios; y los corzos y javalíes huían asustados por las laderas con terribles saltos y bufidos. Semejante estruendo y algarabía formaba raro contraste con el reposo y silencio del castillo, cuyos caballeros inmóviles como estatuas reflejaban en sus bruñidas armaduras los tempranos rayos del sol. El ronco murmullo, que se oyó entre ellos, fué el de los salmos y oraciones matutinas, que entonaron á media voz de rodillas, con la cabeza descubierta, las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hácia el oriente. Concluído este acto religioso tornaron á su silencio y recogimiento ordinario, aguardando en actitud briosa la llegada del enemigo, que de momento á momento se acercaba, á juzgar por la distinción y claridad con que se oían sus instrumentos músicos. Don Alvaro pidió licencia para batir y registrar el campo, pero el comendador no se la otorgó, resuelto, á pesar de su ardimiento y cólera, á no romper el primero las hostilidades, conforme á lo acordado entre los templarios españoles; y temeroso por otra parte de que don Alvaro, sin escuchar más voz que la de su resentimiento, no se empeñase temerariamente. Otro caballero de más edad salió á la descubierta, y después de reconocer bien al enemigo y haber escaramuzado ligeramente con sus corredores, se volvió á dar cuenta á Saldaña de su expedición.

Mientras tanto las cejas de los montes vecinos se fueron coronando de montañeses, que no cesaban en sus rústicas tonadas. Los gallegos se extendieron por la ladera más suave que se extiende hacia Bermés; y la caballería, á que por la naturaleza del terreno y la clase del ataque no podía caberle gran parte de peligro ni de gloria, se estacionó en la reducida llanura que corona la cuesta de Río Ferreiros, ocupando el camino único de Cornatel, y cortando

toda comunicación con Ponferrada. El conde apareció poco después, seguido de los hidalgos de su casa, montado en un soberbio caballo de guerra, castaño, con riendas y arreos de seda azul cuajados de plata, que el fogoso animal salpicaba de espuma á cada movimiento de cabeza. La armadura era del mismo color y adornos, con una banda encarnada que la atravesaba, y el casco dorado remataba con hermoso penacho de plumas blancas y tendidas que se movían al leve soplo del viento. Venía, en suma, gallardamente ataviado en medio de su lucido cortejo, y su hueste entera le saludó con vivas y aclamaciones, y con las sonatas, más expresivas que melodiosas, de sus gaitas y tamboriles. Saludó él también graciosamente con su espada, volviéndose hacia todas partes, y en seguida se puso á reconocer la posición con aquel ojo militar y certero que en muchas guerras le había granjeado fama de diestro y experimentado caudillo. Bajó paso á paso la cuesta de Río-Ferreiros, cruzó el riachuelo entonces hinchado por las lluvias, y presto se convenció de que por aquella parte el castillo era inexpugnable, porque la naturaleza se había empeñado en fortificarle con horrorosos precipicios. Para mayor seguridad, sin embargo, situó un destacamento de caballería en el vecino pueblo de Santalla, con lo cual aseguraba de todo punto el camino de Ponferrada. Subió en seguida de nuevo el recuesto, y entonces decidió hacer su embestida por el lado de poniente y mediodía, donde la fortaleza presenta dos frentes regulares, pero defendidos entonces cuidadosamente con una fortísima muralla y un foso muy hondo.

Por respeto á los usos de la guerra, envió antes de comenzar el ataque, un pliego á los sitiados, comunicándoles las órdenes que tenía del rey, é intimándoles la rendición con amenazas y arrogancias empleadas adrede para exacerbarlos y empeorar su causa con la resistencia. Saldaña contestó, según era de esperar, que ninguna autoridad reconocían en el monarca de Castilla, como miembros que eran de una orden religiosa solo dependiente del Papa; que de las órdenes de Su Santidad solo obedecían la que les

mandaba comparecer en juicio, pero no la que les desposeía de sus bienes y medios de defensa antes de juzgarlos, pues claro estaba que la había arrancado la violencia del rey de Francia; y finalmente, que no habiéndose purgado el conde de la ruindad de Tordehumos, cometida en la persona de don Alvaro Yáñez, le advertía, que no trataría con él de igual á igual, y que á cuantos mensajeros enviase, los recibiría como á espías de un capitán de bandoleros, y los ahorcaría de la almena más alta. Aunque el conde se esperaba semejante respuesta, los términos de menosprecio y denuesto en que estaba concebida, le hicieron rechinar los dientes de ira, y le robaron el color de la cara. Lo peor del caso era, que su conciencia le repetía punto por punto las injurias del comendador, y que con enemigo tan implacable y fiero, no valían desdenes ni altanerías.

Como quiera, pasado el primer impulso volvieron sus ordinarias y habituales disposiciones á su natural corriente, y por último, se alegró ferozmente de aquel desafío á muerte, en que la superioridad numérica de sus tropas y el apoyo del rey, del Pontífice y de toda la cristiandad, parecían prometerle que llevaría lo mejor. Había recibido con siniestra alegría la nueva de la profesión de don Alvaro, porque de esta suerte, él mismo se prendía en las redes que acabarían por perderle. Así, pues, gozoso de contar como por suyos, á dos tan aborrecidos enemigos, se apresuró á trazar aquel mismo día las trincheras, y señalar los puestos y cuerpos de guardia con gran tino y habilidad, para apretar aquel baluarte en que tan grandes esperanzas tenía puestas la orden. En realidad, para cercar un castillo por su misma situación aislado, pocas fuerzas eran necesarias: para apoderarse de él era para lo que ocurrían inmensas dificultades.

Los gallegos comenzaron al punto á abrir las trincheras, y los montañeses de Cabrera bajando de las crestas de la montaña que cae al mediodía del castillo, y amparándose de los matorrales y peñascos, protegían sus trabajos con una nube de flechas dirigidas con gran puntería. Acau-

dillábalos un hidalgo de aquel país, llamado Cosme Andrade, arquero y ballestero muy afamado, y la distribución y colocación que les dió, fué muy atinada; pues apenas asomaba un sitiado, le alcanzaba al punto una flecha. De ellos algunos peor armados, cayeron pasados en claro y otros mal heridos; pero los caballeros con sus armaduras damasquinas, de finísima forja, nada tenían que temer de aquellas armas lanzadas á cierta distancia, y sobre todo mal templadas para atravesar sus petos y espaldares. En cambio los ballesteros del castillo, cuando alguno de los enemigos se descubría, al punto le convertían en blanco, y como no siempre los matorrales y retamas los escondían del todo, y por otra parte sus enormes coletos de destazados no los resguardaban bien, venía á resultar, como era natural, que recibían más daño. De todas maneras, sus disparos incomodaban extraordinariamente á los del castillo, y á su sombra seguían las obras del cerco.

Todo aquel día corrió de este modo, sin que los caballeros hiciesen salidas ni ningún género de demostración hostil, y entrambos bandos pasaron la noche en sus respectivos puestos. Cornatel, envuelto en el silencio y las tinieblas, formaba vivo contraste con el campo del de Lemus, resplandeciente con un sin número de hogueras, en que asaban cuartos de vaca y trozos de venado como en los tiempos de Homero; y poblado de un murmullo semejante al de una inmensa colmena. El conde descansó poco en toda aquella noche, y continuamente se le veía pasar de un corro á otro, como animando y prometiendo recompensas á sus gentes. Brillaban sus armas á la luz de las hogueras, y su penacho blanco se revestía de un color rojizo, mientras agitado por un viento recio que se había levantado, flotaba semejante á un fuego fatuo en la cimera de su yelmo. Por lo demás, tantas lumbres encendidas por la ladera del monte arriba, y cuyas llamas, ora vivas y resplandecientes, ora turbias y oscuras, según la humedad ó sequedad del combustible, oscilaban á merced del viento con mil formas caprichosas, y llenando el aire con los fan-

tásticos festones del humo que despedían, formaban un espectáculo sumamente vistoso y sorprendente. La principal ardía delante de la tienda del conde, sobre la cual estaba enarbolada la bandera de los Castros, que también azotaban las ráfagas nocturnas, silbando por entre las rocas y árboles. Una porción de mujeres que habían seguido á sus padres, maridos, amantes ó hermanos á aquella expedición, vestidas las unas con una saya blanca, un dengue encarnado al pecho y un pañuelo blanco á la cabeza, ó con rodados oscuros, dengues y jubones del mismo color, y un tocado de pieles negras, según eran, de Galicia ó de Cabrera, y una gran parte de ellas, jóvenes y agraciadas, acababan de completar aquel cuadro, bullendo y agitándose por todas partes. A cierta hora, sin embargo, cesó todo movimiento, sino es el de los centinelas que se paseaban cerca del fuego, y un ruido acompasado como de martillazos, con que algo se clavaba.

Saldaña, que con su vista de águila había seguido todo aquel día los pasos del enemigo, adivinando sus intenciones como si fuesen las suyas propias, estaba entonces en uno de los más altos torreones del castillo, acompañado del señor de Bembibre, no menos ocupado que él en observarlo todo atentamente.

—Don Alvaro, dijo por fin con mal disimulado regocijo, mañana vienen.

—Ya lo sé, respondió el joven; oid cómo clavan ó las escalas ó el puente de vigas, con que piensan suplir el levadizo, para atacar la puerta cuando nos hayan ganado la barbacana.

—¡Pobres montañeses! repuso Saldaña con una sonrisa y un acento en que se notaba tanto menosprecio como lástima; piensan que nos van á cazar como á los osos y javalíes de sus montes, y sin duda despertarán muy tarde de su sueño.

—¿Me perdonaréis si os pregunto lo que pensáis hacer? le preguntó el mancebo respetuosamente.

—No todo os diré ahora, contestó el comendador; solo

sí que á vos reservo la parte más honrosa y brillante de la jornada. Antes de romper el día bajaréis con todos los caballos que hay en el castillo por la escalera secreta que ya sabéis y va á dar á la orilla misma de ese riachuelo, y siguiendo su orilla, tomaréis la vuelta á la caballería del conde, que creyéndonos de todo punto aislados, sin duda estará desprevenida y la desbarataréis; pero para esto preciso será que aguardéis emboscado en el monte hasta que la campana del castillo os dé la señal, tañendo á rebato.

—Pero, señor, repuso don Alvaro, ¿y podrán bajar los caballos por aquella escalera de piedra tan larga y pendiente!

—Todo está previsto, respondió el anciano, la escalera está llena de tierra para que no resbalen. Además; ya sabéis que los caballos del Temple son de las mejores castas de la Siria y de Andalucía, aquí y en toda la Europa, y nuestros esclavos infieles los enseñan y acostumbran á todo.

—¿Y habéis tenido en cuenta, insistió don Alvaro, el cuerpo avanzado que tienen en Santallà.

—Eso es lo que los pierde cabalmente, replicó el comendador; porque como solo atienden al camino de Ponferrada, podéis pasar por medio de entrambos y cogerlos de improviso. ¡Ah, don Alvaro, añadió tristemente, yo he peleado con los árabes y mamelucos, ¿y queréis que no se me alcance algo de estratagemas y ardides?

—Sí, sí, ya veo que todo lo tenéis previsto; pero ¿y querrán los caballeros más antiguos que yo, pelear bajo mi mando?

—Todos os estiman y os respetan por vuestra alcurnia, carácter y valor, contestó Saldaña, y todos os obedecerán gustosos; pero ¿qué tenéis que no habéis hecho sino ponerme reparos y dificultades en lugar de agradecerme la preferencia que os doy?

Don Alvaro permaneció callado y como indeciso unos breves instantes, al cabo de los cuales volvió á preguntar á Saldaña:

—¿Y pensáis que el conde esté mañana con sus lanzas?

—No por cierto, contestó él, porque ya sabéis que nuestro enemigo no abandona los sitios de riesgo. Nuestro odio mismo nos obliga á hacerle justicia.

—Pues entonces, repuso don Alvaro, más os agradeciera que me dejarais en la barbacana del castillo.

Saldaña levantó entonces la cabeza y le dirigió una terrible mirada que don Alvaro no vió por la oscuridad de la noche, pero su ademán le hizo bajar los ojos.

—Don Alvaro, le dijo el anciano con severidad, hace muchos años que á ningún mortal se ha acercado mi corazón tanto como á vos; por lo mismo no os advertiré que vuestro único deber es la obediencia: pero no dejaré de deciros, que el desprendimiento personal es lo que más ensalza al hombre. Para esta empresa os necesito, id y cumplidla, y prescindid por hoy de vuestro odio por más legítimo que sea, y esperad á mañana, que tal vez la suerte le ponga en vuestras manos. De todos modos si me le entrega á mi albedrío, tal vez le irá peor.

Don Alvaro, un tanto avergonzado de haber querido anteponer el interés de su venganza á la gloria de aquella milicia, que con tanto amor le había recibido en sus filas, dió sus disculpas al comendador, que las recibió con su señalada benevolencia, y se dispuso á su empresa que no dejaba de ofrecer riesgos. El comendador se separó de él para dar las últimas órdenes y acabar los preparativos, ya de antemano dispuestos, con que pensaba recibir á los sitiadores en el asalto del día siguiente.

CAPÍTULO XXVI.

Buen rato antes de que asomase por entre las nieblas del oriente la aurora pálida y descolorida de aquel día en que debían suceder tantos casos lastimosos, don Alvaro seguido de una gran porción de caballeros, bajó por aquella escalera que solo otra vez, y con tan distintas esperanzas

había pisado. Los caballos llegaron también sin gran trabajo á la orilla del torrente, que entonces corría con tremendo estrépito, muy apropósito para ocultar su marcha. Emprendiéronla callados y atentos al inminente riesgo que les cercaba, porque caminaban por una ladera gredosa y escurridiza y por una senda estrecha y tortuosa al borde mismo de los enormes barrancos, que excava aquel regato, poco antes de entrar en el Sil. Desfilaban uno por uno con gran peligro de ir á parar al fondo al menor resbalón, y con otro no menor de ser descubiertos en tan apretado trance por el relincho de un caballo; pero estos generosos animales, como si conociesen la importancia de la ocasión, no solo anduvieron el difícil camino sin dar un paso en falso, sino que apenas soltaban tal cual corto resoplido. Por fin salieron de aquellas angosturas, y antes de que amaneciese, ya estaban emboscados en el monte de acebuches que linda con el pueblo de San Juan de Paluezas, y llegaba muy cerca del campamento de la caballería del conde de Lemus. Allí cuidadosamente escondidos, aguardaron la convenida señal.

Poco tardaron en colorearse débilmente los húmedos celages del oriente, y los clarines, gaitas y tamboriles de los sitiadores, despertaron á los que todavía dormían al amor de la lumbre. Levantáronse todos ellos alborozados, y dando terribles gritos, se formaron al punto bajo sus enseñas. El conde de Lemus salió de su tienda y en un caballo blanco, donde el terreno lo permitia, y á pie en los riscos más difíciles, corrió las filas y pelotones, haciendo distribuirles dinero, raciones y aguardiente, y alentándolos con su natural y astuta elocuencia contra aquellos idólatras impíos que adoraban un gato, y que dejados de la mano de Dios, poco tardarían en caer bajo las suyas. Semejantes razones subyugaban y exaltaban á aquellas gentes crédulas y sencillas y doblaban su brío; así es, que el clamoreo y alharaca ensordecía y atronaba el aire. Los templarios por su parte, después de haber hecho su acostumbrada oración, conservaron su natural gravedad, y el comendador,

que pensaba haberles arengado, después de haber observado el denuedo de sus miradas y semblantes, conoció la inutilidad de exhortar á unas gentes, en cuyos pechos ardía la llama del valor como en su propio altar, y se contentó con repetirles, con aquel majestuoso ademán que tan bien le cuadraba, el versículo que días antes había dicho á don Alvaro al tomar por segunda vez el mando del castillo:—*Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos:* Los caballeros, aspirantes y hombres de armas, lo repitieron en voz baja, y cada uno quedó en su sitio sin hablar más palabra.

Los momentos que siguieron fueron de aquellos zozobrosos y llenos de ansiedad, que preceden generalmeute á todos los combates, y en que el temor, la esperanza, el deseo de gloria, los recuerdos y lazos que en otras partes pueden atar el corazón, y un tropel, en fin, de encontradas sensaciones, batallan en el interior de cada uno. Por fin las trompetas de los sitiadores dieron la última señal á la cual los añafiles y clarines de los templarios respondieron con agudas y resonantes notas como de reto, y los cuerpos destinados al asalto se pusieron en movimiento rápidamente, precedidos de un cordón de ballesteros que despedían una nube de saetas, y sostenidos por otros muchos, que desde las quiebras y malezas los ayudaban poderosamente. Encamináronse, como era natural, contra la barbacana del castillo, solo dividida de éste por el foso y enlazada con él por el puente levadizo; asestando sus tiros contra los caballeros que la defendían, y que por su parte recibieron á los sitiadores con descargas, en que maltrataron é hirieron á muchos. Sin embargo, su defensa fué menos tenaz de lo que el conde aguardaba; así es que dieron lugar á los más atrevidos á acercarse á la puerta, sobre la cual empezaron á descargar al punto redoblados hachazos. Los caballeros, viendo sin duda lo poco que podían resistir aquellas débiles tablas á semejante empuje y sacudidas, atravesaron en seguida el puente levadizo que se alzó al punto, justamente cuando forzada la puerta, cabreireses y gallegos se precipitaban de tropel en la barbacana. Pasma-

dos todos, y el de Lemus en especial, de tan floja defensa, creyeron que la hora del Temple había llegado, cuando así se amortiguaba de repente la estrella rutilante de su valor. Comenzaron, pues, á denostarlos con injuriosas palabras, á las cuales no respondían sino disparando de cuándo en cuándo alguna flecha ó piedra, amparándose, sin embargo, cuidadosamente de las almenas. La caballería, que desde su puesto veía el triunfo de los suyos, y tremolar la bandera del conde en la barbacana, prorrumpió en una estrepitosa y alegre gritería, victoreando y agitando sus lanzas desde abajo. Estaban pie á tierra los ginetes, y con los caballos del diestro descansando enteramente en la avanzada apostada en el camino de Ponferrada, y tenían puestos los ojos y el alma en el drama que más arriba se representaba, y del cual, con gran enojo suyo, solo venían á ser fríos espectadores.

Los de la barbacana trajeron al instante el puente de vigas que habían estado clavando y aderezando á prevención en la noche anterior, y que no habían conducido desde luego, contando con que el primer ataque sería más largo y reñido. Desmentido con gran gusto suyo este pronóstico, asomaron inmediatamente con su informe pero sólida armazón por la puerta interior de la barbacana para echarlo sobre el foso. Los sitiados entonces parecieron reanimarse, y se presentaron en la plataforma que dominaba la puerta, arrojando piedras y venablos; pero la granizada de flechas de los montañeses los hizo retirar al punto. La afluencia de estos desgraciados era tal, que la barbacana estaba atestada de gentes á cual más deseosas de abalanzarse á la puerta del castillo, y echándola al suelo, entrar á saco y á degüello aquellos cobardes guerreros. Por fin con harto trabajo se asentó el puente, y un sin número de montañeses y valdeorranos se agolparon á herir con sus hachas las herradas puertas del castillo.

No bien habían descargado los primeros golpes, cuando un grito de horror resonó entre aquellos infelices, de los cuales una gran parte cayeron en el foso, y otros en el

mismo puente, lanzando espantosos ahullidos y revolcándose desesperadamente. Los que les seguían, empujados por la inmensa muchedumbre de atrás, aunque horrorizados porque apenas sabían á qué atribuir aquel repentino accidente, corrieron también contra la puerta. Entonces se vió claro lo que tales gritos arrancaba y tan grandes estragos hacía. Aquellos desdichados mal armados, morían abrasados bajo una lluvia de plomo derretido, aceite y pez hirviendo que venía de la plataforma, y de la cual salían también muchísimas flechas rodeadas de estopas alquitranadas y encendidas, que no podían desprenderse, ni arrancarse, sin quemarse las manos. Algunos quisieron retroceder, pero el extraordinario empuje que venía de afuera, no solo se lo estorbaba, sino que vomitaba sin cesar sobre el puente nuevas víctimas. Los que estaban debajo de la arcada de la puerta, conociendo su peligro y creyéndose á cubierto por algunos instantes, menudeaban los golpes deseosos de terminar aquella horrenda escena; pero cuando más descuidados estaban, por unos agujeros, sin duda practicados de intento en las piedras, comenzó á llover sobre ellos aquel rocío infernal, y al querer retirarse, las piedras que caían por los matacanes, acabaron de estropearlos. Entonces comenzó á sonar á rebato la campana del castillo, como si doblase por los que morían en los fosos y al pie de sus murallas; los muros y la plataforma se coronaron de caballeros que cubiertos de acero de pies á cabeza, y con el manto blanco á las espaldas y la cruz encarnada al lado, se mostraron como otras tantas visiones del otro mundo á los ojos de aquella espantada muchedumbre. Unos cuantos esclavos negros que desde la plataforma derramaban y esparcían aquel fuego voraz, asomaron entonces sus aplastados semblantes de azabache, animados por una diabólica sonrisa, y aquellas acobardadas gentes, creyendo que el infierno todo peleaba en su daño, comenzaron á arrojar sus armas consternados y tomando la huída.

El conde que, con tanto ahogo y apretura, se ha

bía visto embarazado en la barbacana, pudo desprenderse en aquel momento crítico, y arrojándose al puente para reanimar á los fugitivos, y pasando por encima de los muertos y heridos, sin hacer caso de las lluvias de piedras y aceite hirviendo que caían sobre su impenetrable armadura, llegó hasta la puerta con un cercano deudo suyo muy bien armado. Asieron allí las hachas de manos de dos muertos, y comenzaron á descargar tan recios golpes, que de arriba abajo se extremecía el portón á pesar de sus chapas de hierro. Entonces una enorme bola de granito, bajando por uno de los matacanes, cayó á plomo sobre la cabeza de su pariente, que al punto vino al suelo muerto, con el cuello y el cráneo rotos, viendo lo cual otros hidalgos de su casa que se habían quedado á la puerta de la barbacana, atravesaron el puente desalados, y á viva fuerza arrancaron de allí á su jefe.

La caballería entretanto, como hemos dicho, seguía con envidiosos ojos la pelea de sus compañeros, cuando oyó tocar á rebato la campana del castillo. Entonces creyeron que ya era el conde dueño de él, y con loca presunción comenzaban á darse el parabién de tan feliz jornada, cuando de repente les extremeció á sus espaldas una trompeta, que sonó en sus oídos como la del último día, y volviendo los asombrados ojos, vieron el corto pero lucido escuadrón de don Alvaro, que lanza en ristre y á todo escape les acometía. Muchos caballos espantados no menos que sus ginetes, rompieron la brida y dieron á correr por las cuestas, dejando á pie á sus dueños, que fueron los primeros que cayeron al hierro de las lanzas enemigas. Los restantes, que pudieron ocupar las sillas en medio del tumulto, arremolinados y envueltos en sí propios, solo hicieron una cortísima resistencia, durante la cual, mordieron muchos sin embargo la tierra, y al punto se dispersaron, bajando algunos á reunirse con el destacamento que tenían en el camino de Ponferrada, corriendo otros por la ladera del monte á reunirse con las bandas de peones, y echando los demás con desbocada carrera por el camino de las Médulas. Don

Alvaro, deseoso de dar alcance á los que iban á incorporarse con el grueso de la hueste del conde, picó en pos de ellos por la ladera, con el firme intento, no solo de ahuyentarlos, sino de coger á los enemigos por la espalda.

Saldaña, bien informado del éxito de esta arriesgada empresa, bajó entonces seguido de sus más escogidos caballeros, echando el puente levadizo, porque el otro estaba ya medio consumido por el fuego, embistió denodadamente la barbacana con un hacha de armas en las manos, cada golpe de la cual, cortaba un hilo de vida en aquella gente todavía apiñada y comprimida. En medio de aquel tumulto y matanza, acertó á ver al conde que forcejeaba con sus hidalgos y deudos, para volver al puente.

—¡Conde traidor! le gritó el comendador ¿cómo tan lejos del peligro?

—Allá voy, hechicero infernal, ligado con Satanás, le respondió él con la boca llena de espuma y rechinando los dientes; y dando un furioso empellón, se fué para el templario determinado y ciego. Llegó á él, y con el mayor coraje le tiró una soberbia estocada, que el comendador supo esquivar; y alzando el hacha con ambas manos, iba á descargarla sobre él, cuando uno de sus deudos se interpuso. Bajó el arma como un rayo, y dividiendo el escudo cual si fuera de cera y hendiendo el capacete, se entró en el cráneo de aquel malhadado mozo, que cayó al suelo con un profundísimo gemido. Trabóse entonces una reñidísima contienda, porque cuando los del conde vieron que se las habían con hombres como ellos y no con vestiglos ni espíritus infernales, cobraron ánimo; pero peor armados y menos diestros que sus enemigos, naturalmente llevaban lo peor. En esto un ginete con el caballo blanco de espuma y sin aliento, se presentó á la puerta de la barbacana y dijo en alta voz:

—¡Conde de Lemus! vuestra caballería ha sido desbaratada por un escuadrón de estos perros templarios, que no tardará seis minutos en llegar.

—¿Hay más desventuras, cielos despiadados? exclamó él

conde levantando al cielo su espada que apretaba convulsivamente.

—Sí, todavía hay más, le dijo Saldaña con voz de trueno, porque ese que con un puñado de caballeros ha destrozado tus numerosas lanzas, ese es el señor de Bembibre, tu enemigo.

Lanzó el conde un rugido como un tigre, y de nuevo quiso embestir al comendador; pero los suyos se lo impidieron arrancándole de aquel sitio, porque los gritos y galope de los caballeros que iban al mando de don Alvaro, se oían ya muy cerca. Saldaña no juzgó prudente acometer fuera de su castillo y con la poca gente que lo guarnecía á un enemigo todavía respetable por su número, y que acababa de dar tan repetidas muestras de valor. Los caballeros que le acompañaban habían cerrado la puerta con sus cuerpos, y dejado acorralados un gran número de montañeses que aunque no acometían, no parecían dispuestos á rendirse sin pelear de nuevo.

—Y vosotros, infelices, les dijo el comendador, ¿qué suerte creéis que va á ser la vuestra después de acometernos tan sin razón?

—Nos sacrificaréis á vuestro ídolo, contestó uno que parecía capitán, y le pondréis nuestras pieles, que es lo que dicen que hacéis; pero aun os ha de costar caro. En cuanto á venir á haceros guerra, el rey y el conde de Lemus, nuestros naturales señores, lo han dispuesto, y como es servicio á que estamos obligados, por eso hemos venido.

—¿Y quién eres tu que con ese desenfado me hablas, cuando tan cerca tienes tu última hora? ¿Cuál es tu nombre?

—Cosme Andrade, replicó él con firmeza.

—¡Ah! ¿con qué eres tú el arquero celebrado en toda Cabrera?

—Más celebrado hubiera sido hoy, respondió él, porque á no ser por el maleficio de vuestra armadura, os hubiera atravesado lo menos cinco veces.

—¿Y qué hubieras hecho conmigo si hubiese caído en tus manos?

—Yo no era el que mandaba, y de consiguiente, nada os hubiera hecho por mí; pero si el conde os hubiera quemado vivo, como se dice que han hecho allá muy lejos con los vuestros, yo hubiera atizado el fuego.

—¿Quiere decir que no te agraviarás si te mando ahorcar, porque aun es tratarte mucho mejor?

—De manera, señor, respondió el montañés, que á nadie le gusta morir, cuando como yo puede matar todavía muchos osos, rebezos y venados; pero cuando vine á la guerra, me eché la cuenta, de que con semejante oficio, no es fácil morir en la cama con el cura al lado y asistido por su mujer. Así pues, señor caballero, haced lo que gustéis de nosotros, pero no extrañéis que nos defendamos, porque eso lo hacen todos los animales cuando los acosan.

—No es necesario, contestó Saldaña, porque tu valor os libra á todos del cautiverio y del castigo. Caballero Carvajal, dijo á uno de los suyos; que se den cien doblas al valeroso Andrade para que aprenda á tratar á sus enemigos, y acompañadle vos hasta encontrar con don Alvaro, no sea que le suceda algún trabajo.

El montañés se quitó su gorro de pieles que había tenido encasquetado hasta entonces, y dijo:

—Agradezco el dinero y la vida, porque me los daréis, á lo que se me alcanza, sin perjuicio de la fidelidad que debo á mi rey y al conde mi señor.—El comendador le hizo una señal afirmativa con la cabeza.—Pues entonces, añadió el montañes, Dios os lo pague, y si algún día vos ó alguno de los vuestros os veis perseguidos, idos á Cabrera, que allí está Andrade, y al que intente dañaros, le quitará el modo de andar.

Con esto se salió muy contento seguido de los suyos, acompañado del caballero Carvajal y diciendo entre dientes:—No, pues ahora excusa el conde de venir con que son mágicos ó no lo son, porque por estrecho pacto que tengan con el diablo, ni el diablo ni él les quitarán de ser caballeros de toda ley. ¡Así quiera Dios darme ocasión de hacer algo por ellos!

La precaución de Saldaña no podía ser más cuerda, pues á los pocos pasos encontraron á los caballeros de don Alvaro, que al ver los rojizos coletos de los montañeses, al punto enristraron las lanzas. Carvajal se adelantó entonces, y los dejaron pasar sanos y salvos, sin más pesar que el recuerdo de los compañeros que dejaban sin vida, delante de aquel terrible castillo. Don Alvaro no solo cumplió el objeto de su salida, sino que antes de volver á Cornatel, quemó las empalizadas y chozas de los sitiadores, se apoderó de sus víveres y pertrechos, y trajo arrastrando la bandera enemiga. Todo esto pasaba á la vista del conde que trepando por la agria pendiente de los montes, y desesperado de vencer el terror pánico de los suyos, y llevarlos á las obras que había trazado, veía aquel rival aborrecido, talarlo y destruirlo todo, mientras él huía en medio de los suyos, que en aquel momento parecían una manada de corzos acosada de los cazadores.

Así pues, reunió su gente como pudo, y aquella misma noche volvió á las Médulas, de donde dos días antes había salido con tan diferentes pensamientos. Allí escogió una posición fuerte y aventajada, en la que se reparó con el mayor cuidado, y adonde poco á poco se le fueron allegando los dispersos. Aquella noche se pasó entre las voces de los que se llamaban unos á otros según iban llegando, entre los lamentos de los heridos y los llantos de las mujeres que habían perdido alguna persona querida; los más valientes habían perecido en la refriega, y cuando los respectivos jefes pronunciaban sus nombres, solo les respondía el silencio ó algún amargo gemido. El conde mismo había perdido dos deudos muy cercanos y veía retrasada por lo menos, durante mucho tiempo, una empresa de que tanta honra y mercedes pensaba sacar. Todas estas desdichas exacerbaron su orgullo ofendido, y avivaron su odio á los templarios, y en especial á don Alvaro, de manera que todo se propuso intentarlo á fin de vengarse.

Por lo que hace al señor de Bembibre que tantos laureles había cogido en aquella jornada, fué recibido con ta-

les muestras de estimación y con tanto aplauso, que su entrada en Cornatel fué un verdadero triunfo.

CAPÍTULO XXVII.

Después de la malograda empresa que acabamos de describir, el conde mandó á pedir refuerzos á sus estados de Galicia, firme en su propósito de lavar con la toma de Cornatel la afrenta recibida. Antes de que llegasen sin embargo, las mesnadas de Arganza y Carracedo cruzaron el Sil al mando de don Alonso Ossorio, y fueron á engrosar sus diezmadas filas: socorro oportunísimo en aquellas circunstancias poco favorables, no solo por el número y calidad de sus guerreros sino por el prestigio que el señor de Arganza disfrutaba en el país, y sobre todo, por el sello de religión que parecía poner en la demanda la intervención del abad de Carracedo, justamente respetado por sus austeras virtudes. La confianza volvió á renacer con esto en su pequeño ejército, y como á pocos días comenzaron á venir de Cabrera nuevas bandas, otra vez florecieron en el conde sus antiguas y risueñas esperanzas.

La entrevista de suegro y yerno fué, como pueden figurarse nuestros lectores, muy ceremoniosa, porque delante de sus respectivos vasallos debían dar el ejemplo de unión y concierto de voluntades, que tanto provecho podría traer á la causa que defendían.

No era la menor de las contrariedades que sufría impaciente don Alonso, la de servir debajo del mando de un hombre que, unido á él por los lazos del parentesco más inmediato, distaba infinito de su corazón por las fealdades que le manchaban. El conde, conociendo harto bien la dificultad de purgarse de sus culpas á los ojos de su suegro, y por otra parte, viendo bajo sus banderas los vasallos de Arganza, que era uno de los blancos á que se encaminaba desde muy atrás su calculada perfidia, se encastilló en su

altanería, y no quiso entrar con su suegro en ningún género de explicaciones. Este por su lado guardó una conducta en todo parecida, y aunque delante de los suyos y en todos los actos públicos le trataba con deferencia y aun con cordialidad, cuando la casualidad los juntaba á solas, acostumbraban á hablar únicamente de los asuntos militares propios de la empresa que habían acometido: situación para entrambos penosa, pero sobre todo para don Alonso, cuyo carácter franco y noble, se avenía mal con semejantes falsías y dobleces. Como quiera, el deseo de ocultar á los ojos del vulgo los pesares y desabrimientos de su familia, le obligaba á devorar en silencio su amargura, por desgracia demasiado tardía, y que hacía más insufrible todavía la comparación que á cada punto se le presentaba de la suerte de su hija, con la que otra elección más acertada pudiera haberle proporcionado.

Algo más tardaron en llegar los refuerzos de Galicia, tanto por la mayor distancia, cuanto porque el conde escarmentado con el pasado suceso, y convencido de que Cornatel, no era para ganado de una embestida, había hecho traer trabucos y otras máquinas de guerra, que embarazaron no poco la marcha de las tropas. Durante este tiempo sobrevinieron graves sucesos que aceleraron el desenlace de aquel drama enmarañado y terrible. Los templarios de Aragón, abandonados de todos sus aliados, y en lucha con un trono más afianzado y poderoso que el de Castilla, á duras penas podían resistir encerrados en Monzón y en algún otro de sus castillos, las armas de toda aquella tierra concitadas en contra suya, y andaban ya en tratos para rendirse. El rey de Portugal por su parte, apesar del apego con que miraba aquella noble orden, conociendo la dificultad de calmar la opinión general, y temeroso por otra parte, de los rayos del Vaticano, había cedido en su propósito más generoso que político, y aconsejado á don Rodrigo Yáñez y al lugarteniente de Aragón, que aceptando su mediación y confiándose á la justificación de los concilios provinciales, entregasen desde luego sus castillos y bienes,

en obediencia de las bulas pontificias. Tal había sido la opinión del maestre de Castilla en un principio, pero los ultrajes hechos á la orden por una parte, la conmoción difícil de calmar introducida entre sus caballeros por otra, y por último, la imprudencia del rey Fernando el IV, en elegir para capitán de aquella facción al enemigo más encarnizado del Temple en el reino de León, le habían retraído de ponerla en planta. De todos modos, ahora la inexorable mano del destino, parecía indicarle esta senda, y por lo mismo envió cartas á Saldaña, noticiándole lo que pasaba, y exhortándole á que atajando la efusión de sangre, entrase en capitulaciones honrosas con el conde. El anciano comendador dió por respuesta que el encono y rencor implacable del de Lemus, imposibilitaban todo término justo y decoroso de avenencia, pues solo soñaba y respiraba venganza del revés que había experimentado delante de sus murallas: que con semejante hombre, ajeno á toda hidalguía, no podía responder de las vidas de sus caballeros, y finalmente, que si el rey traspasaba á otro cualquiera de sus ricos-hombres el cargo y la autoridad, desde luego entablaría las pláticas necesarias.

De estas noticias las más esenciales se derramaron brevemente por el campo sitiador, y el conde no dejó de aprovecharlas para sus intentos de odio y de venganza. Don Alonso no pudo menos de recordarle cuán ajeno era de la ley de la caballería negar todo acomodo honroso á unas gentes que tan ilustre nombre dejaban, sobre todo cuando tantos daños podían venir á la desventurada Castilla de la prolongación de una lucha fratricida; pero el conde le respondió que sus órdenes eran terminantes y su único papel la obediencia. Separáronse, pues, más desabridos que nunca, y el señor de Arganza le amenazó con que pondría de manifiesto ante los ojos del rey la preferencia que daba á sus rencillas é intereses particulares sobre el procomún de la tierra y de la corona. El conde, que en el fondo no desconocía la justicia y prudencia de semejantes reclamaciones temió con razón que la corte accediese á ellas, y como

por otra parte sus tropas estaban ya provistas y reforzadas se decidió á dar la última embestida á Cornatel.

Poco tardó en averiguar que los ginetes que habían destrozado su caballería habían salido del castillo, y no venido de Ponferrada como en un principio se figuró. Así, pues, procuró conocer la misteriosa puerta que sin duda daba al precipicio, deseoso de herir á su contrario por los mismos filos. Mandó llamar para esto al intrépido Andrade que, gracias á su serenidad y á los hábitos de cazador, podía andar por sitios inaccesibles á la mayor parte de las gentes, y al mismo tiempo poseía gran astucia y sagacidad.

—Cosme, le dijo en cuanto le vió en su presencia, ¿te parece que podremos entrar en ese infernal castillo por el lado del derrumbadero?

—Por muy difícil lo tengo, señor, respondió el montañés dando vueltas entre las manos á su gorro de pieles, á menos que no nos dén las alas de las perdices y milanos; ¿pero hay más que verlo, señor?

—Sí, pero en eso está el peligro, porque con una peña que echen á rodar de arriba pueden aplastaros en semejantes angosturas.

—De manera es que no hay atajo sin trabajo, respondió el animoso Andrade, y no estaré mucho peor que en aquel maldito puente que parecía el del infierno.

Frunció el conde el ceño con este importuno recuerdo de su derrota, pero conteniéndose como pudo, explicó sus deseos al montañés, que con la agudeza propia de aquellas gentes, los comprendió al momento.

—Así y con la ayuda de Dios, concluyó el caudillo, presto daremos cuenta de esos ruines hechiceros que solo con sus malas artes se defienden.

—En eso habéis de perdonar, señor, replicó el sincero montañés, porque si el diablo los asiste, no se ayudan ellos menos con sus brazos, que á fe que no son de pluma. Y sobre todo mágicos ó no, en sus manos me tuvieron con una porción de los míos, y pudiendo colgarnos al sol para que

nos comieran los cuervos, nos dejaron ir en paz y nos regalaron sobre esto.

Y en seguida contó al conde la escena de la poterna y la largueza del comendador. Mordióse el conde los labios de despecho al ver que en todo le vencían y sobrepujaban aquellos soberbios enemigos, y deseoso de borrar su liberalidad, dijo al cazador:

—Doscientas doblas te daré yo, si encuentras modo de que entremos en el castillo.

—Eso haré yo sin las doscientas doblas, respondió Andrade, porque las ciento que me dió Saldaña todas las he repartido entre los heridos, y las viudas de los pobres que murieron aquel día. A mí, Dios sea bendito, nada me hace falta, mientras tenga mi ballesta, y haya osos y jabalíes por Cabrera.

Con esto, y después de recibir las instrucciones del Conde, se salió de su tienda, y juntando una docena de los más esforzados de los suyos, bajó por detrás de Villavieja hasta el riachuelo y se acercó á la raíz misma de las asperezas que por allí defienden el castillo. Con sus ojos acostumbrados á los acechos nocturnos comenzaron á registrar las matas y peñascos, y entre una quiebra formada por dos de ellos y medio cubierta por los arbustos, tardaron poco en divisar los barrotes de hierro de la reja; pero no bien se habían acercado, cuando una flecha salió silvando de la oscuridad é hirió de soslayo á uno de ellos en un brazo. Apartáronse al punto conociendo que era imposible toda sorpresa con hombres tan vigilantes, y que una embestida á viva fuerza sería tan temeraria como inútil. Comenzaron por lo tanto á retirarse, pero al pasar por debajo del ángulo oriental del castillo, paróse Andrade y comenzó á mirar atentamente las grietas y matorrales de aquel escarpado declive. Por lo visto, hubo de satisfacerle su reconocimiento; pues comenzó á trepar por aquella escabrosidad asiéndose á cualquier arbusto, y asentando el pie en la menor prominencia del peñasco, hasta que llegó con asombro de los mismos suyos, á una especie de plata-

forma poco distante ya del torreón. Allí se puso á escuchar con gran ahinco por ver si sentía los pasos del centinela, y después de observar cuidadosamente durante otro rato todos los accidentes, formas y proyecciones del terreno, se volvió á bajar del mismo modo que había subido, aunque con mayor trabajo. En cuanto llegó á la margen del arroyo, recomendó el silencio á sus compañeros, y apretando el paso, poco tardaron en llegar á los barrancos de las Médulas. Dormía el conde á la sazón, pero en cuanto se presentó Andrade á la entrada de la tienda, al punto le despertó un paje y no tardó en introducir al montañés. Hízole sentar el conde, y después de ofrecerle una copa de vino que sin ceremonia trasegó á su estómago, le pidió cuenta de su expedición.

—Hemos dado con la puerta, contestó Andrade, pero está defendida, y por allí no hay que pensar en meterles el diente.

—Bien debí presumirlo, respondió el conde, pero la impaciencia me ciega y me consume.

—No os dé pena por eso, señor, respondió el montañés; porque he descubierto otro boquete algo mejor y más seguro.

—¿Y cuál? preguntó el conde con ansiedad.

—El torreón del lado del naciente, respondió el cazador muy ufano.

El conde le miró con ceño, y le dijo ásperamente.

—¿Estás loco, Andrade? ni los corzos y rebezos de tus montañas, son capaces de trepar por allí.

—Pero lo somos nosotros, replicó él con un poco de vanidad mal reprimida, ¿loco, eh? en verdad que para vos y los vuestros debe de ser locura llegar por aquel lado á pocas varas de la muralla.

—¿Pues no decías que eran menester las alas de las perdices para eso?

—Es que si entonces dije eso, ahora digo otra cosa, que como decía mi abuela, de sabios es mudar de consejo y además no soy yo el río Sil para no poder volverme atrás

de mis juicios, cuando van descaminados. Os digo que de allí al castillo no hay más que una mediana escala ó unas brazas de cuerdas con un garfio á la punta.

—Pero ¿crees tú que no tendrán allí escuchas ni centinelas? Cuenta que con dos hombres solos podrían desbaratarnos desde aquel sitio.

—Más de una hora estuve escuchando, repuso el montañés que ya comenzaba á impacientarse con tantas objeciones, y no oí ni cantar, ni rezar, ni silbar, ni ruido de armas ó de pasos.

—¡Ah! respondió el conde, poniéndose en pie con júbilo feroz: míos son, y de esta vez no se me escaparán. Pídeme lo que más estimes de mi casa y de mis tierras, buen Andrade, que por quien soy, te lo daré al instante.

—No es eso lo que tengo que demandaros, señor, replicó el cabreirés, sino la vida del comendador en especial y de todos los demás caballeros que prendamos. A mí y á los míos nos conservaron la que nos sustenta, y como sabéis sin duda mejor que yo, el que no es agradecido, no es bien nacido.

Quedóse como turbado el conde con tan extraña petición, pero recobrando sus naturales é iracundas disposiciones, le dijo rechinando los dientes y apretando los puños:

—¡La vida de ese perro de Saldaña! Ni el cielo ni el infierno me lo arrancarían de entre las manos!

—Pues entonces, replicó resueltamente el montañes, ya veremos como vuestros gallegos, que tienen la misma agilidad que los sapos, se encaraman por aquellos caminos carreteros, porque yo y los míos mañana mismo nos volveremos á nuestros valles.

—Quizá no volváis, respondió el conde con una voz ahogada por la rabia, porque quizá yo os mande amarrar á un árbol y despedazaros las carnes á azotes hasta que muráis. Vuestra obligación es servirme, como vasallos míos que sois.

El montañés le respondió con templanza pero valientemente:

—Durante la temporada del invierno, que es la de nuestras batidas y cacerías, ya sabéis que según costumbre inmemorial y fuero de vuestros mayores, no estamos obligados á serviros. Lo que ahora hacemos, es porque no se diga que el peligro nos arredra. En cuanto á eso que decís de atarme á un árbol y mandarme azotar, añadió mirándole de hito, os libraréis muy bien de hacerlo, porque es castigo de pecheros, y yo soy hidalgo como vos, y tengo una ejecutoria más antigua que la vuestra y un arco y un cuchillo de monte con que sostenerla.

El conde aunque trémulo de despecho, por uno de aquellos esfuerzos propios de la doblez y simulación de su alma, conociendo la necesidad que tenía de Andrade y de los suyos, cambió de tono al cabo de un rato, y le dijo amigablemente.

—Andrade, os otorgo la vida de esos hombres que caigan vivos en vuestro poder, pero no extrañéis mi cólera, porque me han agraviado mucho.

—Los rendidos nunca agravian, respondió Cosme; ahora nos tenéis á vuestra devoción hasta morir.

—Anda con Dios, le dijo el conde, y dispón todo lo necesario para pasado mañana al amanecer.

Salió el montañés en seguida, y el conde exclamó entonces con irónica sonrisa:

—¡Pobre nécio! ¿y cuando yo los tenga entre mis garras, serás tú quien me los arranque de ellas?

CAPÍTULO XXVIII.

De tan inminente peligro estaban amenazados los templarios de Cornatel, porque como no había memoria de que persona humana hubiese puesto la planta sobre el abismo que dominaba el ángulo oriental del castillo, ni parecía empresa asequible á la destreza humana, aquel lado no se guardaba. Lo más que solía hacerse en tiempos de peligro

era visitar de cuando en cuándo el torreón, más para registrar el campo desde allí que para precaver ningún ataque. Una vez dueños de él los enemigos, como ningún género de obstáculo interior habían de encontrar, claro estaba que la ventaja del número había de ser decisiva. Atacados á un tiempo por el frente y flanco, y desconcertados de aquella manera impensada y súbita, era segura la muerte ó la prisión de todos los caballeros. Solo una rara casualidad hizo abortar aquel plan tan ingenioso como naturalmente concebido.

Saldaña, como experimentado capitán, no se descuidaba en averiguar por todos los medios imaginables cuanto pasaba en el real enemigo; y sus espías bajo mil estudiados disfraces, sin cesar le estaban trayendo noticias muy preciosas. Aconteció, pues, que una noche se brindó á salir de descubridor nuestro antiguo conocido Millán, y disfrazándose con los atavíos de un montañés, muerto en el castillo de resultas de la pasada refriega, se dirigió por la noche á las Médulas, acompañado de otro criado del Temple, natural del país, que conocía todas las trochas y veredas como los rincones de su casa. La vista que ofrecía el campamento del conde en medio de aquellas profundísimas cárcavas, cuyo color rojizo resaltaba más y más con el trémulo resplandor de las hogueras, era sumamente pintoresca. La mayor parte de los soldados estaban resguardados del frío en las cuevas y restos que quedaban de las antiguas galerías subterráneas; pero los que velaban para impedir todo rebato, encaramados en aquellos últimos mogotes, visibles unas veces é invisibles otras, según las llamas de los fuegos lanzaban reflejos más vivos ó apagados, aunque siempre inciertos y confusos, parecían danzar como otras tantas sombras fantásticas en aquellas escarpadas eminencias. La forma misma de aquellos picachos, caprichosa y extraña y la oscuridad de los matorrales, imprimían en toda la escena un sello indefinible de vaguedad enigmática y misteriosa.

Para el que conoce todos los ramales de las antiguas

minas, fácil cosa es, aun ahora, sustraerse á las más exquisitas indagaciones por entre su revuelto laberinto. Así es que el compañero de Millán le guió por medio de la más tremenda oscuridad hasta un puesto de cabreireses en que se hablaba con mucho calor. Estaban juntos al rededor de una gran hoguera, y uno de ellos sentado en un tronco estaba diciendo en voz alta á sus compañeros:

—Pues, amigos, él se ha empeñado en venir por más que le he dicho que se va á desnucar por aquellos andurriales. Dios nos la depare buena, porque si tras de esto no llegamos á entrar en el castillo, medrados quedamos.

Como el montañés estaba de lado, no podía Millán distinguir sus facciones, pero en el metal de la voz conoció al punto al intrépido Andrade, y puso la mayor atención en escuchar aquel coloquio que tanto debía interesarle.

—Lo que es por falta de cuerdas y ganchos no quedará, contestó otro, porque tenemos un buen manojo; pero ¿el conde quiere ser de los primeros?

—El primero quiere ser, contestó Andrade, pero Dios mediante entraremos juntos.

—Al cabo, dijo otro, yo no sé bien por donde hemos de subir todavía.

Andrade se lo explicó claramente, mientras que Millán, sin atreverse á respirar, estaba hecho todo oídos.

—¿Y es mañana? preguntó uno.

—No; mañana nos acercamos todos al castillo por donde la otra vez, con todos los pertrechos y avíos como si fuéramos á poner cerco de veras, y pasado mañana, mientras del lado de acá levantan gran grita y alharaca, en guisa de asaltar las murallas, nosotros nos colamos por el lado de allí como zorros en un gallinero. Como vosotros sois los destinados á la empresa, lo mismo será que lo sepáis un poco antes ó después, pero cuenta con el pico.

Todos se pusieron el dedo en los labios haciendo gestos muy expresivos, y en seguida comenzaron á cenar sendos tasajos de cecina, acompañados de numerosos tragos. Millán entonces, dando gracias al cielo por el descubrimiento

que acababa de hacer, salió apresuradamente de su escondite, y se volvió á Cornatel con su compañero. Al salir de la mina echó una ojeada hacia las hondonadas de aquellos extraños valles y advirtió muchas gentes que iban y venían unos con hachones de paja encendidos y otros cargados con diferentes bultos. Veíanse también cruzar en la misma dirección muchas acémilas, y en todo el real se notaba gran movimiento, con lo cual acabó de persuadirse el buen Millán de la exactitud de las noticias que por tan raro modo había recibido. Volvióse, pues, al castillo con gran prisa y en cuanto entró, se fué á ver á su amo y á contarle muy menudamente cuanto sabía. Hizo Don Alvaro un movimiento tal de alegría al escucharle y de tal manera se barrió repentinamente de su semblante la nube de disgusto que casi siempre lo empañaba, que el escudero no pudo menos de maravillarse. Cogióle entonces del brazo y mirándole de hito en hito, le dijo:

—Millán, ¿quieres hacer lo que yo te mande?

—¿Eso dudáis, señor? respondió el escudero: ¿pues á mí qué me toca sino obedecer?

—Pues entonces, no digas nada al comendador, sino del ataque manifiesto.

—Pero ¿y si nos entran como intentan?

—Tú y yo solos bastamos para escarmentarlos: ¿no quieres acompañarme?

—Con el alma y la vida, contestó el ufano escudero, y ojalá que mi brazo fuese el de Bernardo del Carpio en Roncesvalles.

—Tal como es, le contestó Don Alvaro sonriéndose, nos será de mucho provecho. Anda y despierta al comendador, y dile todo menos el ataque del torreón.

—¡Ah! con que él mismo viene á caer bajo mi espada! dijo hablando entre sí, no bien salió Millán: ¡cielos divinos! ¡dejadle llegar sano y salvo hasta mí! Dadle si es menester las alas del águila y la ligereza del gamo.

A la mañana siguiente volvieron los enemigos á ocupar sus antiguas posiciones, y comenzaron los trabajos de sitio

que con tanta sangre habían regado, no hacía mucho tiempo. En esto pasaron todo el día con grande indiferencia de los templarios, que veían todavía lejano el momento decisivo. Al otro día, sin embargo, muy temprano comenzó á sentirse grande agitación en el campo sitiador, y á oirse el tañido de gaitas, trompetas y tamboriles. En todo el Bierzo son las nieblas bastante frecuentes por la proximidad de las montañas y la abundancia de los ríos; y la que aquel día envolvía los precipicios y laderas de Cornatel era densísima. Así, pues, hasta que los sitiadores se acercaron á los adarves, no pudo distinguir Saldaña el buen orden con que venían adelantándose contra el castillo, y que no dejó de inspirarle algunos temores. La misma nube de tiradores que en el anterior asalto poblaba el aire de flechas; pero al mismo tiempo buen número de soldados mejor armados, con una especie de muralla portátil de tablones, revestida de cueros mojados para evitar el fuego de la vez pasada, avanzaba lentamente hacia el foso. Detrás de aquel ingenioso resguardo venían, amén de los que lo conducían, otra porción de soldados con azadones y palas; y por encima de él se veían asomar las extremidades de una porción de escalas cargadas en hombros de otros. Saldaña comprendió al punto cual podía ser el intento de los enemigos, que sin duda al abrigo de aquella máquina imaginaban cegar el foso, y aplicando las escalas en seguida por varias partes á un tiempo, y prevaliéndose de su número, dar tantas embestidas á la vez que, dividiendo las fuerzas de los sitiados, hiciesen imposible una defensa simultánea y vigorosa. Contra una acometida imaginada con tanta habilidad, solo un recurso ocurrió al anciano comendador; una salida repentina y terrible, que pudiese desconcertar á los sitiadores.

—¿Dónde está Don Alvaro? preguntó mirando en derredor suyo.

—En la barbacana me parece haberle visto entrar, respondió el caballero Carvajal.

—Pues entonces id y decidle que tenga toda la gente á

punto para salir contra el enemigo, y que la señal se le dará como la otra vez, con la campana del castillo.

Carvajal salió á dar las órdenes del comendador; pero como pueden suponer nuestros lectores, Don Alvaro no estaba allí, sino como un águila encaramada en un risco, acechando la llegada de los enemigos, y muy especialmente la del conde.

La extraña configuración del terreno á que desde luego tuvo que sujetarse la fortificación imposibilitada de dominarla, prolonga extraordinariamente el castillo de ocaso á naciente. La niebla que tanto favorecía los pensamientos y propósitos del de Lemus, encubriendo su peligroso asalto, no favorecía menos á Don Alvaro, que en aquel ángulo tan apartado desaparecía bajo su velo de las miradas de los suyos. El torreón edificado en un peñasco saliente, forma una especie de rombo de pocos pies cuadrados, y comunica con el resto de la fortaleza por una estrecha garganta flanqueada por dos terribles despeñaderos. En este tan reducido espacio, sin embargo, iba á decidirse la suerte de dos personas igualmente ilustres por su prosapia, sus riquezas y su valor; pero de todo punto diferentes á más no poder, por prendas morales y sentimientos caballerescos.

Aunque lo opaco de la niebla robaba á don Alvaro y á su fiel escudero, de la vista de sus enemigos, con todo para mejor asegurar el golpe, ambos se tendieron en el suelo á raíz de las almenas. Reinaba gran calma en la atmósfera, y los pesados vapores que la llenaban, trasmitían fielmente todos los sonidos: de modo que Millán y su amo oían el ruido de los ganchos de hierro que los enemigos más delanteros iban fijando en las peñas para facilitar la subida de los demás con cuerdas, y las instrucciones que á media voz y con recato les iban dando á medida que trepaban. La voz sonora de Andrade, por mucho cuidado que en apagarla ponía, sobresalía entre todas, y como era el que abría aquella marcha singular y atrevida, por ella calculaba don Alvaro la distancia que todavía los separaba de los enemigos. Por fin la voz se oyó muy cerca, y como en

seguida calló y no se percibió más ruido que uno, como de gente que después de subir trabajosamente, llega á un terreno en que puede ponerse en pie; el señor de Bembibre conjeturó fundadamente, que el conde y Cosme Andrade con sus montañeses estaban ya en la pequeña explanada que forma la peña misma de la muralla, poco elevada en aquel sitio. El momento decisivo había llegado ya.

Al cabo de breves minutos, dos ganchos de hierro atados en el extremo de una escala de cuerda cada uno, cayeron dentro de la plataforma en que estaba don Alvaro, y se agarraron fuertemente á las almenas:

—¿Está seguro? preguntó desde abajo una voz que hizo extremecer á don Alvaro.

—Seguro como si fuera la escalera principal de vuestro castillo de Monforte, replicó Andrade; bien podéis subir sin cuidado.

No bien habían dejado de oirse estas palabras, cuando aparecieron sobre las almenas de un lado el determinado Andrade, y por el otro el conde. Millán entonces se levantó del suelo con un rápido salto, y dando un empellón al descuidado montañés, le derribo de las murallas.

—¡Virgen santísima válme! dijo el infeliz cayendo por aquel tremendo derrumbadero, mientras los suyos acompañaban su caída con un grito de horror. Millán, bien prevenido de antemano, desenganchó las cuerdas y las recogió en un abrir y cerrar de ojos. El conde, temeroso de sufrir la misma suerte que Andrade se apresuró á saltar dentro del torreón, y Millán entonces recogió su escala del mismo modo y con igual presteza. En seguida comenzó á tirar á plomo sobre los montañeses, poseídos de terror con la caída de su jefe, enormes piedras de que no podían defenderse apiñados en aquel reducido espacio y á raíz misma del muro, visto lo cual, todos tomaron la fuga dando espantosos alaridos, y despeñándose algunos con la precipitación.

Quedáronse por lo tanto solos aquellos dos hombres poseídos de un resentimiento mortal y recíproco. Por uno de aquellos accidentes atmosféricos frecuentes en los te-

rrenos montañosos, una ráfaga terrible de viento que se desgajó de las rocas negruzcas de Ferradillo, comenzó á barrer aceleradamente la niebla, y algunos rayos pálidos del sol empezaron á iluminar la esplanada del torreón. Como don Alvaro y su escudero tenían cubiertos los rostros con las viseras, el conde los miraba atentamente como queriendo descubrir sus facciones.

—Soy yo, conde de Lemus, le dijo don Alvaro sosegadamente descubriéndose.

La ira y el despecho de verse así cogido en su propio lazo, colorearon vivamente el semblante del conde, que mirando al señor de Bembibre con ojos encendidos le respondió:

El corazón me lo decía, y me alegro de que no se desmienta su voz. Sois dos contra mí solo, y probablemente otros acudirán á vuestra señal; la hazaña es digna de vos.

—¿Nunca acabaréis de medir la distancia que separa la ruindad de la hidalguía? le contestó don Alvaro con una sonrisa en que el desdén y desprecio eran tales, que rayaban en compasión. Millán vuélvete allá dentro.

El escudero comenzó á mirar al conde fieramente, y no mostraba gran prisa por obedecer.

—¡Cómo así, villano! le dijo don Alvaro encendido en cólera; parte de aquí al punto y cuenta con que te arrancaré la lengua si una sola palabra se te escapa.

El pobre Millán, aunque muy mohino y volviendo la cabeza hacia atrás, no tuvo más remedio que apartarse de allí. Este nuevo alarde de generosidad que tanto humillaba al conde, solo sirvió para escandecer más y más su altanería y soberbia. Sobrado claro veía que su vida había estado á merced de su caballeroso enemigo al poner el pie en aquel recinto fatal, y por de pronto en bizarría y nobleza ya estaba vencido. Corrido, pues, tanto como sañudo, dijo á don Alvaro, desenvainando la espada:

Tiempo es ya de que ventilemos nuestra querella, que solo con la muerte de uno de los dos podrá acallarse.

—No diréis que os he estorbado el paso, contestó él,

ahora que no soy sino soldado del Temple y he renunciado á mis derechos de señor independiente, no me abochorna el igualarme con vos en esta singular batalla.

El de Lemus sin aguardar á más y rugiendo como un león, arremetió á don Alvaro que le recibió con aquella serenidad y reposado valor que viene de un corazón hidalgo y de una conciencia satisfecha. Estaba el conde armado á la ligera como convenía á la expedición que acababa de emprender, pero esto mismo le daba sobre su contrario la ventaja de la prontitud y rapidez en los movimientos. Don Alvaro armado de punta en blanco no podía acosarle con el ahinco necesario, pero como el campo era tan estrecho, poco tardó en alcanzarle al conde un tajo en la cabeza, del cual no pudo defenderle el delgado aunque fino capacete de acero que la cubría, y que de consiguiente dió con él en tierra. Don Alvaro se arrojó sobre él al punto, y le dirigió la espada á la garganta.

—¡Ah traidor! dijo el conde con la voz ahogada por la rabia, peleas mejorado en las armas y por eso me vences.

Don Alvaro apartó al punto su espada, y desenlazando el yelmo, y arrojando el escudo, le dijo:

—Razón tenéis: ahora estamos iguales.

El conde más aturdido que herido, se levantó al punto y de nuevo comenzó la batalla encarnizadamente.

Todo esto sucedía mientras el grueso de las fuerzas sitiadoras se acercaban al castillo en los términos que dijimos, y el comendador enviaba sus órdenes á don Alvaro con el caballero Carvajal. Poco tardó el caballero en volver diciendo que don Alvaro no había parecido por la barbacana. El comendador estaba notando con extrañeza la flojedad con que los enemigos continuaban en su bien comenzado ataque, cuando recibió esta inesperada respuesta.

—¿Dónde está, pues? exclamó con ansiedad.

Entonces se presentó como un relámpago á su imaginación la idea de que la arremetida conocidamente falsa de los enemigos, podría tener relación con la impensada ausencia de su ahijado. La última ráfaga de viento arrebató en

aquel instante los vapores que todavía quedaban hacia la parte oriental del castillo, y la plataforma quedó iluminada con la rayos resplandecientes y purísimos del sol. Apenas la divisó el cuerpo sitiador, cuando un grito de consternación se levantó de sus filas, porque en lugar de verla coronada con sus montañeses, solo alcanzaron á ver á su caudillo en poder de los enemigos y peleando con uno de ellos. Al grito volvió el comendador la cabeza y lo primero que hirió sus ojos fué el resplandor movible y continuo que despedían las armas heridas por el sol. Comprendió al punto lo que podía ser, y dijo en voz alta:

—Síganme doce caballeros y los demás quédense en la muralla. Y con una celeridad increíble en sus años, corrió al sitio del combate acompañado de los doce.

—Don Alvaro, le gritó desde la estrecha garganta que separaba el torreón del castillo; detenéos en nombre de la obediencia que me debéis.

El joven volvió la cabeza como un tigre á quién arrebatan su presa, pero sin embargo se detuvo.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo Saldaña en cuanto llegó: este asunto no es vuestro, sino de la orden, y yo que la represento aquí, lo tomo á mi cargo. Conde de Lemus, defendeos.

—Yo también soy templario; repuso Don Alvaro, que apenas acertaba á reprimir la cólera. Yo he comenzado esta batalla y yo la acabaré á despecho del mundo entero.

El comendador, conociendo que la cólera le sacaba de quicio, hizo una seña, y echándose sobre él seis caballeros, le sujetaron, y le apartaron de allí en medio de sus esfuerzos, amenazas y denuestos.

—Por fin sois nuestro, mal caballero, dijo al conde, veremos si ahora os valen vuestras cábalas y calumnias.

—Todavía no lo soy, respondió él desdeñosamente. Cara os ha de costar mi vida porque no quiero rendirme.

—De nada os serviría, replicó el comendador con torcido rostro. Sin embargo, conmigo solo habéis de pelear y si

la victoria os corona, estos caballeros respetarán vuestra persona.

Algunos de ellos quisieron interrumpirle, pero el anciano los acalló al punto.

—Nada quiero de vosotros, replicó el conde con arrogancia: mientras me dure el aliento no cesará mi brazo de moverse en vuestro daño. Solo me duele pelear con un viejo cuitado.

—No hace mucho que huisteis de él, le dijo el comendador.

—Mentís, contestó el conde con una voz ronca y con ojos como ascuas, y sin más palabra comenzó de nuevo el combate.

Los sitiadores llenos de ansiedad por la suerte del conde, se habían corrido por su derecha, y divididos del lugar de la pelea por el despeñadero, asistían como espectadores ociosos al desenlace de aquel terrible drama. Don Alonso, que en la ausencia de su yerno mandaba aquellas fuerzas, encaramado sobre una roca, parecía tener el alma pendiente de un hilo.

Por grande que fuese el poder del brazo de Saldaña, como el conde le sobrepujaba en agilidad y soltura, apenas le alcanzaban sus golpes. Encontrando, sin embargo, una vez al anciano mal reparado, le tiró un furioso revés, que á no haberlo evitado rápidamente, hubiera dado fin al encuentro: pero así, la espada del conde fué á dar en la muralla y allí saltó hecha pedazos, dejándole completamente desarmado. En tan apurado trance, no le quedó más recurso que arrojarse al comendador antes de que se recobrase, y trabar con él una lucha brazo á brazo, para ver de arrojarle al suelo y allí rematarle con su puñal. Este expediente, sin embargo, tenía más de desesperado que de otra cosa, porque el viejo era mucho más robusto y fornido. Así fué, que sin desconcertarse por la súbita acometida, aferró al conde de tal modo que casi le quitó el aliento, y alzándole en seguida entre sus brazos, dió con él en tierra tan tremendo golpe, que tropezando la cabeza en una piedra

perdió totalmente el sentido. Asióle entonces por el cinto el inexorable viejo, y subiéndose sobre una almena y levantando su voz que parecía el eco de un torrente en medio del terrífico silencio que reinaba, dijo á los sitiadores:

—Ahí tenéis á vuestro noble y honrado señor!

Y diciendo esto le lanzó como pudiera un pequeño canto en el abismo que debajo de sus pies se extendía. El desgraciado se detuvo un poco en su caída, porque su ropilla se prendió momentáneamente en un matorral de encina, pero doblado este, continuó rodando cada vez con más celeridad, hasta que por fin, ensangrentado, horriblemente mutilado y casi sin figura humana, fué á parar en el riachuelo del fondo.

Un alarido espantoso se levantó entre sus vasallos helados de terror á vista de tan trágico suceso. Todos siguieron con los cabellos erizados y desencajados los ojos el cuerpo de su señor en sus horribles tumbos, hasta que le vieron parar en lo más profundo del derrumbadero. Entonces los que más obligados tenía con sus beneficios y larguezas, rompieron unos en lamentos y otros profiriendo imprecaciones y amenazas quisieron ir contra el castillo y embestirlo á viva fuerza. Don Alonso que, á despecho de todas sus quejas y sinsabores, había visto con grandísimo dolor el fin de aquel poderoso de la tierra, no por eso olvidó sus deberes de capitán. Recogiendo, pues, su gente con buen orden y levantando el sitio con todos sus aprestos bélicos, volvió al campo atrincherado de las Médulas resuelto á entablar medios puramente pacíficos y templados con aquellos guerreros altivos y valerosos, que no se hubieran avenido en tiempo alguno á las injustas pretensiones del conde. Por violenta que le pareciese la conducta del comendador, no dejaba de conocer los atroces agravios que la orden había sufrido del difunto, y los ruines medios de que había echado mano para dañarla y socavar su crédito. Así, pues, envió un mensaje al comendador comedido y caballeroso, manifestándole su deseo de que amigablemente se arreglasen aquellas lastimosas diferencias, y al punto

recibió una respuesta cortés y cordial, en que Saldaña le encarecía el gran consuelo que era para ellos tenerle por mediador en la desgracia que les amenazaba. Concluía rogándole que pasase á habitar el castillo, donde sería recibido con todo el respeto debido á sus años, carácter y nobleza.

Comenzados los tratos que podían dar una solución honrosa á tan inútil contienda, don Alonso envió los restos mortales de su yerno al panteón de sus mayores en Galicia. Los cabreireses que habían bajado de su peligrosa expedición, recogieron su cadáver á la orilla del riachuelo, y en unas andas hechas de ramas, le subieron con gran llanto al real. Desde allí se volvieron á Cabrera con el valiente Cosme Andrade que no había muerto en su caída, porque unas matas protectoras le tuvieron colgado sobre el abismo de donde á sus gritos le echaron unas cuerdas los del castillo, con las que se ató y pudieron subirle. Así y todo no salió sin señales, porque se rompió un brazo y sacó bastantes contusiones y araños. Hecha, pues, la primera cura, se partió con los suyos más agradecido que nunca de los templarios, y deseoso de probárselo en la primera ocasión.

El pecho del buen cabreirés era terreno excelente para quien quisiera sembrar en él beneficios y finezas.

Por lo que hace al conde, poco tardó también en partir su cadáver depositado en un ataud cubierto con paños de tartarí negro con franjas de oro. Sus deudos y vasallos le acompañaban con las picas vueltas y los pendoncillos arrastrando. Así atravesaron parte de sus estados, donde lejos de ser sentida su muerte, solo el temor detenía la alegría que generalmente se asomaba á los semblantes.

Tal fué el fin de aquel hombre notable por su ingenio, su valor y su grandeza, pero que por desgracia convirtió todos estos dones en daño de su fama, y solo usó de su poder para hacerlo aborrecible, contrariando así su más noble y natural destino.

CAPÍTULO XXIX.

El estruendo y trances diversos de esta guerra, han apartado de nuestros ojos una persona, en cuya suerte tomarán nuestros lectores tal vez el mismo interés que entonces inspiraba á cuantos la conocían. Claro está que hablamos de doña Beatriz, á quien dejamos á la sombra del claustro de Villabuena, sola con sus pesares y dolores, porque la compañía de su fiel Martina poco podía contribuir á sanar un corazón tan profundamente ulcerado. Los gérmenes de una enfermedad larga y temible, habían comenzado, según dejamos dicho, á desenvolverse fuerte y rápidamente en aquel cuerpo, que si bien hermoso y robusto, mal podía sufrir los continuos embates de las pasiones que, como otras tantas ráfagas tempestuosas en el mar, sin cesar azotaban aquel espíritu á quien servía de morada. Las últimas amarguísimas escenas que habían precedido á su segunda entrada en aquel puerto sosegado, habían rasgado el velo con que la religión por un lado, y por el otro el contento de su padre y la noble satisfacción que siempre resulta de un sacrificio, habían encubierto á sus ojos el desolado y yermo campo de la realidad. Llorar á don Alvaro y prepararse, por medio del dolor y de la virtud, á las místicas bodas que sin duda le disponía en la celestial morada, llevaba consigo aquella especie de melancólico placer, que siempre dejan en el alma las creencias de otro mundo mejor, más cercano á la fuente de la justicia y bondad divina; pero recobrarle solo para perderle tan horriblemente; y verle caminar á orillas del abismo, que amenazaba tragar á la orden del Temple, sin más báculo ni apoyo que su lanza ya cascada, era un manantial continuo de zozobras, dudas y vaivenes. Por otra parte, ¡cuánta humillación no encontraba su alma generosa y elevada en pertenecer á un

hombre en quien las cualidades y prendas del carácter, solo servían para poner más de manifiesto su degradación lastimosa! Hasta entonces la máscara de la cortesanía, había bastado á cubrir aquella sima de corrupción y bajeza, y como doña Beatriz no podía dar amor, tampoco lo pedía; de manera, que la natural delicadeza de su alma, ninguna herida recibía; pero deshecho el encanto y apartados los disfraces, la ignominia que sobre ella derramaba la ruindad de su esposo, se convirtió en un torcedor fiero y penoso que alteraba sus naturales sentimientos de honor y rectitud, y echaba una fea mancha en el escudo hasta allí limpio y resplandeciente de su casa. ¡Desdicha tremenda que no aciertan á sobrellevar las almas bien nacidas, y que uno de nuestros antiguos poetas expresó con imponderable felicidad, cuando dijo:

¡Oh honor! fiero basilisco,
Que si á ti mismo te miras,
Te das la muerte á ti mismo.

Por tan raros modos el soplo del infortunio, había disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celajes que en él quedaban después de puesto el sol de su ventura, y para colmo de tristeza, todos los sitios que recorrían sus ojos, estaban llenos de recuerdos mejores y poblados de voces que continuamente traían á sus oídos palabras desnudas ya de sentido, como está desnudo de lozanía el árbol que ha tendido en el suelo el hacha del leñador. De esta suerte, perdida su alma y errante por el vacío inconmensurable del mundo, levantaba su vuelo con más ansia hacia las celestes regiones; pero tantos combates y tan incesante anhelo acababan con las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora. El aire puro y oloroso de la primavera, tal vez, hubiera reanimado aquel pecho que comenzaba á oprimirse, y devuelto á su cuerpo algo de su perdida lozanía; pero el invierno reinaba desapiadada-

mente en aquellos campos yertos y desnudos, y el sol mismo escaseaba sus vivificantes resplandores.

Desde las ventanas y celosías del monasterio, veía correr el Cua turbio y atropellado, arrastrando en su creciente troncos de árboles y sin número de plantas silvestres: los viñedos plantados al pie de la colina, donde todavía se divisaban las ruinas de la romana *Belgidum*, despojados de sus verdes pámpanos, dejaban descubierta del todo la tierra rojiza y ensangrentada que los alimenta, y en las montañas lejanas una triste corona de vapores y nublados oscilaba en giros vagos y caprichosos al son del viento, cruzando unas veces rápidamente la atmósfera en masas apiñadas y descargando recios aguaceros, y entreabriéndose otras á los rayos del sol, para envolverle prontamente en su pálida y húmeda mortaja. No faltaban accidentes pintorescos en aquel cuadro, pero todos participaban abundantemente de la tristeza de la estación, del mismo modo que los pensamientos de doña Beatriz, bien que varios en sus formas, todos tenían el mismo fondo de pesar.

Como frecuentemente acontece, en el estado á que la habían conducido la profunda agitación de espíritu unida á la debilidad de su cuerpo, al paso que esta iba poco á poco aumentándose, cada día iba también en aumento su exaltación moral.

El arpa en sus manos tenía vibraciones y armonías inefables, y las religiosas que muchas veces la oían, se deshacían en lágrimas de que no acertaban á darse cuenta. Su voz había adquirido un metal profundo y lleno de sentimiento, y en sus canciones parecía que las palabras adquirían nueva significación, como si viniesen de una región misteriosa y desconocida, y saliesen de los labios de seres de distinta naturaleza. A veces tomaba la pluma y de ella fluía un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa también y delicada. Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazón, los recogía en una especie de libro

de memoria, forrado de seda verde que cuidadosamente guardaba, sin duda porque algún rasgo de amargura vecino á la desesperación, se había deslizado alguna vez entre aquellas páginas llenas de angélica resignación. A vueltas de sus propios pensamientos había pasajes y versículos de la Sagrada Escritura que, desde que volvió al monasterio, era su libro más apreciado y que de continuo leía; y aquellas memorias suyas, comenzaban con un versículo en que hasta allí parecía encerrarse su vida, y que tal vez era una profecía para lo venidero: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto.*

Tal era el estado de doña Beatriz, cuando una mañana le pasaron recado de que el abad de Carracedo deseaba verla. Desde su aciago desposorio no había parecido en Arganza, y luego sus mediaciones pacíficas, y más tarde los preparativos que, como señor de vasallos había tenido que hacer, bien á pesar suyo, le habían traído algún tiempo fuera de la tierra, y constantemente apartado de los ojos de doña Beatriz. Duraba el sitio de Cornatel, y ya las noticias de la primera derrota del conde de Lemus, la gloriosa defensa de los templarios y las proezas de don Alvaro, habían llegado á aquel pacífico asilo. Unos y otros, sin embargo, llevaban adelante su empeño con vigor y no era la menor de las zozobras de doña Beatriz ver comprometidas en semejante demanda, personas que tan de cerca le tocaban.

—¡Válgame Dios! ¿qué será? dijo para sí, después que salieron á avisar al religioso. ¡Cuánto hace que no veo á este santo hombre, que tal vez solo á mí ha dañado en el mundo con su virtud! ¡Cómo se han mudado los tiempos desde entonces! Dios me dé fuerzas para resistir su vista sin turbarme.

Razón tenía doña Beatriz para recelar que con esta entrevista se renovasen sus memorias, pero, sin embargo, al ver abrirse la puerta y aparecer el anciano, se disipó su turbación y con su señorío acostumbrado, le salió al encuentro para besarle la mano. No fué tan dueño de sí el abad, pues la sorpresa de ver tanta hermosura y lozanía

reducidas á tal estado, influyó tanto en él, que, sin poderlo remediar, dió dos pasos atrás sobrecogido como si la sombra de la heredera de Arganza fuese la que delante tenía.

—¿Sois vos doña Beatriz? exclamó con el acento de la sorpresa.

—¡Tan mudada estoy! respondió ella con melancólica sonrisa y besándole la mano. No os maraville, pues ya sabéis que el hombre es un compendio de miserias que nace y muere como la flor, y nunca persevera en el mismo estado. Pero decidme, añadió clavando en él su mirada intensa y brillante ¿qué noticias traéis de Cornatel? ¿Qué es de mi noble padre y de..... del conde quise decir?

—Vuestro padre disfruta salud, respondió el abad; pero vuestro noble esposo ha muerto ayer.

—¿Ha muerto? contestó doña Beatriz asombrada; pero, decidme, ¿ha muerto en los brazos de la religión y reconciliado con el cielo?

—Ha muerto como había vivido, exclamó el abad sin poder enfrenar su natural adustez, lleno de cólera y rencor, y apartado de toda idea de caridad y de templanza.

—¡Oh desgraciado, infeliz de él! exclamó doña Beatriz juntando las manos y con doloroso acento, ¿y cuál habrá sido su acogida en el tribunal de la justicia eterna?

Al escuchar el tono de verdadera aflicción con que fueron pronunciadas estas palabras, el abad no fué dueño de su sorpresa. El conde había traído males sin cuento sobre aquella bondadosa criatura; su porvenir se había disipado como humo en manos de aquel hombre; sus negras tramas habían robado la libertad y hasta la esperanza de la dicha al desventurado don Alvaro, y sin embargo, á la idea de su infortunio perdurable, su corazón se estremecía. Doña Beatriz no le amaba, porque no cabía en su altivez poner su afecto en quien así se olvidaba de sí propio y de su nacimiento; ni menos renunciar á la única ilusión que de tiempos mejores le quedaba, bien que enlutada y marchita; pero los ímpetus del resentimiento y del odio no podían avenirse largo tiempo con la irresistible propensión á perdonar,

que dormía en el fondo de su pecho; y delante de las tinieblas de la eternidad, que más de una vez se habían ofrecido á sus ojos, bien conocía la pequeñez de las pasiones humanas.

—Hija mía, respondió el abad conmovido á vista de tan noble desprendimiento, y tomándole la mano; ¿cómo desconfiáis así de la misericordia de Dios? Sus crímenes eran grandes, y la paz y la justicia han huído siempre al ruido de sus pasos; pero su juez está en el cielo, y á su clemencia sin límites nada hay vedado. Pensad que el buen ladrón se convirtió en la hora postrimera y que la fe es la más santa de las virtudes.

—Válgale, pues, esa adorable clemencia; contestó doña Beatriz sosegándose, y el Señor le perdone.

—¿Como vos le perdonáis?

—Sí, como yo le perdono, respondió ella con acento firme, levantando los ojos al cielo y poniendo la mano sobre el corazón. ¡Ojalá que todas las palabras que arranque la noticia de su desastroso fin no sean más duras que las mías!

Quedáronse entrambos por un rato en un profundo silencio, durante el cual, el abad mirándola de hito en hito, parecía observar con asombro y alarma las huellas, que la enfermedad y las pasiones habían dejado en aquel cuerpo y semblante, cifra no mucho había de perfecciones y lozanía. El pensamiento que semejante espectáculo suscitó en su alma llegó á ser tan doloroso, que sin alcanzar á contenerse, le dijo:

—Doña Beatriz, sabe el cielo que en mi vida entera, vuestro bien y contento han sido blanco constante de mis deseos. Yo he visto vuestra alma desnuda y sin disfraces en el tribunal de la penitencia..... ¿cómo no amaros cuanto se puede amar á la virtud y á la pureza? Y sin embargo, la austeridad de mis deberes se ha convertido contra vos, y nadie en el mundo os ha hecho tanto daño como este anciano, que siempre hubiera dado gustoso por vos la última gota de su sangre. ¿No es verdad?

Doña Beatriz solo dió por respuesta un largo suspiro arrancado de lo más íntimo de su corazón.

—Harto me decís con eso, continuó el religioso con un tono de voz apesarado, pero escuchadme y veréis que aun puedo tal vez enmendar mi obra. Vuestra dicha sería la gloria de mis postreros años, y aunque nada me echa en cara mi conciencia, ella descargaría mi corazón del peso con que vuestra desdicha le abruma. Yo no sé si los usos del mundo me permiten hablaros de una esperanza que tal vez me sea más halagüeña que á vos misma, pero vuestro infortunio y mi carácter, poco tienen que ver con las hipócritas formas y exterioridades de los hombres. Doña Beatriz, en la actualidad sois libre.

—¿Y qué me importa la libertad? contestó ella con más presteza de la que podía esperarse de su abatido acento. Alguna vez he oído decir á caballeros que han padecido cautividad en tierra de moros, que los príncipes y señores de aquella tierra conceden la libertad á las mancebas de sus serrallos, cuando la vejez les ha robado fuerza, vigor y hermosura. Ahí tenéis una libertad semejante á la mía.

—No, hija mía, respondió el religioso: no es tan menguado el don que el cielo te concede: escúchame. Cuando don Alvaro entró en el Temple aconsejado más de su dolor que de su prudencia, la orden estaba ya suspensa de todas sus prerrogativas y derechos, emplazada ante el concilio de los obispos, secuestrados sus bienes, y sin poder admitir en su milicia un solo soldado, ligado con sus solemnes y terribles votos. Si don Alvaro hizo su profesión, si su tío el maestre le vistió el hábito de Hugo de Paganis y de Guillén de Mouredón, fué porque los caballeros todos querían tener por suya una lanza tan afamada, y porque su sobrino le amenazó con pasarse á Rodas y tomar el hábito de San Juan de Jerusalén. El recelo de perderle por un lado, y el miedo de introducir la desunión entre los suyos, cuando la presencia del riesgo hacía más necesaria la concordia y concierto de voluntades, le obligaron á atropellar por sus propios escrúpulos. Mal pudo don Alvaro de consiguiente

renunciar á su libertad, y su profesión no dudo que será dada por nula en el concilio que dentro de poco se juntará en Salamanca, y al cual se espera que se presentarán los templarios de Castilla, sin alargar una lucha en que la cristiandad los abandona. Yo me presentaré también ante los padres, y espero que mi voz sea escuchada y que el Señor os traiga á entrambos horas más felices.

Doña Beatriz que, desde que escuchó el nombre de su amante, había estado colgada de las palabras del abad, fijos en él sus ojos que, de suyo hermosos y animados, recibían nuevo brillo de la enfermedad, le dijo con ansiedad:

—¿Con que según eso aún puede amanecer para nosotros un día de claridad y de consuelo?

—Sí, hija mía, contestó el monje, y por la misericordia de Dios así confío que sucederá.

—¡Ah! ya es tarde, ya es tarde! exclamó ella con un acento que partía el corazón.

—Nunca es tarde para la misericordia divina, contestó el anciano que ya sobresaltado por su aspecto, se sentía espantado con esta súbita exclamación.

—Sí, ya es tarde, os digo, replicó ella con la mayor amargura, yo veré amanecer ese día, pero mis ojos se cerrarán, en cuanto su sol me alumbre con sus rayos.—Sí, sí, no os asombréis; el sueño ha huído de mis párpados, mi corazón se ahoga dentro del pecho, mi pulso y mis sienes no dejan de latir un instante. Cuando llego á descansar un momento en brazos del sueño, oigo una voz que me llama y veo mi sombra que cruza los aires con un ramo de azucenas en la mano y una corona de rosas blancas en la cabeza; y luego otra sombra, vestida de una túnica rutilante como el hábito del Temple y con un casco guerrero en la cabeza, me sale al encuentro, y alzándose la visera como en la tarde del soto, me dice de nuevo pero con un acento dulcísimo: «Soy yo, doña Beatriz.» Y ¡esta sombra es la suya! Entonces despierto bañada en sudor, palpitando mi corazón como si quisiera salirse del pecho, y un diluvio de lágrimas corre por mis mejillas. Mi antiguo valor me ha abandonado; mis

días de gloria se han desvanecido: las flores de mi juventud se han marchitado: y la única almohada en que pretendo reclinar ya mi cabeza, es la tierra de mi sepultura.—¡Ah! exclamó retorciéndose las manos desesperadamente, ¡ya es tarde, ya es tarde!

Quedóse el abad como de hielo al escuchar aquella terrible declaración que, ahogada hasta entonces y comprimida, reventaba al fin con inaudita violencia. El semblante de doña Beatriz, la flacura de su cuerpo, la brillantez de su mirada, el metal de su voz habían llenado su imaginación de zozobra y de recelo; pero ahora se había trocado en una fatal certidumbre de que apenas sería dado á la ciencia y al poder humano lavar aquella alma de las heces que el dolor había dejado en su fondo, y curar aquel cuerpo de su terrible dolencia. Sin embargo, cobrando fuerzas y saliendo de su estupor, le dijo con acento suave y persuasivo:

—Doña Beatriz, para Dios nunca es tarde, ni en su poder puede poner tasa el orgullo ó la desesperación humana. Acordaos de que sacó vivo del sepulcro á Lázaro, y no arrojéis de vuestro seno la esperanza, que como vos misma decíais en una solemne ocasión, es una virtud divina.

—Tenéis razón, padre mío, repuso ella como avergonzada de aquel ímpetu que no había podido sojuzgar, y secándose las lágrimas; hágase su voluntad y mírenos con ojos de misericordia, porque en él solo espero.

—¿Porqué así, hija mía? replicó el monje, todavía sois joven, y quizás contaréis muchos días de felicidad.

—¡Ay, no! contestó ella; mi prueba ha sido muy dura y yo me he quebrado en ella como frágil vasija de barro, pero nunca me levantaré contra el alfarero que me formó.

—Doña Beatriz, dadme vuestro permiso para retirarme, dijo el religioso poniéndose en pie: advierto que con este coloquio os habéis agitado en demasía, pero os dejo muy encomendada la memoria de mis consejos. Probablemente no tardaré en ausentarme, porque los caballeros del Temple al cabo se sujetarán de grado al concilio de Salamanca,

y á mi que he sido el causador de vuestros males, aunque inocente, me toca repararlos.

La señora le besó la mano y le despidió, pero no pudo honrarle hasta la puerta por la debilidad que sentía después de tan agitada escena. Desde allí le acompañaron la abadesa, y las más ancianas de la comunidad hasta la portería del monasterio, en tanto que doña Beatriz quedaba entregada al nuevo tumulto, que con aquella imprevista esperanza se había despertado en su corazón. ¡Lástima grande que sus ojos anublados por las lágrimas y acostumbrados á las tinieblas del dolor, se sintiesen más ofendidos que alhagados, con aquella luz tan viva y resplandeciente!

CAPÍTULO XXX.

En tanto que esto pasaba en Villabuena, seguían los tratos en Cornatel entre Saldaña y el señor de Arganza, con esperanzas cada día mayores de un amigable y caballeroso arreglo. Las noticias que desde antes de la muerte del conde de Lemus sin interrupción se sucedían, iban dando en tierra poco á poco con el aéreo castillo de las esperanzas de aquel viejo entusiasta y valeroso. Al cabo de tantos sueños de gloria y de grandeza, la mano de la realidad le mostraba en perspectiva no muy lejana la ruina inevitable de su Orden, que el cielo abandonaba en sus altos juicios, después de haberla adornado como á un rápido meteoro de rayos y resplandores semejantes á los del sol.

No bien se habían retirado los enemigos después de la muerte de su capitán, pasó Saldaña al aposento donde por orden suya habían cerrado á don Alvaro. Conociendo su carácter impetuoso y violento, entró decidido á sufrir todas las injusticias de su cólera, exacerbada entonces hasta el último grado por la injuria que creía recibida. Estaba sentado en un rincón con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, y aunque oyó descorrer los cerrojos y abrir

la puerta, no salió de sus sombrías cavilaciones, pero no bien escuchó la voz del comendador, saltó como un tigre de su asiento, y plantándose delante de él, comenzó á mirarle de hito en hito. El comendador le miraba también, pero con gran sosiego y con toda la dulzura que cabía en su carácter violento; con lo cual se doblaba la cólera del agraviado caballero. Por fin, enfrenando su ira como pudo, le dijo con voz cortada y ronca:

—En verdad que si los enemigos de nuestra orden logran sus ruines deseos, y quedamos ambos sueltos de los lazos que nos atan, os tengo de arrancar la vida ó dejar la mía en vuestras manos.

—Aquí la tenéis, contestó el comendador con tono templado, poco me arancan con ella, cuando ya no puedo emplearla en servicio de nuestra santa orden. Harto mejor fuera morir á vuestras manos que en la soledad y el destierro, pero como quiera que sea, el haber arrancado al conde de vuestras manos, es la única merced y prueba de cariño que habéis recibido de mí en vuestra vida.

Don Alvaro se quedó estático con esta respuesta, pues conociendo el respetable carácter de Saldaña, no podía figurarse que en su mayor baldón se cifrara un servicio tan eminente. Embrollada su mente en tan opuestas ideas permaneció callado por un buen rato.

—Don Alvaro, le dijo de nuevo el anciano, ¿creéis que doña Beatriz pudiera dar su mano á quien estuviese manchado con la sangre de quien al cabo era su esposo?

—Tal vez no: contestó don Alvaro, en quien aquel nombre había producido un extremecimiento involuntario.

—Pues ahí tenéis el servicio que me debéis. A un mismo tiempo he vengado á mi orden y os he acercado á doña Beatriz.

—¿Qué estáis ahí diciendo? repuso don Alvaro cada vez más confuso y aturdido: ¿qué puede haber de común entre doña Beatriz y yo, sino es la igualdad de la desventura?

—Dentro de poco probablemente recobraréis vuestra libertad, y entonces.....

—¿Cómo echáis en el olvido que mis votos solo se rompen con la muerte? le replicó el joven amargamente.

—Ni vos pudisteis pronunciarlos, ni nosotros recibirlos. Nuestra orden estaba ya emplazada delante del concilio, y cuando en él comparezcamos, yo me acusaré de que el maestre vuestro tío solo os recibió por nuestra violencia.

—Pero yo diré lo que mi corazón sentía, y por mi parte fueron y son de todas veras sinceros. Mi suerte además será la vuestra, porque nuestro crimen es el mismo. Pero decidme, añadió olvidando su resentimiento y acercándose al comendador con interés ¿cómo vamos á presentarnos al concilio?

—Como reos y á la merced de nuestros enemigos, respondió Saldaña, procurando reprimir algunas lágrimas de coraje que se asomaban á sus ojos. La Europa entera se levanta contra nosotros, y Dios nos ha dejado en medio del mar que atravesábamos á pie enjuto como al ejército de Faraón. De hoy más, Jerusalén, continuó volviéndose al oriente con las manos extendidas y soltando la rienda al llanto y á los sollozos, de hoy más, compra tu pan y grangeáte tu agua con dinero, como en los tiempos del profeta, porque el Señor ha tendido sus redes, y no aparta su mano de tu perdición. Todos tus amados te han desamparado, y la esterilidad y la viudez vendrán juntas sobre ti.

Entonces y después de dar vado á su intenso dolor, contó á don Alvaro el desaliento que cundía entre los templarios de Aragón y de Castilla, que ya habían entregado algunas de sus fortalezas, y finalmente, el desamparo y aislamiento total á que la calumnia y la codicia por un lado, y la superstición por otro, los habían reducido. Ultimamente le mostró una carta que había recibido de don Rodrigo, poco antes de la embestida en que acabó tan miserablemente el conde de Lemus, en que le mandaba tan funestas nuevas, insistiendo en la necesidad de dar pronto término á tan aciaga lucha, sin menoscabo del honor en todo caso. Advertíale asimismo de lo conveniente que sería á su fama, acudir prontamente al concilio de Salamaca, sobre to-

do, después que algunos de los obispos que debían componerle, le habían asegurado por escrito, contestando á sus cartas, que en aquel importante juicio entraban limpios de toda prevención y ojeriza, y que jamás consentirían en que se atropellasen sus fueros de caballeros y miembros de la Iglesia. El comendador no había querido dar á conocer estas cartas á ninguno de los suyos, porque la enemiga del de Lemus, cerraba la puerta á todo trato honroso, y por otra parte, semejantes nuevas podían enfriar una resolución que de ningún modo sobraba delante de contrario tan sañudo. Apartado por fin este obstáculo, y entabladas las negociaciones bajo distinto pie por el señor de Arganza, manifestó á don Alvaro que pronto asentarían sus capitulaciones y pondrían la fortaleza de Cornatel, y aun la de Ponferrada quizá, en poder de don Alonso.

—Hijo mío, le dijo por último, la venda ha caído de mis ojos, y mis sueños de gloria y de conquista se han desvanecido, porque el Balza no volverá á desafiar al viento en nuestras torres.

Como quiera, tu eres joven y la felicidad aun puede mostrarte su rostro en los albores de tu primavera. El único obstáculo invencible que había, lo he quebrantado yo en pedazos contra las rocas y precipicios de este castillo. Por lo que hace á mí, si Dios conserva á pesar de tan fieros golpes esta vida ya cascada, no residiré más en esta Europa ruín y cobarde que así abandona el sepulcro del Salvador, y solo guerrea contra los que han dado su vida y su sangre por él. ¿Todavía me guardas ahora rencor por lo pasado? preguntó á don Alvaro asiéndole de la mano y trayéndolo hacia sí?

—¡Oh noble Saldaña! exclamó el joven, precipitándose en sus brazos y estrechándole fuertemente; ¿Qué habéis encontrado en mí para tanta bondad y cariño como me prodigáis á manos llenas? ¿Quién puede tachar de seco vuestro noble corazón?

—Así es la verdad, don Alvaro, contestó el anciano, y con eso no me ultrajan. Mis pensamientos me han servido,

como las alas al águila, para levantarme de la morada de los hombres; pero como ella he tenido que vivir en las quiebras de los peñascos donde silban los vientos. ¿Que por qué te he querido? porque solo tú eras digno de morar conmigo en la altura, como mi polluelo, para mirar al sol y acechar el llano. Ahora la montaña se ha hundido, y cuando mis alas ya no me sostengan, iré á caer en un arenal apartado para morir en él. ¡Ojalá que entonces pueda verte posado con tu compañera á la orilla de una fuente en el valle florido, de donde solo te han apartado la iniquidad y la desdicha!

Con tan melancólicas palabras se acabó aquella conversación que interrumpió la llegada del señor de Arganza. La entrevista con entrambos caballeros, testigos de la terrible escena del cercado de Arganza, no pudo menos de traer un sin fin de memorias tristes á don Alonso, que en la cortés acogida que hizo á don Alvaro, y en los grandes y delicados elogios que tributó á sus recientes hazañas, le dió claramente á entender cuán mudado estaba su espíritu y cuántos pesares le había acarreado su anterior conducta.

Las bases y condiciones de aquel tratado se ajustaron prontamente á gusto de los templarios, y á los pocos días desocuparon aquel castillo, que con tanto valor habían guardado. Saldaña antes de salir indicó al señor de Arganza el mismo pensamiento que á don Alvaro, y por la alegre sorpresa con que fué recibido, pudo conocer que sus deseos se cumplirían. Don Alvaro acompañó á los templarios á Ponferrada, y para colmo de cortesía, el pendón de la orden no dejó de ondear, por mandado suyo, en la torre de Cornatel, en tanto que sus moradores pudieran divisar, al volverse, aquellas enriscadas almenas que ya no volverían á defender.

En la hermosa bailia de Ponferrada se fueron juntando todos los templarios del país, dejando las fortalezas de Corullón, Valcarce y Bembibre en poder de las tropas del señor de Arganza y de algún tercio que había mandado el

marqués de Astorga. Todos iban llegando silenciosos y sombríos, montados en sus soberbios caballos de guerra, y seguidos de sus pajes y esclavos africanos que traían otros palafrenes del diestro. El espectáculo de aquellos guerreros indomables y jurados enemigos de los infieles, que entonces se rendían sin pelear y por sola la fuerza de las circunstancias, era tan doloroso, que el abad de Carracedo y don Alonso que lo presenciaban, apenas podían disimular sus lágrimas. El mismo tesón con que aquellos altivos soldados encubrían sus propios sentimientos, y la igualdad de ánimo que aparentaban, no hacían sino encapotar más y más aquel cuadro de suyo lóbrego y negro.

Cualidad de las almas bien nacidas es trocar el odio en afición y respeto, cuando llega la hora de la desgracia para sus enemigos, y esto cabalmente fué lo que sucedió con el abad y el señor de Arganza, que entonces renovaron los vínculos de antigua amistad con el maestre don Rodrigo. El monje determinó desde luego acompañarlos al solemne juicio que iba á abrirse en Salamanca, para dar personal testimonio de la virtud del maestre y de algunos caballeros, y especialmente para cumplir á doña Beatriz la palabra que le había empeñado de volverle la felicidad, que en su juventud se había imaginado. Don Alonso que no podía salir del país, cuya custodia le estaba encomendada por su rey, apuró todos los recursos de su hidalguía, para hacer menos dura su suerte á aquellos desgraciados.

Por grande que fuese el deseo de los templarios de salir de aquel trance incierto y penoso á que se veían expuestos, los preparativos de su marcha y las formalidades necesarias para la entrega de sus bienes, se llevaron algún tiempo. Una mañana, pues, que Saldaña se paseaba por los adarves que miran al Poniente y veía correr el Sil á sus pies con sordo murmullo, vino un aspirante á decirle que un montañés solicitaba hablarle. Mandóle al punto que lo condujese á su presencia, y á los pocos minutos se encontró delante á un conocido nuestro, que quitándose la gorra de pieles con tanto respeto como llaneza, le dijo:

—Dios os guarde, señor comendador. Acá estamos todos.

—¿Eres tú, Andrade? respondió el comendador sorprendido. ¿Pues qué te trae por esta tierra?

—Yo os lo diré, señor, en dos palabras. El otro día vino mi primo Damián á Ponferrada, á vender unas pellejas de corzo y de rebezo, y llevó allá una porción de noticias, diciendo que ya no teníais más castillo que éste, que os iban á llevar á Salamanca, y allí qué sé yo qué cosas dijo que iban á hacer con vosotros. En fin, ellas no son para contarlas, ni importa un caracol que las sepáis.—Pues señor, como iba diciendo, yo siempre me he echado la cuenta de mi padre, de que el que no es agradecido no es bien nacido, y como allá en Cornatel me disteis la vida dos veces y además aquel puñado de doblas, que en mi vida ví más juntas, vengo á deciros que si el diablo lo enreda, os venís allá á mi casa y Cristo con todos. Ello no estaréis muy bien, porque allá aun los ricos somos pobres, pero lo que es á buena voluntad no nos gana ningún rey; y mi mujer en cuanto se lo dije, se puso más contenta que unas castañuelas, y al punto comenzó á pensar en las gallinas, pichones y cabritos que estaban más gordos para regalaros con ellos. Conque ya lo sabéis, si os venís conmigo, lo que es allí no han de ir á buscaros.

¡Ah! se me olvidaba deciros que os llevaseis también al señor de Bembibre, porque sé que le queréis tanto como su tío, y bien me acuerdo de lo cortés que estuvo con nosotros en Cornatel.

El comendador que no esperaba semejante visita, ni mucho ménos que tuviese semejante objeto, cuando el universo entero abandonaba á los templarios, se vió tan dulcemente sorprendido, que la emoción le atajó la palabra por un rato. Por fin, dominándola con su acostumbrada energía, se llegó al montañés, y apretándole la mano vivamente le contestó:

—Andrade, lo que contigo hice, lo mismo lo hubiera hecho con cualquiera; pero tú eres el primero que tales muestras de afición me dá. Anda con Dios, buen Cosme, y que su

bondad te prospere á ti y á los tuyos, como yo se lo pediré siempre. Ningún riesgo nos amenaza, porque ya sabes que son obispos los que nos van á juzgar, y en cuanto al rey y sus ricos hombres, añadió con amargura, cuando se hayan hartado con nuestra abundancia, se cansarán de ladrar y de morder.

—No, pues lo que es con eso no me sosiego yo, repuso Andrade, porque, según me dijo el cura el otro día, los jueces de Francia también eran sacerdotes, y así y todo...

—Nada hay que temer, buen Andrade, vuélvete á tu montaña, y cree que me dejas muy obligado.

—¿Conque, á lo que veo, insistió el montañés, estáis en ir á Salamanca y sufrir el juicio?

El comendador le hizo señal de que así era.

—Pues entonces, yo quiero ir allá para servir de testigo.—Señor comendador, á la paz de Dios, que dentro de tres días ó cuatro aquí estoy.—Y sin atender á las razones del anciano, tomó el camino de Cabrera, de donde volvió al tiempo señalado.

Llegó por fin la hora de que los templarios reunidos en Ponferrada abandonasen aquel último baluarte de su poder y grandeza. Por inevitable que sea la desgracia, la hora en que llega siempre es dolorosa, sin duda porque con ella se rompe el último hilo de la esperanza invisible á los ojos, mas no por eso desprendido del corazón. Aquellos guerreros que sucesivamente habían dejado los demás castillos del país, mientras se vieron al abrigo de aquellas murallas todavía respiraban el aire de su grandeza, pero al desampararlas con la imaginación llena de funestos presentimientos, los ánimos más fuertes flaqueaban.

El día señalado muy de madrugada, juntáronse en la anchurosa plaza de armas del castillo, caballeros, aspirantes, pajes y esclavos.

Reinaba un silencio funeral y todos tendían los ojos por aquel hermoso paisaje, que aunque desnudo de hojas y azotado por el soplo del invierno, todavía parecía agraciado y pintoresco á causa de los variados términos de su perspec-

tiva, y de la suave degradación de sus montañas. Por fin se presentó el maestre, y después de dichas las oraciones de la mañana, montaron á caballo y al son de una marcha guerrera comenzaron á moverse hacia el puente levadizo.

Antes de llegar á éste, y encima del arco del rastrillo, existe todavía un gran escudo de armas, cuyos cuarteles están de todo punto carcomidos menos la cruz que se conserva entera y distinta, y las tres primeras palabras de un versículo de los salmos que todavía se leen. Estas eran las armas del Temple, que desde entonces iban á quedar sin dueño y abandonadas por lo tanto y sin honra, después de haber sido símbolo de tanta gloria y cifra de tanto poder.

Este pensamiento ocupaba sin duda la mente de don Rodrigo que por su clase caminaba el delantero, pues al llegar al puente levadizo volvió de repente su caballo, y mirando el escudo al través de las lágrimas que empañaban sus cansados ojos, exclamó con una voz que parecía salir de un sepulcro, y leyendo la sagrada inscripción: *Nisi dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* Los caballeros volvieron igualmente sus ojos, y en medio del desamparo á que se veían reducidos, repitieron en voz baja las palabras de su maestre, después de lo cual espoleando sus corceles salieron con gran prisa de aquella fortaleza á donde no debían volver.

Don Alonso los acompañó hasta que cruzaron el Boeza, y allí los dejó con el abad de Carracedo que los seguía á Salamanca, llevado de su noble y santo propósito. El buen Andrade caminaba entre don Alvaro y el comendador, y de todos recibía infinitas muestras de cortesía y bondad que no acertaba á explicarse, porque su rectitud natural y sencilla, desnudaba de todo mérito aquella acción generosa y desinteresada. De esta suerte hicieron su viaje á Salamanca, donde ya estaban juntos los obispos, que bajo la presidencia del arzobispo de Santiago, componían aquel concilio provincial.

CAPÍTULO XXXI.

Las muchas seguridades que doña Beatriz recibió del abad y de su buen padre, acerca de la suerte que aguardaba á los templarios españoles, no fueron poderosas á calmar los recelos y zozobras que se agolpaban en su ánimo: ¡tan hondas raíces había echado en su corazón el pesar y tan negra tinta derramaba su imaginación aun sobre los objetos más risueños! Si había de juzgar de las disposiciones de los obispos por las que durante mucho tiempo había abrigado el prelado de Carracedo, no tenía á la verdad gran motivo para tranquilizarse, y por otra parte el embravecimiento de la opinión contra los templarios, había llegado á tal punto que todo podía temerse con razón. Añádase á esto que su enfermedad teñía habitualmente de un color opaco aun los más brillantes objetos, y fácil será de presumir los muchos y turbios celajes que empañaban aquel rápido vislumbre de felicidad que el abad le había mostrado. No desconocía por otra parte que don Alvaro era un objeto de enemistad especial para el infante don Juan, desde los sucesos de Tordehumos, y su discreción natural le daba á entender que en medio de la inquietud que inspiraban los templarios aun después de su caída, no dejaría de haber dificultades para restituir su libertad, su poder y sus bienes á quien tan decidido apoyo les había prestado, hasta el punto de aceptar sus votos y compromisos.

Contra tan sólidas razones poco valían todos los argumentos de su padre y de su tía, de manera que la misma esperanza venía á ser para ella una luz sin cesar combatida por el viento, y que esparcía al rededor sombras y dudas antes que seguridad y resplandores. El incesante anhelar y zozobra que tan poderosamente habían contribuído á la ruina de su salud, continuaron por lo tanto minándola á

gran prisa, y como en la postración de su cuerpo toda clase de emociones venían á ser por igual dañosas, cada día sus fuerzas se disminuían y se aumentaba el cuidado de los que andaban á su alrededor. Don Alonso que achacaba á sus pesares y desvelos los estragos que se veían en su rostro, comenzó á inquietarse seriamente cuando llegó á advertir que aquella dolencia derivada sin duda del alma en un principio, existía ya de por sí y como cosa aparte. Al cariño de padre, al aguijón del remordimiento vinieron á mezclarse entonces los temores del caballero, que temblaba por la suerte y el porvenir de su linaje depositados en tan frágil vaso, cabalmente cuando el destino parecía que iba á convertir en bronce su vidrio delicado.

Posesionado ya de los castillos del Bierzo y sosegados todos los rumores de guerra, pensó en sacar á doña Beatriz del monasterio, y en restituirse con ella á su casa de Arganza. Poco se alegró la joven con la resolución de su padre, porque mientras su suerte se fallaba, ningún lugar había más acomodado á la solemnidad religiosa de sus pensamientos y á la tranquilidad que tanto había menester su espíritu, que el retiro de Villabuena. Los recuerdos de la infancia y adolescencia tan dulces de suyo al corazón, más de una vez se acibaran con las imágenes que los acompañan, y entonces su consuelo y blandura son más que dudosos. Así doña Beatriz, que en los muros de la casa paterna había visto en brevísimo espacio de tiempo, nacer y agostarse la flor de su ventura, desaparecer su madre, perderse su libertad, y aparecer impensadamente un sol que juzgaba para siempre puesto, solo para cegar sus ojos y dejar un rastro de desolada luz en su memoria, temblaba volver á aquel recinto, cuando tan enigmático se presentaba todavía lo futuro. Sin embargo, el atractivo que para su alma pura y piadosa tenían las cenizas de su madre, el deseo de acompañar á su padre anciano, y la seguridad de que los objetos exteriores, solo podían atenuar muy levemente las ideas, que como con un buril de fuego estaban impresas en su alma, la decidieron á abandonar por segunda vez aque-

lla casa, de donde había salido antes para tantos pesares y sinsabores, y de la cual entonces se apartaba sin más patrimonio que una lejana y débil esperanza, igualmente privada de salud y de alegría. Despidióse, pues, de su tía y de las buenas religiosas sus amigas y compañeras, sin extremos ni sollozos, pero profundamente conmovida y echando miradas tan vagarosas á aquellos sitios, como si hubiesen de ser las postreras. Aunque sus males y tristezas, eran como una sombra para aquellas santas mujeres, su dulzura, su discreción, su bondad y hasta el particular atractivo de su figura, las aficionaban extraordinariamente á su trato y compañía: así fué que por su parte hicieron gran llanto en su partida.

Por fin salió acompañada de su Martina y de sus antiguos criados. ¿Dónde estaban los días en que sobre un ágil y revuelto palafrén corría los bosques de Arganza y Herbededo con un azor en el puño, acechando las garzas del aire, como una ninfa cazadora? Ahora ni aun el sosegado y cómodo paso de su hacanea podía sufrir, y más de una vez hubo de pararse la cabalgata en el camino, para reclinarla al pie de un árbol solitario, donde cobrase aliento. La agitación de la despedida la había debilitado en gran manera, así es que llegó á Arganza más desencajada que de ordinario y llena de fatiga. Las imágenes que aquellos sitios le presentaron animadas con todo el ardor de la calentura, produjeron gran trastorno en su ánimo, y aguaron el contento de aquellos pacíficos aldeanos, para quienes su venida era como la visita de los ángeles para los patriarcas.

A la mañana siguiente quiso bajar á la capilla donde estaba enterrada doña Blanca, y por la tarde apoyada en Martina y en su padre que apenas se atrevía á contrariarla, se encaminó lentamente al nogal de la orilla del arroyo debajo de cuyas ramas se despidió de don Alvaro para siempre. Si sus lágrimas hubieran corrido en abundancia, sin duda se hubiera descargado de un gran peso; pero el deseo de esconderlas de su padre, las cuajó en sus ojos y el esfuerzo que hubo de hacer, se convirtió como era natu-

ral en daño suyo. Aquella noche la lenta calentura que la consumía, se avivó en tales términos, que entró en un delirio terrible en que sin cesar hablaba del conde, de su madre y de don Alvaro, quejándose dolorosamente de cuándo en cuándo. El señor de Arganza desolado y fuera de sí, mandó inmediatamente por el anciano monje de Carracedo que ya la había asistido en Villabuena, cuando su anterior enfermedad. El buen religioso vino al amanecer con toda diligencia y encontró ya á doña Beatriz casi de todo punto sosegada, porque en aquella complexión ya destruída, no tenían gran duración los accesos del mal. Informóse sin embargo, de todo lo sucedido, y como don Alonso descorriese á sus ojos hasta el último velo, le dijo:

—Noble don Alonso, fuerza será que vuestra hija no vea durante algún tiempo estos sitios, que tan dolorosas memorias renuevan en ella. Trasladadla sin perder tiempo á la quinta que poseían los templarios sobre el lago de Carucedo, porque allí es el aire más templado y el país más plácido y halagüeño. Pronto vendrá la primavera con sus flores, y entonces se decidirá la suerte de doña Beatriz, que de continuar aquí, no puede menos de ser desastrada.

—Pero decidme, le preguntó con ansiedad el señor de Arganza; ¿y vos me respondéis de su vida?

—Su vida, le contestó el religioso, está en las manos de Dios que nos manda confiar y esperar en El. Sin embargo, vuestra hija es joven todavía, y por profunda raíz que haya echado el mal en ella, bien podrá ser que un suceso feliz y precursor de una época nueva, la curase harto mejor que todos los humanos remedios. No nos descuidemos: de nuevo os lo encargo; aprovechad el respiro que va á darnos un calmante que tomará hoy, y lleváosla al punto.

Con efecto, el calmante proporcionó tan grande alivio á la enferma, que don Alonso devorado de recelos y de inquietudes, después de acelerar todos los preparativos de viaje, partió á los dos días con su hija. Algo mejor preparada esta, y atenta más que á su quietud y bienestar pro-

pio, al sosiego de su padre, emprendió sin repugnancia su nueva peregrinación, despidiéndose de aquellos sitios, teatro de sus juegos infantiles, con un mal disimulado acento, en que no podía traslucirse la esperanza de volverlos á ver. Tal vez nadie mejor que ella, podía juzgar de su estado, pues solo á sus ojos era dado ver los estragos de su alma; pero ¿quién podía adivinar lo que el porvenir guardaba en los pliegues oscuros de su manto? y por otra parte la imagen de don Alvaro libre de sus votos, más rendido, más noble y más hermoso que nunca, era como un ave de buen agüero, cuyos cantos se quedan alhagando el oído por rápido que sea su vuelo.

La comitiva cruzó el Sil por la misma barca de Villadepalos, que en otros tiempos más felices debió conducirla en brazos de su amante á un puerto de seguridad y de ventura. Fatalidad y no pequeña era, encontrar por todas partes memorias tan aciagas, pero aquel reducido país había servido de campo á tantos sucesos que más ó menos de cerca la tocaban, que bien podía decirse que sus pensamientos y recuerdos lo poblaban, y de donde quiera salían al encuentro de sus miradas.

Pasado el río, hay una cuesta muy empinada, desde la cual á un tiempo se divisan entrambas orillas del Sil, todo el llano que forma su cuenca, el convento de Carracedo con su gran mole blanca en medio de una fresquísima alfombra de prados, y los diversos términos y accidentes de las cordilleras, que por donde quiera cierran y amojonan aquel país.

Comenzaba á desprenderse la vegetación de los grillos del invierno, el Sil un poco crecido, pero cristalino y claro, corría majestuosamente entre los sotos todavía desnudos, que adornaban sus márgenes; el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubría un azul purísimo, y una porción de mirlos y jilgueros revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciaban con sus trinos y piadas, la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aguiana con sus crestas coronadas de nubes á la sazón, y los agudos y encendidos picachos de las Médulas remataban su cadena con una gradación muy vistosa. Casi al pie se extendía el lago de Carucedo rodeado de pueblos, cuyos tejados de pizarras azules, vislumbraban al sol siempre que se descubría, y terminado por dos montes, de los cuales, el que mira á mediodía, estaba cubierto de árboles, mientras el que da al norte formaba extraño contraste por su desnudez y peladas rocas. Doña Beatriz se sentó á descansar un rato en el alto de la cuesta, y desde allí tendía la vista por entrambas perspectivas, levantando de vez en cuando sus ojos al cielo, como si le rogase que los recuerdos de amargura y las pruebas de su juventud quedasen á su espalda como la tierra de Egipto detrás de su pueblo escogido, y á orillas de aquel lago apacible y sereno, comenzase una nueva era de salud, de esperanza y de alegría que apenas se atrevía á fingir en su imaginación. Después de descansar un rato, subió la comitiva en sus caballos, y se encaminó silenciosamente á la hermosa quinta, en que doña Beatriz debía aguardar el fallo de su vida y de su suerte.

Era esta un edificio con algunas fortificaciones á la usanza de la época, pero sobrado primoroso para fortaleza, porque todos los frágiles adornos y labores del gusto árabe, se juntaban en sus afiligranadas puertas y ventanas y en los capiteles que coronaban sus almenas. Habíanla labrado los templarios en tiempos de su mayor esplendor, y para su asiento escogieron una colina poco elevada y de suavísimo declive, que está debajo del pueblo de *Lago* y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago junto á ella un lindo seno, y allí se abrigaban algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbraban á solazarse con la pesca de las anguilas de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie. Como las áridas cuestas del monte del norte que los naturales apellidan de los *Caballos* hacían espaldas á la quinta, resul-

taba que de aquel paisaje agraciado y lleno de suavidad, únicamente se ocultaban los términos áridos y yermos. Lo restante era, y es todavía, un panorama de variedad y amenidad grandísima, que repetido por el espejo del lago, figura á veces, cuando le agita blandamente la brisa, un mar confuso de rocas, árboles, viñedos y colinas sin cesar divididos y juntados por una mano invisible. Tiene el lago más de una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte, perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su extensión, y los juncos y espadañas que la pueblan, sirven de abrigo á infinitas gallinetas de agua y lavancos de cuello tornasolado. No lejos de esta ensenada está el pueblo de Carucedo, sentado en una fresca encañada y á su extremo una porción de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan á las de los árboles del desmayo, y sirven de límite á las aguas, mientras en la opuesta orilla occidental, un soto de castaños enormes señala también su término á los caudales del lago.

Doña Beatriz que tenía un alma abierta, por desgracia suya en demasía, á todas las emociones puras y nobles, no pudo menos de admirar la belleza del paisaje, cuando las laderas de los montes que descienden al lago, y su hermosa tabla comenzaron á desplegarse á sus ojos desde las alturas de San Juan de Paluezas. A medida que se acercaba, íbase descogiendo un nuevo pliegue del terreno, y ora un grupo de árboles, ora un arroyo que serpenteaba en alguna quiebra, ora una manada de cabras que parecían colgadas de una roca, á cada paso derramaban nuevas gracias sobre aquel cuadro. Cuando por fin llegó á la quinta y se asomó al mirador, desde el cual todos los contornos se registraban, subieron de punto á sus ojos todas aquellas bellezas.

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz que se extendía por el lago, y á un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos, esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo á beber, moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras, y tal cual piara de yeguas

con sus potros juguetones, venían también á templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas tan pronto en escuadrones ordenados, como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora que en su saya clara y dengue encarnado, mostraba ser joven y soltera, y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdía toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol, se levantaba de aquellas riberas.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cua y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo, no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León. Doña Beatriz casi arrobada en la contemplación de aquel hermoso y rutilante espejo guarnecido de su silvestre marco de peñascos, montañas, praderas y arbolados, parecía engolfada en sus pensamientos. Para un corazón poseído de amor como el suyo, la creación entera no parece sino el teatro de sus penas ó su felicidad, de sus esperanzas ó sus dudas, y esto cabalmente sucedía á aquella interesante y desgraciada señora. La imagen de don Alvaro era el centro adonde iban á parar todos los hilos misteriosos del sentimiento, que en su alma despertaban aquellos lugares, y entretejiéndolos con los que de tiempos más dichosos quedaban todavía enmarañados en su memoria, formaba en su imaginación la tela inacabable de una vida dichosa, llena de correspondencia dulcísima, y de aquel noble orgullo que en todos los pechos bien nacidos, excita la posesión de un bien legítimamente adquirido. ¡Engañosas visiones que al menor soplo de la razón se despojaban de sus fantásticos atavíos y caían en polvo menudo en medio de las puntas y abrojos que erizaban el camino de doña Beatriz! Al cabo de una larga me-

ditación, en la cual, como otras tantas ráfagas luminosas había visto pasar todas aquellas representaciones doradas y suaves de un bien ya disipado, y de otro bien incierto, y apenas bosquejado, la desdichada exhaló un largo suspiro y dijo:—¡Dios no lo ha querido!

—Dios ha querido probarte y castigarme, ángel del cielo, contestó su padre abrazándola; nuestras penas acabaron ya, y los nuevos tiempos se acercan á más andar. Dios se apiadará de tu juventud y de estas canas vecinas ya al sepulcro, y no querrá borrar mi nombre de la haz de la tierra.

Doña Beatriz le besó la mano sin contestar, porque no se atrevía á entregarse á tan risueñas ideas, ni alcanzaba á acallar los presentimientos que de tiempos atrás habían llegado á posesionarse de su espíritu, pues para colmo de amargura, la muerte, que por tanto tiempo había invocado como término y descanso de sus penas, sin verla aparecer jamás, ahora cruzaba á lo lejos como un lúgubre relámpago cuando la vida cobraba á sus ojos todas las galas de la esperanza, y sembraba de flores funerarias el camino que guiaba á su templo. Sin embargo, doña Beatriz, como todas las almas fuertes, pasado el primer extremecimiento, hijo del barro, aceptaba sin miedo ni repugnancia esta idea, y solo le dolía la contingencia de su fin prematuro por el luto de su padre, y de aquel amante arrebatado de sus brazos por una desecha borrasca, y que otra no menos deshecha podía volver á ellos. Así pues, sin decir palabra, se apoyó en el brazo del anciano, y lentamente bajó la escalera con barandilla prolijamente calada, hasta que en la cámara para ella aderezada, la dejó en compañía de Martina. Dejémosla también nosotros entregada á las dulzuras del sueño, que aquella noche bajaba sobre sus párpados más suave y bienhechor que en muchos días, y trasportémonos á Salamanca, donde se iba á fallar el ruidoso proceso que traía alborotada á la cristiandad entera.

CAPÍTULO XXXII.

En medio de la tremenda tormenta que la envidia por un lado, la codicia por otro y la superstición é ignorancia por casi todos, habían levantado contra el Temple, la península puede gloriarse de que su santuario se conservó exento del contagio de aquellos torpes y groseros errores y de aquellas pasiones ruines y bastardas. Sobrado se les alcanzaba á sus obispos la fuente de males que tal vez hubiera podido abrirse en Europa de la conservación y crecimiento de aquella orden decaída de su antigua pureza y virtud, y convertida á los ojos del vulgo en piedra de reprobación y de escándalo; pero como cristianos y caballeros, respetaban mucho á sus individuos, y no desmintieron la noble confianza que en ellos había puesto don Rodrigo Yáñez. Vanas fueron las prevenciones con que Aymerico, inquisidor apostólico y comisionado del papa para acompañar á los arzobispos de Toledo y Santiago, entró en aquel juicio que intentaba llevar por el mismo sendero de los de Francia; vanos todos los esfuerzos de la corte de Castilla, y en especial del infante don Juan, y vano por fin el extravío de la opinión, para torcer la rectitud de sus intenciones. Las iniquidades de Felipe el Hermoso, eran justamente el escudo más fuerte de los caballeros en el ánimo de aquellos piadosos varones, que en el fondo de su corazón, deploraban amargamente las debilidades de Clemente V, origen de tanta sangre y de tan feos borrones para la cristiandad,

Juntos, pues, en Salamanca bajo la presidencia del inquisidor apostólico y del arzobispo de Santiago, Rodrigo; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de la Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Avila; Alonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo;

Alonso, de Astorga; Juan, de Tuy; y Juan, de Lugo, se abrió el concilio con las ceremonias y solemnidades de costumbre. Cada uno de los padres, con arreglo á las bulas pontificias y á las órdenes de sus respectivos monarcas, había formado en su diócesis respectiva un proceso de información, en el cual constaban las declaraciones de infinitos testigos, sacerdotes y seglares, de cuya confrontación debía deducirse la culpabilidad de los caballeros ó su inocencia. Sin embargo, en vísperas de un fallo tan solemne fuerza era ampliar aquel sumario, oir á los encausados, recibir nuevas deposiciones y justificar finalmente una sentencia que iba á dar remate á un suceso, con razón calificado por un historiador moderno de gran mérito de «el más importante de los siglos medios después de las cruzadas.»

Poco tardó en averiguar el infante don Juan las intenciones con que acudía al concilio el abad de Carracedo, y con ellas recibió sobresalto no pequeño, pues estando todavía en balanza la suerte de la Orden por los reinos de España, muy de temer era que en el de León, al abrigo de una familia tan poderosa, moviese nuevos disturbios y mudanzas, y pusiese en duda la posesión de aquellos bienes, que con tanta ansia codiciaba para consolarse de la pérdida de su soñada corona. Así, pues, echó mano como de costumbre de sus cábalas y maquinaciones, y comenzó á sembrar la cizaña de su encono en el ánimo de los obispos, infundiendo recelos de discordias con el Sumo Pontífice en algunos, y amenazando á otros con los alborotos que pudiera ocasionar en la mal sosegada Castilla la resolución de dar por libre de sus votos á don Alvaro.

El anciado monje, á quien no se le ocultaba el estado de doña Beatriz, y que por otra parte sabía cuán agudo cuchillo era para su vida el continuo vaivén de la incertidumbre, presentó el caso como separado del juicio general, alegando la nulidad de la profesión del señor de Bembibre, y manifestando la injusticia que podría haber en complicarle en el proceso y responsabilidad de una corporación, que mal podía contarle entre sus miembros. Por valederas que fue-

sen semejantes razones, no hallaron en el ánimo de los jueces todo el eco que reclamaban, así la solicitud del abogado, como la ventura de doña Beatriz. Por una parte era urgentísimo sustanciar y decidir aquel gran pleito, harto más importante que la suerte de un individuo, y por otra, penetrados los prelados en su interior del poco peso de las acusaciones contra los templarios, no tenían reparo en envolver á don Alvaro en los procedimientos generales, que en todo caso siempre había lugar de enmendar con la debida excepción.

Infructuosos fueron, por lo tanto los esfuerzos que de concierto hicieron, el buen religioso, el maestre don Rodrigo, el comendador Saldaña, su deudo Hernán Ruiz Saldaña, y sobre todo don Juan Núñez de Lara, que tanto por mostrar la nobleza de su sangre, cuanto por el deseo de remediar en lo posible el gran mal que había hecho á don Alvaro en Tordehumos, había venido á Salamanca con diligencia grandísima. Las almas elevadas suelen pagar muy caros los sueños de la ambición, y buena prueba de ello era don Juan de Lara, para quien la noticia de los pesares de don Alvaro y su violenta resolución de entrar en el Temple habían sido y eran todavía un doloroso torcedor. Sin la culpable trama de que también él había sido víctima, libre estaria don Alvaro de los pasados sinsabores y de las presentes angustias, y cualesquiera que hubieran sido las pruebas y amarguras de su amor, en último resultado, pendiendo su suerte de la constancia y elevado carácter de doña Beatriz, sin duda sus hermosas esperanzas se hubieran visto logradas como merecían. Todo esto que en voces altas y muy claras decía á don Juan su conciencia, le afligía por extremo y de buena gana hubiera redimido con la mitad de los años de vida que le quedaban, y con lo mejor de su hacienda tales quebrantos. Otra cosa había además de por medio que aquejaba vivamente su voluntad, y eran los amaños y arterías que en sentido opuesto empleaba el infante don Juan, su jurado enemigo desde lo de Tordehumos. Razones de gran peso, y entre ellas el bien y el sosiego de

Castilla, le habían impedido hacer campo cerrado con él, según en un principio imaginó, pero la idea de contrariar en aquella ocasión sus esfuerzos y dar en tierra con sus artificios, ponía espuelas á su voluntad, ya muy decidida de suyo.

Como quiera todos estos buenos oficios carecían de base, pues estando presente don Alvaro, natural parecía que de por sí reclamase contra el agravio que al parecer se le hacía; pero la autoridad de sus ancianos amigos y de su tío, las instancias de todos los caballeros de la Orden que se hallaban en Salamanca, la importuna solicitud de don Juan de Lara, y hasta la voz misma de aquella pasión, que mal acallada en su pecho se despertaba violentamente á la voz de la esperanza, no fueron poderosas á determinarle á semejante paso. La idea de separar su causa de la de sus hermanos de elección, de tal manera alborotaba su altivo pundonor, que al poco tiempo todos sus allegados cesaron por entero en sus persecuciones. Así, pues, víctima de aquella ilusión generosa de desprendimiento y de hidalguía, tras de la cual había corrido toda su vida, dilataba sin término el suceso feliz del que pendía ya la dicha que en el mundo pudiera tocarle.

Abrióse por fin el juicio, y el maestre don Rodrigo, Saldaña y los más ancianos caballeros comparecieron delante de los obispos á oir los cargos que se les hacían, cargos que en nuestros días moverían á risa, pero que en aquella época de tinieblas encontraban en la muchedumbre un eco tremendo, tanto mayor cuanto más se acercaban á lo maravilloso.

Compulsáronse las informaciones que cada prelado había hecho antes de congregado el concilio, y comenzaron á oirse nuevos testigos. No faltaron muchos que se presentasen en contra del Temple, achacándole los mismos crímenes que perdieron á la orden en Francia, y sobre todo y como cosa más visible, avaricia en las limosnas, y escaseces y falta de decoro en el culto. Cohechados la mayor parte de ellos por los enemigos de aquella gloriosa institución, arre-

batados otros de un celo ignorante y fanático, parecía que unos á otros se alentaban en aquella obra de iniquidad, natural consecuencia de las pérfidas calumnias que deslumbraban los ojos del vulgo sediento siempre de novedades, y tan sobrado de imaginaciones extrañas y maliciosas, como falto de juicio y compostura.

Los caballeros solos en medio de aquel vendabal que sin cesar arreciaba, se defendían sin embargo, con templanza y valeroso sosiego, atentos á conservar su altiva dignidad aun en medio de tamañas falsías y bajezas.

Don Rodrigo, como cabeza de la orden, era el blanco de todos los tiros, no por odio á su persona, pues su prudencia, su urbanidad y sus austeras virtudes andaban en boca de todos; sino porque, humillando la orden en lo que tenía de más sabio y elevado, se minaban sus cimientos y se imposibilitaba su restauración. Como quiera, el maestre infundía tal respeto por sus años y por aquel resto de imperio y de poder que todavía quedaba en su frente, que más de una vez sucedió que los testigos se retiraron corridos y amedrentados delante de la severidad de sus miradas.

El comendador Saldaña hizo harto más en defenderse de otros ataques, que si bien menos concertados, al cabo eran más enconados y violentos.

Recordarán sin duda nuestros lectores, que en el asalto de Cornatel, un deudo muy cercano del conde murió al golpe de una piedra que le deshizo el cráneo, y otro poco después, en la barbacana bajo el hacha del anciano guerrero. Asimismo recordarán que la bandera de los Castros entró arrastrando en el castillo, arrancada por mano de don Alvaro de la tienda en que ondeaba al soplo del viento.

Heridas y ultrajes eran ya estos que difícilmente pudiera olvidar aquel orgulloso linaje, pero el desastrado fin de su caudillo había encendido en sus pechos un odio implacable contra los templarios, y sobre todo, contra Saldaña, como autor de su deshonra y duelo.

Apenas, pues, los vieron emplazados y llamados á jui-

cio, acudieron prontamente á Salamanca, donde añadieron al peso de la acusación general, el de su encono y recriminaciones.

Cuando llegó su día, presentaron su queja ante los padres, acusando al anciano de haber usado malas artes en la defensa de su castillo, con notorio menosprecio de las órdenes de su rey y señor natural. Echáronle en cara la altanería con que deshechó las intimaciones del difunto conde, y sobre todo la muerte atroz de este, contraria á las leyes de la guerra. Beltrán de Castro, uno de los más cercanos deudos y que aun no había podido acomodarse al baldón del vencimiento, presentó todos estos cargos con gran discreción y energía, disfrazando á su modo los incidentes de aquella desastrosa jornada.

—Comendador Saldaña, le dijo el arzobispo de Santiago, confesáis todos los cargos que os hace Beltrán de Castro?

—Padres venerables, contestó el anciano, no por rebeldía ni deslealtad nos negamos á obedecer las cédulas de nuestro monarca, sino por justa y legítima defensa. Caballeros de nuestra prez, no eran para tratados como quería el conde de Lemus á quien respeto, pues que ya el Supremo Juez le habrá juzgado. El quería la guerra, porque anhelaba vengar agravios recibidos con causa, por desgracia sobrado justa, de mí y de uno de nuestros más nobles caballeros. Amaba el peligro y pereció en él..... la paz sea con su alma.—Por lo que hace á la nigromancia que nos reprocháis, señor hidalgo, continuó volviéndose á Beltrán, y sonriéndose irónicamente, el miedo sin duda os turbaba la vista y el entendimiento á la par, pues que así confundíais con los demonios nuestros esclavos africanos, y tomabais por llamas del infierno la pez, alquitrán y aceite hirviendo con que os rociábamos la mollera.

El gallego perdió el color al oir semejante ultraje, y rechinando los dientes, clavó sus ojos encendidos como brasas en el anciano caballero. Su mano se encaminó maquinalmente á la guarnición de la espada, pero acordándose

del sitio en que estaba, mantuvo á raya los ímpetus de su ira.

— No os enojéis, señor hidalgo, que así venís á hacer leña del árbol caído, replicó el comendador en el mismo tono acre y mordaz, no os enojéis ahora, ya que entonces de tan poco sirvió vuestro coraje á aquellos infelices montañeses, que tan sin piedad llevabais al matadero, ya que entonces el señor de Bembibre con solo un puñado de caballeros desbarató toda vuestra caballería, saqueó vuestros reales y trajo arrastrando vuestro pendón, sin que á pesar de vuestras fuerzas superiores tuvieseis ánimo para estorbarlo. ¿En qué opinión teníais á los soldados del Temple y á un viejo caballero que peleó por la cruz en Acre, hasta que los villanos la echaron por el suelo para alfombra de los caballos del soldán? Andad, que vuestro valor es como el de los buitres y cuervos, solo bueno para emplearse en los cadáveres.

—Señor caballero, le dijo gravemente el arzobispo de Santiago, no habéis respondido todavía á la principal cabeza de la acusación; la muerte del noble conde de Lemus..... ¿Es cierto este capítulo?

—Y tan cierto, respondió Saldaña con una voz que retumbó en el salón como un trueno, que si mil veces lo cogiera entre mis manos, otras tantas vidas le arrancaría. Sí, yo le así por el cinto cuando cayó á mis pies sin conocimiento; con él me subí á una almena, y desde allí se lo arrojé á sus gentes diciéndoles: «Ahí tenéis vuestro valiente y generoso caudillo!»

—¡Lo ha confesado! ¡lo ha confesado! exclamaron llenos de júbilo los parientes del difunto.—Comendador Saldaña, continuó Beltrán, yo os acuso de traición, pues solo cohechando al cabreirés Cosme Andrade, pudisteis tener noticia de la expedición del desgraciado conde.

—¡Mentís, Beltrán de Castro! contestó una voz de entre la apiñada multitud, que entonces comenzó á arremolinarse como para abrir paso á alguno. Efectivamente, después de un corto alboroto y de algún oleaje y vaivenes entre la

gente, un montañés con su coleto largo de destazado, sus abarcas y su cuchillo de monte al lado, saltó como un gamo en el recinto destinado á los acusados, acusadores y testigos.

—¿Sois vos, Andrade? exclamó Castro sorprendido con esta aparición para él inesperada.

—Yo soy, yo, el cohechado, como vos decís ruin y villano! contestó el encolerizado montañés. ¡Parece que os pasma el verme! bien se conoce que me creíais muy lejos, cuando así me ultrajabais. Algún ángel me tocó sin duda en el corazón, cuando viéndoos llegar á Salamanca me oculté de vuestra vista para confundiros ahora, ahora que conozco la ruindad de los Castros! ¡Oh pobres paisanos y compañeros míos, que dejasteis vuestros huesos en el foso de Cornatel! venid ahora á recibir el premio que os dan estos malsines! ¡Yo cohechado! Y ¿con qué me cohecharíais vos, mal nacido? ¿O tenéis por cohecho el rodar por los precipicios y arriesgar la vida hartas más veces que vos?

—Vos recibisteis cien doblas del comendador, replicó Beltrán un poco recobrado, aunque confuso con las embestidas del montañés, que le acosaba como un jabalí herido.

—Cierto que las recibí, contestó Andrade candorosamente, porque se me ofrecieron con buena voluntad; pero ¿guardé una siquiera, embustero sin alma? ¿No las distribuí todas y aun bastante de mis dineros á las viudas de los que murieron allí por los antojos de vuestro conde? ¿O piensas tú que es Andrade como tu amo maldecido, que vendía por un lugar más su fe de caballero y la sangre de los suyos? Agradece á que estamos delante de estos varones de Dios, que si no ya mi cuchillo de monte te hubiera registrado los escondites del corazón.

—Sosegaos, Andrade, le dijo el obispo de Astorga, y contadnos lo que sepáis, porque vuestra presencia no puede ser más oportuna.

—Yo, reverendos padres, contestó él con su sencillez habitual, no soy más que un pobre hidalgo montañés á quien se le alcanza algo más de cazar corzos y pelear con los osos

que no de estas cosas de justicia; pero con la verdad por delante, nunca he tenido miedo de hablar, aunque fuese en presencia del soberano Pontífice. Allá va, pues, lo que ví y pasó, bien seguro de que nadie le quite ni ponga.

Dijimos que cuando el honrado Andrade cayó despeñado del torreón por mano de Millán, le detuvieron unas ramas protectoras. Afortunadamente no estaban muy lejos de la muralla, y de consiguiente pudo oir casi todas las palabras que mediaron entre don Alvaro y el conde al principio, y luego lo que pasó con el comendador hasta que el magnate gallego bajó descoyuntado y hecho pedazos hasta la orilla del arroyo. Así, pues, su declaración, en que tanto resaltaba la generosidad de don Alvaro, y la efusión con que contó los prontos socorros que había recibido de Saldaña y de todos los caballeros, hicieron una impresión tan favorable en el ánimo de los padres, que los acusadores de Saldaña no solo enmudecieron, sino que corridos y avergonzados no sabían cómo dejar el tribunal.

—En suma, santos padres, concluyó el montañés; si las buenas obras cohechan, yo me doy por cohechado aquí y para delante de Dios, porque á decir verdad, tan cogida dejaron mi voluntad con ellas estos buenos caballeros, que cuando oí decir que al cabo los llevaban presos, acordándome de las mentiras del conde de Lemus, y temiendo no les sucediese lo que en Francia, me fuí corriendo á Ponferrada, y allí dije al comendador que yo le ocultaría en Cabrera, y aun le defendería de todo el mundo. Yo no sé si hice bien ó mal, pero es seguro que volvería á hacerlo siempre, porque él me salvó la vida dos veces, y como decía mi padre, que de Dios goce, «el que no es agradecido no es bien nacido.»

—Señor de Bembibre, dijo entonces el inquisidor general, volviéndose á don Alvaro, aunque nuevo en esta tierra, no me es desconocida la fama de hidalguía y valor que en ella gozáis. Decid, pues, bajo vuestra fe y palabra, si es verdadera la declaración de Andrade.

—Por mi honor juro que la verdad ha hablado por su bo-

ca, contestó el joven poniendo la mano sobre su corazón. Solo una cosa se le ha olvidado al buen Cosme, y es que también se entendía conmigo sin haberme conocido, la noble hospitalidad que ofreció al comendador Saldaña.

—Ya, ya, repuso el montañés, casi avergonzado: bueno sería que lo poco bueno que uno hace lo fuese á pregonar á son de trompeta. Y luego, que cuando disteis aquel repelón á nuestro campo de Cornatel, ni siquiera hicisteis un rasguño á ninguno de los míos, y después á los que curaron de sus heridas, los regalasteis con tanta largueza como si fuerais un emperador.—Para acabar de una vez, padres santos, continuó dirigiéndose al concilio con tanto respeto como desembarazo, si dudáis de cuanto llevo dicho, venga aquí la Cabrera entera, y ella lo confirmará.

—No es necesario, dijo entonces el obispo de Astorga, porque las secretas informaciones, que por mi mandato han hecho los curas párrocos de aquel país, corroboran los mismos extremos. Este proceso, último que queda por ver de cuantos se han traído á esta junta sagrada, deberá decidir el fallo, salvo el mejor parecer de mis hermanos.

—Deudos del conde de Lemus, dijo en alta voz el arzobispo de Santiago, ¿queréis proseguir en la acusación, presentar nuevas pruebas y estar á las resultas del juicio?

—En mi nombre y en el de los míos, me aparto de la acusación, contestó Beltrán de Castro con despecho, sin perjuicio de volver á ella delante de todos los tribunales, cuando pueda presentar pruebas más valederas.

—Debíais pedir la del combate, le dijo Saldaña, siempre con la misma amargura, siquiera no fuese más que por renovar las hazañas de que fuimos testigos encima de Río-Ferreiros.

Capitaneaba Beltrán la caballería del conde en aquella ocasión, y envuelto en el torrente de los fugitivos nada pudo hacer á pesar de sus esfuerzos, de manera, que sin estar desnudo de valor, su opinión había quedado en dudas. Ninguna herida, por lo tanto, más profunda y dolorosa pudiera haber recibido que la venenosa alusión del comenda-

dor. Tartamudeando, pues, de furor, y con una cara como de azufre, le dijo:

—En cuanto os dieren por libres la pediré, y entonces veremos lo que va del valor á la fortuna.

—Mío es el duelo, contestó don Alvaro, pues que tomáis sobre vos las ofensas del conde de Lemus. A mí me encontraréis en la demanda.

—No sino á mí, replicó Andrade, que he sido agraviado delante de tanta gente.

—Con los tres haré campo, exclamó Beltrán en el mismo tono.

—Caballeros todos, dijo el inquisidor apostólico, no debe escondérseos, sin duda, que delante de la justicia no hay agravio ni ofensa. Así, pues, dad lo hecho por de ningún valor y efecto, y vos, Beltrán, ya que tan cuerdamente desamparáis la acusación, pensad en volveros á vuestro país, que los altos juicios de Dios no se enmiendan con venganzas ni rencores, siempre ruines cuando se ejecutan en vencidos.

Estas graves palabras, dichas con un acento que llegaba al alma, si no mudaron las malévolas intenciones de los Castros, les probaron por lo menos su impotencia; así fué que despechados tanto como corridos, se salieron del tribunal y en seguida de Salamanca, donde habían encontrado el premio que suelen encontrar los sentimientos bastardos: la aversión y el desprecio.

Otro fruto produjeron también sus ciegas persecuciones y fué el poner tan de bulto la inocencia de los templarios, que aun sus más encarnizados enemigos hubieron de contentarse con sordos manejos y asechanzas.

Vistos, pues, todos los procesos y pensado el asunto maduramente, el concilio declaró por unanimidad, inocentes á los templarios de todos los cargos que se les imputaban, reservando, sin embargo, la final determinación al Sumo Pontífice.

Con esta sentencia salvaron los templarios el honor de su nombre, única cosa, á que podían aspirar en la deshe-

cha borrasca que corrían; pero harto más importante para ellos que sus bienes y su poder. Privados de uno y otros, su posición quedaba incierta y precaria hasta el concilio general, convocado para Viena del Delfinado, donde debía fallarse definitivamente el proceso de toda la orden, dado que bien pocas esperanzas pudieran guardar, cuando la estrella de su poder, como el Lucifer del profeta, se había caído del cielo.

CAPÍTULO XXXIII.

Mientras esto pasaba en Salamanca, doña Beatriz, pendiente entre la esperanza y el temor, veía correr uno y otro día fijos los ojos en el camino de Ponferrada, creyendo descubrir en cada aldeano un mensajero, portador de la suerte de su amante y de la orden. La elevación natural de su espíritu le hacía mirar siempre el honor como el primero de los bienes, y bien puede decirse que entonces en el de don Alvaro pensaba, y no en su felicidad. Poco podía influir en su ánimo la sentencia más infamatoria que contra él llegase á fulminarse, porque el amor puro y lleno de fe que se había abrigado en aquel corazón, y que todavía le encendía, era incompatible con toda duda ni sospecha; pero la idea de ver á un joven tan noble y pundonoroso sujeto á infamantes penas, á la misma muerte quizá, la extremecía en sueños y despierta.

A pesar de todos los consuelos y seguridades de su padre, la entrada de la benéfica estación y la influencia, que aquellos lugares apacibles y pintorescos ejercían en su espíritu, producían poco á poco alguna mejoría en su salud, y parecían disminuir su ansiedad y sus temores. El lago había recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla, de nuevo cubiertos de hoja, servían de amparo á infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas que poblaban el aire de cantares y

arrullos: los turbios torrentes del invierno se habían convertido en limpios y parleros arroyos; los vientos templados ya y benignos traían de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor: los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacían sus nidos, y el cielo mismo hasta entonces encapotado y ceñudo comenzaba á sembrar su azul con aquellos celajes levemente coloreados que por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol. La Aguiana había perdido su resplandeciente tocado de nieve y solo algunas manchas quedaban en los resquicios más oscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase á una vida perdurable de verdor y lozanía.

A la manera que el agua de los ríos se tiñe de los diversos colores del cielo, así el espectáculo del mundo exterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría ó dolor. Los acerbos golpes que doña Beatriz había recibido y su retraimiento en el monasterio, habían trocado la natural serenidad de su alma en una melancolía profunda, que estimulada por el mal tendía sobre la creación un velo opaco. Antes eran sus pensamientos un cristal rutilante que esmaltaba y daba vida y matices á todos los objetos al parecer más despreciables, porque el amor derramaba en su imaginación el tesoro de sus esperanzas más risueñas, y ella á su vez las vertía á torrentes sobre las escenas que á sus ojos se ofrecían; pero, deshecho el encanto y deshojadas las flores del alma, todo se había oscurecido. El mundo, mirado desde las playas de la soledad y al través del prisma de las lágrimas, solo tiene resplandores empañados y frondosidad marchita.

Una tarde que estaba entregada á semejantes pensamientos en el mirador de la quinta, paseando por el cristal de las aguas distraídas miradas, llegóse su padre á ella, á tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel plantado á manera de atalaya en la cresta de sus derrum-

baderos. No advirtió ella la aproximación de don Alonso, y siguió engolfada en sus meditaciones.

—¿Qué piensas, Beatriz, le preguntó con su acostumbrado cariño, que no has reparado en mí?

—Pensaba, señor, le respondió ella, llevando su mano á los labios, que mi vida no es de diez y ocho años, sino tan larga como la vuestra. Yo tenía un amante y le he perdido, tenía una madre y la he perdido; tuve un esposo y allí le he perdido también, añadió señalando el castillo con el dedo. Dos veces me he visto desterrada del techo paterno: don Alvaro, desposeído de sus esperanzas, se acogió al claustro guerrero de una orden poderosa, y helo ahí por el suelo. ¿Cómo en el breve espacio de un año se han amontonado tantos sucesos sobre la endeble tela de mi vida? ¿Qué es la gloria del hombre que así se la lleva el viento de una noche? Mi ventura se fué con las hojas de los árboles el año pasado ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas! yo les pregunto ¿qué hicisteis de mi salud y de mi alegría? pero ellos se mecen alegremente al son del viento, y si alguna respuesta percibo en su confuso murmullo es un acento que me dice: «El árbol del corazón no tiene más que unas hojas y cuando llegan á caerse queda desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro.

—Hija mía, respondió el anciano, ¿te acuerdas de que el Señor hizo brotar una fuente de las entrañas de una peña para que bebiese su pueblo? ¿Cómo dudas, pues, de su poder y su bondad? ¿Te sientes peor?..... Esta mañana no te he visto pasear por los jardines como otras veces.....

—Sin embargo, contestó ella, ya puedo andar un buen trecho sin el apoyo de Martina, y suelo dormir alguna que otra hora de la noche. Espero en Dios que mi mejoría será mayor cada día, y que pronto sanaré de los males del alma y del cuerpo.

La cuitada se acordó de que su padre la escuchaba, y volvió á su sistema de generoso fingimiento: pero tan lejos estaba de decir lo que sentía, que sin poderlo remediar terminó con un suspiro aquellas consoladoras palabras. El

anciano le dirigió una mirada tan triste como penetrante, y al cabo de un corto rato en que guardó silencio, le dijo con acento sentido:

—Beatriz, hace tiempo que estoy viendo tus esfuerzos; pero tú no sabes que cada uno es un dardo agudísimo que me traspasa el corazón. ¿De qué me sirven esas apariencias vanas?.... ¡Tu sí que te empeñas en deshojar la planta de mi arrepentimiento y en quitarme hasta la esperanza de sus frutos! Vuelve en ti, hija mía, y piensa que tú eres la única corona de mi vejez, para deshechar esos pensamientos, que son una reconvención continua para mí.

—¡Oh padre mío! respondió la joven, echándole los brazos al cuello: no se hable más de mis locos desvaríos, que no siempre están en mi mano.—¿No queréis que demos un paseo por el lago?

—Oyeme todavía un poco más, respondió el anciano, y dime todas tus dudas y recelos. ¿Qué te suspende y embebece tan dolorosamente, cuando las cartas que recibimos del abad de Carracedo nos aseguran de la justificación del tribunal de Salamanca? ¿Cómo dudas de que suelten á don Alvaro de sus votos, cuando los más sabios los dan por de ningún valor ni obligación?

—Dudo de mi dicha por ser mía, contestó doña Beatriz, y porque es don Alvaro demasiado poderoso y de altas prendas para no infundir recelo á sus enemigos.

—¿No sabéis también cuánto se afana el infante don Juan porque los templarios sufran aquí la misma suerte que en Francia? Harto justos son mis temores. Este pleito ruidoso me trae sin mí, y aun las escasas horas de sueño que disfruto, me las puebla de imágenes funestas. El otro día soñé que don Alvaro estaba en medio de una plaza, atado á un palo y cercado de leña, y el pueblo que le miraba, en vez de darse á su ordinaria grita, le contemplaba mudo de asombro. Tenía vestido el hábito blanco de su orden, y en su semblante había una expresión que no era de este mundo. De repente la leña se encendió y el inmenso concurso soltó un grito, pero yo le veía por entre las

llamas, y estaba con su ropa cada vez más blanca y su semblante cada vez más hermoso. Por fin empezaron á tiznarse sus vestidos y á alterarse sus facciones con el dolor, y clavando en mí los ojos me dijo con una voz muy alta y dolorosa. ¡Ay Beatriz, estas habían de ser las luminarias de nuestras bodas!—Yo, que había estado como de piedra, me encontré ágil de repente y corrí á él para desatarle, pasando por en medio de las llamas, pero apenas lo hube logrado, cuando los dos caímos en la hoguera. Entonces me desperté temblando como una hoja, bañada en sudor frío y con un aliento tan ahogado, que pensé que iba á morir. Por eso me notáis algo más de tristeza y abatimiento hoy que otras veces, pero la suerte me hallará para todo prevenida.

Don Alonso conoció que todas sus razones servirían de poco en aquella ocasión; así pues, al cabo de un rato de silencio dijo presentando la mano á su hija:

—La tarde está muy hermosa y bien decías antes que era preciso aprovecharla.

La joven se levantó prontamente, y apoyándose en el brazo de su padre bajó con él hasta el embarcadero, donde los aguardaba una ligera falúa con jarcias y banderolas de seda con las armas del Temple. Entraron en ella, y tres mozos del país empuñando los remos comenzaron á bogar reciamente, mientras la airosa embarcación se deslizaba rápida y majestuosa dejando tras sí un largo rastro, en el cual los rayos del sol parecían quebrarse en mil menudas chispas y centelleos.

Martina se había quedado en la quinta, y meneando la cabeza, y con ojos no muy alegres seguía la falúa en que su señora cubierta con una especie de almalafa blanca muy sutil que se mecía al son del viento, y con los cabellos sueltos parecía una nereida del lago. La pobre muchacha que con tanto amor y discreción la había servido y acompañado, no acertaba á verse libre de zozobra y ansiedad, pues como la más cercana á doña Beatriz, mejor que nadie conocía su estado. En realidad antes se había mejo-

rado que decaído su salud, pero bien sabía las mortales congojas que le costaba la incertidumbre en que vivía por la suerte de don Alvaro, y que los vislumbres todos de su esperanza de ella pendían principalmente. Por otra parte, como la tristeza es harto más contagiosa que la alegría, la buena de Martina había perdido no poco de su belleza y donaire, y hasta el brillo de sus ojos azules se había amortiguado algo.

Sucedió, pues, que cuando más embelesada estaba en sus ideas, unos pasos muy pesados que sintió detrás le hicieron volver la cabeza, y se encontró nada menos que con nuestro antiguo conocido Mendo el caballerizo, que venía muy apurado y con la misma cara que en otro tiempo le vieron poner nuestros lectores, cuando fué á noticiar á su ama en el soto de Arganza la llegada del templario y de su compañero. Martina, que desde aquella ocasión le había mirado con algo de ojeriza y mala voluntad, le recibió con impaciencia y ceño.

—Martina, Martina, le dijo con gran prisa, algo debe haber de nuevo, porque desde la torre he visto asomar gente por lo alto de la cuesta de Río-Ferreiros.

—Vamos allá; respondió ella con despego; siempre será una embajada como la de antaño. ¿Qué tenemos con la gente que venga? ¿No vienen todos los días del mercado aldeanos de Ponferrada?

—¡Qué aldeanos ni qué ocho cuartos, mujer! respondió él con su acostumbrada pachorra, si he visto yo los pendoncillos de las lanzas y el sol que les daba en los cascos, y no se podía sufrir? Dígote que son hombres de armas, y que algo de nuevo traen.

—Pues harto mejor harías en haber ido á esperarlos, y volver corriendo con la noticia, replicó Martina, que no gustando de la compañía, se hubiera deshecho de ella con gran satisfacción.

—De buena gana me hubiera ido, dijo él, pero el vejete de Nuño se empeñó hoy en salir en el *Gitano* que es el caballo que á mí me gusta, y me quedé. Vedlo, allí vá, aña-

dió, señalando el lugar de la orilla por donde el cazador iba con su caballo, ¡y qué aires tan altos y sostenidos! y qué maestría en el portante. ¡Calla! ¿pues qué le ha dado al viejo que así le pone al galope sin necesidad, como si fuera su jaca gallega?....

Quedóse entonces el palafrenero con la boca abierta y siguiendo con los ojos la carrera de su palafrén predilecto, hasta que soltando un grito, exclamó con una impetuosidad, que le era totalmente extraña:

—¡Ahora sí! ahora sí que son ellos; míralos allá, Martina..... Allá bajo las encinas á la entrada del pueblo..... ¿no los ves?

—Sí, sí, ya los veo; respondió la muchacha, que era toda ojos en aquel momento. Pero ¿qué traerán?

—¿Qué sé yo? respondió Mendo. ¡Toma, toma! pues si casi todo el pueblo de Carucedo está allí. Oye, oye, cómo gritan y cómo brincan los rapaces y aun los mozos..... Pues señor, algo alegre tiene que ser por fuerza.

—Pero válgame Dios, y ¿qué podrá ser? volvió á preguntar la muchacha, poseída de curiosidad.

—Ahora llega Nuño y habla con ellos..... Por Santiago que el viejo se ha vuelto loco. ¿No has visto como ha tirado el gorro al alto..... ahora todos hacen señas á la falúa de los amos..... allá va..... cuerpo de Cristo; y qué gallardamente reman!.... pues no tienen poca prisa los que aguardan..... ¿has visto tal grita y tal manotear?

La embarcación iba acercándose en efecto rápidamente á las señas y voces de aquel animadísimo grupo de gentes de todas edades y sexos, sobre las cuales se veían descollar algunos hombres de armas á caballo; sin embargo, la velocidad de la falúa no correspondía á la impaciencia de Nuño, que picando de ambos lados su generoso corcel se metió á galope por el lago adelante, levantando una gran columna de agua con la que debía de mojarse hasta los huesos, y excitando la furia de Mendo que, echando un voto, y amenazando con el puño cerrado dijo con una gran voz:

—¡Ah bárbaro silvestre y bellacón! ¿así tratas tú la alhaja mejor de la caballeriza? ¡Por quien soy que no tienes tú la culpa, sino quien pone burros á guardar portillos! Para mi alma que si otra vez te vuelves á ver encima de él que me vuelva yo moro!

—Mal año para ti y para todos tus rocines, exclamó enojada Martina: calla á ver si podemos oir algo, y déjame ver de todas maneras lo que pasa.

El generoso corcel obediente y voluntario como suelen ser todos los de buena raza, llegó nadando gallardamente con su ginete hasta el borde de la falúa, y allí Nuño gesticulando con vehemencia dió su mensaje que tanta prisa le corría. Doña Beatriz que se había puesto en pie para escucharle, y cuya forma esbelta y agraciada con su vestido blanco se dibujaba como la de un cisne sobre la superficie azulada del lago, levantó los brazos al cielo y en seguida se hincó de rodillas con las manos juntas, como si diese gracias al Todopoderoso. Su padre, fuera de sí de alborozo, corrió á abrazarla estrechamente; en seguida metiendo la mano en una especie de bolsa que traía pendiente de la cinta, sacó una cosa que entregó á Nuño, y éste volviendo á la orilla con gran prisa, comenzó á distribuir entre los aldeanos el bolsillo de su señor, que como presumirán nuestros lectores, era lo que acababa de recibir. Con esto crecieron las aclamaciones y vítores, mientras la falúa ligeramente se dirigía á las encinas, donde el señor de Arganza, saltando en tierra y abrazando á uno de los recién venidos, le hizo embarcar con él y su hija que también se adelantó á darle la mano. Los demás, precedidos de Nuño, se dirigieron á galope á la quinta, seguidos durante un rato de toda la chiquillería de Carucedo que gritaba á más y mejor.

Martina, que con los ojos arrasados en lágrimas había visto aquella escena, cuyo sentido no tardó mucho en comprender exclamó entonces:

—Gracias mil sean dadas á Dios, porque los templarios han sido absueltos, y ya nada tenemos que temer por el

generoso don Alvaro.—Pero, ¿qué haces ahí, posma? le gritó á Mendo que se había quedado como lelo; ¿no ves que ya están llegando? Anda á habilitar las caballerizas.

No le pesaba al rollizo palafrenero de la absolución de don Alvaro, porque desvanecidos como el humo sus proyectos de servir á un conde con la muerte del de Lemus, creía que ninguno podía haber más honrado para reemplazarle que el señor de Bembibre, pero no estaba en esto la dificultad, sino en que como amo y criado venían á ser á sus ojos una misma persona, y él no había cedido en sus amorosos propósitos respecto á Martina, veía dar en el suelo toda la fábrica de sus pensamientos con semejante desenlace. Así fué que, aguijoneado tan vivamente por la muchacha, bajó la escalera diciendo entre dientes:

—Pues señor, con que el zascandil de Millán vuelva, y con que el Gitano coja un muermo con la mojadura que no se le quite en medio año de encima, medrados hemos quedado.

Martina por su parte bajó también aceleradamente al embarcadero, donde á poco saltó en tierra su señora en compañía de su padre y de aquel portador de buenas nuevas, que no era otro sino nuestro buen amigo Cosme Andrade.

CAPÍTULO XXXIV.

El honrado montañés que vió tan bien terminada la causa de los templarios, á despecho del encono que los Castros abiertamente, y el infante don Juan y otros señores con sordos manejos habían manifestado contra aquella esclarecida orden, determinó de volverse á su Cabrera, de donde faltaba hacía ya más tiempo del que hubiera deseado. Como la situación de los caballeros después de la ocupación de sus bienes era tan precaria, volvió á las instancias y ofertas, que ya en Ponferrada había hecho al comen-

dador, pero con más ardor que nunca, ponderándole con sencilla efusión el gran contento que recibiría su mujer con su vista, el favor que le haría en enseñar á sus hijos los ejercicios de los guerreros, lo mucho que se divertiría con sus cazas, y sobre todo la paz y veneración que le rodearían por todas partes. El anciano se mantuvo inflexible, como quien ha formado una resolución que todo el poder del mundo no bastaría á destruir, y así el buen hidalgo hubo de hacer sus preparativos de viaje, sin que se le lograra aquel vivo deseo.

Cuando llegó el día de la separación, los caballeros todos salieron á despedir á Cosme á las afueras de Salamanca para darle un público testimonio de lo agradecidos que quedaban á su noble comportamiento. Paga escasa en verdad, sino la realzara y diera tan subido precio la sincera voluntad que la dictaba, porque nadie se había arrojado á la defensa del Temple con tanto valor como aquel sencillo montañés, ni hubo testimonio que tanto peso tuviese como el suyo en el ánimo de aquellos santos varones.

La nobleza de su alma se descubrió bien á las claras, cuando casi solo se arrestó á sostener el choque de la opinión embravecida en aquel siglo supersticioso, y sin vacilación se puso á luchar cuerpo á cuerpo con el poderoso linaje de los Castros.

Cualquiera que fuese la prevención y odio con que miraban á aquella caballería, como los rasgos generosos tienen un no sé qué de eléctrico, poco tardó en ganar la mayor parte de los corazones: así fué que salió de Salamanca colmado de elogios y favores de todas clases.

Llegó por fin el instante de la partida, y entonces el maestre, después de haberle dado las gracias en unos términos, que el buen montañés no parecía sino que estaba á la vergüenza, según el vivo color que á cada momento le encendía las mejillas, le regaló un caballo de casta árabe y de hermosísima estampa, ricamente enjaezado. Bien hubiera querido él excusar el regalo, pero no fué posible, atendida la fina y delicada muestra de gratitud de aquellos gue-

rreros. Antes de montar á caballo, sin embargo, todavía llamó aparte á Saldaña, y con las lágrimas en los ojos le volvió á rogar que se fuese con él á Cabrera, cosa que aquel rehusó, pero no sin cierto enternecimiento que no estaba en su mano sofocar. Por fin, después de muchos abrazos y aun lágrimas, subió el montañés en su nueva cabalgadura y se alejó de la noble Salamanca, acompañado de unas cuantas lanzas del abad de Carracedo, que volvían al Bierzo.

Como quiera, las alegres nuevas, de que era portador, casi disiparon del todo el disgusto de la separación, porque las cartas que llevaba para el señor de Arganza del venerable religioso, y los sucesos que como testigo presencial podía contar, era cosa averiguada que derramarían la alegría en las pintorescas orillas del lago de Carucedo.

Y no se engañaba, según acabamos de ver, porque como aquellos pacíficos aldeanos solo bienes y limosnas debían á los templarios, recibieron como la mejor fiesta del mundo la noticia de su absolución. Así fué que cuando puso el pie en tierra, después de haberle acogido con los brazos abiertos el señor de Arganza y de haber visto entre las suyas la mano delicada de aquella dama, á quien sus pesares y dolencias no habían podido despojar de su singular atractivo y hermosura, no sabía el buen cazador lo que le pasaba, ni cabía en sí de puro ancho.

Como ya declinaba el sol cuando tenían lugar el encuentro y sucesos que de referir acabamos, don Alonso no rompió la nema de los pliegos hasta llegar á la quinta.

El virtuoso abad le daba cuenta en ellos de varios pormenores del juicio y de la sentencia, le recomendaba eficazmente á Andrade y concluía diciéndole que, atendido el espíritu de los padres del concilio, estaba casi cierto de que darían por libre á don Alvaro de todos sus votos. La carta concluía con algunas reflexiones llenas de unción y de consuelo, vivo traslado de la caridad que se abrigaba en aquella alma, á pesar de la notable adustez de su carácter.

Encargar festejos y toda clase de finezas para el portador de semejantes nuevas, era trabajo de todo punto excu-

sado; además que don Alonso estimaba cordialmente á aquel hombre, dechado de honradez y de virtudes antiguas.

Así fué, que en los días que permaneció en la quinta no cesaron las funciones de caza y pesca, los banquetes y las danzas. Sin embargo de todo, el montañés que nunca había hecho ausencia tan larga de su casa, anhelaba extraordinariamente volver á ver la cara de su mujer y los enredos de sus hijos; por lo cual, al cabo de una semana se despidió de su noble huésped y de su interesante hija, para volverse á sus nativas montañas. Doña Beatriz le regaló unas preciosas ajorcas de oro y pedrería para su esposa, y don Alonso le hizo presente de un hermoso tren de caza, con una corneta primorosamente embutida en plata. Además para mayor honra le acompañó un buen trecho de camino, al cabo del cual se separaron haciéndose las más cordiales protestas de amistad y buena correspondencia.

En su alma era donde encontraba Andrade el mejor galardón de sus acciones, pero no dejaba de ser uno y bien halagüeño la afición que con ellas había logrado despertar en todas las almas bien nacidas.

Mezclábase también á estos sentimientos un poco de vanidad por haber venido á ser el héroe de aquellos sucesos, por manera que el respeto antiguo, con que entre los suyos era mirado, subió de punto y aun llegó á pasmo y admiración.

Después de esta peripecia pasó doña Beatriz del estremo de la ansiedad y del dolor, al de la esperanza y alegría. No solo veía á su amante honrado y absuelto, sino libre de sus votos, volviendo á sus pies más rendido y enamorado que nunca, y abriendo como la aurora las puertas de la luz al día resplandeciente y eterno de su amor. Desde entonces parecía que un nuevo germen de vida discurría por aquel cuerpo debilitado y lánguido, y que sus ojos recobraban poco á poco la serenidad de su mirada. Sus mejillas comenzaron á colorearse suavemente, y en todos sus discursos se notaba que la confianza había vuelto á introducirse en su alma. Locos extremos sin duda, en que más par-

te tenia el deseo de su corazón, que la realidad de las cosas, puesto que la suerte de don Alvaro estaba todavía pendiente del fallo de un tribunal, y que ni la razón ni la religión aconsejan que se ponga tanta fe en la instabilidad de los negocios humanos.

Los que contaban con la condena y castigo de los templarios, que eran la corte de Castilla y la mayor parte de sus ricos hombres, aunque estaban apoderados de sus bienes y aun de sus personas, volvieron á sus recelos y temores, no bien los vieron absueltos y dados por libres de los cargos que se les imputaban. Por lo mismo renovaron su diligencia y esfuerzos, para que los tristes pedazos de aquel ilustre cuerpo, como los de la serpiente fabulosa, no pudieran volver á juntarse y soldarse para tornar á la vida. Desconcertada su acción y secuestrados sus bienes, el medio más eficaz de reducirlos al último abatimiento, era privarles de aquellas alianzas, escasas en número á la verdad, pero por lo mismo sinceras, á cuya sombra pudieran intentar su restauración; y cuando á tanto no alcanzaran, debilitar por lo menos todo lo posible á los señores que les quedaban amigos para hacerlos menos temibles.

En tan fatal coyuntura se ofrecía á la resolución del tribunal el asunto de don Alvaro. Aunque todos sabían que la amargura del desengaño era la que le había llevado á la soledad del claustro, no por eso dejaban de conocer, que habiendo pronunciado sus votos voluntariamente, cualesquiera que fuesen las cualidades de que en su origen adolecían, nunca faltaría á la fe jurada á sus hermanos. Claro estaba por consiguiente, que si quedaba suelto de las ligaduras religiosas, y volvía á ser señor de sus bienes en un país donde el Temple había echado tan hondas raíces, podían amagar grandes peligros, y mucho más, si al cabo llegaba á entroncarse con la poderosa casa de Arganza.

Como don Alvaro, por otra parte, no había querido apartar su causa de la de su orden, ni aun á trueque de la felicidad con que le brindaba, más que el abad de Carracedo y sus amigos, su propio corazón; de imaginar era, que

no bien se le deparase la ocasión, trataría de volver por el honor de los suyos y de reparar la injusticia cometida con ellos.

Muy común es aborrecer á quien sin causa se agravia, porque su presencia es un vivo y continuo reproche y sañudo despertador de la conciencia, y por esta razón, sin duda, miraba el infante don Juan á don Alvaro con sangriento rencor. ¡Cuánto pues no debieron crecer sus inquietudes, cuando vió la posibilidad de que de nuevo se anudase aquel lazo que ya antes había roto con el enlace del conde de Lemus, y que entonces parecía traído por una mano invisible! Desde el día mismo de la sentencia volvió á sus cábalas y maquinaciones, procurando torcer el ánimo de los obispos para que declarasen templario á don Alvaro, y como tal, sin absolverle de ninguno de sus votos, le sujetasen á la final determinación del sumo pontífice. Con esto se lograba que continuando sus bienes en secuestro, perdiese aquella insigne milicia la esperanza de mejorar su causa al abrigo de un señor poderoso y valiente, mientras el tiempo y el decaecimiento á que había venido acababan de todo punto con su lustre y prestigio. Solo de esta suerte podía descansar su codicia del fruto, que pensaba sacar de aquel rico botín.

Con grandes obstáculos tenía que luchar, sin embargo, y no era el menor de todos ciertamente ser él quien tan solícito se mostraba en semejante fallo, porque su reputación no podía andar más despreciada y abatida, aunque se abrigase de la majestad y pompa del rey su sobrino. Por otra parte las candorosas declaraciones de don Alvaro, que viendo ya en salvo el honor y aun la vida de sus hermanos, había acallado por fin los generosos escrúpulos de su honor; las cartas del infante á don Juan Núñez en que se revelaba la negra trama de Tordehumos, los esfuerzos de este buen caballero sinceramente arrepentido y deseoso de enmendar su anterior conducta, y el noble desprendimiento de Saldaña que, á trueque de favorecer al señor de Bembibre, no vaciló en acusarse de haber ejercido coacción en el

maestre para su admisión en la orden, eran contrapeso más que suficiente á las intrigas y maquinaciones de aquel mal caballero. No era la cuestión de gobierno y buena política la sometida á la sensatez de los prelados de Castilla y Portugal, sino de justicia estricta y rigorosa, y así desde luego manifestaron su resolución de favorecer á don Alvaro. En tan robusto fundamento descansaban las esperanzas del abad de Carracedo y las seguridades, temerarias sin duda, de doña Beatriz.

Desgraciadamente no estaba del mismo modo de pensar el inquisidor delegado del Papa, y sin su ayuda mal podía ponerse el sello á la ventura de aquellos desdichados amantes. Arrastrado por el rey de Francia, según ya dijimos, entró Clemente en la persecución de los templarios: la política más que el encono le mantuvo en aquella senda indigna de la majestad pontificia, y atendiendo á ella más que á otra cosa, sus legados salieron bien penetrados de sus instrucciones y decididos á llevar á cabo sus intentos. Viendo, pues, Aymerico que los Padres de Salamanca, puesta la mira únicamente en la justicia, se inclinaban á pronunciar la nulidad de los votos de don Alvaro, y ocupado de los mismos temores que el infante don Juan, comenzó á suscitar estorbos á la decisión del concilio. No le valieron, sin embargo, sus astucias; así es que, pasado poco tiempo, hubo de recaer fallo sobre este incidente del gran proceso del Temple.

La sentencia declaró á don Alvaro libre de los votos de obediencia y pobreza, únicos que le ligaban á la orden, y le restituyó todos sus bienes y derechos, pero no pudo coronar la obra de virtud de aquellos piadosos prelados. El voto de castidad y pureza, atadura la más fuerte de todas, quedaba sujeto á la jurisdicción especial del legado pontificio; pues cualquiera que fuese la nulidad de los otros, al cabo todos se referían á un orden de cosas ya finado ó suspenso por lo menos, al paso que este como de obligación absoluta y puramente individual, no estaba sujeto á tiempo, ni circunstancias, habiendo sido pronunciado voluntariamente.

Semejante explicación, como otras muchas que se fundan en una mezquina y farisaica explicación de las leyes, tenía mucho más de escolástica y teológica que de caritativa y benéfica, porque el ningún valor esencial de la profesión de don Alvaro mal podía fortalecer ninguna de las obligaciones con ella contraídas, y por otra parte, ningún empleo más noble podía buscarse al poder de la religión que remediar los daños de la iniquidad y de la perfidia. Por dado que fuese el siglo aquel á sutilezas de escuela, de tanto bulto eran estas razones, y tan acomodada por otra parte la solicitud al espíritu del Evangelio, que los obispos todos con el mayor encarecimiento rogaron al inquisidor que, en uso de sus facultades extraordinarias, rompiese la última valla que se oponía á la felicidad de dos personas tan dignas de estimación y de respeto por sus desventuras y por su elevado carácter, agradeciendo así las hazañas de don Alvaro en Andalucía y Tordehumos, y librando á un tiempo de su final ruina á dos linajes esclarecidos y antiguos.

Cabalmente estas razones eran las que más desviaban al inquisidor de otorgar la demanda, pues no habiendo sido poderosa su influencia á estorbar la declaración que restituía á don Alvaro á la clase de señor independiente, el único medio que tenía de disminuir su poderío, era impedir aquel enlace deseado. Tan cierto es que la mano de la política y la razón de estado, sin escrúpulo, trastornan las esperanzas más legítimas, y se burlan de todos los sufrimientos del alma.

Perseverante, pues, en su propósito, desoyó Aymerico no solo las reclamaciones del abad y de los prelados, sino los ruegos de una gran porción de señores, que guiados por don Juan Núñez de Lara, y llenos de afición á don Alvaro, emplearon todos sus esfuerzos en allanarle el camino de su felicidad. Recayó pues brevemente la sentencia, dando por válido y obligatorio el voto de que se trataba, hasta que el Sumo Pontífice en el concilio general que debía celebrarse en Viena del Delfinado, determinase lo más justo.

El inquisidor por su parte, para dulcificar algún tanto la amargura de este fallo, ofreció interponer sus buenos oficios con la corte romana para la resolución definitiva de este asunto, que en conciencia no había podido zanjar favorablemente, según decía. Ninguno se dejó engañar, sin embargo, porque acudiendo al concilio de Viena casi todos los obispos de la cristiandad, y habiendo de verse en él las piezas innumerables del inmenso proceso del Temple, no había imaginación que le viese el término, ni esperanza que hasta su fin pudiese llegar.

Muy general fué la pesadumbre que ocasionó semejante desenlace, pero la del abad, del maestre, de Saldaña y don Juan Núñez de Lara, fué grandísima y sobremanera amarga, aunque dictada por distintos motivos. Mucho le pesaba al buen religioso de ver así malogrados sus afanes, y á los ancianos caballeros de asistir á los funerales de la última esperanza de don Alvaro, pero en Lara se mezclaba al dolor el más vivo remordimiento, y de todos ellos era quizá el más digno de compasión.

Por lo que hace al desventurado joven no se le oyó más que una queja; la de ver definitivamente separada su suerte de la de los templarios, cuando acababan de romper el último talismán que podía hacerle agradable el poder y los honores. Desde entonces hasta el día en que hubo de dar la vuelta al Bierzo en compañía del abad, no volvió á pronunciar una sola palabra sobre su suerte, pero en aquella ocasión, y sobre todo, al despedirse de Saldaña, soltó la compresa á su dolor, y maldijo mil veces del sino que había traído al mundo. El anciano le consoló como pudo, exhortándole á la fortaleza, y poniéndole delante la inmensidad del porvenir con que le brindaba su juventud. Tanto él, como el maestre y casi todos los caballeros quedaban en calidad de reclusos esparcidos en monasterios y conventos apartados, hasta la resolución del Papa; así pues, don Alvaro, después de haber recibido la bendición de su tío y los abrazos de Saldaña y de sus compañeros, salió de Salamanca con el abad de Carracedo, desamparado y triste co-

mo nunca. Después de tantos desengaños y severas lecciones, al cabo de tantos vaivenes dentro de su propio corazón y en los revueltos caminos del mundo, la luz de la esperanza solo podía iluminar dudosa y turbiamente las tinieblas de su alma. No se le ocultaba el estado de doña Beatriz y el terrible golpe que con el último suceso iba á recibir, y contra aquel presentimiento, contra aquella voz interna se estrellaban todos los consuelos y reflexiones del abad; bien es verdad que los mismos temores y zozobras asaltaban el alma del anciano, y privaban á su voz de aquel acento de seguridad tan necesario para comunicar el valor y la confianza. El viaje, por consiguiente, fué muy desabrido y silencioso.

Había pensado el monje presentarse desde luego en la quinta de Carucedo y preparar por sí mismo á doña Beatriz para la dura prueba á que volvía á sujetarla la suerte, pero, mejor mirado todo, juzgó más prudente detenerse á descansar en Bembibre, y desde allí escribir á don Alonso todo lo ocurrido.

Habíase adelantado Millán á la impensada nueva del regreso de su amo, y todo Bembibre salió á su encuentro, pues ni un solo día habían dejado de rezar por su feliz y pronta vuelta, ni echar de menos su autoridad paternal. Don Alvaro procuró corresponder como siempre á aquellas sencillas muestras de aprecio, pero nadie dejó de observar con disgusto, cuán mudado estaba con los pesares el semblante de su señor. La guarnición que en nombre del rey ocupaba el castillo, le dejó al punto en manos de su legítimo dueño, y un buen número de los soldados, que habían acompañado á don Alvaro á la expedición de Tordehumos, se apresuraron á guarnecerle. En una palabra, el día entero, y aun alguno de los posteriores, se pasaron en danzas y regocijos de todas clases, pues todo había vuelto en Bembibre á su antigua alegría.—¡Todo, menos el corazón de su señor!

CAPÍTULO XXXV.

Las esperanzas de doña Beatriz venían á ser con tan raros sucesos como las flores del almendro que, apresurándose á romper su capullo á las brisas de la primavera, y abriendo su seno á los rayos del sol, desaparecen en una sola noche al soplo mortífero de la helada. Su alma cansada de sufrir, y su salud postrada á los embates del dolor, no bien sintieron flojas las rigurosas ataduras, cuando se abalanzaron ardientemente á la fuente del bien y la alegría, para templar su hidrópica sed, bien ajenas de encontrar el acíbar de nuevas tribulaciones, donde tan regalada frescura y suavidad se imaginaban.

No era muy del agrado del cuerdo don Alonso aquella imprudente seguridad en que se adormecía su hija, pero gracias á ella, sus fuerzas se restauraban tan visiblemente y hasta su memoria parecía purificarse de los pasados trágicos recuerdos de tal modo, que no tenía valor para destruir aquel hermoso sueño que le libraba de su más terrible recelo.

El anciano médico de Carracedo se manifestaba sumamente satisfecho del sesgo que la enfermedad iba tomando, y como las noticias que de Salamanca llegaban, solo traían anuncios de un porvenir próspero, nada había que detuviese la naturaleza en su benéfico movimiento.

Había entrado de lleno la primavera, y su influjo contribuía también poderosamente al alivio de la enferma, pintando en su imaginación las risueñas escenas de aquellos contornos, y regalando su pecho con su aromoso ambiente. Aquel cuadro ganaba cada día en belleza y amenidad, y en él encontraba el alma tierna y apasionada de doña Beatriz, un manantial inagotable de dulcísimas sensaciones.

Una mañana que, unas veces á pie y otras embarcada, había recorrido con su padre y su doncella gran parte de las orillas del lago, se recostó por último al pie de un castaño para descansar un poco de su fatiga. Arrullaba tristemente una tórtola en las ramas de aquel árbol; un leñador, descargando recios golpes con su hacha en el tronco de un acebuche no muy distante, acompañaba su trabajo con una tonada muy dulce, y en el medio del lago, menudamente rizado por un vientecillo ligero, se balanceaba una barquilla con un solo aldeano. El cielo estaba puro; el sol recién salido alumbraba con una luz purísima el paisaje, y únicamente, en un recodo algo más sombrío de aquella líquida llanura, una neblina azul y delgada parecía esconderse de sus rayos.

Los tres guardaban silencio, como si temiesen interrumpir con sus palabras la calma de aquel hermoso espectáculo, cuando un resplandor que venía del lado de Carracedo dió en los ojos de don Alonso, y fijándolos con más cuidado en aquel paraje, vió un hombre de armas que al trote largo se encaminaba hacia ellos, y cuyo almete y coraza heridos por el sol despedían vivos fulgores. Hacía días que no recibía noticias de Salamanca el noble señor, y al punto juzgó que aquel hombre vendría enviado del abad.

El forastero, que vió la falúa atracada á corta distancia y el traje y apostura del grupo que estaba al pie del castaño, se encaminó hacia ellos en derechura, y apeándose ligeramente, presentó á don Alonso un pliego con las armas de Carracedo. Abriólo rápidamente y á los pocos renglones que hubo leído, se le robó el color de la cara, comenzaron á temblarle las rodillas, y como si fuese á perder el conocimiento, se apoyó contra el tronco del árbol y dejó caer el papel de las manos. Doña Beatriz entonces, veloz como el pensamiento se arrojó al suelo y recogiendo la carta se puso á leerla con ojos desencajados, pero su padre, que al ver su acción pareció recobrarse enteramente, se arrojó á ella para arrancársela de las manos, diciéndole á gritos:

—¡No lo leas! ¡no lo leas, porque te matará!

Pero ella desviándose á un lado, sin separar sus ojos del fatal pliego, y cebada en sus renglones, llegó á un punto en que lanzando un tremendo gemido, cayó sin sentido en brazos de su fiel doncella. El mensajero acudió al punto á su socorro, y los remeros hicieron lo mismo saltando en tierra, pero ya don Alonso y Martina la habían reclinado de nuevo al pie del árbol sentándose ésta en el suelo y teniendo en su regazo la cabeza de su señora. Entonces comenzaron á rociarle el rostro con agua que traían del lago en un búcaro, y á administrarle cuantos remedios consentía lo impensado del lance; pero inútilmente porque no volvía en sí, ni cesaba una especie de respiración sonora y anhelosa que parecía hervir en lo más profundo de su pecho. De cuándo en cuándo exhalaba un ¡ay! profundísimo y llevaba las manos al lado del corazón, como si quisiese apartar un peso que la abrumaba, mientras un copioso sudor corría de su frente y humedecía todo su cuerpo.

En semejante estado se pasó un largo rato, hasta que viendo don Alonso que el accidente ofrecía serio cuidado, determinó ponerla en la falúa y volver á la quinta inmediatamente. Trasportáronla, pues, entre todos con el mayor cuidado, y bogando aceleradamente, poco tardaron en desembarcar en el muelle, desde donde con las mismas precauciones la llevaron á su cama. Afortunadamente estaba allí á la sazón el anciano físico de Carracedo que acudió al punto, y observando con gran cuidado su respiración y pulso, le abrió sin perder tiempo una vena. Con el remedio comenzó á mitigarse su tremenda fatiga, y á poco abrió los ojos, aunque sin fijarlos en objeto alguno determinado y rodeando su cámara con una mirada incierta y vagarosa. Por último recobró totalmente sus sentidos, pero presa todavía de su tremendo ataque, las primeras palabras que pronunció fueron:

—¡Aire! ¡aire! ¡yo me ahogo!

El religioso acudió aceleradamente á las ventanas y las abrió de par en par.

—¡Ah! ¡todavía! ¡todavía! tengo aquí un peso como el de

una montaña! exclamó pugnando por incorporarse y señalando el lado izquierdo del pecho.

Entonces Martina, el monje y su padre la incorporaron en el lecho, amontonando detrás una porción de almohadas. En esta postura recobró poco á poco algún sosiego, y el aire templado y apacible que entraba por las ventanas empezó á serenar su respiración. Entonces fué cuando el recuerdo de la escena que acababa de pasar se despertó en su memoria, y clavando en su padre sus ojos alterados y brillantes con el fuego de la calentura, le dijo:

—¿Qué se hicieron la carta y el mensajero?..... ¡Dadme el papel que todavía no le he acabado de leer!..... ¿Dónde le guardáis que no le veo?

—¡Hija mía! ¡hija mía! le respondió el anciano, no me destrozes el corazón. ¿Qué vas á buscar en ese malvado escrito?

—¡La carta! ¡la carta! repuso ella con ciega y obstinada porfía, y sin hacer caso de las razones de su padre.

—Dádsela y no la contradigáis, añadió el físico en voz baja, porque ya no le podrá hacer más daño del que le ha hecho.

Entregósela entonces don Alonso, y ella con extraordinaria avidez se puso á devorarla. Esta carta, como presumirán nuestros lectores, no contenía sino lo que ya saben, pero por una fatal circunstancia distaba de la imaginación de doña Beatriz como el cielo de la tierra. Acabó por fin de leerla, y dejando caer entrambas manos sobre el lecho, como postrada de debilidad, dirigió una larga y melancólica mirada al paisaje que por las abiertas ventanas se descubría. Un breve espacio estuvo sumida en esta triste distracción, hasta que al cabo lanzando un profundo suspiro exclamó:

—Y sin embargo, mi ensueño era bien puro y bien hermoso: puro y hermoso como ese lago en que se mira el cielo como en un espejo, y como esos bosques y laderas llenas de frescura y de murmullos. No seré yo quien sobreviva á las pompas de este año. ¡Necia de mí que pensaba que la

naturaleza se vestía de gala como mi alma de juventud para recibir á mi esposo, cuando solo se ataviaba para mi eterna despedida!

—¡Y necio de mí mil veces! repuso don Alonso, que te dejé adormecer en esa vana esperanza que podía desvanecerse con un soplo!

—¿Qué queríais, padre mío? repuso ella con dulzura: mis ojos se habían cansado de llorar en la noche de mis pesares, y cuando el cielo me mostró un vislumbre de felicidad, creí que duraría, porque le había comprado á precio de infinitas amarguras. Poco siento la muerte por mí, pero ¿quién os consolará á vos, quién le consolará á él, á él que me ha amado tanto?

—Doña Beatriz, dijo gravemente el religioso, no hace mucho tiempo que la misericordia divina os sacó de las tinieblas mismas de la muerte, y no sé cómo en vuestra piedad lo echáis en olvido tan pronto, y así desconfiáis de su poder. Por otra parte, yo he leído también lo que dice mi reverendo prelado, y no veo motivo para ese desaliento, cuando el inquisidor Aymerico ha prometido su ayuda para con el soberano pontífice á fin de que la consulta se decida favorablemente. Así debéis esperarlo.

—¡Ah, padre! contestó ella, ¿cómo pensáis que en el laberinto de este inmenso negocio tropiecen en la hoja de papel, de que penden mi sosiego y felicidad? ¿Qué les importa á los potentados de la tierra la suerte de una joven infeliz que se muere de amor y de pesar? ¿Quién pone los ojos en el nido del ruiseñor, cuando el huracán tala y descuaja los árboles del bosque?

Don Alonso que se había sentado á los pies de la cama con la cabeza entre las manos, sumido en una profunda aflicción, se levantó al oir estas palabras como herido de una idea súbita, y poniéndose delante de su hija con ademán resuelto, respondió:

—Yo, yo que te he perdido, yo te traeré la libertad de don Alvaro y la ventura de los dos! yo pasaré á Francia, yo iré al cabo del mundo, aunque sea á pie y descalzo, y con el

bordón del peregrino en la mano, y me arrojaré á los pies de Clemente V. Yo le hablaré de la sangre que ha vertido mi casa por la fe de Cristo, y le pediré la vida de mi hija única. Mañana mismo partiré para Viena.

—¡Vos, señor! contestó ella como asustada, ¿y pensáis que yo consentiré en veros expuesto á las penalidades de un viaje tan largo y en mirar vuestras canas deslucidas con inútiles ruegos solo por esta pasión insensata, que ni la oración, ni las lágrimas, ni la enfermedad han podido arrancar de mi pecho? Y luego, padre mío, considerad que ya es tarde y que á vuestra vuelta solo encontraréis el césped que florezca sobre el cuerpo de vuestra hija. ¡No os apartéis de mí en ese instante!

—¡Beatriz, Beatriz! contestó el anciano con un acento terrible; no me desesperes, ni me quites las fuerzas que necesito para tu bien y el mío. Mañana partiré, porque el corazón me dice que el cariño y el arrepentimiento de tu padre han de poder más que la fatal estrella de mi casa.

Doña Beatriz quiso responder, pero Martina juntando las manos, le dijo con el mayor encarecimiento:

—Por Dios santo, noble señora, que le dejéis hacer cuanto dice, porque me parece que es una voz del cielo la que habla por su boca, y además con eso le quitaréis de encima del corazón, un peso que le agovia.

—Doña Beatriz, le dijo gravemente el religioso, en nombre de vuestro padre, de vuestro linaje y de cuanto podéis amar en el mundo, os encargo que recojáis todo vuestro antiguo valor y que os soseguéis, pues semejante agitación puede dañaros infinito.

—Y al acabar estas palabras, se salió del aposento, llevándose consigo al señor de Arganza. Separóse de él un instante para disponer una bebida con que pensaba templar la calentura de la enferma aquella noche, y en seguida volvió al lado del acongojado viejo.

—¿Cuál es vuestro pensamiento? le preguntó.

—El de emprender la marcha al instante, le respondió don Alonso, pero quisiera que vuestro prelado viniese á

hacer el oficio de padre con mi desdichada hija, que va á quedar por algún tiempo en la mayor orfandad y desamparo. ¿Creéis que su vista no empeore su estado, trayéndole á la memoria imágenes dolorosas?

—Todo lo contrario, respondió el monje, antes es preciso amortiguar el rudo golpe que ha recibido hoy, borrándolo en lo posible de su imaginación. Así que, no solo debe venir el abad, sino don Alvaro también, y muy en breve, porque tal vez su presencia valga harto más que todos mis remedios.

—Sí, sí, sin perder tiempo, respondió don Alonso llamando con una especie de silbato de plata.

Al punto se presentó el cazador Nuño.

—¿Se ha ido ya el mensajero de Bembibre? le preguntó su amo?

—No, señor, respondió el viejo con aire de taco, sin duda aguardará por las albricias de las buenas nuevas que ha traído.

—No importa, respondió don Alonso, tráele inmediatamente á mi presencia.

El criado salió murmurando entre dientes, y su señor, sentándose aceleradamente á un bufete, escribió una carta muy encarecida al abad, encargándole la pronta venida en compañía de don Alvaro. Justamente acababa de cerrarla, cuando se presentó el mensajero.

—Malas nuevas has traído, amigo, le dijo el señor de Arganza.

—¡Ah señor! respondió el hombre con el acento de la sinceridad, harto me pesa, y si yo hubiera sabido cuáles eran, otro hubiera tenido que ser el portador.

—No importa, repuso don Alonso, ahí tienes esas monedas por tu viaje, pero dí ¿vienes bien montado?

—Una yegüa traigo más ligera que el pensamiento, respondió el correo muy alegre de verse tan generosamente recompensado.

—Pues es preciso que pongas á prueba su ligereza para llegar á Bembibre al punto, y entregar esta carta al abad

de Carracedo, que si la yegüa revienta, yo te dejaré escoger entre las mías la que quieras.

Sin aguardar á más salió el soldado, y desatando su cabalgadura y montando en ella de un salto, salió como un torbellino por el camino de Ponferrada, en donde se perdió muy en breve de vista.

A medida que fué entrando el día, fué creciendo la calentura de doña Beatriz, y turbándose su conocimiento. Quejábase de dolor y opresión en el lado izquierdo, y de una sed devoradora: de cuándo en cuándo se quedaba dormida, y entonces un sudor extraordinario venía por fin á despertarla. En estas alternativas pasó la tarde, hasta que entrando la noche, su respiración comenzó á ser más fatigosa y á tener ciertos intervalos de delirio, bebiendo con ansia indecible grandes porciones del cordial que la habían dispuesto.

Ni su padre, ni el anciano religioso se apartaron sino muy contados instantes del aposento de la enferma, silenciosos ambos, aunque igualmente atentos, y haciendo, sin duda, las más tristes reflexiones sobre aquella vida marchitada en flor por el gusano roedor de la desdicha. A cada frase de las varias incoherentes que se escapaban de sus labios, don Alonso se acercaba como si oyese pronunciar su nombre, pero ó callaba en seguida, ó después de echarle una mirada errante y distraída se volvía del lado opuesto, unas veces lanzando un suspiro, y otras sonriéndose de una manera particular. El desventurado padre se apartaba entonces meneando tristemente la cabeza, y sentándose á un extremo de la estancia volvía á sus penosas reflexiones.

Como el insomnio y la aflicción acaloraban á un tiempo su cabeza, salió en una ocasión un momento al mirador de la quinta á respirar el aire exterior. Estaba muy entrada la noche, y la luna en la mitad del cielo parecía al mismo tiempo adormecida en el fondo del lago. Con su luz vaga y descolorida, los contornos de los montes y peñascos se aparecían extrañamente suavizados, y como vestidos de

un ligero vapor. No se movía ni un soplo de aire; los acentos de un risueñor, que cantaba á lo lejos, se perdían entre los ecos con una música de extremada armonía.

El señor de Arganza no pudo menos de sentir el profundo contraste, que con los tormentos de su hija única formaba la calma de la naturaleza. Acordóse entonces de la predicción del abad de Carracedo, y de tal manera se perturbó su imaginación, que se sentó trémulo y acongojado en un asiento, cuando de pronto le pareció oir como á la salida del pueblo de Carucedo un ruido, que instantáneamente iba aumentándose. Un rápido vislumbre, que salió por acaso de debajo de las encinas, excitó más su curiosidad, y observando con cuidado, vió que eran tres ginetes, dos de ellos con atavíos militares, que venían costeando el lago con galope rápido y acompasado á un tiempo, y se encaminaban á la quinta. La luz de la luna, que no servía para distinguir más que los bultos, alumbró lo bastante, cuando ya se acercaron, para descubir que el uno de ellos vestía el hábito blanco y negro de la orden de San Bernardo. Don Alonso no pudo contener un grito de alegría y de sorpresa, y bajando la escalera precipitadamente, fué á abrir por su misma mano la puerta al abad de Carracedo, que era el que llegaba acompañado de don Alvaro y de su escudero Millán.

—¡Ah padre mío! le dijo el apesadumbrado señor arrojándose en sus brazos; no hace un instante que estaba pensando en vos. Vuestra predicción ha empezado á cumplirse de un modo espantoso, y mucho temo que no salga cierta del todo.

—No déis crédito á palabras, hijas de un ímpetu de cólera, le dijo el abad bondadosamente. Más alta que la vanidad de nuestra sabiduría está la bondad de Dios.

—¿Y vos también, noble don Alvaro? añadió don Alonso, yéndose para el joven con los brazos abiertos. ¿De esta manera debíamos encontrarnos al cabo de tan alegres imaginaciones?

Entonces se le anudaron las palabras en la garganta,

y don Alvaro sin desplegar los labios se apartó violentamente de él, volviendo las espaldas y metiéndose en la oscuridad para enjugarse las lágrimas de que estaban preñados sus párpados, y sofocar sus sollozos. Todo quedó silencioso por un rato, si no es el caballo árabe de don Alvaro, que á pesar de la fatigosa jornada, hería la tierra con el casco. Por fin el noble huésped sosegándose un poco, dijo á los recién venidos:

—No os esperaba hasta mañana, mis buenos amigos; pero en verdad que nunca pudo haber llegada más á tiempo.

—¿Eso creíais de nosotros? respondió el abad; ¡no permita el cielo que con esa tibieza acuda nunca á los menesterosos y afligidos! Desde que recibimos vuestra carta, no hemos cesado de caminar con la mayor diligencia, y aquí nos tenéis. ¿Pero nada nos decís de vuestra hija?

—Hace un momento que dormía, respondió don Alonso,si sueño puede llamarse el que en medio de tanta perturbación se disfruta. Venid, acerquémonos á su aposento para que la veáis, si puede ser.

Al ruido de los caballos habían acudido algunos criados, y uno de ellos cogiendo una luz, guió á los señores á la cámara de la enferma. Quedáronse los forasteros al dintel, mientras don Alonso se informaba, pero al punto volvió por ellos y los hizo entrar.

Estaba doña Bearriz tendida en su lecho como sumergida en un angustioso letargo, y las largas pestañas que guarnecían sus párpados, daban á sus ojos cerrados una expresión extraordinaria. Aquella animación que la esperanza y alegría disipadas hacía tan pocas horas habían comenzado á derramar en su rostro, todavía no estaba borrada. En su frente pura y bien delineada se notaba una cierta contracción, indicio de su padecimiento, y la calentura había esmaltado sus mejillas con una especie de mancha encendida. Sus rizos largos y deshechos le caían por el cuello blanco como el de un cisne, y velaban su seno, de manera que á no ser por su resuello anheloso y por el vivo

matiz de su rostro, cualquiera la hubiera tenido por una de aquellas figuras de mármol, que vemos acostadas en los sepulcros antiguos de nuestras catedrales. Todavía no habían desaparecido las huellas de los antiguos males y las del nuevo comenzaban á marcarse profundamente, pero sin embargo, estaba maravillosamente hermosa, no de otra suerte que si un reflejo celestial iluminase aquel semblante.

El abad, después de haberla mirado un instante, se puso á hablar en voz baja, pero con un gesto y expresión vehemente, con el religioso que la asistia, y don Alvaro se quedó contemplándola con los ojos fijos. De repente exhaló un suspiro, y luego con una entonación fresca y purísima que participaba á un tiempo de la melancolía de la tórtola y de la brillantez del ruiseñor, cantó sobre un aire del país el estribillo de una canción popular que decía:

Corazón, corazón mío,
Lleno de melancolía,
¿Cómo no estás tan alegre,
Como estabas algún día?

Los ecos de aquella voz tan llena de sentimiento y de ternura, quedaron vibrando en las bóvedas de la estancia, y como más de una vez sucede en los sueños, doña Beatriz se despertó al son de su propio canto. Don Alvaro que vió abrirse sus hermosos ojos, como dos luceros hermanos que saliesen al mismo tiempo del seno de una nube, tuvo la bastante presencia de ánimo para esconderse al punto detrás de don Alonso y de Martina, temeroso de producir con su aparición una revolución fatal en la enferma; pero ya fuese que la acción le pareciese sospechosa, ya que su corazón le dijese á gritos quién era el que delante tenía, se incorporó en la cama con ligereza increíble, y como si quisiera atravesar con su mirada los cuerpos de su padre y de Martina para descubrir al que se ocultaba, preguntó con zozobra:

—¿Quién, quién es ese que así se recata de mis miradas?

El abad poseído de los mismos temores quiso hacer entonces la deshecha y presentándose de repente le dijo:

—Es un guerrero que me ha acompañado, doña Beatriz. ¿No me conocéis?

—¡Ah! ¿sois vos, padre mío? contestó la joven asiendo su mano y llevándola á sus labios, pero quién sino él os acompañaría á esta casa de la desdicha? prosiguió fijando los ojos en el mismo sitio.

La estatura aventajada de don Alvaro hacía que su casco coronado de un plumero se viese claramente por encima de la cabeza del señor de Arganza.

—¡El es! ¡él es! exclamó doña Beatriz con la mayor vehemencia; ese es el mismo yelmo y el mismo penacho que llevaba en la noche fatal de Villabuena. Salid, salid, noble don Alvaro. ¡Oh Dios mío, gracias mil de que no me abandone en este trance de amargura!

—¡Ah señora! exclamó él presentándose de repente; ni en la ventura, ni en la desdicha, ni en la vida ni en la muerte os abandonará nunca mi corazón.

La joven medio turbada aun por el delirio, y sin seguir más impulsos que el de su corazón, se había inclinado como para echarle los brazos al cuello, pero al punto volvió en sí y se contuvo. Con la emoción se había quedado descolorida, pero entonces un vivo carmín esmaltó sus mejillas y hasta su cuello, y bajó los ojos.

—¡Cosa extraña! dijo después de un breve silencio: no hace mucho que soñaba que me arrebatabais del convento como aquella noche fatal, y que sin llegar al asilo que me teníais preparado, os despedíais de mí para siempre porque os ibais á la guerra de Castilla. Yo entonces me senté á la orilla del camino, y me puse á cantar una endecha muy triste. Era un sueño como todos los míos, de separación y de muerte, pero he aquí que vos volvéis..... ¿cómo habrá podido serme infiel mi corazón? ¿Qué quiere decir esta mudanza?

—¿Qué ha de decir, hija mía, respondió el abad, sino

que el Señor que te prueba aparta ya de ti las horas malas? No temblabas por la vida, por la honra y por la libertad de don Alvaro? pues aquí le tienes libre y más honrado que nunca. Aun el único estorbo que á tu felicidad se opone, desaparecerá sin duda muy en breve. ¿Cómo no esperas lo que todos para ti esperamos y nos afliges de esa suerte?

Doña Beatriz se sonrió entonces melancólicamente, y replicó:

—Mi pobre corazón ha recibido tantas heridas, que la esperanza se ha derramado de él como de una vasija quebrantada. Yo me las figuraba ya cicatrizadas, pero no estaban sino cerradas en falso, y con este golpe han vuelto á brotar sangre. ¡Tenga el cielo piedad de nosotros!

Volvió á quedarse todo en aquel profundo silencio que entristece, tanto como el mismo mal, las habitaciones de los enfermos, sin oirse más ruido que el de la anhelosa respiración de doña Beatriz. Ella fué la que volvió á romperlo, diciendo impetuosamente, y como si sus palabras y determinación atropellasen por una gran lucha interior:

—¡Don Alvaro! no os partáis de aquí..... ¿no es verdad que os quedaréis? ¿quién puede prohibíroslo? Yo os amo, es verdad, pero del mismo modo pudiera amaros un ángel del cielo, ó vuestra madre si la tuvierais. ¡Pensad que mis palabras llegan á vos del país de las sombras, y que no soy yo la que tenéis delante, sino mi imagen pintada en vuestra memoria!—¿Pero no me respondéis? decid, tendríais valor para abandonarme en este trance?....

—No, no, hija mía, repuso el abad apresuradamente, ni él ni yo nos apartaremos de tu lado hasta que tu padre vuelva de Francia con esa dispensa, prenda de tu alegría y gloria venidera.

—¿Con que perseveráis en esa penosa determinación solo por amor mío? exclamó ella clavando en su padre una dolorosa mirada, en que se pintaban la duda y el abatimiento.

—Sí, respondió don Alonso, mañana mismo partiré, si tú no me quitas el valor con esa flaqueza indigna de tu

sangre. Animo, Beatriz mía, pues que en tan buena compañía te dejo; que yo espero estar de vuelta antes de tres meses con lo único que puede tranquilizar á un tiempo tu corazón y mi conciencia: la libertad de don Alvaro.

El médico hizo ver entonces que una conversación tan larga y llena de agitación podía aumentar el acceso de doña Beatriz, y después de algunas palabras de ánimo y consuelo que la dirigieron el abad y su padre, se salieron todos de la habitación menos el anciano monje y Martina. Don Alvaro no dijo ni escuchó una sola palabra, pero los ojos de entrambos hablaron un lenguaje harto más elocuente al despedirse.

Cualesquiera que fuesen los recelos que doña Beatriz tuviese de su fatal estado, por entonces una sola idea la ocupaba y era que no se vería privada de la vista de don Alvaro. Poco podía servir para sanar los males de su cuerpo, pero era un bálsamo celestial para su espíritu, y su influencia fué tan suave y benéfica, que como más de una vez sucede con las imaginaciones fogosas, bastó para alterar favorablemente el curso de la enfermedad, y proporcionarle más descanso del que pudiera esperarse de aquella noche.

CAPÍTULO XXXVI.

Al día siguiente muy temprano, y cuando su hija descansaba todavía, salió el señor de Arganza para Francia, sin más que el viejo Nuño y otro criado. Ambos entrados en años, y por consiguiente quebrantados, estaban sostenidos sin embargo por un mismo sentimiento, que si en el uno se podía explicar por el arrepentimiento y ternura paternal, en el otro venía á ser lealtad acendrada, y en entrambos ciega inclinación á aquella joven digna de mejor suerte. No quiso don Alonso despedirse de ella, siguiendo el cuerdo consejo del físico, para no agitarla más con una escena siempre triste, pero en aquella ocasión mucho más.

Así, pues, la partida se verificó á las calladas, acompañando al viajero el abad y el señor de Bembibre un buen trecho de camino. Cuando hubieron de separarse, don Alonso los abrazó estrechamente, encargándoles el cuidado con su hija querida, y sobre todo que distrajesen su ánimo de las fúnebres ideas que lo oscurecían. Así se lo prometieron entrambos, y despidiéndose con pesadumbre, continuó el uno su viaje y dieron los otros la vuelta hacia la quinta.

Doña Beatriz, rendida con las emociones de aquella noche, se había quedado profundamente dormida cerca del amanecer, y aunque los síntomas constantes de su enfermedad no daban á su sueño aquel descanso inapreciable, medicina de tantos males, sin embargo le permitían una blanda tregua con ellos. Justamente al entrar don Alvaro y el abad, la despertó el relincho de Almanzor, y tendiendo la vista al rededor, echó de menos la fisonomía de su padre. Preguntó al punto por él, y Martina salió como en su busca, pero en su lugar entró el abad de Carracedo. Doña Beatriz comprendió al punto lo que era, y su semblante se cubrió de una nube, pero el anciano con gran prudencia y con la persuasiva autoridad que dan los años la consoló, poniéndole delante los prontos y felices resultados que de aquella separación podían venir. Doña Beatriz le escuchó sin muestra alguna de impaciencia y sin responder una palabra, pero cuando el viejo acabó su discurso, exhaló un suspiro que salía de lo íntimo de su corazón y quería decir:—Todo ese bien que me prometéis llegará tarde. En seguida llamó á Martina, y dijo que quería levantarse. El físico no se opuso, y al poco tiempo ya estaba en pie.

Su palidez era extraordinaria, pues la excitación del delirio y de la calentura de la noche anterior había cedido el puesto á una debilidad y decaimiento fatales. Solo cuando don Alvaro se presentó delante de ella sus mejillas se sonrosearon ligeramente, y al oir su voz grave y varonil como siempre, pero como siempre también tierna y apasionada, pareció extenderse por todo su cuerpo un extremecimiento eléctrico. Habíale mirado con ansia la noche ante-

rior, pero el velo que extendía la calentura delante de sus ojos y la escasa luz que alumbraba el aposento, no la permitieron ver aquellas facciones á un tiempo armoniosas y expresivas, las primeras y únicas que se habían impreso en su alma. Entonces pudo satisfacer su deseo á la claridad del día, pero con una impresión semejante á la que su vista había producido en don Alvaro. Ningún síntoma de enfermedad se advertía en su noble semblante, pero el pesar había comenzado á surcar su frente; sus ojos garzos habían perdido su serenidad antigua, hundiéndose un tanto en las cuencas, y revistiéndose de una mirada sombría. Había perdido además el color, y en los contornos del cuerpo se notaba asimismo cierta flacura, hija de las desdichas y meditaciones.

Cuanto hemos dicho con tantas palabras, notó doña Beatriz con solo una ojeada; pero sin embargo, nunca le pareció don Alvaro tan hermoso. Es cierto que nada había perdido de su antigua apostura y gallardía, y que en su porte y modales se advertía un no sé qué de austero y elevado que imponía respeto.

Apoyada en su brazo y en el del abad, bajó doña Beatriz la escalera que conducía al jardín, con ánimo de sentarse á la sombra de un emparrado y cerca de un toldo de jazmines. Todas las flores estaban abiertas, y un enjambre de abejas doradas zumbando por entre ellas, libaban sus cálices para precipitarse en seguida hacia unas colmenas que estaban en el fondo. Las calles y cuadros presentaban un interminable arabesco de matices vivísimos; las paredes estaban entapizadas de pasionaria y enredaderas, y una fuente que brotaba en el medio tenía una corona de violetas, que asomaban entre el césped sus moradas cabezas.

La joven, que á pesar de bajar casi en brazos la escalera, se había fatigado mucho, no pudo resistir aquel ambiente tibio y cargado de perfume, que la ahogaba. La lozanía misma de las flores y la juventud pomposa de la naturaleza, formaban en su alma doloroso contraste con la marchita flor de sus años y su exánime juventud. Inmedia-

tamente, pues, la trasladaron á la falúa que al pie del muelle aguardaba. Entraron al punto los remeros, y desamarrándola comenzaron á surcar la azulada llanura.

La brisa fresca del lago reanimó un poco á doña Beatriz. Habíase recostado en la popa sobre unos cojines de seda con un decaimiento y abandono que bien daban á entender la postración de sus fuerzas. El abad viéndola un poco más sosegada, sacó el libro de horas, y yéndose á sentar en el extremo opuesto de la embarcación comenzó á rezar. Don Alvaro en pie, delante de ella, la contemplaba con ojos inquietos y vagarosos, mientras los suyos fijos en el espejo de las aguas, seguían como en éxtasis sus blandas ondulaciones. Alzólos por fin para mirarle, y clavándolos en los suyos, le hizo señas con la mano para que viniese á sentarse á su lado. Obedeció él silenciosamente, y entonces la joven le dijo asiéndole la mano:

—Ahora estoy más sosegada, y puedo hablaros. Gracias á Dios, estamos solos: oidme, pues, porque tengo sobre mi corazón hace ya mucho tiempo un peso que me agobia.—Acercaos más.—¿No es verdad que alguna vez os habéis dicho:—La mujer á quien yo amaba ha sido la esposa de un hombre indigno de ella: su aliento ha empañado su frente: yo me la figuraba semejante á la azucena de un valle á quien no tocan ni los vientos de la noche; pero he aquí que, cuando yo la encuentro, está ya separada de la planta paterna, y sus hojas sin aroma y sin lustre.—¿No os habéis dicho esto algunas veces?

Don Alvaro calló en lugar de responder, y no alzó los ojos del suelo. Entonces doña Beatriz, después de haber guardado por un rato el mismo silencio, sacó del seno una cartera de seda verde, y le dijo:

—Os había comprendido, porque hace tanto tiempo que laten nuestros corazones á compás, que ningún movimiento del vuestro puede serme desconocido. Pero vos..... ¡vos no habéis leído en mi alma! le dijo con acento sentido y casi colérico.

Don Alvaro entonces levantó los ojos, mirándola con

ademán suplicante, pero ella le impuso silencio con la mano, y continuó:

—No os lo echo en cara, porque sobradas desdichas han caído sobre vuestra cabeza por amor de esta infeliz mujer, y solo ellas han podido quebrantar la fe de vuestro noble corazón. Tomad esta cartera, le dijo en seguida alargándosela, y con ella aclararéis vuestras dudas.

—¡Ah no tengo ningunas! ¡ningunas! exclamó don Alvaro sin recogerla.

—Tomadla, sin embargo, repuso ella, porque dentro de poco será cuanto os quede de mí.—No me miréis con esos ojos desencajados, ni me interrumpáis. Pensad que sois hombre y una de las más valerosas lanzas de la cristiandad, y conformaos con los decretos del cielo. En esa cartera escribía yo mis pensamientos y mis desvaríos: para vos la destinaba: recibidla, pues, de mis manos, como la hubierais recibido de las de mi confesor.

—¡Ah señora! ¿cómo abrigáis semejantes ideas, cuando vuestro padre va á volver sin duda alguna, y con él los días de la primavera de nuestro amor?

—Mi padre volverá tarde, respondió ella con acento profundo, volverá solo para confiar á la tierra los despojos de su hija única, y morir después. Antes de este último y fiero golpe, la savia de la vida volvía á correr por estos miembros marchitos, pero ahora se ha secado del todo.

El abad, que acabó entonces su rezo, se acercó á ellos é interrumpió la conversación. Doña Beatriz, oprimida por ella y quebrantada por el esfuerzo que acababa de hacer, se mantuvo taciturna y abismada en sus dolorosas reflexiones. Don Alvaro, trastornado por aquella escena terrible, que acababa de levantar el velo de la realidad, guardaba también silencio, apretando convulsivamente entre sus manos y contra su corazón, la cartera verde, y el abad por su parte, respetando la pena de entrambos, no pronunció una sola palabra. De esta suerte cruzaron el lago hasta la ensenada de la quinta, donde saltando en tierra, volvieron á subir en brazos á la joven. Era ya anochecido y significó su

deseo de quedarse á solas con su criada, con lo cual los dos se despidieron de ella, retirándose á sus estancias respectivas.

No bien se vió don Alvaro en la suya, cuando cerrando la puerta y acercándose á un bufete en el cual ardían dos bujías, abrió la fatal cartera y comenzó á leer ansiosamente sus hojas. Estaba señalada la primera con aquel versículo melancólico, que según dijimos en otro lugar, venía á servir de epígrafe á aquellas desordenadas y tristísimas memorias. *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto.* Don Alvaro después de haberle leído, le repitió maquinalmente. En tan breves palabras estaba encerrada su vida y la de doña Beatriz, con su continuo desvelo, su soledad y su esperanza siempre burlada. ¡Cuántas veces se habrían fijado en aquellos caracteres los ojos llorosos de aquella infeliz y hermosa criatura!.... Don Alvaro pasó adelante, y volviendo la hoja encontró este pasaje:

«Cuando me dijeron que *él* había muerto, pasadas las primeras congojas de dolor, me pareció oir una voz que me llamaba desde el cielo y me decía: Beatriz, Beatriz, ¿qué haces en ese valle de oscuridad y llanto?» Yo pensé que era la suya, pero después he visto que vivía: sin embargo, la voz ha seguido llamándome entre sueños, y cada vez con más dulzura. ¿Qué me querrá decir?—Mucho se ha debilitado mi salud, y moriré joven sin duda alguna.

En otra hoja decía así:

«¡Qué contenta cerró los ojos mi pobre madre, cuando me vió esposa del conde! Ella igualaba su corazón con el mío, y esperaba para mí un porvenir de gloria y de ventura: ¿pero qué esperaba su hija? la paz de los muertos, y aun por eso alargó su mano.........................

....

Más se tarda la muerte de lo que yo me imaginaba, y sin embargo, soy más dichosa de lo que pude esperar. Rara felicidad la mía! Antes de mis tristes bodas llamé aparte al que iba á ser mi esposo, y le exigí palabra de que me respetaría todo el año que le había ofrecido á *él* aguardarle,

cuando se partió á la guerra de Castilla. Así me lo prometió y me lo ha cumplido, porque como no me ama, se ha contentado con la esperanza de mis riquezas y el poder que le dá este enlace, sin solicitar mi corazón, ni mucho menos mis caricias. Así moriré como he vivido pura y digna del único hombre que me ha amado. Para él escribo estos renglones: ¿quién sabe si llegarán á sus manos? ¿Quién sabe si se los llevará el viento como las hojas de los árboles que veo pasar por encima de las torres del monasterio. Más aprisa arrebatará quizá el soplo de la muerte las escasas galas que le quedan al árbol de mi juventud! Pobre padre mío, ¡qué terriblemente habrá de despertar de sus sueños de grandeza!»

Venía después un versículo del libro de Job, que decía: «*¡Ecce nunc in pulvere dormiam, et si manè me quæsieris, non subsistam!*»

Y en la página siguiente esta estrofa dolorosa.

«La flor del alma su fragancia pierde;
Por lo de ayer el corazón suspira,
Cae de los campos su corona verde;
¡Lágrimas solo quedan á la lira!

Don Alvaro pasó unas cuantas hojas, y encontró con una que decía:

«Heme en fin, viuda y libre; mis lazos están sueltos: pero ¿quién desatará los de *él?* La suerte de la orden me inspira vivísimos temores. ¿Quién sabe si mi amor le traerá la muerte y la deshonra? ¡Oh Dios mío! ¿por qué mi corazón ha de esparcir la desdicha por todas partes?.......
....
Por fin va preso con todos sus nobles compañeros, y se presentará á los jueces como un salteador de caminos. ¿Qué va á ser de ellos? Esta noche he tenido una hoguera voraz dentro del pecho; una sed mortal me devoraba, y en la ilusión de mi calentura, me parecía que todos los riachuelos y fuentes de este país corrían con murmullo dulcísimo por detrás de mi cabecera. No he querido despertar á

Martina, porque dormía sosegadamente, aunque su corazón está en otra parte, como el mío. ¿En qué puede consistir semejante diferencia? En que ella ama y espera, y yo amo y me muero.»

Don Alvaro recorrió otros pasajes, en que la agonía que experimentaba por su suerte estaba trazada con rasgos de suma angustia y desconsuelo. Por fin, después de tantas ansias y congojas, venía el siguiente pasaje:

«¡Oh cielo santo! está absuelto de todas las acusaciones con todos los suyos!.... Pensé que me tiraba al agua para abrazar al mensajero que semejantes nuevas traía. Al cabo volverá, sí, volverá, no hay que dudarlo: ¿para qué se había de ataviar tan pomposamente la naturaleza con todas las galas de la primavera, sino para recibir á mi esposo? Bellas son estas arboledas mecidas por el viento, bellas estas montañas vestidas de verdura: puras y olorosas sus flores silvestres, y músico y cadencioso el rumor de sus manantiales y arroyuelos, pero al cabo son galas del mundo, y yo tengo un cielo dentro de mi corazón. Yo saldré á buscarle con mi laud en la mano, con mi cabeza cubierta del rocío de la noche y, como la esposa de los Cantares, preguntaré á todos los caminantes: «¿En dónde está mi bien amado»? ¡Ah! ¡yo estoy loca! tanta alegría debiera matarme, y sin embargo, la vida vuelve á mi corazón á torrentes, y me parece que la planta del cervatillo de las montañas sería menos veloz que la mía! Él me ponderaba de hermosa..... ¿qué será ahora cuando vea en mis ojos un rayo del sol de la ventura, y en mi talle la gallardía de una azucena, vivificada por una lluvia bienhechora? ¡Oh Dios mío, Dios mío! para tamaña felicidad, escaso pago son tantas horas de soledad y de lágrimas. Si un paraíso había de ser el lugar de mi descanso, pocos eran los abrojos de que habéis sembrado mi camino.»........................

....

Don Alvaro había podido leer, aunque conturbado y confuso, los anteriores pasajes, empapados en llanto y pesar, pero al llegar á este, en que con tan vivos colores es-

taba bosquejada una dicha como el humo disipada, no fué ya dueño de los violentos arrebatos de su alma, y se dejó caer sobre su cama, rompiendo en amarguísimos sollozos. Por fin estaba solo, y nadie sino Dios era testigo de su flaqueza; pero las lágrimas, que tanto alivian el corazón de las mujeres y los niños, son en los ojos de los hombres alquitrán y plomo derretido.

CAPÍTULO XXXVII.

Los tristes pronósticos de doña Beatriz fueron cumpliéndose muy aprisa desde aquel día, y sus padecimientos físicos, unidos á los combates de su alma, empezaron á desmoronar visiblemente aquel cuerpo de tantas maneras minado y cuarteado. Las bellas y delicadas tintas de la salud, que otra vez habían vuelto á sonrosear aquel delicado rostro, digno de un ángel de Rafael, se trocaron poco á poco en la palidez de la cera, bien como vemos las nubes del ocaso perder sus vivos matices á medida que baja el sol. La morbidez suavísima de sus carnes, la bella ondulación de sus contornos, la gallardía de sus movimientos, que por algún tiempo oscurecidas bajo las sombras del dolor y la enfermedad, habían comenzado á florecer de nuevo, otra vez volvieron á marchitarse bajo el soplo del desengaño. Su forma se parecía más y más á la de una sombra, y lo único que en ella iba quedando era el reflejo de aquella alma divina, que brillaba en sus ojos y la iluminaba interiormente. La enfermedad que la consumía, lejos de tomar en ella ningún carácter repugnante, parecía que realzaba su resignación angelical y su dulzura sin ejemplo. Algunas veces, sin embargo, tomaban sus ideas cierto sabor amargo, que revelaba el vigor que bajo tanta mansedumbre se escondía, y el fuego encendido bajo tantos escombros y ceniza. Era realmente un infernal martirio ver llegar á pasos medidos la callada sombra de la muerte,

cuando la esperanza, el amor, la paz y el sosiego doméstico, el noble orgullo de llevar un nombre ilustre, las riquezas, la juventud, la hermosura, cuanto puede embellecer y sublimar la vida, venía á dar precio á la suya. No obstante, su piedad, su carácter elevado y los mismos hábitos melancólicos de su espíritu, disipaban fácilmente estos tumultuosos movimientos, y al momento volvían sus ideas á su curso ordinario.

En aquellos días fatales su amor á la naturaleza subió de punto, y su ansia por contemplar las hermosas escenas de aquellos alrededores era extraordinaria. Fatigábale la cama terriblemente, pero como de puro postrada no podía dar un paso, sus paseos eran siempre en la falúa, cuyo movimiento era lo único que podía sobrellevar. Así, pues, se pasaba horas enteras cruzando las aguas del lago unas veces contemplando sus orillas con una especie de arrobo, otras siguiendo con la vista las bandadas de lavancos que nadaban á lo lejos en ordenados escuadrones, y casi siempre abismada en sus propios pensamientos. De cuándo en cuándo alzaba la vista para mirar el camino por donde su padre había partido, por ver si en lo alto de la cuesta de Borrenes resplandecían sus armas, y al ruido de las yeguas de los aldeanos que pasaban por la orilla, se volvía con una especie de extremecimiento, imaginando oir las herraduras del caballo de don Alonso.

Don Alvaro y el venerable abad no dejaban de acompañarla ni un solo instante en aquellos melancólicos paseos, observando con espanto el progreso rápido del mal y el decaimiento cada día mayor de la desdichada. Don Alvaro, clavados casi siempre sus ojos en los de ella, parecía respirar con la misma congoja y ahogo que si su pecho estuviese atacado de la misma enfermedad. Doña Beatriz, siempre que encontraba aquella mirada apasionada y terrible á un mismo tiempo, apartaba la suya, bañados en lágrimas sus párpados. Las palabras eran escasas, pues á tal punto habían venido las fuerzas de la enferma, que el anciano médico había encargado el posible silencio. Tanto él

como la enferma conocían harto bien la inutilidad de semejantes paliativos, pero el uno por no dejar medio alguno de que echar mano, y la otra por no afligir á personas tan queridas, se conformaban con ellos. De esta suerte reducidos los dos amantes al lenguaje de los ojos, las almas, que parecían salirse por ellos, volaban una al encuentro de otra, como si quisieran confundirse en el mismo rayo de luz que para comunicarse les servía.

Por fin, llegó á tanto la postración de doña Beatriz que pasó en la cama una porción de días sin manifestar deseo de levantarse, y como sumida en un desvarío que parecía enagenar su razón. Al cabo de ellos cerca de la caída de la tarde, se reanimó de una manera desusada y abriendo sus hermosos ojos más brillantes aun que de costumbre, dijo con voz entera y gran rapidez:

—¡Martina! ¡Martina! ¿dónde estás?

—Aquí, señora, contestó la muchacha casi sobresaltada de aquel súbito recobro: aquí estoy, siempre á vuestro lado: ¿dónde queríais que estuviese?

—¡Siempre así, pobre muchacha, y sin que tu amor mismo te aparte de mi cabecera! exclamó doña Beatriz mirándola con ternura.

—¡Ah señora! dejad eso; yo no pienso sino en vos y en veros buena ¿qué queríais que con tanta prisa me llamabais? Me parece que os sentís más animada, ¿no es verdad?

—Sí, sí, tráeme mi vestido blanco, porque quiero pasearme por el lago. Estoy mejor, mucho mejor, y el día me parece hermosísimo. ¡Vos aquí también, don Alvaro! y ¡vos, venerable padre! ¡Ah! ¡me alegro en el alma, porque con eso os veréis en parte pagados de tantos afanes y zozobras, como por mí habéis pasado!

Don Alvaro y el abad, como si saliesen de un sueño, no sabían qué pensar de aquel tono casi festivo de doña Beatriz, y en particular el primero no acertaba á poner freno á las tumultuosas esperanzas que se levantaban en su corazón. El anciano médico al contrario no pudo contener un gesto de dolor. Saliéronse los tres del aposento, y en breví-

simo espacio se aderezó doña Beatriz con su sencillez y gracia acostumbradas. Realmente parecían haberse aflojado las ligaduras del mal, pero así y todo, bajó la escalera casi en brazos de Martina y del señor de Bembibre. Cuando llegó á la góndola puso el pie en ella resueltamente, y en seguida fué á sentarse sobre los almohadones de brocado del fondo, no con el ademán doliente y abatido de otras veces, sino con extraño garbo y gentileza. Don Alvaro atento como nunca á sus menores ademanes, se quedó como de ordinario en pie delante de ella. El abad que había sorprendido el gesto de mal agüero del físico, se apartó con él al otro extremo de la ligera embarcación para interrogarle, y Martina por su parte se sentó junto á los remeros, que sin aguardar á más hicieron volar la barca por la azulada espalda del lago, rápida y serena como una de las muchas aves que por allí nadaban.

Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos resplandores de la tarde por entre las hojas de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo, matizado de tintas espléndidas y enriquecido con una prolija y maravillosa crestería.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término. Por un efecto de la refracción de la luz, una ancha cinta de cambiantes y visos relumbrantes ceñía las orillas del lago, y la falúa parecía colgada entre dos abismos, como un águila que se para en mitad de su vuelo.

Con semejante escena el fugaz relámpago de alegría, que había iluminado el alma de doña Beatriz, se disipó muy

en breve. Siempre había dormido en lo más recóndito de su alma el germen de la melancolía producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor á lo desconocido que lanza los corazones generosos fuera de la ruindad y estrechez del mundo en busca de una belleza pura, eterna, inexplicable, memoria tal vez de otra patria mejor; quizá presentimiento de más alto destino. A este secreto y sobrehumano impulso había sacrificado doña Beatriz lo que más caro podía serle en el mundo, la libertad y el culto exterior que pensaba rendir á la memoria de su amante, cuando lo imaginaba muerto; solo por presentarse algún día á los ojos de su madre adornada con la aureola del vencimiento de sí propia. Los azares de su vida, sus continuos vaivenes entre la esperanza y la desdicha, los dolores de su alma y de su cuerpo, y la perspectiva de una muerte próxima, presente por tanto tiempo á sus ojos, habían fecundado estas terribles semillas y ahondado más y más el cauce que la tristeza había labrado en su alma hasta trocarle en un verdadero abismo, donde iban á parar todos sus pensamientos.

Por lo mismo la escena que se ofrecía á su vista, naturalmente engolfó su imaginación en aquel mar sin límites, donde bogaba hacía tanto tiempo. Por fin después de haber dirigido llorosas miradas al cielo, al lago, á las montañas lejanas y á aquella quinta donde tanto había aguardado y sufrido, como si de todos ellos se despidiera y tuviesen un alma para comprenderla, dijo al apenado caballero:

—Don Alvaro, ¿no veis cuán vanas son las alegrías de la tierra? ¿Quién nos dijera hace un año que nos habíamos de encontrar en estos escondidos parajes, solo para una eterna despedida?

El joven, que con pesadumbre indecible había observado el rumbo que desde la salida de la quinta iban tomando sus ideas, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba á fortaleceros vuestro antiguo valor, así le desechéis de vuestro pecho?

—¡Valor! respondió ella, y pensáis que necesito poco para dirigiros mis últimas palabras y apartarme de vos? ved sin embargo, quién me lo inspira! alzad la vista y veréis el cielo: mirad á vuestros pies y allí le encontraréis también hermoso y puro. Encumbrad vuestro pensamiento á las alturas; bajad con él á la lobreguez del abismo, y donde quiera encontraréis á Dios llenando la inmensidad con su presencia. Esa, esa es la fuente en donde yo ¡flaca mujer! bebo el aliento que me sustenta. ¿Os acordáis de las últimas palabras que me oisteis en el bosque de Arganza?

—¡Ah, no, no! respondió él con el acento de la desesperación: yo no recuerdo sino las primeras que escuché de vuestros labios, cuando la vida se nos presentaba tan florida y dulce en el seno de un amor sin fin. ¿Sabéis lo que me representa mi memoria? pues no es más que eso. ¿Sabéis lo que me dice una voz secreta? que vuestro padre va á volver, y que al cabo seréis mi esposa delante del cielo y de los hombres. ¡Mi esposa! ¡ah! si yo escuchara esa palabra de vuestros labios, saldría de las tinieblas mismas del sepulcro!

—¡Pobre don Alvaro! contestó ella con una ternura casi maternal, ¿cómo esperáis tan pronto la vuelta de mi padre cuando ha poco más de dos meses que se partió para Francia? ¿pensáis que todos me aman como vos para buscar con tanto ahinco mi ventura?

—No acabéis con el poco valor que me anima, la interrumpió el joven, dudando de esa suerte de la providencia.

—No: repuso ella gravemente, antes le doy gracias porque así ahorrará á mi padre el espectáculo de mi muerte y á mí la desesperación para aquella hora suprema. Aun ahora que un obstáculo insuperable me aleja de vos, mi corazón se despedaza, y solo una fuerza sobrehumana me sostiene; pero si las barreras hubiesen de caer en el instante de mi muerte, ¡oh! entonces el ángel bueno huiría espantado de mi cabecera, y mi alma rabiosa y sombría se extraviaría en los senderos de la eternidad.

Durante esta plática tremenda se iba acercando la fa-

lúa á las encinas de la orilla, bajo las cuales no hacía mucho tiempo se había aparecido Cosme Andrade, como uno de aquellos ángeles que visitaban la cabaña de los patriarcas, cuando de repente el galope de tres caballos de guerra les hizo volver á todos los ojos hacia aquel sitio. Eran en efecto tres ginetes, de los cuales el más delantero, un poco mejor ataviado, indicaba ser el principal, y los tres, habiendo visto la falúa, venían corriendo hacia ella por debajo de aquellos árboles venerables, dando gritos de contento y espoleando los corceles con ambos acicates. Doña Beatriz al oirlos, como si una mano invisible la sacase de su abatimiento con la presencia y voces de los forasteros, se puso en pie velozmente, y con ojos desencajados comenzó á mirarlos hasta que acercándose más y más lanzó un alarido de dolor á un tiempo y de alegría, y extendiendo los brazos hacia la orilla, exclamó:

—¡Es mi padre! ¡mi padre querido!

—Sí, tu padre soy, hija de mi alma, contestó don Alonso, porque él era en efecto; tu padre que viene á cumplirte su promesa. Mira, mira, añadió sacando del seno una cartera verde, aquí está la bula del Papa, y en ella viene la fianza de tu felicidad.

—¡Misericordia divina! prorrumpió ella con un clamor tan descompasado que se oyó en las orillas más apartadas, y aterró á los circunstantes: ¡Misericordia divina! repitió torciéndose las manos; la esperanza y la ventura ahora que voy á morir!

Al acabar de pronunciar estas palabras y con el tremendo esfuerzo que de hacer acababa, una de las venas de su pecho, tan débil ya y atormentado, se rompió, y un arroyo de sangre ardiente y espumosa vino á teñir sus labios descoloridos y su vestido blanco. Asaltóla al mismo tiempo un recio desmayo con el cual cayó en brazos de su doncella y de don Alvaro, pero como todo ello fué obra de un instante, y el empuje comunicado á la góndola por los remeros era rapidísimo, tocó en la orilla, donde ya don Alonso estaba apeado, á tiempo que precipitándose hacia su

hija se encontró bañado en su propia sangre. Con semejante cuadro se quedó como petrificado en medio del alboroto de todos, con la boca entreabierta, los brazos extendidos y los ojos clavados en aquel pedazo de su corazón por cuyo reposo y contento aunque tardíos, había hecho tan terribles sacrificios, y aquel mismo largo y penoso viaje de que acababa de apearse. Doña Beatriz, sin dar más señal de vida que algunos hondos suspiros, estaba con la cabeza doblada sobre el hombro de su desolada doncella y todo su cuerpo á manera de una madeja de seda, abandonado, y sin brío. El anciano médico, que con tanta prolijidad y amor la había asistido, después de observarla detenidamente, se acercó al abad y le dijo al oído, pero no tan paso, que don Alonso no percibiese algo:

—Ya se acabó toda esperanza; lo más que durará es un día.

—¡Infeliz padre! exclamó el abad volviéndose hacia don Alonso; pero con gran pesadumbre suya le encontró con el oído atento y á media vara de distancia.

—¡Todo lo he oído! le dijo con un acento que partía el corazón. ¿Lo véis? ¿lo véis cómo mi corazón no me engañaba, cuando os decía que vuestra profecía de desastre se cumpliría al fin? ¡Oh hija mía, alegría de mi vejez y corona de mis canas! exclamó queriendo acercarse á ella, y forcejeando con el abad y los remeros que le detenían; ¿no pudo el Señor quitarme la vida en tantos combates con los moros, antes de venir á ser tu verdugo?

—¡Recobraos por Dios santo! le dijo el abad con ansia: poned un freno á vuestras quejas, si en algo la tenéis, porque pudiera oiros.

El desventurado padre calló al punto de miedo de agravar el estado de su hija, pero siguió sollozando con gran ahogo y congoja.

El deliquio era profundo; la noche comenzó á mostrar sus estrellas, y al cabo hubieron de volverse á la quinta en aquella barca, que según lo ligera y silenciosa que bogaba no parecía sino el bajel de las almas.

En brevísimo espacio cruzaron el lago, y desembarcando apresuradamente, subieron á la señora, todavía desmayada, á su aposento, y la pusieron en su lecho.

Al fin, después de un buen rato, recobró poco á poco la vida que parecía haberse huído de aquel cuerpo fatigado, pero no la razón, extraviada con las visiones del delirio. La aparición de su padre, y la nueva que le había dado eran la idea fija y dominante de su desvarío, unas veces alegre y risueña, y otras trágica y aflictiva, según las oscilaciones de su ánimo. Continuamente llamaba á don Alvaro y manifestaba una ansiedad grandísima á la idea de que pudiera ausentarse.

¡Don Alvaro! exclamaba con la voz quebrada por la fatiga de la respiración, ¿dónde estás? háblame, ven, dame tu mano. A nadie veo, á nadie conozco sino á ti; sin duda te veo con los ojos de mi corazón que á todas partes te sigue, como al sol el lucero de la tarde. ¿Me oyes, don Alvaro?

—Sí, te oigo, exclamaba el joven con una voz que parecía salir de un sepulcro.

—¡Ah! ¡tanto mejor! reponía ella con el acento del regocijo, pero no te vayas, porque entonces quedaría sola del todo. ¡Pero loca de mí! ¿cómo te has de marchar, si me amas y eres mi esposo para siempre? Antes mañana me vestiré de gala para que me lleves al altar. Oye, yo quiero que se den muchas, muchas limosnas, para que todos sean felices y nos bendigan. ¡Si vieras tú cómo me aman todos estos campesinos! ¡Mucho tiempo se pasará antes de que olviden mi memoria!..... ¡Ah! dime, ¿y guardas la cartera que te dí hace tanto tiempo? pues átale una piedra y arrójala al lago, porque aquellos renglones estaban mojados con mis lágrimas, y ahora ya no me quedan lágrimas, si no son las de la alegría.

Fatigada entonces, calló por un rato, pero tomando sus ideas otro curso, dijo por último, apartando la ropa que la cubría:

—¡Quitadme esa ropa que me ahoga! abrid de par en

par esas ventanas, y dejad entrar el aire de la noche, para que se temple este fuego que me abrasa el pecho..... ¡Cielos! ¡qué pensamientos eran los míos hace un momento para olvidarme así de que estoy luchando con la agonía! ¡Miserable de mí! Allí viene mi padre corriendo..... miradle, don Alvaro..... la alegría le ha rejuvenecido..... ya llega..... ¿qué es lo que saca del pecho?.... ¡Ah! ¡es tu libertad!.... ¡suerte desapiadada!.... morir ahora..... no, no, don Alvaro, yo soy muy joven todavía, rica y hermosa á tus ojos, á pesar de mis lágrimas, ¿no es verdad?.... No, no, no es esta mi hora, porque moriría impenitente y perdería mi alma.

Entonces se quedó de nuevo callada, pero con el rostro desemblantado, y los ojos fijos en la pared y haciendo con el cuerpo un movimiento hacia atrás, como si viese acercarse algo de que quisiese huir, hasta que por último, lanzando un agudo chillido, y cubriéndose los ojos con una mano, mientras con la otra apretaba convulsivamente el brazo de su amante, exclamó con voz ronca:

—¡Ahí está, ahí está! ¿no la veis cómo se llega paso á paso? ¡Ah! ¡libradme de ella! envolvedme en vuestro manto..... ¡oh Dios mío! de nada sirve, porque sus manos han pasado por él como si fuera de humo, y me aprietan el corazón; separádmelas de aquí, porque me ahogan, ¡ay de mí! no, dejadlas, que todo se acabó ya..... adios.....

Y al decir esto, la acometió otro nuevo desfallecimiento.

En estas dolorosas alternativas, más crueles tal vez, para los que la rodeaban, que para ella propia, se pasó la noche entera. Hacia el amanecer volvió á quedarse como aletargada, según más de una vez le había acontecido durante aquella terrible enfermedad, que ya tocaba á su término.

CAPÍTULO XXXVIII.

Deplorable era la situación de cuantos se encontraban debajo de aquel techo, señalado por blanco á las saetas invisibles de la muerte, pero la de don Alonso era más desastrada que la de ninguno, peor aun que la del mismo don Alvaro. Desde que sin reparar en medios para lograr sus soñados planes de grandeza, había intentado la violencia de su hija única en Villabuena, y consentido después en el sacrificio que su abnegación filial le había dictado en Arganza, la salud, la alegría y la honra, habían huído de su hogar, como si por un decreto del cielo, el castigo siguiese inmediatamente á la culpa, sin darle siquiera respiro para saborear sus terribles frutos. A la muerte de su esposa, siguió la entrevista fatal del soto de su casa, en que cayó la venda de sus ojos, y en seguida, como en un negro turbión, vinieron los desastres de Cornatel, las dudas é incertidumbres de la causa de los templarios y el desenlace fatal del caso de don Alvaro. Cuadro tristísimo, cuyo fondo ocupaban las torturas de doña Beatriz, y lo amargo de sus remordimientos.

Deseoso de purificar su alma, y sin más pensamiento que el contento y la salud de aquella última prenda de su amor y su esperanza, había emprendido su largo viaje á Viena del Delfinado, con una diligencia y ardor incompatibles al parecer con su avanzada edad. Allí, sin dejarse vencer de los muchos obstáculos que le oponían la malevolencia de la corte de Francia y el triste giro que la debilidad y cobardía del Papa había dado á aquel ruidoso proceso, se arrojó á los pies de Clemente, le habló de la mucha sangre que habían vertido en defensa de la fe los suyos, presentó al rey Felipe las cartas que llevaba de don Juan de Lara estimado de él por su poderío y por haberle dado hos-

pedaje, cuando anduvo extrañado de Castilla; y logró ser oído con benevolencia.

Dos cosas se concertaron en su favor además, que no le ayudaron poco en sus propósitos. Fué la primera el aniquilamiento total de la pujanza del Temple en Europa, pues sus guerreros donde no condenados, estaban presos y desarmados; y la segunda la llegada de Aymerico, el inquisidor del concilio de Salamanca, que después de haber obrado al tenor de las instrucciones de la sede romana, venía resuelto á cumplir la palabra dada al abad de Carracedo y á los obispos, y á seguir el impulso de su corazón que, á despecho de sus muchas prevenciones contra el Temple, se había aficionado á la bizarría y caballerosidad de don Alvaro durante el juicio. Cuanto había tenido de inflexible su conducta dictada por el rigor de la obediencia tuvieron ahora de fervorosos sus servicios: así fué que disipados los recelos que el poder de aquella arrogante milicia había inspirado, y merced á la eficaz mediación de Aymerico, obtuvo el señor de Arganza la anhelada dispensa en tiempo infinitamente más breve del que buenamente pudiera esperar; con lo cual se le dobló el contento. Tal era su ansiedad por llegar él mismo con la dichosa nueva á los brazos de su hija, que en cortísimo espacio cruzó parte de la Francia y la España casi entera, llevado como en alas de la alegría, y enteramente olvidado del peso de los años. Cuál fué el término de tan presuroso viaje ya lo vimos, pues la sangre del corazón de doña Beatriz fué las rosas que alfombraron su camino, y el estertor de su agonía los festejos por su llegada. Tal había de ser el paradero de tantos esfuerzos, y sobre esto giraban sus desolados pensamientos, mientras sentado á los pies de la cama de su hija aguardaba deshecho en llanto su postrer suspiro.

El reposo de la joven tuvo poco de largo y menos de sosegado, pero, tal como fué, bastó á disipar las nubes que oscurecían su razón, para hacer más dolorosos de este modo sus postreros momentos y derramar al mismo tiempo un fulgor divino sobre la caída de aquel astro, en cuyos bené-

ficos resplandores tantos infelices habían encontrado alivio y consuelo. Cuando abrió los ojos comenzaban á entrar por la entreabierta ventana las pálidas claridades del alba, junto con aquel ligero cefirillo que parece venir á despertar las plantas adormecidas antes de la salida del sol. En el jardín de la quinta gorgeaban gilgueros alegres, calandrias y un sin fin de pajarillos, y las flores abriendo sus cálices llenaban el aire de perfumes. Desde la cama de doña Beatriz se divisaba el oriente, donde una porción de caprichosos celajes se coloreaban y esmaltaban con indecible pompa y esplendor, y casi todo el lago cuya trasparente llanura, reflejando los accidentes del cielo, parecía de oro líquido y encendida púrpura. Los lavancos y gallinetas revoloteaban tumultuosamente por su superficie levantando á veces el vuelo con alegres aunque ásperos graznidos, y precipitándose en seguida con sonoro ruido entre los juncos y espadañas. En suma, el día amanecía tan risueño y alegre, que nadie pudiera creer que en medio de su claridad hubiera de eclipsarse una obra tan perfecta y hermosa.

Este fué el espectáculo que encontraron al abrirse los ojos de doña Beatriz, y en él se clavaron ávidamente. Tenían una especie de cerco ligeramente azulado al rededor, con lo cual resaltaban más los rayos que despedían: el semblante, aunque algo ajado, manifestaba la misma pureza de líneas y angelical armonía que en sus mejores tiempos.

—¡Hermoso día! exclamó en fin con voz melancólica, aunque bastante entera.

En seguida rodeó la estancia con la vista, y viendo á todos desemblantados y la mayor parte llorosos á causa de las fatigas y dolorosas escenas de la noche anterior, y que con ojos espantados la miraban, las lágrimas se agolparon á sus párpados. Reprimiólas sin embargo con un esfuerzo de que solo era capaz una alma de tan subido temple como la suya, y llamándolos con la mano en derredor de su cama, y asiendo la de su padre, le dijo con acento sosegado:

—Esta muerte que tan de súbito me coge en la primavera de mi vida, más me duele por vos, padre mío, por este

noble y generoso don Alvaro y por todos estos buenos amigos que han puesto en mí su cariño, que no por mí. Al cabo, hace más de un año que una voz secreta me está pronosticando este paradero, y aunque ayer lo sufrí con impaciencia queriendo volverme locamente aun contra el cielo, hoy que se han disipado las nieblas de mi entendimiento, con humildad me postro delante de la voluntad suprema. Ya lo veis, señor, qué pasajera es la luz de nuestros deseos y grandezas: ¿quién le dijera á mi madre que había de seguirla tan en breve? ¿Por qué habéis, pues, de acongojaros de ese modo, cuando vos mismo caminaréis muy pronto por mis huellas, adonde yo con mis hermanos y mi madre os salga á recibir para nunca más apartarnos de vos?

—¡Oh hija de mi dolor! exclamó el anciano; tú eras mi postrer esperanza en la tierra, pero no es tu temprano fin el que abreviará mis cortos días, sino la ponzoñosa memoria de mi falta.

¡Ah, santo religioso, continuó volviéndose al abad, ved, ved cómo se cumple vuestra profecía! ¡Quiera el cielo perdonarme!

—¿Eso dudáis, padre mío? continuó doña Beatriz, cuando yo no solo os he perdonado sino que lo he olvidado todo, y cuando este joven harto más infeliz que yo, os respeta y venera como yo misma? ¿No es verdad, noble don Alvaro? Acercaos, esposo mío en la muerte, venid á decírselo vos mismo para que el torcedor del remordimiento no atormente los escasos días que de vivir le quedan. ¿No es verdad que le perdonáis?

—Sí le perdono; ¡así me perdone Dios la desesperación que me va á traer vuestra muerte!

—¡La desesperación! le dijo ella como con asombro afectuoso, ¿y por qué así? Nuestro lecho nupcial es un sepulcro, pero por eso nuestro amor durará la eternidad entera. ¡Ah don Alvaro! ¿esperabais mejor padrino para nuestras bodas que el Dios que va á recibirme en su seno? ¿concierto más dulce que el de las arpas de los ángeles? ¿cortejo más lucido que el coro de serafines que me aguarda? ¿tem-

plo más suntuoso que el empíreo? Si vuestros ojos estuviesen alumbrados como los míos por un rayo de la divina luz, seguro es que las lágrimas se secarían en ellos, ó que las que corriesen serían de agradecimiento.

Hizo aquí una breve pausa durante la cual sus ojos se clavaron en los de su amante con expresión singular, y por fin le dijo:

—Leyendo estoy en ese corazón hidalgo como en un libro abierto. ¿No es verdad que querriáis quedar en este mundo con el título de mi esposo? Vuestra alma me ha seguido por mi sendero de espinas y dolores, y ni aun en la muerte me abandona. ¡Ah! ¡gracias, gracias!.... Padre mío, añadió dirigiéndose al señor de Arganza, y vos, reverendo abad, sabed que yo también quiero comparecer ante el trono del eterno adornada de tan hermoso dictado. Unidnos, pues, antes que se apague la llama de mi vida.

El abad aunque poseído de consternación, se acercó entonces y como para templar un poco su ardiente exaltación, le dijo cuán conveniente era que una confesión de entrambos precediese á tan augusta ceremonia.

—Tenéis razón, contestó ella; pero he aquí la mía, que bien puede decirse en alta voz: Yo he amado y sufrido: cuantos beneficios han estado en mi mano esos he derramado: cuantas lágrimas he podido enjugar esas he enjugado: si alguna vez he odiado, sedme testigo de que me arrepiento y perdono.

—Otro tanto sé decir de mí, añadió don Alvaro: unos han sido nuestros sentimientos, una nuestra vida: ¡pluguiese al cielo que la muerte nos igualase del mismo modo!

Don Alonso hizo entonces una señal al abad para que se apresurase á dar fin á un acto que podía servir en cierto modo de alivio á entrambos, y el anciano juntó la mano poderosa de don Alvaro, con la débil y casi trasparente de doña Beatriz, y con voz conmovida pronunció las palabras del sacramento, después de las cuales quedaron ya esposos ante el Dios que debía juzgar al uno de ellos dentro de pocas horas. Las reflexiones que en seguida les hizo, fueron

bien diferentes de las que en tales casos se acostumbran; pero en lugar de hablarles del amor que podía dulcificar las amarguras de su vida, y hacerles más llevadero el camino del sepulcro, solo les puso delante, las esperanzas de otro mundo mejor, lo deleznable de las terrenas felicidades y el premio inefable de la resignación y la virtud.

Acabada la sagrada ceremonia, y cual si hubiese sido un bálsamo para su llagado corazón, doña Beatriz quedó muy sosegada y serena. A nadie engañó, sin embargo, esta engañosa tregua de su enfermedad, y mucho menos á la llorosa Martina, que sobradamente penetrada del riesgo inminentísimo de su señora, no apartaba los ojos de ella ni un punto. Advirtió la enferma su solicitud é inquietud dolorosa, y atrayéndola así por la mano, y enjugándole con la suya, las lágrimas que la atribulada doncella no acertaba á contener, le dijo:

—¡Pobre muchacha, que eras más viva y alegre que el cabritillo que trisca por estos montes! un año entero has pasado lleno de angustia y de pesares, sin que tu amor y tu fidelidad se hayan desmentido ni un instante. Tu felicidad me ha ocupado muchas veces, y ahora mismo quiero asegurártela por entero.

El llanto y los sollozos de la pobre niña se redoblaron entonces, y no pudo articular ni una sola palabra de agradecimiento.

—Padre mío, á vuestra liberalidad la encomiendo; mirad que he encontrado en ella toda la sumisión de una sierva y el cariño de una hermana. Y vos, don Alvaro, dulce esposo mío, tomadla á ella y á su futuro marido bajo vuestro amparo, pues su lealtad y ternura hacia vos no han sido menores, y ya que el mundo no se ha puesto de por medio en el camino de su sencilla inclinación, gocen en paz una vida que tal vez hubiéramos gozado nosotros, si hubiéramos vestido su humilde hábito. Y vosotros, amigos míos, añadió dirigiéndose á los criados (porque todos habían acudido á aquella escena de dolor, y la presenciaban como si se les cayesen las alas del corazón), fiel Nuño, honrado Mendo, á

todos os doy las gracias por el amor que me habéis mostrado, y á todos os encomiendo igualmente á la generosidad de mi padre y de mi esposo.

Aquellas pobres gentes, y sobre todo las mujeres, rompieron en alaridos y llantos tales, que hubo que echarlos de la estancia para que no perturbasen á la señora en sus últimos instantes.

A medida que el sol iba subiendo, las ligeras nubes que había sembradas por el cielo, se disiparon, y por último, se quedó el firmamento tan azul y puro, que como en el *Ensueño* de *Byron*, «Dios solo se veía en medio de él.» El lago estaba terso y unido como un espejo, y sus riberas silenciosas y solas: los pájaros del jardín habían callado también, pero sus flores, con el seno desabrochado á los ardientes rayos del sol, inundaban el aire de aromas, que llegaban hasta el lecho de doña Beatriz.

—¡Cuántas veces, le dijo á don Alvaro, habrás comparado mis mejillas á las rosas, mis labios al alelí, y mi talle á las azucenas que crecen en ese jardín! ¿Quién pudiera creer entonces que la flor de mi belleza y juventud se marchitaría antes que ellas! Vana soberbia la de los pensamientos humanos!

El hombre se figura rey de la naturaleza, y sin embargo, él solo no se reanima, ni florece con el soplo de la primavera.

La heredera de Arganza, lo mismo en medio de sus vasallos, que lejos de ellos, era la madre de los menesterosos y el ángel consolador de las familias: la noticia de su peligro, llenó por lo tanto de desolación los pueblos de Lago, Villarrando y Carucedo, de los cuales acudieron infinitas gentes á la quinta.

En una especie de plazuela que había delante de la puerta principal, se fueron juntando todos, y aunque se les encargó el silencio, era tal su ansiedad que no podían acallar un rumor sordo sobre el cual se alzaba de cuándo en cuándo un grito de alguno recién venido, y que ignoraba el encargo, ó de otro que no podía reprimirse.

Poco tardó en percibirlo doña Beatriz, en cuyo corazón encontraban tanto eco todas las emociones puras, y no pudo menos de enternecerse con aquella muestra de cariño tan sencilla y verdadera.

—¡Pobres gentes, dijo conmovida; y cómo me pagan con creces el amor que les he mostrado! Cierto que me echarán de menos más de una vez, pero este es uno de los mayores consuelos que puedo recibir en este instante.

Entonces significó á su padre y al abad por más extenso las mandas y dádivas que en su nombre se habían de hacer, y manifestó al prelado con vivas expresiones su agradecimiento por su amor paternal nunca desmentido, y lo mismo al anciano médico, que en su larga enfermedad había mostrado un celo que solo la caridad podía encender en su corazón entibiado por los años. Así mismo encargó con el mayor encarecimiento que la enterrasen en la capilla de la quinta, á orillas de aquel lago retirado y tranquilo, tan lleno de memorias para su corazón.

No parecía sino que aquella existencia de tantos adorada pendía en aquella ocasión de uno de los rayos luminosos del sol, porque declinaba hacia su ocaso al compás del astro del día. Púsose este por fin detrás de las montañas, y entonces doña Beatriz levantando hacia él su lánguida mirada, dijo á su esposo:

—¿Os acordáis del día que os despedisteis de mí por primera vez en mi casa de Arganza? ¿Quién nos dijera que el mismo sol que alumbró nuestra primera separación, había de alumbrar en tan breve espacio la postrera? No obstante, la suerte se muestra más benigna conmigo en este instante, pues entonces me apartaba de vuestro lado y ahora de entre los brazos de mi esposo vuelo á los de Dios.

Al acabar estas palabras inclinó suavemente la cabeza sobre el hombro de don Alvaro, sin hacer extremo ni movimiento alguno, como acostumbraba en los frecuentes deliquios que padecía, pero pasado un rato, y viendo que no se sentía su respiración, la apartó de sí azorado. El cuerpo de la joven cayó entonces inanimado y con los ojos cerra-

dos sobre la cama, porque sobre su hombro acababa de exhalar el último suspiro ....

....

En la misma noche despachó correos el abad á Carracedo y al monasterio benedictino de San Pedro de Montes, y á la mañana siguiente acudieron un crecido número de monjes de entrambos, con lo cual pudo hacerse el entierro de la malograda joven con toda la suntuosidad correspondiente á su clase. Don Álvaro, que desde que vió muerta á su esposa se encerró en un silencio pertinaz, se empeñó en acompañar su cadáver á la capilla. Durante el oficio estuvo tranquilo, aunque echando de cuándo en cuándo miradas vagarosas al féretro y á la concurrencia, pero cuando llegó el caso de depositar en el sepulcro aquellos restos inanimados, dando un tremendo alarido se precipitó para arrojarse en él. Acudieron al punto los circunstantes, y le detuvieron mal su grado. Viendo entonces burlado su intento se desasió de sus brazos y sin cesar en sus alaridos y con todas las trazas de un demente, corrió con planta ligera á emboscarse en lo más cerrado del monte á la parte de las Médulas. Su razón había sufrido un fiero golpe, y al cabo de algunos días, el fiel Millán le encontró en una de las galerías de las antiguas minas, con el cabello descompuesto y la ropa desgarrada. Con gran maña le restituyó á la quinta donde, aplicándole muchos remedios, volvió pronto á su juicio al cabo de algunos días. En cuanto se vió libre de su acceso rogó que le dejasen bajar á la capilla, pero todos se opusieron fuertemente, temerosos de que la vista de aquel sepulcro, no bien cerrado, desatase otra vez la vena de su locura; sin embargo, tantas y tan concertadas fueron las razones que dió, que al cabo hubieron de dejarle cumplir aquel triste gusto. Arrodillóse sobre la sepultura y en oración ferviente pasó más de una hora: besó por último la losa, y levantándose en seguida, sin pronunciar palabra ni hacer extremo alguno de dolor, se salió, y montando en su arrogante caballo se partió de la quinta, sin despedirse de don Alonso y seguido de Millán y otros dos ó tres cria-

dos más antiguos, que al rumor de su enfermedad y locura acudieron desalados á la quinta.

Apenas llegó á Bembibre hizo dejación de todos los bienes que poseía en feudo, y mejorando considerablemente la herencia de su escudero, repartió lo demás entre sus criados y vasallos más pobres. Hecho esto, una mañana le buscaron por todo el castillo y no pareció: lo único que se había llevado consigo, era el bordón y sayal de peregrino de uno de sus antepasados que había ido á la Tierra Santa en aquel hábito, y para memoria se guardaba en una de las piezas del castillo. De aquí dedujeron unos que él también se habría encaminado á la Palestina, otros que no era allí sino á Santiago de Galicia donde iba, con ánimo de quedarse en algún retirado monasterio de aquella tierra, y no faltó, por último, quien dijo que la locura había vuelto á apoderarse de él.

El señor de Arganza por su parte sobrevivió poco á su interesante y desdichada hija, como era de esperar de sus años y de su profunda aflicción. Con su muerte se extinguió aquella casa ilustre, que pasó á unos parientes muy lejanos, y quedó un vivo cuanto doloroso ejemplo de la vanidad, de la ambición y de los peligros que suelen acompañar á la infracción de las leyes más dulces de la naturaleza.

CONCLUSIÓN.

El manuscrito, de que hemos sacado esta lamentable historia, anda muy escaso en punto á noticias sobre el paradero de los demás personajes, en cuya suerte tal vez no faltarán lectores benévolos que se interesen. Por desgracia, no pocos de ellos eran viejos cuando los conocimos, y así el manuscrito ya citado, se contenta con decirnos que después de la extinción final del Temple, que Clemente V decretó en el concilio de Viena, no por vía de sentencia, sino como providencia de buen gobierno, la mayor parte de los

caballeros fueron destinados á monasterios de diferentes órdenes, y entre ellos el anciano maestre de Castilla, don Rodrigo Yáñez, vino á concluir sus breves días en Carracedo. Díjose, y no sin fundamento, que la desgracia de su sobrino, añadida á los infinitos pesares que le había traído el triste fin de su orden, acortó el hilo de su vida. El buen abad tardó poco en seguirle, colmado de bendiciones por todos sus vasallos, á quienes miraba como á hijos.

Por lo que hace al comendador Saldaña, fiel á su propósito, abandonó la Europa degenerada y cobarde, como siempre la llamaba, y pasó á la Siria donde acabó sus días en una revuelta de los cristianos oprimidos que acaudillaba. En resumen, el tal manuscrito no parece sino un libro de defunciones; porque, según él, hasta el mismo Mendo el palafrenero, fué víctima de una aplopejía fulminante que le trajo su obesidad, cada vez mayor.

De la suerte posterior del señor de Bembibre, de la linda Martina, de Millán y de Nuño, nada más de lo que sabemos contenía; pero en el año de 1842, visitando en compañía de un amigo las montañas meridionales del Bierzo, hicimos en el archivo del monasterio de San Pedro de Montes un hallazgo de grandísimo precio sobre el particular, que nos aclaró todas nuestras dudas. Era el tal una especie de códice antiguo escrito en latín por uno de los monjes de la casa, pero como los sucesos que en él se refieren exigen cierto conocimiento de los lugares, nuestros lectores pueden perdonarnos, mientras les enteramos de lo más preciso, haciéndose cargo, de que habiendo tenido paciencia para seguirnos hasta aquí, bien pueden decir con el refrán vulgar «donde se fué el mar, que se vayan las arenas.»

El monasterio de San Pedro de Montes es antiquísimo, pues se remonta su origen á San Fructuoso y San Valerio, santos ambos de la época gótica; y su restauración después de la invasión sarracénica pertenece á San Genadio, obispo de Astorga, cuya es la iglesia que aun en el día se conserva, con traza de durar no pocos años. Su situación

en medio de las asperísimas sierras que ciñen el Bierzo por el lado de mediodía, revela bien el terrible ascetismo de sus fundadores, pues está montado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza, y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inaccesibles y oscuros bosques. El rumor de aquel arroyo, encerrado en su hondísimo y peñascoso cauce, tiene un no sé qué de lastimero, y los pájaros, que comúnmente se ven, son las águilas y buitres que habitan en las rocas. El pico de la Aguiana cubierto de nieve durante siete ú ocho meses y el más alto de todos los del Bierzo, domina el monasterio casi á vista de pájaro y dista poquísimo por el aire; pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado le cercan, que el camino para llegar allá tiene que serpentear en la ladera por espacio de una legua, y tomar además grandes rodeos. Esta montaña es muy pelada, pero está cubierta de plantas medicinales, y tiene su misma cresta una ermita medio enterrada á causa de las nieves y ventarrones, en que se adoraba hasta la extinción del monasterio la imagen de Nuestra Señora de la Aguiana, cuya función se celebraba el 15 de Agosto y era concurridísima romería.

La vista que desde aquella altísima eminencia se descubre es inmensa, pues domina la dilatada cuenca del Bierzo llena de accidentes á cual más pintoresco y hermoso, y desde allí se extiende la mirada hasta los tendidos llanos de Castilla por el lado de oriente, y por el occidente hasta el valle de Monterrey, ya casi dentro de Galicia. La Cabrera altísima y erizada de montañas le hace espalda, y es en suma, uno de los puntos de vista más soberbios de que puede hacer alarde la España, á pesar de que el lago de Carucedo y los barrancos y picachos encarnados de las Médulas, adornos de los más raros y preciosos que el Bierzo tiene, desaparecen detrás de las vecinas rocas de Ferradillo. Este, sin embargo, es pequeño inconveniente, porque están situadas á corta distancia de la ermita, y con un paseo se puede gozar de la perspectiva de entrambos objetos.

Hechas, pues, estas explicaciones que hemos juzgado necesarias, volvamos al códice latino, cuyas palabras vamos á traducir fielmente haciendo antes una profunda cortesía á nuestros lectores en señal de despedida, ya que después de ellas, nada podemos contarles de nuevo. Dice así:

Por los años de 1320, ocho después que el santo padre Clemente V de santa memoria disolvió la orden y caballería del Temple, acaeció que un peregrino que volvía de visitar el sepulcro del Salvador, mal perdido por los pecados de los fieles, apareció en la portería de esta santa casa, y habiendo pedido que le llevasen á la cámara del abad, así lo hicieron. Largo rato duró la plática con Su Reverencia, la cual al cabo vino á dar por resultado, que el forastero de todo el mundo desconocido, tomase el santo hábito del glorioso patriarca San Benito á los dos días, con grande admiración de todos nosotros; pero el abad con quien, según oímos de sus labios, se había confesado el peregrino, pasó por encima de todos los trámites y requisitos acostumbrados para entrar en religión, y nos impuso silencio con la voz de su autoridad. El nuevo monje podía tener como hasta treinta y dos años; y era alto, bien dispuesto y de hermosas facciones, pero las penitencias, sin duda, y tal vez los disgustos le doblaban la edad al parecer. Era muy austero y taciturno, y su aire á veces parecía como de quien en el siglo había sido un poderoso de la tierra. Esto, sin embargo, no dañaba á la modestia y suavidad de trato que con todos usaba, si bien por muy poco tiempo disfrutamos el suyo.

Pocos días antes de su misteriosa llegada, había fallecido el ermitaño de la Aguiana, santo varón muy dado á la penitencia; pero como la ermita está cubierta de nieve gran parte del año, y la cercaba tan grande soledad y desamparo, ninguno se sentía con fuerzas para vida tan áspera y rigurosa. Como quiera, el nuevo religioso no bien se hubo enterado de lo más necesario al reciente estado, se partió con consentimiento del abad á morar en la ermita, dejando avergonzada nuestra flaqueza con su valerosa resolución.

Era esto á principios del otoño, cuando caen en aquella eminencia las primeras nieves, y nubarrones casi continuos comienzan á ceñirla como un ropaje flotante, pero sin arredrarse por eso, tomó posesión al punto de su nuevo cargo.

Los resplandores de su virtud y caridad no pudieron estar largo tiempo ocultos, y así, pronto se convirtió en el ídolo de la comarca. Partía con los pastores pobres su escasa ración de groseros alimentos, y cuando se arrecían con el frío, les cedía la porción de vino que le daban en el convento, y que sin duda solo recibía con este objeto, pues nunca le llegaba á los labios. Acontecía algunas veces, que una res vacuna ó alguna cabra se perdía á boca de noche en aquellas soledades, y él entonces á trueque de ahorrar á su dueño el disgusto de su pérdida, salía de la ermita pisando la nieve endurecida, y la llevaba al pueblo á riesgo de ser devorado de los lobos, osos y otras alimañas de que tan gran abundancia se cría en estas breñas.

Con estas y otras buenas obras de tal manera se llevó tras sí el respeto y los corazones de esta gente sencilla, que sus palabras eran para ellos como las que Moisés oyó de boca del Señor en el monte Oreb. Él los consolaba en sus aflicciones, componía sus diferencias, les daba instrucciones para sus cacerías como persona muy entendida, y era por fin, como la luz de estas oscuras y enriscadas asperezas.

Los fríos del invierno y el rigor de sus penitencias acabaron de destruir su salud ya quebrantada, así es que la dulce estación de la primavera no le restauró en manera alguna. Sin embargo, salía muy á menudo de la ermita, y paseando, aunque con trabajo, llegaba á las rocas de Ferradillo, desde donde se registran las cárcavas y pirámides de las Médulas, y el plácido y tranquilo lago de Carucedo. Allí se pasaba las horas como arrobado, y hasta que declinaba el día, casi nunca volvía á su estrecha celda. El abad, viendo cómo decaían sus fuerzas, le rogó repetidas veces que dejase vida tan penosa, y bajase á recobrarse al monasterio, pero nunca lo pudo recabar de él.

Por fin la noche antes de los idus de agosto (14), víspera de la función de la virgen de la Aguiana, se oyó tocar á deshora la campana del ermitaño con gran prisa, como pidiendo socorro. Alborotóse con esto no solo la comunidad, sino el pueblo entero, y apresuradamente subieron á la ermita, pero por prisa que se dieron, cuando llegaron los delanteros ya le encontraron muerto. Grandes llantos se hicieron sobre él, pero aunque registraron su pobre ajuar, no encontraron sino una cartera destrozada, con una porción de páginas desatadas al parecer y sin concierto, llenas de doloridas razones y sembradas de algunas tristísimas endechas, por las cuales nada podían rastrear sobre el nombre y calidad del desconocido.

Al otro día, según dejamos dicho, era la romería de Nuestra Señora, y tanto para que recayesen sobre el difunto las oraciones de los fieles, cuanto por ver si había alguno que le conociese entre aquel numeroso concurso, le pusieron en unas andas tendidas de negro á los pies de la ermita, amortajado con su propio hábito y con la cartera de seda encima.

Las gentes que vinieron aquel año fueron muchísimas, pero entre ellas llegó una familia que por el vistoso arreo de su traje llamaba la atención. Componíase de un anciano que pasaba ya de los sesenta, de un mozo como de treinta y dos, muy gallardo; de una mujer como de veinticinco, rubia, de ojos azules y tez blanca, de extraordinaria gracia y gentileza, que traía de la mano, después que se apearon de sus yeguas, una niña como de siete años, con una túnica blanca de lienzo, y una gran vela de cera en la mano. La especie de mortaja que la cubría, la ofrenda que llevaba en la mano, y más que todo su color un poco quebrado, pero que en nada menguaba su hermosura de ángel, daban á conocer que venía con sus padres á cumplir algún voto hecho á la Virgen en acción de gracias, por haberla sacado de las garras de la muerte en alguna enfermedad no muy lejana. Era una familia en cuya vista se recreaba el ánimo involuntariamente, porque se conocía que la paz

del corazón y los bienes de fortuna, contribuían á hacerlos dichosos en este valle de lágrimas.

Los cuatro, pues, entraron en la ermita, y viendo tanta gente agolpada alrededor del muerto, se acercaron también, llevados á un tiempo de la curiosidad y de la piedad. Trabajo les costó romper el cerco de aldeanos para rodear aquel humilde ataud, pero apenas llegaron á él los dos jóvenes esposos, cuando fijando ella la vista en la cartera y él en el semblante del muerto, se pintó en sus rostros á un mismo tiempo la sorpresa y el terror. Estaba la cartera muy descolorida, como si sobre ella hubiesen caído muchas gotas de agua, y el cadáver, como es uso entre los monjes, tenía cubierto el rostro hasta la barba con la capucha; pero así y todo, y con la seguridad que una voz interior les daba, abalanzóse él á descubrir la cara del muerto, y ella se apoderó con ansia de la cartera que comenzó á registrar:

—¡Virgen Santísima de la Encina! exclamó la mujer dando un descompasado grito: ¡la cartera de mi pobre y querida ama doña Beatriz Ossorio!

—Dios soberano, gritó él por su parte abrazándose estrechamente con el cadáver: ¡mi amo, mi generoso amo el señor de Bembibre!

—¿Quién decís? exclamó el viejo atropellando por la gente, ¿el esposo de aquel ángel del cielo que yo ví nacer y morir? Los tres entonces asiéndose de las manos y del hábito del difunto, comenzaron un tierno y doloroso llanto, en que muchos de los circunstantes conmovidos á vista del no pensado caso, no tardaron en acompañarlos.

—Madre, preguntó la niña con los ojos llenos también de lágrimas y medio aturdida con lo que veía, ¿es este aquel señor tan bueno de que hablas tantas veces con mi padre?

—Sí, Beatriz mía, hija de mi alma, exclamó su madre alzándola en sus brazos, ese es nuestro bienhechor. Besa, alma mía, besa el hábito de ese santo, porque si esta Vir-

gen divina te ha concedido la salud y guardádote á nuestro amor, fué porque él sin duda se lo pedía.

Los romeros entonces dijeron ser Nuño García, montero que había sido del señor de Arganza; Martina del Valle, camarera de su hija doña Beatriz, y Millán Rodríguez, escudero y paje de lanza de don Alvaro Yáñez, señor de Bembibre, que era el que allí muerto á la vista tenían. En esto llegó el abad de esta santa casa, vestido con ropa de iglesia, para bajar en procesión la santa imagen según era costumbre, y diciendo muchas palabras de consuelo á los afligidos criados, les aseguró ser cierto lo que veían y creían. Don Alvaro, según lo que contó, había ido á meterse fraile á un convento de la Tierra santa, pero habiéndolo entrado los infieles á saco antes de cumplir el año de noviciado, fatigado del deseo de la patria, y atraído por la sepultura de su esposa había venido á Montes, donde había confiado todas estas cosas al abad bajo secreto de confesión, hasta que otro no descubriese su nombre.

Como quiera, el pesar que aquellas gentes recibieron fué muy grande, y aun Millán pidió que le dejasen llevar el cuerpo á Bembibre, pero el abad no lo consintió, así por no ir contra la voluntad expresa del difunto, que quería ser enterrado entre sus hermanos, como porque creía que sus reliquias habían de traer bien á este monasterio. A los huéspedes agasajó y regaló con mucho amor, y en especial al viejo Nuño, á quien vió afligidísimo el día del entierro de doña Beatriz, y cobró afición muy particular desde entonces por su lealtad. El pobre montero, viejo ya y sin familia, se vió desamparado de todo punto cuando se acabó la casa de su amo, dado que rico con sus mandas y larguezas; y se fué á vivir con Martina y Millán, en cuya casa pasaba los últimos años de su vida muy querido y estimado. Al cabo de dos días se volvieron todos á Bembibre, donde vivían bien y holgadamente, colmados de regalos y finezas.

Tal fué este extraño suceso que me pareció conveniente sentar aquí, y que duró mucho tiempo en la memoria de

estas gentes. De los ya nombrados criados, tengo oído decir á muchas personas, que aunque vivieron muy dichosos, rodeados de hijos muy hermosos y bien inclinados, y muy ricos para su clase, sin embargo, aun pasados muchos años, se les anublaban los ojos en lágrimas cuando recordaban el fin que tuvieron sus buenos amos, y sobre todo el señor de Bembibre.»

FIN DE LA NOVELA.

APÉNDICE.

Cuando vió la luz pública la interesante novela que precede, y cuyas bellezas han podido saborear nuestros lectores, se encontraba su distinguido autor en Berlín, desempeñando con gran acierto, y no menos fortuna, como más adelante demostró el resultado, una importante comisión diplomática. Esta circunstancia que le daba ocasión de desplegar las aventajadas dotes de talento y de carácter que le adornaban, realzadas por la amenidad y cortesanía de su trato, en los salones aristocráticos, y en los centros literarios y científicos de aquella ilustrada capital, contribuyó á que su obra fuese bien pronto conocida, y apreciada de literatos eminentes y amantes del habla y de las letras españolas. El Doctor Huber, profesor á la sazón de literatura moderna en la Universidad de Berlín, y que explicaba en ella con gran aceptación nuestro teatro, felicitó calorosamente á Enrique Gil por su novela, y le aconsejó que ofreciese al rey un ejemplar. En el mismo sentido le habló el egregio Barón de Humboldt, llevando su empeño en este punto hasta brindarse á ser el portador del ejemplar y ponerlo en las reales manos, ofrecimiento que fué aceptado con afectuosa gratitud, y desempeñado con el más vivo interés. El insigne monarca que ocupaba entonces tan dignamente el trono de Prusia, y que á sus altas condiciones de soberano reunía el sentimiento y el amor de lo bello en la

literatura y en el arte, y era á la vez conocedor de nuestro idioma, de la geografía y de las costumbres de nuestro país, agradeció mucho el envío del ejemplar de la novela, y después de haberla leído con detenimiento y agrado, concedió á su autor la distinción más honorífica á que podía aspirar en Prusia un escritor extranjero, la *Gran Medalla de oro*, destinada á recompensar á los que ilustran su nombre en las letras y en las ciencias.

Con este motivo medió entre el Barón de Humboldt y nuestro distinguido compatriota una afectuosa correspondencia, de la cual nos ha parecido oportuno dar aquí una ligera muestra, publicando algunos párrafos entresacados de cartas, cuyos originales obran en nuestro poder, y referentes á la novela y á la honrosísima muestra de aprecio otorgada á su autor.

CARTAS DEL BARÓN DE HUMBOLDT.

I.

Je n'ai osé decouper les feuilles du SEÑOR DE BEMBIBRE mais je veux absolument le lire tout entier avant de l'offrir au Roi. Cela ferá un joli petit volume, que je vous conseille de faire relier en satin bleu ou rouge à l'anglaise. Vous otérez le titre coloré *Biblioteca popular* et j'ose le proposer aussi la gravure p. 235 du *regalo de la señorita doña Beatriz*. Cette gravure ne donne pas une idée bien avantageuse de l'état des arts en 1844 tandis que l'impression est très belle. Je vous conseille aussi d'ecrire au Roi en castillan; vous direz que vous savez par moi, el B. de H. (pas d'Excellence en parlant de moi au Roi), qu'il aime votre Langue et votre Litterature. Votre lettre será sur un petit infolio. Je suis parfaitement ridicule en vous donnant ces conseils minutieux. Je me charge du livre, et de la lettre, qui será cachetée, et non placée dans le livre.=Amitiés en grand hâte.=*A. Humboldt.*=Vous êtes cruel de ne pas me parler de votre santé. Vous êtes poete c. a. d.=Vous vivez dans le monde, qui n' est pas la prose de la vie.

II.

Le trésor est parvenu très heureusement entre mes mains. L' inscription de la lettre etait dans les formes les plus convenables. C'ést hier après le diner, que j' ai remis le tout au Roi. Il a lu de suite la lettre, a admiré la robe de soie du petit livre, a reçu le cadeau avec la bienveillance la plus affectueuse, et a lu de suite les premieres deux pages. Avec la vivacité naturelle de son esprit, il m' a demandé de quelle race etait le «Sabueso». Puis j'ai expliqué au Roi combien votre petit roman est ingenieux de composition, conment les

malheurs des Templiers lui donnent un caractere plus grave, j'ai cité les charmantes descriptions du paysage p. 321 à 324 les excellents chapitres XXI et XXII. Pensez que le Roi connait Bembibre conme vous, mon excellent ami, par la lecture de «Bible in Spain.» Il a fait venir des cartes pour chercher le Bierzo. Vous voyez que votre petit cadeau a produit tout l'effet qu'on pouvait désirer. Le Roi a pris aussi un vif intèret à vos souffrances. Je vous ai lu en entier. C' est un très bel ouvrage. Mille affectueux hommages.=*A. Humboldt.*=*Samedi.*=26 *Dibre.* 1845.

III.

Tengo mucha pesadumbre de oir que V. está sufriendo de nuevo.

Je pensais bien qu'une marque de distinction de la part d'un Roi litteraire vous ferait quelque plaisir. Les médailles on les met dans la poche, on ne les porte point. Ce ne sont pas de decorations, mais quelque chose de plus honorable, parceque elle ne se donne qu'aux hommes d'une illustration intellectuelle. Vous pouvez annoncer le succès comme un fait, mais aucune permission de votre Gouvernement est nécessaire.= Mille amitiés.=Ce jeudi.=*A. Humboldt.*

IV.

Le Roi a encore été très occupé de Bembibre: il a relu les passages de «Bible in Spain» ou il est question de l'admirable beauté du site, dont vous avez fait de si charmantes et poétiques descriptions, mon cher ami! Cela m'a donné occasion après le diner de revenir sur la réponse hâtive et stereotipement officielle que vous a été donnee à mon inçu. Le Roi m'ordonne de vous offrir en son nom, comme seul écrivain espagnol d'ilustration litteraire, qui soit venu à Berlin, la *Grande Médaille d'or* orneé de son portrait très ressemblant, médaille de *prix destineé a ceux qui se sont illustré dans les sciences et les lettres.* J'aurais l'honneur de vous adresser ã cette occasión une lettre officielle, que j'écrirais sélon les ordres du Roi: Je serai bien heureux de penser que ce petit souvenir de BEMBIBRE puisse vous distraire quelques instans.=Amitiés.=A. Humboldt.=A Berlin ce 14 Janv. 1846.

CARTA OFICIAL DEL BARÓN DE HUMBOLDT Á DON ENRIQUE GIL, AL REMITIRLE «LA GRAN MEDALLA DE ORO».

V.

Monsieur: = Une lettre de Cabinet signée par le Roi, Vous a appris, Monsieur, que Sa Majesté a reçu avez beaucoup de satisfaction l'ouvrage que vous avez eu l'attention de lui offrir. Le Roi m'ordonne pour ajouter à cette marque d'intérèt, de vous remettre en Son nom *la Grande Médaille d'or* ornée de Son effigie, et acordée comme prix à ceux qui ont illustré leur nom par des ouvrages de littérature et de sciences. Vous êtes trop persuadé, Monsieur, des sentimens de haute estime et d'affection que je vous ai voués pour douter un instant du plaisir que j'éprouve, en vous offrant un souvenir du Pays, dans lequel les chefs-d'œuvre de la littérature Castillane sont si vivement appréciés dans le public comme à la Cour même.

Votre charmante Nouvelle, EL SEÑOR DE BEMBIBRE, tableau spirituel des moeurs et de la nature des sites, où se meuvent les grandes figures romantiques, a eu le même succès parmi nous qu'au delà des Pyrénées.

Le Roi très versé dans la Géographie de votre Pays a de la prédilection pour les Montañas del Bierzo et le paysage de Bembibre récemment vanté aussi par des voyageurs anglais. Le rives du Sil, la Sierras de la Aguiana, le Couvent de San Pedro de Montes au pied d'un pic neigeux Vous ont donné lieu à des descriptions qui révèlent, dans un style pittoresque et toujours harmonieux, un sentiment profond de la nature. = Je saisis cette ocasion, pour vous renouveler, Monsieur, l'expression de la haute et affectueuse considération avec la quelle j'ai l'honneur d'être. = Monsieur. = Votre très-humble et très obéissant serviteur. = *Le Baron de A. Humboldt.* = Berlin ce 16 Janvier 1846. = A Monsieur Enrique Gil, Sécretaire de Légation au service de Sa Majesté la Reine d'Espagne.

EL LAGO DE CARUCEDO.

EL LAGO DE CARUCEDO (*).

(TRADICIÓN POPULAR.)

INTRODUCCIÓN.

Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso á manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los navales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilación de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellécese más y más según se va acercando el observador, porque

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Julio de 1840.

los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de *canoas* merecían, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raíz de las cuestas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuando angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del *Castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y á diferencia de las que enfren-

te se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden al rededor; el trinar y el revolar de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, altiva y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo.*

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba á más andar al término de su carrera, cuando un viajero jóven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reberverando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de es-

pléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las armas más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado á despuntar en el confín más remoto del Oriente, cárdeno y confuso á la sazón, venía á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y así era) de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría á las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, verjel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un

cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino Fr. Luis de León:

«¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y hermosura!
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

«¡Ah, señor! mire; allí por bajo de *Lago* húbole en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande, de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero; tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohino el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, si no que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Vogaron, con efecto, hacia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:
—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tio tenía cuasi revesada la letra, cánsanseme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones, y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cuál, dando un millón de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fué más contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle á nuestro viajero por extremo curioso el manucristo, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarle.

I.

LA PRIMER FLOR DE LA VIDA.

> Fuéme la suerte en lo mejor avara,
> Sombras fueron de bien las que yo tuve,
> Escuras sombras en la luz más clara.
>
> HERRERA.

A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes Bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día el lago de Carucedo por entre Norte y Ocaso, y á la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían á buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habían costado una lágrima á ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso solo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre *Salvador*, solo se sabía qne siendo aún rapazuelo y con no poco recato, había llegado á la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el abad, habíase criado á la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas partes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable Fr. Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven Salvador,

y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta á las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba á mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de *María*, que así se llamaba la doncella que amaba nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso. Allí había llegado con una anciana, de nombre Ursula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguía los animales montaraces, la vió y amó en la soledad: y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron á oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino á caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo á las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porve-

nir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado á la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar á cierto misterioso papel que el abad guardaba; en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos, á modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor á los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio, que solo había llegado al puerto de quietud al través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado con mano pródiga, y que ya comenzaban á dar tan abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto á los intentos de Salvador; porque bien sabía que sus sentimientos podrían acarrearle en buen hora la desdicha, nunca, empero, la deshonra: no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol, por la huerta del monasterio, tendida á la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar á plaza tan delicado asunto, porque la conversación fué larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente á la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:—Sí, padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo, me mandan aguardar el fallo del te-

rrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y más imposible aún que vos me lo ordenéis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que á mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro, y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad, el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me ví en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buscaba el corazón de mi enemigo.—El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba á la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fué aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vió los primeros destellos de la aurora blanquear en el Oriente, con el arco á la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María á apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcornoques y de urces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría, entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar sin duda en sus amores, pues acariciaba con distraída mano á su leal perro, y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba á su encuentro, cuando por cima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó á mecer el viento

una pluma de aguila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho á aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé qué palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fué cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahinco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse después en la espesura, y á poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba á recoger los dispersos cazadores.

Púsose á pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel á la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Ursula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse á dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que á nadie: pero como su corazón, acostumbrado á mostrarse todo entero á los ojos de María, difícilmente podría recatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse á no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación negros recelos é inquietudes: así fué que se quedó rondando á manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla á lo lejos su apesarado amante, hasta que la vió desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar á la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aún bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos, envueltos en los primeros vapores de la noche: solo el castillo de Cornatel, gracias á las líneas rigurosas de sus muros, y á su situación que le hacía descollar sobre el fondo oscuro de los montes lejanos, aparecía aún claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreñado.—¿Cómo así, Salvador? le preguntó Osorio sobresaltado: no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío, respondió éste: mi sueño no era una mentira, sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo á mis ojos, y me la quiere robar.

—¡Cómo! interrumpió el abad asombrado: ¿hay por aquí quien se atreva á semejante desmán? ¿No saben que á mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hacia el Oriente, y le mostró la masa del castillo de Cornalel, que todavía se alcanzaba á ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Alvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! exclamó el religioso con espanto.

—El mismo, replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado á entender la firme resolución que alimentaba su alma.—Hubo entonces una breve pausa, y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos; y al hombre de las pasiones y de la juventud sereno y tranquilo, como quien ha llegado á una de aquellas situaciones extremas y solemnes, en que es imposible volver atrás la planta. El abad fué el primero á romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? le dijo ya con calma.

—He pensado, respondió éste mirándole con sus ojos

garzos y rasgados fijamente, que soy hombre, amante y caballero, si no por mi alcurnia, á lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también, repuso gravemente Osorio; que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vió y le dijo:

—Escucha, hijo mío; estamos á la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las suyas, más desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemus, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos á parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero, señor, replicó el mancebo, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda, contestó el santo abad; los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo á hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y á modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María? repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia, contestó el religioso, porque si algo llegase á entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día muy de mañana el santo abad con su báculo

y su diurno emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso á la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca estrañeza de las dos mujeres, como viese á la doncella á punto de salir con su hato, apartó un poco á la anciana y le dijo con sosiego: —No dejéis salir á María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por eso dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.—Padre mío, le preguntó con zozobra, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Sería cierto que nos vemos asomadas á un abismo?

—Con que, según eso, repuso el prelado sonriendo con cierto aire jovial, ¿en abismo nos convertís á mí y á mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformación.—Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:—Por ahora no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo;—y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso á trepar el agrio repecho á cuyo término se levanta, aun en el día, esta fortaleza; y cuando llegó á la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar á un religioso sólo con su bastón de peregrino, apresuráronse á franquear la puerta, y su comandante cruzando con él el puente levadizo, y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar á las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabri-

miento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron á su tarea. A poco rato volvió el mensajero é introdujo al abad en el aposento de don Álvaro.

—¿Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco? preguntó uno de aquellos perdonavidas; ¿será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, dí, hombre, ¿qué gesto puso don Álvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar á poner tres en raya una sola vez.

—Con que, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón? replicó con alegría Boca Negra; ¡sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe, repuso otro, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega ¡mal pecado! ni á la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba á un precipicio de más de cien varas, y volvieron á su juego.

Abrióse, por fin, después de largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí friamente volvióse el uno á su recámara y el otro

salió paso á paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó á casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase á pacer su rebaño, lo llevase á las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde ardiendo en inquietud y vivas ansias le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas á vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto, contestó el anciano, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador, dijo después resueltamente, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.—El joven se retorció las manos de desesperación.—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo, continuó el santo abad, pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumar su perdición. Así que, mañana al romper el alba mandaré un correo á mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar á los reyes en la guerra de Granada, y pediréle que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender á María y á su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto, aunque no es de sospechar que á nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar á la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.—Dicho esto partió aquel santo varón á encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo, repitió Salvador, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que sólo se atreve á desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba á un encumbrado pico que llamaban los naturales la *Espera del Corzo*, y que señoreaba todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el *Campo de la Legión*, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella tierra. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja.—¡Es ella!

—Sentóse la niña á la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose á mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento á su seguridad antes que á los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados: pero sólo vió aldeanos desparramados por los montes que sin duda iban á hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde, cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto, y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir á consolar la pena de María, y torciendo á la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya mesa

se extendía el Campo de la Legión. Comenzaba á trepar su blanda cuesta, cuando llegaron á sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desalado á los matorrales que guarecían la pradera, y se quedó confuso al ver á don Álvaro. ¿Por dónde había venido?..... pero, qué le importaba saberlo? ¿no lo tenía allí á solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada á los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.—¡Oh! por Dios, por Dios santo, noble caballero, le decía con angustia, soltadme, ¿qué honra sacaréis de atropellar así á una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?..... ¡soltadme por amor de vuestra madre, por amor de la mía que se moriría de verse sola! ¡soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso, y de que os dolisteis del desvalido!.....

—María, respondió el caballero alzándola del suelo con violencia; te amo tanto, que antes que sin ti volvería sin vida á mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! repuso la doncella encendida en cólera; ¡villano! ¡mal caballero! Salvador, Salvador mío, gritó con desesperación, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy! respondió á su espalda una voz bien conocida.—Soltó don Álvaro á la niña que casi exánime fué á caer á los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!.....

—Ahora piensa en ti, contestó Salvador: por la encañada de los ruiseñores vas segura y desembocarás en el convento: ampárate de sus muros que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin ti, replicó ella: aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra, dijo Salvador. Huye, añadió con angustia, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.—La doncella huyó.

Quedáronse frente á frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro había un capote de aldeano que explicó á nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebataban su alma. Reportóse, sin embargo, como pudo, y dijo á su rival:—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Sólos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? le preguntó Rebolledo con ironía.

—Sí á fe, contestó sin descomponerse Salvador; y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y á mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara á cara.

—Voy á llamar á mis arqueros para que os prendan, y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestra cólera. —Aunque Salvador tenía el arco armado, dejóle hacer; y aplicando el caballero su cuerno de caza á los labios, sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.—Bien está, dijo entonces.

—¿Con que tenéis miedo? repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada. ¡Vive Dios que me maravilla! porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van á

tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y á prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardéis, vive Dios, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre á hombre no va nada.

—¡Perro! dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro:—y diciendo y haciendo se fué para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando á raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.—Tu fin se acerca, dijo don Alvaro.—Y el tuyo llegó ya, respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra á su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.—¡Socorro! ¡socorro! gritó don Alvaro revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían á dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.—¡Socorro! ¡confesión! repetía con ansia; y en esto se le cortó el habla y espiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.—Por allí se escapó el asesino, dijo uno de los arqueros.—Es Salvador el de la abadía, repitieron dos á un mismo tiempo; y asomándose todos allí, ya no vieron á nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.—¿Y María? le preguntó: ¿donde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.—Huye, dijo entonces el abad, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la *Palomera*, que esta mismo noche iré á buscarte y á llevarte noticias de María. Sin aguardar á más salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día *Foy de Barreira*, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente á Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.—¡Salvador! dijo.—¿Quién me llama? respondió este.—Yo, respondió el afligido abad. Hijo mío, añadió, cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Ursula y María han huído sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Alvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.—¿Con que es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? contestó Salvador.—Todo, respondió aquel varón piadoso, menos la honra y el amor de nuestro padre común que está en el cielo.

—Salvador sollozaba en la sombra, y el viejo sentía partírsele el alma.—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? preguntó por fin el joven.—Esta noche han llegado.—¿Y cuando parten para Andalucía?—Mañana volverán á su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.—Con ellos me voy, padre mío: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron á la abadía. A la mañana siguiente antes de rayar el día salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto que según dijo le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron á la cima del Monte de los Caballos volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban á su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados ex-

clamó:—¡Oh! ¿cuándo volverán á mi corazón la frescura y verdor que se han caído de él?—Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y apretando los hijares de su palafrén, fué á reunirse con los soldados.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna á verdear ni á florecer», no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste enmedio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ven-

tura, y además su natural denuedo y noble sangre, le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y á fuer de capitanes experimentados, aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando á orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía á las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y esa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas excusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio á aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercero día á un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama), se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era una de aquellas noches

templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador, llegáronse por diversos lados á raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallara de hinojos todavía, díjóle el primero en tono bajo y un tanto irónico:—«¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.»—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo, sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida á la muralla, y subió con valerosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador, ganoso de aventajarse á todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo

de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas, y preguntó con voz entera ¿quién va? Respondióle Salvador hiriéndole de una punta, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—¡Al arma, al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador, que por su parte solo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:—«¡El rastrillo! ¡bajad el rastrillo!» Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblaron asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de adentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desbaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro, cuando dando una gran voz y diciendo «Mahoma, valme», cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salían por la pnerta de la escalera dos guerreros que traían mal parados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil di-

versión, corrió á la puerta del castillo, abrióla de par en par y dió larga entrada á los de afuera, que de rondón se precipitaron, rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar ó prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación á la morisma, como que veían á los enemigos en el corazón de sus tierras: y sobre ellas se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de á caballo á cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó á sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobróle gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra á don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta todos la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballería: así fué que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágri-

mas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuése con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término á las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz, Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca á Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hiciéronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfía, saludándolos como á hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin embargo, no fué dueño de sí propio, y harto mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos á abrazarle, diciendo el maestre:—¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba también y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le había adornado con un apellido ilustre que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caballero una emoción profunda, y, sin embargo, respondió al maestre y al marqués que había querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.—Escuchad,

Salvador, le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no se qué, que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibieseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito. —El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El maestre me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber, añadió apretándole la mano, que don Rodrigo Ponce de León os estima y honra de tal manera, que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiereis menester. Los demás caballeros hiciéronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es, que el amor en una alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias

para los dos, y una más larga para nuestro mancebo. Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversión á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando animo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que al punto se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sólo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró don Rodrigo Téllez Girón: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado á Salvador, y espiró teniéndole asido de la mano y encomendándoselo muy encarecidamente á don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo: baste decir que había mirado al maestre con un afecto extraño y misterioso, que venía á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en

cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó á hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fe; y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto había tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestre, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal, desaparecía en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detrás de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hacia adelante; allí los combates y su estruendo: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitóse en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino á dar en una especie de emboscada donde más de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo á Salvador, ambos salieron de aquel lugar

la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:—En verdad, señor caballero, que merecíais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.—«Mi reino no es de este mundo, repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos.»—Sorprendido se quedó Salvador al oir estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de afabilidad y de dulzura.—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorreros más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción, no sólo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre: Llámanme *Cristóbal Colón.*—Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no se qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristóbal Colón, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reir el caballero, y le dijo:—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que re-

vuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oir hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por qué tenía en mucho: amén de que se le hacía duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y so color de dar las gracias á Colón por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubría, encamínose á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reunen en un punto, bien así como una mísera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entonces prohijó con ardor aquella idea milagrosa, y fué para el gran Colón como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los re-

yes á sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra-Nevada: pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador: pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de Palos de Moguer el día 3 de Agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fué un tejido de sublevaciones y de peli-

gros, en que á no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podían impedirles que volviesen las proas hacia España. Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que á los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedaréis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío!—Salvador fuera de sí se volvía y revolvía á todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.—Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando á Noé vino una sola.—Eran, en efecto, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana: pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche á cosa de las diez, velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha, que á lo lejos relumbraba. Subía el resplan-

dor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno.—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas. Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas.—Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino.—Avergonzóse Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador:—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él.—Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, á quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso: sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso,

lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. ¡Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María!— Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse, por fin, al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fué á reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á éste ni devolvió á Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado: se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: «¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazón al Padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

III.

YERRO Y CASTIGO.

Solo á una mujer amaba!....
Que fué verdad creo yo,
Porque todo se acabó,
Y esto solo no se acaba.

CALDERÓN.—*La vida es sueño.*

En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó á ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo, portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.—¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? le dijo el recién llegado.—¿Quién os había de conocer, Salvador, respondió el buen religioso abrazándole, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?—Harta prisa me dí para ganarla con aquellos perros, repuso Salvador con aparente jovialidad; pero decidme ¿y el santo Osorio?.... añadió, procurando encubrir su zozobra.—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?.... ¡Jesús! y es este aquel mozo tan gallardo? ¡vaya! ¡si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!—¿Pero el venerable abad?.... replicó Salvador con impaciencia.—¡Ay, hijo, contestó el buen portero, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita con su vivienda en la *Hondonada del Naranco*, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio. Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría

morir sin que le cerraseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido..... ¿queréis tomar alguna cosa?—No, nada, replicó Salvador, procurando ocultar su turbación; solo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina vista.—Sí por cierto, dijo el padre Acebedo, voy allá volando, pero venid vos también á aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula, por entre cuyos hilos el buen abad vió harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó á la puerta gritando:—¡Salvador! ¡hijo mío! ¿por qué no vienes?—Corrió éste desalado al encuentro exclamando:—¡Oh, padre mío, padre mío! y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos á decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varón piadoso.—El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los días del hombre pasan semejante á la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y á mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo ví todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fué tu madre, y el que te engendró mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava.—¿Con que según eso, preguntó Salvador con ansiedad, el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?—Sí por cierto: la misma sangre corría por vuestras venas.—¡Conque era mi hermano! respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos, ¡conque era mi hermano y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle «¡hermano mío!» ¿Cómo fuí tan sordo, que no escu-

ché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón: sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón: de su misma tristeza solo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, solo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente á las palabras del abad: tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde á los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatrava, concedido á su hijo, no pasase á su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles á un ángel que vino á consolar y embellecer estos valles, y que aquel amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el

hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Oceáno, y la tierra prometida desplegó á nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista de aquellas playas solo trajo lágrimas á mis párpados, vacíos á mi corazón y desengaños á mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colón y yo hemos tenido grillos á los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido á buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abrieseis las puertas del santurio y recibieseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa á esta declaración, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa á romper el silencio.—Salvador, le dijo por fin el anciano, maravillado me dejas con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas á las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, Dios no envía sus ángeles de consuelo sino á las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Díme, ¿si llegases á encontrar un día á la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos

relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:—¿Pero no me dijísteis que murió?—Sí: murió para ti y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios, replicó el anciano prontamente.—Pues entonces, añadió Salvador con sordo acento, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré á pedir á la puerta de otro cualquier monasterio.—El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza.—¿Qué teméis? ¿No véis que mi frente ha comenzado ya á encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan á treinta y tres años de pesares?—El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:—¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiración que causaría á todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenía en menos la halagüeña fortuna con que el mundo le brindaba, y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobre manera. De allí á pocos días acaeció la muerte del venerable Fr. Veremundo Osorio, que pasó á mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneración á su memoria, eligieron por sucesor suyo á Fr. Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal á todo el mundo: el rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor había he-

cho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. Apesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto á él, ni los sentía ni los saludaba; tan embebecido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido, cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de la cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Había desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar á María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió á demandarle su amparo y á mostrarle las heridas de su pecho: y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejaban al recuerdo de las dichas pasadas, como á la esperanza de las venideras. Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola á manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de

una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían á mezclarse, disimuladas é invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.—Pero, ¿dónde, se replicaba sosegándose, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿Dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común, añadía ya con calma; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.—Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban á su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba las gentes.

Un año se había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vió al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió.—Sí: razón tenía aquel santo varón, decía en voz baja y desconsolada; los espíritus de la calma no han venido á mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh virgen pura! ¿no está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?—La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen, de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía á sus monjes, y le preguntó:—¿Qué traéis,

padre portero?—Padre nuestro, respondió éste inclinándose, de dos días á esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña. Dícese que una maga, ó bruja, ó no sé qué visión, viene por las noches á la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene á los paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? preguntó el abad con tono severo.—Sí, padre nuestro, replicó el portero; pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?—Bien está contestó el prelado: id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba á las Médulas, y que, según digimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman *Foy de Barreira*, se encontraba á la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con la sombra de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilón aportillado, y el torso mutilado de la Diosa misma caído por tierra á pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de yerbas silvestres. En aquel lugar habían pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto á semejantes sitios, porque allí mismo había ido á desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó á la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las

soledades. Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diosa, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó á su lado, y vió pasar á la maga que, sin reparar en él, se sentó á la orilla de la fuente y se puso á mover las limpias ondas con su mano. Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó á observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente. Levantóse á poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedó éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio. Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:—«Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.»—¡No era la virgen! Salvador dió un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló á la maga de rodillas junto á él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas.—¡María! ¡María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido á pedir á los hijos de los hombres?—¿Quién eres tú, respondió ella con una particular sonrisa: tú cuya voz me trae á la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?.... Aquí mismo, continuó, yendo y viniendo con desatentados pasos; ¡aquí mismo fuí tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.—Salvador entonces fuera de sí, se acercó á ella y le asió una mano, sin

que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.—¡Esto es verdad! dijo Salvador; ¡mis manos estrechan esta mano! esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Conque eres tú, María, la misma María?—No soy la misma, replicó ella con gravedad, porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo, añadió con una loca alegría, harto más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes á platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. ¿Pero quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?—Es que soy yo, yo, Salvador, mírame bien, ¿no me conoces?—¿Quién? ¡tú Salvador! repuso ella palpando su cabeza? ¿dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿dónde tu arco y tus flechas? ¿dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?.... Y luego añadió como reflexionando: tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.—Está loca, ¡loca, Dios mío! exclamó Salvador retorciéndose los brazos.—¡Loca, loca! repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras; bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto, que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.—Dicho esto púsose á caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido el hábito de las novicias de San Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza: estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad solo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos: y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí á un lado sombrío y amenazador.—Según eso, dijo con amargura, mis meditaciones, vigilias y plegarias, han sido incienso quemado en los altares de la

tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza.—María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job.—Hablaré con amargura de mi alma: diré á Dios «no quieras condenarme»: manifiéstame por qué me juzgas así:—Tenía razón el santo Osorio, dijo el monje después de una breve pausa: muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro..... Es verdad, añadió mirándola; las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.—La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.—«¿Por qué me sacaste de la matriz? ojalá hubiese perecido para que yo no me viera. Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro.»—Y en seguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada.—«¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor.»—Siguióse á estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió «¡semejante á mi dolor!»—¡Oh! sí, murmuró Salvador con voz sorda; dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que solo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto á sentar en el borde de la fuente, y miraba á la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.—¿Qué he de hacer? dijo por último en voz alta? ¿La he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María, añadió acercándose á ella; es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.—Miróle ella fijamente y le contestó:—Sí iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro: ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas

y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.—Echaron á andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba á sacudir las gotas de rocío que á manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron á la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba á reir. Paróse, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:—¿Sabes que me moriré si me vuelves á las rejas de hierro?—Sí, respondió el abad con cariño; y por eso te llevo á unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.—Llamó enseguida al portero, y abrió éste la puerta de par en par: ¿pero cuál fué su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán? dió un grito de horror y se arrimó á la pared para no caer.—¿Estáis en vos, P. Acebedo? le dijo el abad agarrándole.—¡Ah! ¿sois vos, padre nuestro? respondió el asustado portero con indecible alegría: ¿con que parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia? replicó el abad no poco enojado.—Sí, padre nuestro, á la maga ó bruja, ó lo que es, que ha pasado por delante de mí.....—Necio sois en verdad: ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin duda se habrá escapado de algún convento.—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y.....—Adelante pasara en sus remedios, si una colérica mirada de su prelado no le atajase á lo mejor.—Id, le dijo éste friamente, y preparad el *Retiro del Abad*, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.—El pobre portero caminó á prisa para cumplir lo que se le mandaba, no sin murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón, por más que á los súbditos les sobre.

El retiro del Abad era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la *Hondonada del Naranco*, y á su vez, aunque más allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio: mientras á los pies, y en una deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra á un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba á los misterios de la meditación y del recogimiento, como á la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador á María, y se separó de ella, diciéndole.—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres: también la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir á Dios que vengan á ti esos ángeles que te consuelan.—Dicho esto, se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte había cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron á la abadía sin hablar palabra: el abad, á causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre sa-

lieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quiénes eran, á dónde iban, ni qué propósitos eran los suyos. Hoy, que de todo estamos enterados, gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Ursula, doncella de buen linaje, pero tan inferior á su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron á denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó á singular combate: pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando á su mujer y á su hija de pocos meses, cercadas de viudez y orfandad espantosas. Temiendo que Ursula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y de asechanzas, se vino á refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad. Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo á su hija expuesta á las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en alas de su terror, á buscar la protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León, llamado San Martín del Valle. Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba á su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como á veces la fuente del consuelo brota en el arenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas Bernardas, que había en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió de mirar por su hija, con lo cual

murió más resignada, encargando á ésta que buscase en el claustro un puerto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón á la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Alvaro Rebolledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quier que solo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dió la vuelta á San Martín, y á los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado. Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que solo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba á aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo, y vino por fin á perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear á veces repitiendo versículos de los libros sagrados, que aplicaba casi siempre á su situación, y solo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían á hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo, hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó á llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba á morir. Estaba el monasterio de San

Martín asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de las Dueñas en el Bierzo, que todavía se levanta orillas del río Boeza en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco aquietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora á Salvador, que ceñudo, callado y á paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:—¿Con que es verdad, exclamó, que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que á ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahani, y delante de ella he venido á postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al Océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega, y todo se acaba.—En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos á otros:—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hunden, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?—Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en compañía de algún religioso, y sus palabras si bien lle-

nas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban: tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, á las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, después de haber corrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin á San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje. Púsose aquel pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito á la abadesa, y con esto despachó al mensajero que sin perder tiempo dió la vuelta á San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.—¡Eso no! dijo por fin levantándose como un león herido: apartarla de mí es imposible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar á cabo tan horrible propósito.—Salió en seguida de la celda, y solo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse á ella y le dijo:—¡María, mírame bien! ¿no te trae mi voz á la memoria el recuerdo de tus días alegres?—Sí, respondió ella con ingenuidad; ya te lo he dicho otra vez.—Pero, ¡no me conoces, añadió él con ansia! ¿no conoces á tu Salvador?—Midióle la doncella de alto á bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:—No: tu no eres Salvador; porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores, ó el casco de los

guerreros y no el hábito de los monjes.—Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que á su al rededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así sin hacer caso del trastorno que parecía amagar á la naturaleza, llegó á su celda, vistióse por debajo de sus hábitos el traje de cazador que usó en sus primeros años, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oirse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que por fin exclamó:—¡Salvador, Salvador!—Salió este entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella delirante y fuera de sí vino á caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último repuesta ya, tornó á abrazar á Salvador diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡alma mía!—¡María! ¡amada de mi corazón! respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje. La doncella al verlo desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente; miró con zozobra en torno suyo y vió el habito de Salvador caído entre los brezos: reparó en seguida en su propio ropaje; lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:—¡Oh des-

graciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida á Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar á tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? ¡Vuélveme á mi claustro solitario, y déjame morir con mi inocencia! Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole su hábito caído:—¡Sí; lo he hollado porque me separaba de ti, y porque todo lo atropellaría para llegar donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado, y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin ti lodo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú á un altar, y que el altar me rechazó, y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado á tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡ya nunca me separaré de ti, y al que quisiera dividirnos, le arrancaría el corazón con mis manos!—En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies, y que tus palabras te separen de mi por toda la eternidad?—Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó á temblar bajo sus pies:—¡Oh! añadió la virgen con las manos juntas; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes!—No, respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho; ¡jamás me separaré de ti, y venga la muerte á sorprenderme á tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!—No bien acababa de pronunciar estas palabras, cuando estalló el terremoto con la mayor violencia: vínose á tierra estrepitosamente el Retiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante á las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó María cayendo de rodillas, ¡perdón para

nosotros!—Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse á subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo á los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban á Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso, por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fué cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas, como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si á morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes. Acordáronse al ver esto del prelado, á quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba á gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordes en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes consternados y privados de su asilo, se retiraron á Carracedo, rico monasterio, situado en la ribera del Cua; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

CONCLUSIÓN.

Y es lastima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento á la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de «mi tio don Atanasio el cura» que decía el barquero; y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás, el Lago de Carucedo tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese, porque las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales, y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas desnuda y fría como casi siempre se muestra.

ÍNDICE.



Esta obra se halla de venta en Madrid, á 7 pesetas cada tomo, en las librerías de los *Sres. Viuda é Hijo de Aguado*, Pontejos, 8; *Murillo*, calle de Alcalá; *Fe*, Carrera de San Jerónimo, y *López*, calle del Carmen.

Los pedidos se dirigirán á la primera de las librerias indicadas.

BINDING LIST NOV 15 1940

